

IZARBE

Quién me quiere a mí



TANIA SEXTON



Edición especial Kindle Unlimited

IZARBE

Quién me quiere a mí

Edición especial Kindle Unlimited

Tania Sexton



IZARBE

Quién me quiere a mí

Edición especial Kindle Unlimited

ISBN ebook: 9788419941695

Derechos reservados © 2022, por:

© del texto: Tania Sexton

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Esta novela está dedicada a Aragón, y a los aragoneses.

Prólogo

Finales de octubre 2020
Comarca de la Jacetania, Ansó, Huesca

«No, las maletas no estaban. No me di cuenta al momento, fue un poco más tarde. No me encontraba bien... la cabeza me dolía mucho, y... estaba desorientada... aturdida... Fue... fue entonces cuando me asomé al ventanal y no vi el coche. Encendí las luces exteriores y salí fuera; recorrí el perímetro de la casa... por si estaba detrás... pero no, no estaba. Y la cancela estaba abierta.»

No dejó de pensar en ello, nunca dejó de pensar en ello; es imposible dejar de hacerlo, incluso ahora, mientras mis botas resuenan sobre los adoquines de las calles del pueblo. Son botas recias, forradas por dentro, y con poco tacón. No he vuelto a cometer el error de la primera vez que pisé estos empedrados con unos tacones de diez centímetros, que me obligaron a ir cogida del brazo de Juan todo el tiempo para no dar de bruces contra las piedras.

Saludo con la cabeza a varios vecinos con los que me cruzo, a veces suelto un: «güen día», mientras arrastró el carro de la compra de un sitio a otro. Ya estoy acostumbrada a que el idioma aragonés se transforme, cambie, según en la comarca en la que estés, y, aunque el castellano es el idioma que impera, todavía queda gente que habla los diversos dialectos, especialmente en el norte de Aragón. Si estuviera en el Alto Gállego, diría: «buen diya». Pero no importa que no hable el aragonés o el ansotano, o que diga «buenos días», o «güen diya»; no se reirán, tampoco están los tiempos para eso, recibiré la misma simpatía y un trato cordial; seré bien recibida.

A pesar de ciertas miradas.

Lo noté desde el momento en que llegué. Entonces todavía no había hecho acto de presencia la pandemia, hablábamos sin mascarilla y mostrábamos más sonrisas que ahora.

Y entonces no había pasado...

Todo lo que ocurrió después.

Ha sido todo tan rápido, tan inesperado.

El pueblo es peatonal y el coche debe quedarse abajo, en el *parking* adaptado para ello; la primera vez que vine a hacer la compra, tuve que cargar con cuatro o cinco bolsas hasta llegar al coche. Es más práctico así, con el carrito.

Me habría gustado buscar la casa, ardo en deseo de verla, de saber a quién pertenece, pero no es lo más acertado ir husmeando por las puertas, buscando llamadores con forma de...

Además, tampoco tengo muy claro cuál es o era la situación.

A las afueras...

Dirección Huesca.

Me fijo en los llamadores de las puertas por donde paso, pero no he visto ninguno con esa forma.

Tal vez no sea real, o tal vez, la casa ya no esté, o la hayan transformado. Hace tantos años... No importa, si todo va bien, ya tendré tiempo de hacer averiguaciones como si fuese una turista más. Después de todo, tampoco llevo tanto por estos lares, y con todo esto del covid...

Y llevando el carro de un lado a otro, me quedo encantada con la arquitectura de sus casas: casas contundentes, practicas, hermosas, casas de montaña del Pirineo aragonés, como sería la de Martín y...

Algunas son blancas con zócalos de piedra, adornando las ventanas y puertas; otras totalmente de piedra, que parecen una continuación de la calzada.

Así era la de ellos.

Y su iglesia es magnífica, una imponente construcción del siglo XVI, donde antes estuvo un templo en el siglo VI, que se divisa desde cualquier lugar del pueblo. Sinceramente, más que una iglesia, parece una pequeña catedral o un castillo de defensa con su matacán y aspilleras, pues ese volumen llamativo que posee su construcción hace que el edificio se convierta en el protagonista del entorno, en la autoridad suprema de la arquitectura del pueblo, luciendo su portada plateresca, aunque la torre del campanario sea de planta rectangular y máxima sencillez. Por fuera te llama la atención el volumen, y en el interior los ojos se te van al techo para contemplar las bóvedas de crucería estrellada, mostrando complejos diseños que hacen seguir con la mirada los nervios que recorren unas y otras; y después, con calma, disfrutar en la calle central del templo, de un gran retablo barroco de final del siglo XVII y de hermosas columnas salomónicas, que dividen las tres calles. Y el órgano, que se llama Órgano Ibérico, de Ansó, ubicado en el coro, en el lado del Evangelio, con su fachada barroca de madera, ornamentada con motivos vegetales; fabricado en Francia en el XVIII, donde fue desmontado y traído, atravesando los Pirineos.

En ese lugar sagrado donde todos fueron bautizados...

Toda la familia.

Menos ella.

En cuanto pase esto, cuando todo vuelva a la normalidad, que volverá, me tomaré un vinito y unas migas de pastor en la plaza del pueblo, y dejaré que me invada la paz y la armonía que aquí se respira.

Dejaré que todo fluya y que mi alma se recomponga.

Y entonces podré buscar la casa y, tal vez, hacer alguna pregunta, como cualquier turista normal, con la excusa de la arquitectura, que es mi profesión.

Ya me encargaré de que lo sepan.

Y si murmuran, que murmuren.

No me importa.

No me importará.

Ya llevan tiempo murmurando.

Llego al *parking* e introduzco las bolsas en el coche mientras saludo a un hombre mayor, que

me mira suspicaz. No veo su boca, ni él la mía, solo la expresión de los ojos nos dice si mostramos una sonrisa, aunque no haya motivos para ello.

Algo más de doscientos euros me he dejado en las tiendas de alimentación, droguería, farmacia, mercería y papelería. Soy una buena clienta que no escatima a la hora de comprar, y eso lo agradecen. Saben que vivo en la casa del bosque, (ellos la llaman: Casa Lanau, pero yo la llamo: del bosque), y dan por hecho que somos ricos, algo que no es totalmente cierto, aunque tampoco van desencaminados, porque sí: estamos por encima de la media.

Debería hablar en singular, sería lo más correcto.

Ahora ya no me molestan con preguntas (tampoco es que me hicieran muchas, la verdad), solo me miran, me observan, al tiempo que hacen algún comentario sobre la situación que estamos viviendo. Ya no preguntan por él; imagino que son conscientes de que está fuera de lugar, de que me ponen en un compromiso, incluso que me provocan dolor o, como mínimo, incomodidad.

Solo salgo lo necesario, y eso quiere decir una vez a la semana, a veces dos; el resto del tiempo estoy en mi pequeño paraíso, donde no puede entrar nada que yo no quiera (es una manera de hablar), no puedes controlarlo todo; qué más quisiera.

Las cosas se han complicado en Aragón, subimos, bajamos... Hoy los contagios han bajado a 722, el pasado viernes fueron 1.345; más en Zaragoza, después en Huesca, y por último en Teruel, solo 85; todo eso unido al confinamiento perimetral de las capitales, al confinamiento de la Comunidad (no se podrá entrar o salir del territorio aragonés, salvo causa justificada), un esperado nivel de alerta 3 y un toque de queda desde las 23:00 hasta las 6:00 de la mañana, desde hoy lunes. Todo eso lo he oído esta mañana en la radio, antes de levantarme, y después lo he mirado en Google, antes de salir de casa.

Y más de uno pensaba que esto se pasaría en dos o tres meses.

Ja, qué risa.

Y más de uno, pensaba, yo incluida, que esto se quedaría en Asia.

Sonrío mientras conduzco mi Toyota Yaris rojo cereza, que Juan me regaló para mi cumpleaños en el 2014 y que mantengo en un perfecto estado, pues me viene a la mente el refrán: «A río revuelto, ganancia de pescadores».

Ya tengo mi plaza, ya he mandado toda la documentación a la Politécnica de Madrid, ya he pagado la matrícula: 1.473 euros, ya nada ni nadie me va impedir que siga mi camino. Me vienen las palabras de mi padre a la mente: «Haz aparejador (él siempre empleaba el termino antiguo, nunca decía arquitecto técnico), a fin de cuentas a ti te gusta la obra, te gusta la construcción. Una vez que te saques la titulación, que estés en este mundillo, podrás sacarte la superior. Además —continuaba—, la mayoría, o muchas de las arquitectas, acaban en diseño de interiores, o de muebles, o cosas por el estilo; y a ti te gusta la obra. Explota tu potencial».

¡Ay, mi querido padre! Si pudieras verme ahora, si supieras las cosas que me han pasado para poder explotar mi potencial. Pero, si puedes verme, si hay algo más allá, no te preocupes, lo tengo todo controlado; ahora sí voy a ser yo, ahora sí he explotado mi potencial. Y lo seguiré haciendo, ya lo creo que sí.

Reduzco la velocidad, cambio a tercera. Me quito de un manotazo la mascarilla que cuelga de

mi oreja derecha y la tiro sobre el asiento del copiloto. No hay muchos kilómetros del pueblo a casa, pero es un trayecto de curvas y carretera estrecha. No importa, el paisaje de montaña verde y boscoso, roca horadada, húmedo y otoñal, compensa ir a menos velocidad; es más, me gusta ir despacio para dejarme abrazar por la majestuosidad de los árboles y el espeso follaje para ver cómo se descubren, cómo se abren a grandes valles de hermoso verdor, y antes de que te dejes embrujar por ellos, se vuelve a cerrar, a envolverte, como si quisieran quedarse contigo, cobijarte entre sus ramas y cuidarte para siempre; y de vez en cuando, entre ramas añejas, asoma el fulgor del cielo, que se deja entrever con timidez.

Hoy es gris, plomizo, y pronto caen las primeras gotas.

Me gusta vivir en una casa alejada; no lo he sabido hasta ahora, pues nunca he vivido en un lugar como este. Me gusta la soledad, disfruto de mi hogar y del aislamiento, y ahora más. Pertenecemos a Aragón, pero estamos a un paso de Navarra; si en lugar de dirección Ansó-Jaca, voy hacia la izquierda, hacia mi casa, como ahora, y la paso, y sigo, el primer pueblo de Navarra se encuentra a pocos kilómetros del límite.

Un lugar precioso.

Un lugar privilegiado.

Estoy llegando, reduzco la velocidad y me orillo a la izquierda, doblo ligeramente y ya veo la cancela negra, de hierro fundido, la original. Gracias a los adelantos de hoy en día, la abro con el mando para evitar tener que bajar y hacerlo manualmente. No es majestuosa, pero es hermosa. Tiene un dibujo precioso, simulando hojas y tallos que se entrelazan; las columnas de piedra que sujetan las puertas tienen la misma altura, metro setenta y cinco, algo más altas que yo. El muro de la parte frontal tiene los mismos años que las puertas y también los mismos que la casa, que se construyó en 1895. Cuando Juan me lo dijo, cuando aún no la había visto, pensé que había perdido la cabeza, que costaría mucho rehabilitarla, tiempo y dinero, pero cuando aclaró que eso lo habían hecho otros, en distintas épocas, y que yo tendría que redecorarla y poco más, me quedé más tranquila, aunque más tarde pensé que habría sido bonito rehacerla; habría supuesto un reto para mí. Bueno, suponiendo que Juan me hubiese dejado, así que, mejor que ya estuviera todo resuelto, como pude ver con mis propios ojos la primera vez que vine a este lugar.

Y lo primero que vi, cuando la espesura de los árboles se abrió, y a pesar de que ese día llovía a cantaros, fue esta cancela y el muro de algo más de metro y medio en perfectas condiciones. Sin embargo, la majestuosidad de esa entrada, no era el muro, sencillo y básico, ni el precioso portón de hierro, que tampoco es tan llamativo, sino los cuatro robles centenarios, dos a cada lado de las puertas, que se encuentran detrás del muro, en el interior de la finca. Cuando los contemplo desde la casa, los puedo mirar durante horas, observando su densidad, su follaje, la robustez de sus troncos, que solo un gigante podría rodear, pues su circunferencia ronda entre los ocho y nueve metros...

Quien los plantó sabía bien lo que estaba haciendo, conocía esos árboles, sabía que les tenía que dar espacio para que, con el paso de los años, crecieran a sus anchas. Tuvieron la separación necesaria para hacerlo, y para que sus ramas se entrelazaran de manera armoniosa, juguetona, y, además, colocar un banco de piedra entre cada pareja de robles.

Cuando salgo a contemplar la vegetación, diviso los diversos árboles que llenan la finca: un tejo, con un tronco grueso que apenas se deja ver, pues las ramas crecen casi desde la base del mismo, castaños (tengo que recoger los frutos que adornan el suelo en toda su periferia antes de que se pierdan); abetos, algunos alcanzan una altura de casi treinta metros; hayas imponentes con largos y retorcidos brazos, y una buena colección de pinos... Y también está el estanque; pues cuando salgo, después de regodearme con toda esa exuberancia arbórea y la pequeña porción líquida que rodea la casa, que la esconden de la carretera de miradas indiscretas, siempre acabo sentándome un rato en uno de los bancos entre los robles; si el día anterior me senté en el izquierdo, al día siguiente lo hago en el derecho y, desde ahí, contemplo la casa y dirijo la mirada hasta otro centenario, tal vez más que eso. «El hueco», como llamo al tejo, porque a pesar de tener el tronco vacío, son duros pero flexibles, fuertes y tan longevos que no es de extrañar que se les considere mágicos, pero no lo contemplo solo por su belleza, o su misterio, o su veneno; lo miro traspasándolo, porque sé lo que se oculta detrás, aunque no lo vea: el templete cenador de mis vecinos...

A veces lo contemplo durante horas.

Solo el frío hace que vuelva a la realidad.

Los vecinos, mis vecinos, que no tardarán mucho en instalarse, y que harán que mi soledad sea, en apariencia, más liviana.

No sé, pero tengo un presentimiento, una especie de desazón.

Creo que van a volver.

Creo que van a seguir hurgando.

Sea como fuere, estoy preparada.

Para lo que venga.

Estoy preparada.

«Me he bañado en el río Jordán».

Donde todo comienza

Abril 2020

No soy mala persona, nunca lo he sido, y nadie me considera como tal, pero me alegro de que el virus haya invadido nuestro mundo.

Sí, sobre todo eso.

El mundo.

Pero no lo comento con nadie, ni se me ocurre. Es algo mío, privado, demasiado peligroso para comentar.

Él está en Alemania, pasa mucho tiempo allí, por su trabajo, y allí le ha pillado el confinamiento. Podría haber vuelto a España, estuvo a punto, pero, por suerte, se lo pensó mejor.

Me dijo muy ufano: «Es mejor que me quede. Aquí la tasa de mortalidad es muy baja, el 0,8 % (me habla como si fuese uno de sus subalternos). Y hay mejor sanidad, por mucho que presumamos los españoles, o los putos políticos. No me interesa meterme en un avión y coger el puto virus. Además, no sé qué cojones están haciendo en España que no cierran los aeropuertos. Siempre tarde, siempre mal».

Cuando se enfada, cuando está de mal humor, o cuando va de pretencioso y arrogante, le gusta mucho utilizar vocabulario soez y: «puto, puta, putas, putos»; además de: «cojones, hostia» y algunos tacos más; le encanta pronunciarlos, se regodea con su vocalización, elevando el tono, enfatizando cada palabrota.

Continúa advirtiéndome: «No hagas el tonto. Sal lo menos posible y toma precauciones. No pienses que, porque estás en un pueblo perdido del Pirineo, estás libre de pillarlo. Y, por supuesto, nada de ir a Jaca o a Huesca. No quiero más problemas de los que tengo. No será que no te lo advierto», dice de corrido y a modo de riña.

Por supuesto, a todo le digo que sí.

Como siempre.

Faltaría más.

Me dice que por la noche hablaremos más tranquilamente y cenaremos por Skype, como siempre, y que quiere que me ponga para la cena el vestido rojo, el que tiene el escote en la espalda, y para los postres, el camisón negro. El corto, el de encaje, con el tanga a juego.

Le digo que sí.

A todo le digo que sí.

¿Cómo he dado lugar a esto?

¿En qué momento perdí mi autoestima?

¿En qué momento pensé que los príncipes azules existían?

Dicen que el virus se contagia por contacto, pero algunos añaden más, y yo lo subrayo, que es mucho más complicado y letal de lo dicho, y que tal vez se contagie por el aire, además del contacto. Manos, boca, nariz...

Tengo la fantasía de que alguien estornuda o tose por donde él pasa seguidamente, el pasillo del hotel, por ejemplo, cerca de su habitación, y se quita la mascarilla antes de entrar, porque ya no la aguanta, o mejor, el virus lo está esperando dentro, porque la limpiadora, asintomática, antes de salir estornuda, y todas las partículas se quedan en el aire, en suspensión, justo el tiempo necesario para que llegue Juan; y, cuando entra en su habitación, el virus se introduce en sus vías respiratorias, por la boca, por la nariz, y, además, sigue tocando con sus manos lugares donde se dejan caer esas partículas minúsculas asesinas. Y cuando se acueste, cuando duerma plácidamente, seguirán su curso hasta invadir sus pulmones, hasta colapsarlos, dejándolos impotentes, sin importar todos los adelantos médicos que tiene Alemania, todos sus respiradores, todos sus EPI, toda su tecnología; sin importar su bajo índice de mortalidad, sin importar que todavía sea joven y que no padece ninguna de esas patologías que ayudan a que te vayas más rápido al otro barrio.

Qué pena.

Cuánto daría por que no volviera.

Cuánto daría por no verlo más.

Cuánto daría por volver atrás.

Por comenzar de nuevo.

Aprovecho para hacer limpieza.

Josefa ya no viene.

Hasta que pase todo esto, yo seré la encargada de la casa, yo lo haré todo. No me importa, no se me caen los anillos; me da pena por ella, porque no está asalariada. Viene (venía), dos, tres días a la semana, le pagaba las horas que trabajaba y *chimpún*.

Cuando esto pase, la contrataré como es debido y le pagaré la Seguridad Social; total, solo le faltan dos años para la jubilación, así podrá cobrar un poco más. Además, es muy competente. Vive en una casa antes de llegar a Garde, en Navarra, y con su coche va a todos los sitios: a Izaba, a Roncal, aquí, y también se acerca a Ansó, donde vive una hermana que se casó con un ansotano. El marido ya está jubilado y se encarga del huerto y de los animales, en especial, de las ovejas; y como a él no le gusta conducir, nunca se le ha dado bien, según palabras de Josefa, depende de ella para ir a cualquier sitio que no sea Garde, pues ahí va andando, estirando las piernas, como él dice, haciendo ejercicio.

Son buena gente, aunque los conozco de poco tiempo.

Además, hacen un queso riquísimo, con un delicioso sabor a nuez. Ya sabía de la fama del queso de Roncal, pero ahora lo tengo de primera mano y lo disfruto con una copa de vino tinto Roble de Navarra, de nueve meses. Me regaló el primero al poco de conocernos, y antes del confinamiento, me trajo otro, algo más grande. Insistí en pagárselo, pero no hubo manera, no quiso de ningún modo.

Me llamo Valeria Castro Simón y estoy casada con Juan Gómez de Balboa, pero él me dejó muy claro que soy la señora de Balboa: el Gómez lo convirtió en una laboriosa «G.» en las tarjetas de visita.

Qué tontería, siempre pensé que Gómez de Balboa quedaba muy bien, pero Juan dijo que ni hablar, que suena a conquistador, a otras épocas; sin embargo, Balboa es más contundente, más empresarial.

Es muy atractivo, (para qué engañarme, fue una de las cosas que más me llamó la atención), moreno, con los ojos marrones, se le da un aire a Rock Hudson; cuando alguien se lo comenta, él muestra esa sonrisa de dientes blancos y fuertes y se encoge de hombros, como diciendo: «Tengo suerte, la naturaleza me ha sonreído».

Es alto, metro ochenta y cinco, o algo más. Ancho de espaldas, pero con tendencia a engordar en la zona abdominal cuando se descuida un poco. Aunque no lo reconocerá ni muerto.

También es inteligente, y también me fijé en ello, pues yo podía ser muy tímida, incluso ingenua en más de una ocasión, pero no tenía, ni tengo, un pelo de tonta.

Así que, de esa forma, Juan me entró por los ojos y por la mente.

¿Y yo?

Tengo veintinueve años, me casé a los veintidós, recién acabada la carrera. Dos meses más tarde, mis padres murieron en un accidente de tráfico, algo que me causó un gran trastorno, pues lo eran todo para mí. Hace cuatro años, murió de sobredosis el único familiar cercano que me quedaba: mi hermano.

«Lo mejor que podía pasarle, cariño —fueron las palabras de mi marido cuando nos enteramos—. ¿Qué puedes esperar de un drogadicto? Problemas y más problemas. El que no se rehabilita, lo mejor es que se muera. Y me río de los rehabilitados», añadió mostrando su perfecta sonrisa y su aire de suficiencia.

Juan tiene diez años más que yo. En el pasado, cuando era una jovencita de veinte años, noble, prudente, tímida, él me fue moldeando a su antojo. Terminé la carrera de arquitectura técnica porque todavía vivían mis padres; si no hubiera sido así, él me habría convencido para dejarla.

Pero quedó muy claro que la señora de Balboa no iba a trabajar. Se encargaría de su casa, de su esposo y tendría los hijos que el señor Balboa considerase oportuno.

Hizo ADE en Madrid; trabaja desde hace años, mucho antes de conocerme, en una multinacional farmacéutica alemana; gana alrededor de doscientos mil euros al año. O, por lo menos, es lo que me ha dicho.

Al principio viajaba con él, el primer año. Luego consideró que era mejor que yo me quedara en casa, esperándolo. Vivíamos en un precioso apartamento en la calle Princesa, en Madrid. Lo vendió y nos fuimos a Zaragoza, él es de ahí, yo madrileña. Gata, como me llamaba al principio, no solo por ser de Madrid, sino por mis ojos verdes.

Eran otros tiempos.

Alquiló un piso, pues no tenía claro lo que quería: después de unos meses, me dijo: «He comprado una casa. En el norte, cerca de Navarra, al lado de Ansó. Es un buen sitio para vivir y

para criar hijos, si es que de una puta vez te quedas embarazada. Hay buena conexión, de manera que podré trabajar desde casa cuando no sea necesario viajar».

Por supuesto, todo fue decisión suya, y, por supuesto, yo debía estar agradecida y contenta de tener un estatus que la mayoría de las mujeres con dos dedos de frente envidiarían.

Gana mucho dinero con su trabajo, pero no son solo las pagas, catorce, también cobra beneficios que le incrementan mucho a final de año, sin contar algún asunto en negro del que no tiene que declarar, ni cotizar; y si eso fuera poco, su fortuna personal ha aumentado, porque sus padres murieron unos meses antes de que llegara el covid; el padre primero, de cáncer de pulmón, y poco tiempo después, la madre, de un ictus fulminante, sin dar tiempo a quebraderos de cabeza; lo del padre fue diagnosticarlo y, dos semanas después, morir, y la madre, cuatro meses más tarde: un desmayo, ingreso, unas horas en la UCI, y pum, muerta.

Juan es el pequeño de tres hermanos. Una vez que enterraron a la madre, pusieron en venta las posesiones, que eran unas cuantas; se vendieron con tanta rapidez, que hasta ellos mismos se sorprendieron, pues apenas hubo que negociar. Se han repartido el dinero.

El dinero...

A Juan le gusta mucho, pero qué mucho.

Con los inmuebles de los padres, antes de ponerlos a la venta, se hizo un inventariado por si alguno se quería quedar con algún mueble o enser, y lo que no, venderlo o darlo a la beneficencia, para luego vender la casa o el piso. Juan se encargó de la casa de Benasque; se quedó con un par de muebles y algunos cuadros, y se encontró en el aparador del comedor una ajada caja de cartón donde había una colección de manteles. Le llamó la atención que esos manteles no estuvieran en los cajones, sino en un compartimento del mueble. Vació la caja en el suelo y vio caer varios sobres amarillos. Estaban precintados con celo; los abrió con facilidad, pues el celo estaba pasado, y se encontró con algo más de cien mil euros. Por supuesto, no dijo nada a sus hermanos y se quedó con el dinero, a pesar de lo que hablaron después de que se abriera el testamento. Sabían de sobra que todo se lo dejaban a los tres, para que repartieran o vendieran a su antojo, incluidas las joyas, que podían venderlas o quedárselas para las esposas. Juan intentó convencer a sus hermanos, diciendo que podía conseguir una cantidad considerable por ellas, pero los otros se negaron, pues querían un recuerdo de familia, de la madre, y los dos tenían hijas, con lo cual se hicieron tres lotes equilibrados en valor, y se sortearon; después de eso, no se habló más del tema. La parte suya ya no le interesó venderla, y fue a parar a mi joyero: de vez en cuando me coloco un anillo, un broche, o una pulsera. Pero solo de tarde en tarde, no soy de joyas ostentosas, prefiero las mías, sencillas, y la bisutería más llamativa.

Algo que les llamó la atención fue que en la cuenta bancaria solo hubiera quince mil euros, pues el padre había hecho varias inversiones a lo largo de su vida, y también algunos negocios. Uno de los hijos, el mayor, dijo que tal vez los negocios o inversiones no habían salido tan bien como el padre presumió en más de una ocasión, o que lo ganado se había invertido en las casas.

A mí me lo dijo hace poco, y al ver la expresión que puse, pues me pareció algo muy feo, me advirtió:

—Ya te guardarás de hacer comentario alguno sobre el tema cuando estemos con ellos. Ni a

ellos, ni a sus mujeres.

—No tengo nada qué decirles. No es asunto mío —repliqué ofendida.

—Así me gusta. Además, mis hermanos habrían hecho lo mismo. A todos nos gusta la buena vida, y a las arpías que tienen por mujeres, mucho más.

Siempre ha criticado que mis padres vivieran de alquiler, que no hubieran acumulado nada, que tuvieran un tipo de vida que él nunca ha compartido.

—Los dos trabajando y no tener ni un piso en propiedad... —se lamentaba Juan, al tiempo que mostraba un gesto despectivo—. Qué desperdicio.

Mamá era maestra en un colegio privado; al principio era algo vocacional, luego ya no tanto, pues decía que los niños eran agotadores, dando lo mismo la edad que tuvieran; y si los niños eran así, los padres... Mejor no hablar.

Eran una pareja muy parecida en el modo de pensar y de vivir la vida: les gustaba salir, viajar, lo hicieron cada vez que pudieron; solo ahorraron para que sus hijos estudiaran una carrera; por lo demás, dinero ganado, dinero gastado. De hecho, las herencias que tuvieron de sus respectivas familias, una vez convertidas en dinero, dejaron la mitad para estudios, y el resto, para viajar y disfrutar, como decían ellos.

Mi hermano comenzó la carrera de Farmacia, pero no la acabo. Por aquellos años ya estaba metido en el mundo de la droga y sacaba más dinero traficando que si hubiese montado una farmacia. Por suerte, mis padres no presenciaron el declive de su hijo.

Juan siempre aprovecha la ocasión para sacarlo a relucir, siempre dice que, si mis padres hubieran tenido un piso y una casa en el campo, o un apartamento en la playa, la herencia que me hubiese correspondido, él se habría encargado de convertirla en líquido y le habría sacado un jugoso beneficio.

Hay personas que cuando no están en su trabajo, tienen un *hobby*; el *hobby* de Juan son las inversiones, y, por el momento, le van muy bien; tanto las A como las B.

Tengo una tarjeta de crédito vinculada a una cuenta que está a nombre de los dos. En ella suele haber alrededor de veinte o veinticinco mil euros, que él se encarga de mantener, pues todos los meses traspasa de su otra cuenta entre dos o tres mil euros. Porque, eso sí, le gusta que su mujer tenga siempre disponible para el *súper*, para la *boutique* o para la peluquería; lo que sea para su preciosa mujercita.

Esta casa, y la finca, le ha costado casi trescientos mil euros, pues no se ha tenido que hacer ninguna reforma. Es una casa muy antigua, de piedra, restaurada de arriba abajo, conservando esa esencia de las casonas de fin de siglo, pero no del XX, sino del XIX; no obstante, cuando entras, te frenas, te quedas inmóvil, como si te hubieras equivocado, pues el interior no coincide con el exterior. Nada más subir los escalones de acceso al pequeño porche de entrada, abrir la puerta de roble oscurecido por el tiempo, te encuentras en una estancia abierta, diáfana, en un vestíbulo elevado donde puedes seguir la escalera flotante de caoba africana y sin baranda que lleva a la planta superior, o mirar a la derecha y observar el gran salón, con el comedor a la derecha, enjaulado en una especie de hornacina gigante, a la que llegas subiendo tres escalones y que da cobijo a una robusta mesa de madera de haya maciza para ocho comensales, que se puede

ampliar a doce si nos juntamos un poco más. Las sillas son diferentes, pero todas de diseño, todas carísimas, y conjugan en plena armonía con la maravillosa mesa, que muestra orgullosa sus vetas, sus nudos, incluso alguna grieta, y que mantengo lustrosa con una mezcla de vinagre y aceite de oliva, que aplico cada poco tiempo. La cocina abierta se encuentra al fondo, dominando la estancia, y un pequeño pasillo a la izquierda conduce al baño de invitados, el que solemos utilizar cuando estamos en esta zona. Unos grandes ventanales se abren al exterior, a la zona delantera de la casa, que, sumado a un tragaluz que se encuentra encima de la puerta principal, hace que los rayos solares de la mañana se cuelen por el entramado de las ramas de los árboles, iluminando la estancia. En el otro lado, unas puertas francesas, rodeadas de gruesos y blancos estantes para formar una gran librería, dan salida al jardín trasero, y al sol o la luz del atardecer, de manera que toda la planta tiene una buena dosis de luz, a pesar de los árboles y aunque el cielo esté muy oscuro.

Se le hizo una buena reforma, soy arquitecta (bueno, arquitecta técnica), y puedo dar fe de ello. Juan dice que le pidieron 390, pero que, como la piscina es lo único que no está en condiciones de ser usada (de hecho está bastante deteriorada) y la finca llevaba bastante tiempo a la venta, pues consiguió ese descuento. Creo que premió más la necesidad de vender que el hecho de tener una piscina en pésimas condiciones, pues estamos hablando de casi una hectárea con hermosos árboles y una casa de 200 metros cuadrados. Es mi opinión, pero no lo he dicho en voz alta, no he querido que Juan la sepa.

Yo me pregunto para qué queremos una piscina al aire libre, si el calor dura poco. Él comentó, antes de irse a Alemania, que a lo mejor la cubría, la añadía a la casa, y así podríamos utilizarla todo el año. Yo le dije que podía transformarla en un huerto y en un acuario, algo que le daría otra categoría; o incluso, hacer un *jacuzzi* y al lado una zona de estar hundida, con una cavidad para un fuego central. Eso lo dejó pensativo, pues ha visto algo similar en casas de amigos, conocidos o jefes, y en más de una película.

—Bueno, ya veremos —me dijo con la vista perdida en la deteriorada piscina.

La casa está cerca de Ansó, pero no tanto como para ir andando si tienes compras o cosas que hacer, de manera que cojo el coche para hacer la compra o cualquier otra necesidad. Antes de que comenzará todo esto, fui más de un domingo a la iglesia, no porque sea religiosa, sino por disfrutar de la paz que se respira en ese lugar. alguna vez he ido en bici, pero solo por hacer ejercicio; no es práctico para llevar la compra o cosas por el estilo.

¿Por qué me gustaría que el virus se lo llevase?

Porque creo que he pasado del amor al odio.

Tal vez no sea odio, tal vez solo se trate de dolor, de desamor, de desilusión, de desidia, de tristeza y, por qué no decirlo, de miedo.

Sí, también miedo.

Es lo que suele ocurrir cuando las relaciones no son equitativas.

Cuando él quiere controlarlo todo.

Cuando él te anula cuando quiere y como quiere.

Sí, me ha puesto la mano encima.

Sí, me ha pegado...

Sí, en una ocasión.

Solo una.

¡Solo una!

Pero sus miradas son advertencias, son avisos...

Avisos de catástrofes.

¡Qué suerte tienes, Valeria!, me digo más de una vez.

Sí, tengo mucha suerte (ironía).

He aprendido la lección.

También pienso: «¿Eres tonta? ¿Cómo dejas que un hombre, que tu marido, te ponga la mano encima, o te amenace, o te ofenda con sus palabras, con su mirada, con burlas o desprecio? Bueno, es un tema delicado, no todo es blanco o negro, y las cosas se van enredando; y cuando quieres dar marcha atrás, ya es tarde, o peor, no sabes cómo desenredar el ovillo».

O, peor todavía, tienes miedo de tirar del hilo.

O, aún peor todavía, no encuentras la punta del hilo.

Recuerdo esa vez que me pegó.

Fue en Zaragoza, cuando todavía no sabía la existencia de esta casa, pero él ya tenía pensado verla. Fue una noche, en una cena con sus hermanos y esposas, en un lujoso restaurante. Yo bebí algo más de la cuenta y, según las palabras de mi marido, coquetteé descaradamente con el mayor, dando lugar a que la esposa se pusiera celosa y que él se enfadara como un demonio.

Recuerdo que me pasé un poco con el alcohol, pues no suelo beber, y cuando lo hago, es siempre con moderación para no perder el control. Esa noche no perdí el control, no coquetteé con el mayor, ni con el mediano; simplemente fui simpática, me reí un montón con las cosas graciosas que decían uno y otro, y... Bueno, soy más joven, más alta, más delgada, y más guapa que mis cuñadas; seguramente las dos se pusieron celosillas, o fue una manera de mostrar su envidia.

Al llegar al piso, al cerrar la puerta, me agarró de la muñeca y me pegó un golpe en la cabeza, dejándome espatarrada en el suelo de parqué y viendo estrellitas plateadas delante de mis ojos.

—Como te comportes otra vez como esta noche, lo recordarás toda tu puta vida. ¿Hablo claro?

No levantó la voz, solo la arrastró, la endureció, para escupir las palabras mientras me veía en el suelo, con el precioso vestido plateado subido hasta las caderas, mostrando el tanga negro, y yo sentí el miedo recorriendo mi cuerpo, sentí tal ahogo que comencé a hacer pucheros, medio borracha, no queriendo creer esas palabras, pero, sobre todo, atontada con ese golpe...

Apretando la pelvis para que no se me escapase la orina.

La mano grande, morena y elegante, apareció ante mis ojos, y sus palabras se suavizaron mientras esperaba que yo la cogiera.

—Vamos a la cama... Que te voy a quitar ese puto vestido —añadió con pereza.

Obedecí.

Quise ir al baño, pero no dije nada.

Me quitó el puto vestido.

Y follamos.

Y, sin poder evitarlo, tal vez por tener la vejiga llena, tuve un orgasmo tan fuerte que boqueé como un pez fuera del agua durante un largo minuto.

Cuando me levanté para ir al baño, me dio un azote en el culo y soltó una vulgaridad.

Al salir, roncaba como un cerdo.

Al día siguiente, nos mostramos como si no hubiera pasado nada violento, recordando una noche de sexo y nada más.

Y la vida continuó.

¿Cuántas veces he pensado en esa noche?

Muchas.

¿Cuántas veces he pensado que al día siguiente debí haberme marchado?

Muchas.

Pero no lo hice.

Fui una cobarde.

Y, para colmo, tuve un de mis mejores orgasmos después de que me golpease la cabeza.

Hablo de tarde en tarde con mis antiguas amigas. Ellas siguen en Madrid, casadas, con familia, un hijo como mínimo. Entre la distancia y la maternidad, no tenemos el mismo apego, o, tal vez, nuestra amistad no era tan fuerte como creía, y ahora sale a la luz; o tal vez yo no tengo nada importante qué contar, y por supuesto no deseo que sepan que Juan me domina hasta puntos insospechados, aunque imagino que lo saben, en especial, después de que me saliera del grupo de *wasap*. De todos modos, seguimos en contacto, y ahora, con esto del covid, algo más.

Tengo tanto tiempo para pensar, que creo... que pienso demasiado, y lo que pienso no me gusta.

He sacado brillo al suelo de madera, he quitado el polvo a los hermosos muebles *art déco*, he limpiado las encimeras de la cocina y de la isla, he dado brillo a la mesa del comedor...

No estoy cansada; en todo caso, eufórica.

Estoy sola, estoy feliz.

Me preocupan mucho, muchísimo, todas las muertes diarias; en las últimas 24 horas casi se han llegado a las mil. Es horroroso. Quién nos iba a decir que nos iba a pasar esto, a nosotros, a la Humanidad, en el siglo XXI, cuando creíamos que todo estaba controlado, cuando las epidemias ocurrían en el Tercer Mundo, pero no osaban llegar al nuestro.

Y mira.

Una pandemia.

Suena el móvil y me sobresalto.

Lo miro, es Marta, una amiga de Madrid.

Dudo si cogerlo.

Lo cojo.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —saluda alegre, y yo me la imagino con su media melena negra azabache y sus ojos pardos.

El otro día hablamos por videollamada: llevaba la melenita lisa hasta el extremo y un flequillo que le tapaba la frente.

Marta es locutora de radio, y se le nota. Tiene una voz preciosa; pero cuando no trabaja, habla igual que si estuviera en la emisora. Le da una entonación especial a la voz, tanto, que a veces me resulta repelente; y cuando alarga las eses y remarca las erres, me rechinan los dientes. Juan dice que es deformación profesional, que todas las profesiones las tienen en mayor o menor medida; mírate tú, me dijo en una ocasión, que a pesar de que no ejerces, analizas con ojo clínico cualquier obra interna o externa que ves, para decir al momento lo que está bien o mal, o cómo lo habrías hecho o dejado de hacer.

La verdad, eso es algo que hacía al principio, pero, al ver el gesto de Juan y percibir lo molesto que se sentía, lo dejé, pues siempre ha pensado que con mi aspecto físico tendría que haber estudiado otra cosa: Enfermería, Derecho o Magisterio, incluso Farmacia como mi hermano...

«Tu hermano tendría que haber hecho arquitectura, o ingeniero, y tú, algo más femenino, más delicado, más apropiado... Con ese aspecto de damisela en apuros que tienes», dijo en una ocasión, mostrando una gran sonrisa.

Desde ese momento, dejé de hacer comentarios sobre obras, reformas o cualquier cosa relacionada con la carrera que había cursado, con el trabajo que debería estar haciendo.

Los dejaba guardados en mi mente.

Marta me cuenta cómo están las cosas por ahí, y yo la escuchó sin escuchar.

—¿Te acuerdas de Elvira?

—¿De quién? —repregunto, volviendo al presente.

—Elvira, la hermana mayor de Maria Luisa. ¿No te acuerdas?

Solo tardo unos segundos en centrarme y recordar.

—Sí. La pelirroja, la que se casó con un ingeniero que trabajaba en Barajas.

—Eso. Sigue trabajando en Barajas. Pues ha pasado el virus, y no te imaginas lo fastidiada que está. Y ya ves que no es mayor, tiene cuarenta o cuarenta y uno, pero tiene que hacer rehabilitación, porque un brazo se le ha quedado medio inútil. Eso sin contar con otros trastornos: problemas respiratorios, cansancio, febrícula, pérdidas de memoria... En fin, un asco, chica.

Sigue hablando, sigue contándome cosas de unos y de otras, de sus hijos (tiene dos), de su familia política, y, después de diez minutos, me pregunta.

—¿Y tu marido?

—Sigue en Alemania.

—Mejor. Tal y como está todo... lo mejor que puede hacer.

—Sí. Es lo mejor.

—Pero, ¿y tú? Tienes que estar muy sola... ahí, en ese lugar alejado de todo y de todos —lo dice de un modo que parece que yo esté en el Polo Norte.

—Bueno, tal y como están las cosas, es lo mejor. ¿No te parece? —le pregunto risueña, y

añado—: En Madrid están las cosas que arden.

—Sí, es verdad —suelta un suspiro—. Es muy estresante. Mucho. Estás mejor ahí, ya lo creo, aunque estés sola. Más vale sola que mal acompañada —suelta de corrido.

Hablamos unos minutos más, y nos despedimos sin olvidar darme recuerdos de Laura y de Ana Luisa, y de advertirme que me cuide mucho y que use la mascarilla cada vez que salga de casa o acuda quien sea a traerme la compra... o lo que sea, y que me lave muchísimo las manos.

Laura tiene la misma edad que Marta, también tiene dos hijos y es ginecóloga en La Paz; su marido cirujano. Ana Luisa es de mi edad, tiene un hijo y, después de sufrir varios abortos seguidos, se ha quedado embarazada de nuevo; es abogada, pero no ejerce como tal, pues trabaja en un banco. El marido tiene una consultoría y gana mucho dinero. Hablamos al menos una vez al mes; antes, cuando me fui a Zaragoza, lo hacíamos cada semana, pero entre unas cosas y otras, se fue espaciando. Cuando me salí del grupo, donde estábamos en contacto todos los días, se extrañaron, y cuando les puse la excusa de que me molestaban todas esas tonterías que se suelen poner de chistes, memes y demás historias, no dijeron nada. Creo que imaginaron que Juan estaba detrás de todo.

Solo en una ocasión, la abogada, Ana Luisa, me dijo:

—No quiero meterme donde no me importa, Valeria. Pero no deberías dejar que tu marido te organice la vida.

Yo, molesta, incomoda, incluso dolida por ese comentario, por la grotesca realidad de mi vida, solo le dije:

—Tienes razón, Ana Luisa. No te metas.

Con las palabras de Marta en mi mente, sonrío ante sus advertencias. Es un año mayor que yo (repitió un curso), y eso parece darle motivos para comportarse con cierta condescendencia. Por supuesto que uso mascarilla, pero no me pongo guantes, creo que es mejor lavar las manos las veces que haga falta, y llevo una botellita de líquido desinfectante en el bolso, para emergencias. Para las compras y todo eso sí me los pongo, y guardo la distancia prudencial, y hago un ligero saludo a las personas con las que me cruzo. Nada más. Aunque nadie me ha dicho nada, sé que más de uno se alegra de que Juan siga en Alemania, y que desean que no vuelva hasta que esto se estabilice; eso de que venga gente procedente de otros países o de otros lugares, da lo mismo, no gusta, y más aquí, en un pueblo perdido en el Pirineo, aunque el turismo antes de esto, era algo muy lucrativo, pero a las malas, perdonan el beso por el coscorrón. Al menos de momento.

Luego, ya veremos.

Seguro que, tarde o temprano, se normalizarán las cosas.

Aquí, creo que no hay ni un solo caso; creo que será de los pocos pueblos de España donde no hay infectados; y, si los hay, son mínimos y están controlados. Será por lo alejados que estamos de las grandes urbes, o tal vez porque la mayoría de la gente no se mueve mucho. Pero, claro, la cuestión es el turismo, pues Ansó ha sido declarado uno de los pueblos más bonitos de España, y en primavera y verano, con sus calles llenas de flores, plantas a cuál más bonita y colorida, y ese olor que circunda todo el entorno... a naturaleza, a montaña...

Si cierras los ojos, mientras saboreas un pacharán casero, o unos ricos hojaldres, o las dos cosas, y te dejas encantar con el sonido de los pájaros, o con el sonido del agua si estás cerca del río Veral, provocando que te sientas en un lugar pintoresco, una especie de paraíso, todo ello hace que sea una perita en dulce para que acudan los forasteros... pero ahora estamos confinados. Las zonas de Ansó, Hecho y Berdún son de las que menos casos han notificado desde que comenzó la pandemia.

Sí, el turismo puede ser un problema en las condiciones de pandemia; los valles de Ansó, de Hecho y de Linza son tan hermosos que te dejan sin palabras; conforman un lugar para dejarse envolver por la naturaleza, para dejar volar la imaginación y pensar que estás en otro mundo, en otra época, que no existen los problemas, que no tienes que lidiar con una ciudad caótica, que la vida es bella y nada ni nadie puede oscurecer tanta hermosura. Ansó es tan bonito que no me importaría tener una casa en el pueblo, pero Juan compró esta, y bien está. No sé si habrá alguna en venta, solo tiene 400 habitantes, pero creo que él buscaba la soledad y la privacidad de una casa en el bosque, cerca de los pueblos de Ansó y de Garde; pero si no tienes coche...

No tenemos vecinos en este momento, la casa de al lado está vacía, pero, aunque hubiera alguien, nadie te puede oír si gritas, si te ocurre algo, si necesitas socorro. A no ser que tengas el móvil contigo, que llames al 112, nadie podrá ampararte.

¿Por eso la compró?

¿Para que nadie nos importune?

¿Para que nadie oiga lo que dice o lo que hace?

Juan y yo recorrimos la zona antes de irse a Alemania, y tengo que reconocer que me enamoré del lugar, a pesar de los tacones. Cuando fuimos al Valle no pasó igual: íbamos equipados por completo, pues había varios centímetros de nieve y aprovechamos para esquiar. «Linza es el lugar adecuado para esquiar», dijo mi marido. Juan también comentó que a él no le inmutaba el paisaje, que no le impresionaba como a mí, que él ya lo había visitado muchas veces a la largo de su niñez y juventud, pues sus abuelos tuvieron una casa en Jaca (una de las tres posesiones que vendieron los hermanos), y otra en Sallent de Gállego, y que estaba acostumbrado a la belleza del lugar, y que por ese motivo compró la casa, sabiendo que me gustaría tanto una cosa, como la otra. Además, le gustó la cercanía con Navarra, pues tiene amigos en Pamplona y así sería más cómodo visitarlos o que ellos lo hicieran. Conozco a esos amigos y a sus esposas de verlos en nuestra boda, pero ya no hemos vuelto a coincidir, aunque sé que él sí se ha visto con ellos en Madrid varias veces, y puede que en Berlín.

Mis amigas y sus maridos tenían planeado un viaje por la comarca de La Jacetania, hacer una ruta del románico, y de paso, visitarnos, conocer la casa y pasar unos días. Pero con todo esto... no ha sido posible.

Juan no traga a los maridos de mis amigas, pero lo disimula bien: si tiene que aguantarlos durante cuatro o cinco días, los aguanta, y de paso presume de la casa y de la finca que ha comprado, pero, por el momento, no será así.

La verdad, no me apetece que vengan, y como esto va para largo, estoy casi segura de que no tendré que aguantar situaciones incómodas. Volviendo a mi marido, que venga cuándo tenga que venir, pero cuánto más tarde, mejor.

Por una vez, soy feliz en casa.

Toda para mí.

Es preciosa, o tal vez debería calificarla como hermosa por fuera y preciosa por dentro; grande, con un lujo discreto, pero lujo a fin de cuentas; suelo de madera de roble, la caoba africana de la escalera fue un capricho del último dueño, incluido su diseño y la ausencia de baranda; muebles caros, obras de arte por las paredes y alguna escultura sobre un mueble bajo o una estantería. Una biblioteca repleta de lo mejor, donde puedes encontrar desde los clásicos, hasta los *bestsellers* de antes y de ahora, libros de viaje, de cocina, de antigüedades, de historia, etc.; y otro tipo de libros, de edición limitada, cuyo precio puede resultar prohibitivo para la mayoría de los mortales; también hay un televisor de muchas pulgadas, que solo se pone cuando Juan está aquí, pues yo prefiero ver las películas y las series en la habitación, en una tele algo más pequeña, acorde al tamaño de la alcoba. La cocina es carísima, con electrodomésticos última generación, y los baños son para hacerte hablar. Fotos de nuestra vida en común, de cuando éramos novios, de la boda, de los viajes que hemos hecho, salpican los muebles y continúan por el piso superior.

En fin, una casa de ricos, elegante, con gusto.

Acabo de ponerme con un armario empotrado que hay en el piso de arriba, en el pasillo que lleva a las habitaciones. Tiene las puertas blancas, haciendo un enrejado, que contrastan con el color ocre claro de la pared y con las vigas de roble oscurecido que adornan el techo. Es un armario para guardar la ropa blanca, y por los agujeritos del enrejado sale el aroma a suavizante y a las hierbas que pongo dentro de una bolsita de tela. Voy a organizarlo, pues, al llegar aquí (solo llevamos cuatro meses), guardé las cosas un poco al tuntún y Josefa no lo ha tocado, solo ha guardado sábanas y toallas.

Después de algo más de media hora, no tengo prisa, lo he sacado todo, lo he clasificado y lo he dejado en dos canastos de mimbre. Aprovecho y le paso un trapo, aunque no está sucio. En el estante inferior, el que está casi al nivel del zócalo del pasillo, noto algo raro. Deslizo los dedos por encima y sigo notando algo; tal vez sea una estría del yeso, pues las baldas son de obra. Pero esto es el fondo, el suelo del armario. Vuelvo a tocar y meto dentro la cabeza y parte del tronco. Salgo y voy a por el móvil para usarlo como linterna; también cojo un destornillador y un cuchillo.

De nuevo me introduzco en el hueco y enfoco la grieta. Meto la punta plana del destornillador y hago palanca; después de unos segundos levanto la tapa y miro en el interior. Es un hueco de 40 por 40 centímetros, más o menos.

Por un momento, en una loca fantasía, he pensado que me encontraría con un tesoro. Una cantidad enorme de billetes, como se encontró Juan en la casa de Benasque, ideal para comenzar una nueva vida, o, en su defecto, un montón de joyas, que una vez vendidas, serviría para lo mismo.

Pero no, no hay nada de eso.

Déjate de fantasías, Valeria.

Mis dedos largos y delgados sacan un libro, una agenda o algo similar.

Salgo del armario dándome un coscorrón contra la leja superior, y con el libro en la mano apago la linterna del móvil y me lo guardo en el bolsillo trasero del vaquero. Sentada en el suelo entarimado de lustrosa madera, miro detenidamente mi descubrimiento.

Las tapas son negras, de piel blanda, ajada por los años, con unas cintas del mismo material, que permanecen atadas.

Desato con cuidado, como si fuera el manuscrito de *El Quijote*, y abro la agenda, el libro o lo que sea.

Mis ojos se deslizan por la pulcra y preciosa caligrafía. Muevo las hojas, como cuando abres un abanico, casi todas están escritas al principio y al final, pero no le presto demasiada atención, pues enseguida mis dedos se mueven por el interior y abren en la primera página. Mis ojos se quedan mirando la primera frase.

Se llamaba Izarbe...

Así comienza esta historia.

La curiosidad me invade.

Y comienzo a leerla.

Sin pensar en otras cosas.

Nada me apremia.

Tengo todo el tiempo del mundo.

Capítulo 1

Abril 1956

Se llamaba Izarbe.

Nunca le gustó su nombre, pero, con el paso del tiempo, según se fue haciendo mayor, se acostumbró. Su madre: Izarbe; su abuela: Izarbe; su bisabuela: Izarbe... Y así hasta el infinito. Le quedó muy claro su significado: nacida debajo de las estrellas.

Y su virgen.

Y su ermita.

Nació en el Alto Aragón, el Alto Gállego, más arriba de donde procede su nombre, de donde se sitúa la Ermita de la Virgen de Izarbe, de donde nació la primera Izarbe, que procedía de Anzánigo, tatarabuela, o tal vez trastatarabuela del resto de las mujeres de su casa, en un pueblo precioso, cerca de Francia, lejos de Navarra, donde los inviernos eran largos, fríos y duros; donde la nieve hacía acto de presencia en octubre, en noviembre como muy tarde, donde las casas no tenían calefacción, como mucho una estufa en la cocina, o la misma cocina de leña o de carbón donde se guisaba, donde procedía la fuente de calor, o, si tenías más suerte, una gran chimenea, casi para meterse dentro, donde ardía el fuego todo el día, donde se cocinaba durante horas el puchero del día siguiente, donde se calentaba el café (si es que había), o achicoria, o la leche recién ordeñada si tenías vacas o cabras. Debería haber nacido algo más abajo, más cerca de Navarra, casi en la linde, de donde era su madre, su tío, sus abuelos, donde una de las Izarbes se había casado con un ansotano.

Pero un día apareció por el pueblo un guapo mozo que conquistó a su madre, se casó con ella y se la llevó a la comarca de Alto Gállego, al pie de las más altas cumbres de la cordillera pirinaica, muy cerca de la frontera con Francia; y allí nació Izarbe. Su padre, del que no tenía recuerdo, se largó, dejándolas con los padres de él, y prometiendo que pronto volvería, que debía luchar en esa guerra, aunque no supiera muy bien por qué; dijo que volvería sano y salvo, y que vivirían felices para siempre. Primero se alistó para luchar en el frente republicano, sin tenerlo muy claro, dejándose convencer por un par de amigos de Huesca, que eran republicanos hasta la médula y que estaban segurísimos de que ganarían la guerra, y en ese futuro victorioso tendrían grandes posibilidades para prosperar, ya fuese en la política o en los negocios; pero después, cuando faltaba poco para que la Batalla del Ebro finalizase, viendo la suerte que había tenido hasta el momento, pues apenas tenía algún rasguño mientras que sus amigos habían perecido semanas antes, decidió que a él no se le había perdido nada en esa guerra, que ganaran unos u otros, y la balanza se inclinaba hacia el bando sublevado, que a él lo putearían igual, así que desertó.

Con el paso del tiempo volvió a Sallent, pero no encontró lo que esperaba, pues su mujer y su hija ya no estaban, y su madre, después de morir el padre, había terminado sirviendo en la casa del señor, el dueño de las tierras que había trabajado el padre durante muchos años, y ella también murió poco antes de su vuelta, de una feroz y rápida pulmonía. Decidió ir en busca de su familia, la única que le quedaba: su mujer y su hija, sabiendo, dando por hecho, que estarían en la casa de sus suegros, pero antes de emprender el camino, le salió un trabajo en Jaca, y allá que se fue; a fin de cuentas no había de qué preocuparse, pues sabía de sobra que ellas estarían bien cuidadas, que no se moverían del lugar.

Antes de la guerra iba a trabajar a otros pueblos, incluso a Huesca, y hasta bajaba a Zaragoza; luego volvía, traía dinero, les daba algo a sus padres, otro poco a su mujer y se quedaba un tiempo sin hacer nada. Era un poco vago, o, digamos, que tenía sus épocas: siempre que finiquitaba un contrato, un trabajo de la índole que fuese, creía necesario un descanso, un cotidiano y simple placer de gastar lo ganado y disfrutar de la vida. Era vivaracho, muy simpático y le gustaba beber más de la cuenta, aunque para la buena verdad, no hacía mala bebida, a excepción de cuando se ponía celoso, aunque la madre de Izarbe no le diera motivos.

Cuando se fue a la guerra y ya no dio señales de vida, la esposa esperó las cartas que nunca llegaron, hasta que pasaron semanas y meses. Todo se había complicado de mala manera, pues el suegro había fallecido y la suegra se vio obligada a dejar la casa para instalarse y trabajar en la gran casa del dueño de las tierras que durante décadas había trabajado el padre de su esposo. Izarbe y su pequeña podrían haberse instalado con ella, pues el señor lo dijo así, que había una habitación disponible para ellas, y que podía ayudar en las tareas de la casa por techo y comida, y, tal vez, encargarse del ganado y ganarse un dinerillo. El hecho de trabajar por techo y comida no habría sido malo, incluso encargarse de las vacas y las cabras tampoco, pero ella era muy consciente de las miradas que ese hombre le lanzaba cuando pensaba que nadie se daba cuenta, sin contar las miradas que la esposa de dicho hombre le lanzaba a él, y a ella; además, ¿para qué seguir ahí si ella podía volver a casa de sus padres, con su hermano, y poder criar a su hija sin tener que depender de la limosna que le ofrecía un hombre con malas intenciones? Y si Miguel Berdún estaba vivo, no le sería difícil dar con ellas. Así que escribió a su hermano y le explicó su situación.

Martín hizo lo que pudo, se podría decir que removié Roma con Santiago, como aquel que dice, pero no pudo averiguar dónde estaba el perdido, el difunto, o lo que fuera; más tarde, en la mina, donde se había habilitado una zona para fabricar munición y, un poco más lejos, un polvorín donde se guardaban armas que llegaban de otros lugares, y cuando era necesario se transportaban algún lugar de encuentro, y de ese modo, abastecer al bando franquista, supo por unos de Huesca que un tal Miguel Berdún había desertado del bando republicano, que, aunque en un principio lo dieron por muerto, igual que a sus amigos oscenses, más tarde, después de acabar la guerra, lo vieron en Sabiñánigo y después en Benasque.

A Martín no le extrañó, pues nunca había sentido simpatía por el marido de su hermana y siempre pensó que era un inútil. Que sí, que el chico era muy guapo y muy simpático para el resto de la población, pues caía muy bien a la gente, tal vez por ese cabello rubio, y ligeramente

ondulado, y esos ojos azules, y esa permanente sonrisa que mostraba unos dientes fuertes y blancos, pero daba igual: por muy simpático que cayera a la gente, a Martín nunca le gustó.

Izarbe lloró sin consuelo, eso sí, nunca en presencia del hermano. Después lloró por la muerte de su padre, y luego por la madre; poco después apareció por casa el esposo perdido, y le prometió, por lo más sagrado, que no las volvería a dejar, que iba a trabajar de sol a sol en la presa de Yesa, pues las obras, una vez acabada la guerra, se reanudaban de nuevo; también dijo que ganaría mucho dinero y que no les faltaría de nada.

Menos mal que estaba Martín, porque nada de eso sucedió. Miguel Berdún murió pocos meses después, a las afueras de Huesca, de un tiro de escopeta por la espalda. ¿Quién? Cualquiera sabe, tal vez alguien al que no le gustaban los desertores, tal vez algún republicano deseoso de tomarse venganza. Eso fue lo que se rumoreó, y resultó creíble, pero lo cierto fue que un marido celoso pilló a su mujer y al rubio, como lo apodaban, revolcándose en la cama conyugal, la cama que él había comprado, que él había pagado con el sudor de su frente, y que solo podía disfrutar una noche a la semana, pues trabajaba conduciendo un camión, partiéndose la espalda para que a su mujercita estuviera como una reina.

Miguel salió por patas, con unos cuantos golpes en la cara, pero el camionero sabía quién era, sabía por dónde andaba, sabía con quién se juntaba. Por lo pronto, se desahogó dándole una paliza a la mujer, y advirtiéndola: «Cómo lo vuelvas a ver... ¡Te mato!».

La mujer, que imaginaba el futuro que se avecinaba, pues ante lo ocurrido podía esperar lo peor de lo peor, se largó mientras el marido estaba de ruta.

El camionero, cuando volvió a casa y la encontró vacía, fue en busca del rubio, pensando que su esposa estaría con él; no le importó no encontrarla, no le importó ver al rubio bebiendo con unos tipos en una miserable taberna a las afueras de la ciudad. Lo esperó al amparo de la noche y, cuando salió, lo siguió y lo asesinó.

Si el guapo marido de Izarbe se hubiera ido a Yesa como había dicho, no le habría deparado tal fatalidad, pero las obras en la presa se retrasaron algo más de la cuenta y, por aprovechar el tiempo, se fue a Huesca a trabajar en la construcción y a disfrutar de lo que le saliera en el camino, como por ejemplo, una bonita mujer.

Martín, soltero por decisión propia, «Martín el canón, o el crestón, o el tión», como lo llamaban las vecinas del pueblo a escondidas, en ansotano, pues Martín el solterón se encargó de ellas, haciendo que su hermana se habituara de nuevo a la vida del pueblo donde había nacido, que la niña fuera a la escuela y que todo en su justa medida volviera a la tranquilidad. El bueno de Martín no lo dudo ni un momento, pues era un hombre cabal, un hombre de los pies a la cabeza, y jamás permitiría que su hermana y sobrina, su única familia, pasaran penurias de tipo alguno o cualquier otro desaliento. Pero, eso sí, quería una vida tranquila sin sobresaltos y sin fuertes emociones, pues los tiempos de guerra habían quedado atrás, y para evitar malos entendidos, se lo dijo a su hermana:

—Eres viuda, y con una hija. Tienes todo el derecho a casarte de nuevo si encuentras un buen marido. —Movió la cabeza ligeramente, sabiendo que en el pueblo nada podía encontrar, pues los buenos partidos ya estaban casados, y, a no ser que apareciera alguno de fuera, como ocurrió

con el rubio, no sería fácil. Los hombres escaseaban, entre los fallecidos en la guerra y los que se fueron del país, el futuro de muchas mujeres sería en soledad—. Pero yo no voy a estar disponible otra vez —continuó y recalcó las palabras—, si te arrimas a algún mequetrefe y te deja en el atolladero, no me vengas con pamplinas. Te lo advierto.

Izarbe sabía que su hermano no la abandonaría nunca, pero entendía la advertencia, pues conocía de sobra su temperamento, su introversión, su brusquedad y lo poco o nada que le gustaban los problemas que acarreaban las relaciones de pareja, o, mejor dicho, los problemas que acarreaban las mujeres.

—No tienes por qué preocuparte, Martín. No es mi idea volver a casarme, ya he quedado escarmentada. Miguel no era malo, solo un inmaduro, un poco juerguista... y con muchos pájaros en la cabeza. Quiero criar a mi hija en paz, y quiero que tú también disfrutes de la casa y de la paz.

—La casa es nuestra casa: tuya, mía y de la niña; y yo soy el que la mantengo, mejoro y traigo el pan de cada día... Sí, me gustaría que te encargaras de todo, que hagas lo que cualquier mujer hace para mantener su casa en condiciones y que podamos vivir tranquilamente. Los problemas ya vendrán sin necesidad de buscarlos.

—Claro que sí, hermano. Sé lo mucho que cuesta traer un jornal a casa, y tú te lo ganas con creces.

Izarbe hizo como que tomó el mando, pues sabía que quien mandaba era el que traía el sueldo, el que hacía de cabeza, el cabeza de familia. Se amoldó perfectamente, mejor que cuando era soltera, pues había madurado, tenía una hija y sabía cuáles eran sus prioridades, pero, sobre todo, era muy consciente de que, gracias a Martín, vivían muy bien, de los mejores del pueblo, y todo debido al trabajo que tenía en la mina de Navarra. Sí, era viuda, pero una viuda con mucha suerte.

Y la pequeña Izarbe disfrutó de esa misma suerte.

Era una niña lista, traviesa e independiente, pero también obediente y trabajadora; de las mejores en la escuela, nunca le tenían que llamar la atención, pues siempre estaba atenta, se sabía la lección y los deberes eran los más pulcros de la clase, superando en más de una ocasión a las alumnas de más edad. Con el paso del tiempo, llegando a la pre adolescencia, y llevando unas notas excepcionales, su tío no puso reparos a la hora de rascarse el bolsillo y pagarle los estudios, aunque alguien tuvo que darle un impulso. Primero Huesca, con las monjas, donde hizo el Bachiller, y después, terminó el Secretariado; luego Zaragoza, donde se examinó en la Escuela de Comercio, y acogida en el piso de los padres de una amiga, se matriculó en Enfermería. Cuando el tío Martín se enteró, mantuvieron una conferencia telefónica, donde la joven le explicó que ser enfermera era su verdadera vocación, que se había dado cuenta al compartir piso con su amiga Paula, ya que ella también estudiaba Enfermería.

Cuando Martín le preguntó cómo, con tan poco tiempo que llevaba en Zaragoza, podía valorar si la Enfermería era su verdadera vocación y no el Secretariado, ella muy eufórica le dijo que era más que suficiente, pues había tenido tantas conversaciones con su amiga, que no le cabía ninguna duda, ayudar al prójimo era una de las cosas más satisfactorias y hermosas de la vida.

Además, el tener más estudios siempre le vendría bien, pues su abanico de posibilidades se abriría ante cualquier tipo de trabajo enfocado a esas dos profesiones tan dispares, pero con tanto futuro.

Le puso mucho énfasis, tanto que su tío se lo creyó y siguió pagando los gastos sin hacer más valoraciones, confiando en su sobrina.

Pero todo tiene su tiempo.

Tarde o temprano, todo llega.

Lo que fue, ya no es.

Siempre puede ir alguien con algún cuento, con alguna patraña, o... con alguna verdad.

Pero, por otra parte, ¿cómo se iba a enterar su tío, que trabajaba en una mina de hierro en Navarra, no muy lejos del pueblo donde nacieron sus antepasados por parte materna?

De lunes a sábado estaba en la zona minera. El sábado al mediodía, a veces por la tarde, se iba al pueblo y volvía al trabajo el lunes muy temprano. A veces, su jefe le daba la mañana del lunes para que pudiera atender otros menesteres, y, haciendo un temprano almuerzo comida, volvía raudo a la mina.

Normalmente, cenaba y dormía en el barracón de la mina, habilitado para los empleados que no eran de las zonas cercanas, y también para los descansos de los turnos. Las comidas las hacía en Izaba, en la casa de un compañero al que le daba un dinero semanalmente. A veces, cuando el patrón estaba de viaje, pasaba la noche en la casona, aunque era algo que no le gustaba demasiado, pero tragaba, pues el patrón se lo pedía.

Con el paso del tiempo, de los años, la antigua casa de los Abós Maestro había sufrido diversas remodelaciones, todo gracias al buen salario que ganaba en la mina. Por fuera, parecía la misma: piedra y mampostería para los muros, y las lajas de piedra y la pizarra para los tejados en pronunciada pendiente, adornados con dos enormes chimeneas troncocónicas, altivas, y también con un punto terrorífico, incluso feo, al mostrar en su cúspide una terminación distintiva para espantar a las brujas, para evitar que pudieran entrar por el único lugar que no se podía cerrar. Tanto era así que todas las Izarbes que habitaron esa casa, cuando el fuego de la chimenea se apagaba, dibujaban una cruz sobre las cenizas y dejaban las tenazas abiertas en forma de cruz, algo que la hermana de Martín seguía haciendo.

Era una vivienda de aspecto recio, cerrado, para aguantar los fríos del invierno, las nieves, los hielos y las lluvias, con ventanas y puertas recuadradas con pintura blanca para animarlas y destacar entre tanta oscuridad.

El gran portón de arco de medio punto, con dos grandes hojas y con portoncillo en una de ellas para no tener que abrir las grandes, cada vez que salían o entraban, mostraba la recia y vetusta madera de roble envejecida con los años, dispuesta a durar una eternidad por muchas cicatrices que marcasen la hermosa madera. A la altura de los ojos de un adulto de estatura media, se mostraba un llamador o aldaba de hierro con forma de genitales masculinos, puesto por el primer Abós en 1825, cuando construyó la casa. Como buen supersticioso, llamaba y deseaba una fecundidad plena, y pensaba que así estaría asegurada, al igual que otros vecinos ponían aldabas con forma animal para proteger la casa, o cruces de hierro más o menos grandes.

Una vez traspasabas la entrada, te hallabas en un patio interior, empedrado, que daba acceso a diversas salas de la planta baja; antaño había cuadras, bodega, almacén de leña, de grano y el horno de cocer pan; en la actualidad todo era igual, menos las cuadras que ya no eran tal y que se habían acondicionado para ser garaje y taller, donde guardar y atender el primoroso automóvil de Martín, con su propia puerta de entrada y salida al exterior, y de esa manera evitar en gran medida los humos, gases y olores que emitía el vehículo. Y en las bordas, nombre que se le daba a las edificaciones aisladas, no lejos de ahí, donde se guardaba el ganado, el forraje, y los útiles agrícolas, Martín tenía su provisión de alimentos, como él decía.

El aragonés ya no se ocupaba de sus tierras, las heredadas y alguna más que había comprado; en su mayoría las tenía arrendadas a vecinos de la comarca y del mismo pueblo, pero sí que tenía un par de vacas que proporcionaban leche fresca a diario, y unos cuantos cerdos para matanza anual, que llenaban la despensa con buenos jamones, chorizos y demás delicias; también había gallinas, que daban huevos grandes de yema amarilla, deliciosas para espachurrar el pan sobre ella; y, cuando tocaba, un buen pollo o gallina para hacer un rico caldo o lo que fuese menester. Todo ello estaba en las llamadas bordas, que Izarbe se encargaba de mantener. De corderos estaba abastecido todo el año, pues también tenía rebaños que otros le cuidaban; y quesos tenía donde elegir, los de la tierra y de los que se traía del Roncal.

La casa estaba a las afueras. Cuando salía hacia Navarra, hacia la mina, atravesaba el pueblo y miraba, pero sin ver, las casas, que, agrupadas, no llegaban a unirse pared con pared, pues lo normal era dejar un callejón estrecho, sin salida la mayoría de las veces, llamado *callico*, donde confluían las aguas que resbalan por las inclinadas cubiertas. A Martín le gustaba esa pequeña separación, esa independencia de una casa a otra, y tener la sensación de que tu casa era tu casa y de nadie más.

En ese patio interior de la casa, que era como un gran distribuidor, arrancaba la escalera para el piso superior, donde se hacía la vida en la gran cocina, donde estaban la recocina y despensa, las alcobas, y donde se había hecho la última reforma: una sala de estar, que, a su vez, podía usarse para recibir.

Arriba del todo estaba la falsa, donde se guardaba todo aquello que se dejaba de utilizar, pero, que, en algún momento, por el motivo que fuera, podría volver a tener otro uso. Tres plantas en total, aunque había casas que tenían cuatro, pero bueno, tres estaba bien, muy bien, pensaba Martín, pues dichas plantas eran grandes y había espacio de sobra; eso sí, las habitaciones de la planta primera, a excepción de la cocina, eran más bien pequeñas, pues era lo mejor a la hora de calentarlas en los largos y crudos inviernos.

Un sábado por la noche después de cenar, dispuesto a irse a dormir cuando acabase la copa de aguardiente mientras oía la radio y su hermana tejía algo, lo que fuese, pues eso a él ni le iba ni le venía, eran cosas de mujeres, sonó el teléfono.

Cuando el timbre llenó con su ruido la sencilla pero bonita sala de estar, levantó la cabeza de golpe, con brusquedad, asustado, pues, a pesar de su apariencia, de su tamaño y de su gesto hosco, el timbrado del teléfono siempre le sobresaltaba, fuese la hora que fuese. Ese artificio no

era de su agrado, aunque sabía de sobra que tenía más beneficios que otra cosa. Pero ese timbrazo largo, contundente, que si no agarrabas el auricular volvía a sonar llenándote los oídos, quisieras o no, le crispaba los nervios y le anunciaba molestias... o algo peor. Al igual que la hermana, que también se quedó inmóvil, agarrando con fuerza la labor de ganchillo, sintiendo que el corazón le saltaba como una pelota, y mirando el aparato como si fuese un objeto endemoniado, esperando que fuese su hermano el que se dirigiera hasta el lugar y levantara el auricular, para que ese timbrazo desapareciera de una vez, y de paso, saber quién osaba llamar a esas horas.

El teléfono sonaba tan pocas veces que, cuando algo así ocurría, siempre pensaban en cosas malas, en desgracias, nunca en nada bueno. Y lo primero que pensó el hombre fue que algo había pasado en la mina o que a su jefe le había pasado algo, un accidente de coche o algo por el estilo, y que tendría que ir para allá. Pero nada más lejano de la realidad, pues cuando la operadora habló y le comunicó que tenía una conferencia desde...

Otro miedo invadió su mente.

Escuchó atentamente, y según fue asimilando la información, sus facciones, duras de por sí, se convirtieron en piedra. La hermana, pendiente de cada gesto y percatándose de casi la ausencia de palabras por parte del hermano, dejó lentamente la pesada colcha que estaba tejiendo, sin importarle que rozara el suelo y cayera como una cascada de espuma blanca, pues estaba limpio como una patena. Despacio, se llevó una mano al pecho, esperando, sin dejar de observar la figura imponente de Martín, y lo que fue peor, sin poder oír las pocas palabras que pronunció, pues bajó tanto el tono de voz, que solo escuchó un murmullo ronco y áspero.

Cuando la comunicación se cortó, dejó lentamente el negro auricular en el soporte del teléfono de pared, intentando que no le temblase la mano, y, en especial, que su hermana no lo notase.

—Mañana, antes del amanecer, me voy a Zaragoza —dijo con su voz grave, y, como casi siempre, carente de emoción.

—¿Qué le ha pasado a la niña? —preguntó con un hilo de voz, sabiendo que, si el tema estaba relacionado con Zaragoza, por extensión tendría que ver con su hija.

Martín seguía con la mirada clavada en el teléfono, ese artefacto que encargó y pagó su patrón diciéndole que era un gran invento y que les serviría para estar comunicados ante cualquier adversidad.

Bueno, don Antonio tenía razón, pero no dejaba de ser un invento del demonio.

—Martín, ¿qué le ha pasado a la crieta? —volvió a preguntar la hermana sin levantar la voz, sin moverse de su asiento, aguantando la respiración.

Martín, sin volverse, mirando todavía el negro aparato, contestó.

—Nada que no tenga solución. No te preocupes —zanjó de manera brusca, dando a entender que no hablaría más.

—Pero... —Martín levantó una de sus manazas, dando por concluida la conversación, si es que ese pequeño cruce de frases se podía llamar así.

No pronunció más palabras, la madre de la crieta no hizo más preguntas; sabía cómo era su hermano y, aunque su deseo fuese saber hasta el último detalle, no preguntaría, y eso supondría

no pegar ojo en toda la noche e imaginar lo peor de lo peor; y lo peor de lo peor podía ser que su hija estuviera embarazada, o que hubiera hecho cualquier trastada y la hubieran expulsado, por copiar en un examen o algo así, o que se hubiese pegado, no pegado no, ya no tenía diez años como para irse calentando con las amigas o compañeras...

Discutido...

Sí, eso, discutido con alguna compañera; con Paula, por ejemplo. El piso en el que vivía era de los padres de Paula.

Porque, si estuviese relacionado con una enfermedad o accidente de cualquier tipo, Martín se lo habría dicho; incluso iría con él a Zaragoza sin esperar al día siguiente.

Por más vueltas que le daba a la cabeza, no podía imaginar qué demonios habría hecho o qué ocurría.

Pues, a fin de cuentas, ¿qué sabía de su hija?

Que era una chica dulce, obediente, formal, muy estudiosa, muy trabajadora, pero, por otra parte, desconocía mucho de ella: no sabía qué pensaba, qué opinión tenía de muchas cosas, pues no era dada a confidencias, y ella tampoco las promovía. Lo que sí sabía es que le gustaba la capital, que vivir en el pueblo ya no era esencial para ella y que su futuro estaba en Zaragoza, o tal vez en otra ciudad.

Vio cómo su hermano desapareció de la sala y ella se encargó de recoger la copa vacía, de apagar la radio, y, por último, esperó a que las ascuas de la chimenea se consumieran para hacer la cruz en la ceniza, colocar las tenazas en cruz y retirarse a su alcoba.

Mientras tejía la colcha con rápidos y ágiles dedos, mientras oía el tic tac del reloj sobre la mesita de noche, mientras veía pasar las horas sintiendo el frío que se apoderaba de la estancia, siguió pensando en su hija.

A las dos de la madrugada dejó la labor dentro de un baúl, se quitó la gruesa bata y se acostó, tapándose con las mantas hasta las orejas, sabiendo que dormiría poco, pues cuando Martín se levantase, ella también lo haría.

Y siguió pensando en su hija.

Desde que se fue a Huesca, al colegio de monjas, y luego a Zaragoza, la distancia marcó las pautas. Volvía al pueblo en verano, en Navidad; muchos años, la Semana Santa la pasaba en Huesca, y luego en Zaragoza, estudiando. Se escribían cartas, y de vez en cuando una conferencia telefónica, pero eso no era lo habitual. Las cartas no eran largas, y parte del contenido eran explicaciones de todo tipo, relacionado con el colegio, los estudios, las monjas, las compañeras, si necesitaba repuesto de prendas interiores, de uniforme, o cosas por el estilo; y, más tarde, alababa las ventajas de vivir en una ciudad como Zaragoza.

Martín había dicho «nada que no tenga solución». Entonces no podía ser muy grave. Pero, ¿qué diantres había hecho su hija con lo correcta, educada y buena que era en todo lo que hacía? Cierto era que, de pequeña, fue un trasto, muy traviesa, pero de buen corazón. Le vino a la mente el día anterior a su Primera Comunión, cuando le hizo un siete al *Saigüelo colorao* por no estarse quieta y engancharlo en la esquina de la mesa. Menudo disgusto se tomó la madre, mientras la niña miraba el rasgón como si hubiera aparecido por arte de magia.

«Es que es muy viejo, madre, por eso se ha roto», dijo la niña mientras la madre le metió un meneo y se lo quitó para arreglar el desperfecto.

Pero eso tuvo fácil solución, pues la madre era una artista con la aguja, y en cuestión de hora y media dejó la basquiña como si no hubiera sufrido ningún desperfecto, y listo para la Comunión (el mismo traje que ella, su madre, y su abuela, y la bisabuela, habían llevado un día tan especial), quedó en perfecto estado para usarlo al día siguiente y para que las hijas de su hija lo usaran en el futuro.

¡Ah!, por ahí podía ir el asunto, igual había hecho algo sin mala intención, y alguien se lo había tomado a mal.

Vueltas y más vueltas, pero la madre de Izarbe no saldría de dudas hasta que su hermano quisiera contar algo más, o hasta que volviesen de Zaragoza, porque algo le decía que Martín traería de vuelta a su hija.

Antes del amanecer, Martín introdujo su largo y recio cuerpo en el coche perteneciente a su jefe, y la hermana, arrebujada en una gruesa toquilla de lana, peinada con una hermosa trenza a un lado, mirándolo sin pestañear, le preguntó con cierto temor.

—Pero, ¿la niña está bien, hermano?

—No te preocupes por tu hija —contestó entre dientes—. Y entra en casa, que hace frío. A ver si vas a coger una pulmonía y lo que nos faltaba.

—No te preocupes, Martín. Ve tranquilo, que yo cierro. —La mirada de Izarbe se dirigió hasta el sillón del copiloto, y añadió—. Ahí llevas pan y embutido, y agua, y un poco de achicoria.

Martín miró a su hermana, después dirigió la vista a la pequeña caja que había situado en el asiento, y después volvió al rostro de la mujer.

—Ojalá tu hija hubiera salido a ti, y no al rubio ese titiritero.

Izarbe, con la boca apretada para evitar que los dientes le castañearan, no replicó. Vio cómo el hermano la miraba mientras arrancaba el motor y lo dejaba un rato en ralentí; el olor del gasoil le llenó las fosas nasales, provocando que hiciese lo de siempre: arrugar la pequeña nariz y aguantarse las ganas de taparse los orificios con el pulgar y el índice.

Se apartó para permitir la maniobra de salida del garaje-taller-almacén que formaba parte de la edificación de la casa y vio cómo tomó dirección Jaca-Huesca, mientras cerraba despacio las grandes puertas, primero una y luego otra, dando gracias de que Martín las mantuviese bien engrasadas para evitar ruidos, al tiempo que miraba a su alrededor por si veía luz en alguna ventana de las casas aledañas, que pronto estarían en marcha para enfrentar un nuevo día.

Izarbe siguió pensando en su hija y en esas palabras que había pronunciado su hermano.

Soltó un suspiro, dedicándole cinco minutos de sus pensamientos al que había sido su marido, y se dispuso a vestirse y comenzar la jornada, pues, total, con ese run run ya no podría dormir, y había mucho por hacer.

Capítulo 2

Ese domingo debería estar con él, en sus brazos, embrujándose con sus palabras, atontándose con su mirada, probando su boca, una y otra vez, dejándose acariciar por sus manos... y soñando, soñando que ella sería la única, lo más importante para él. Que algún día no muy lejano...

Pero no fue así.

Los sueños eran una cosa, y la realidad otra muy distinta.

En el momento que sonó el timbre de la puerta, acababa de ponerse algo de maquillaje en el cardenal que se estaba formando en el pómulo, cerca del ojo, a pasos agigantados. Pensó que era él, que venía a pedirle perdón, por ese cachete que le había dado la noche anterior, por lo pesada que se ponía con...

Al dirigirse a la puerta, también se le pasó por la cabeza que fuese Paula la que llamaba, que volvía antes de tiempo de casa de sus padres en Sabiñánigo, por el motivo que fuera.

Al abrir y encontrarse con el gigantón de su tío, vestido con el único traje de vestir que tenía, deglutió asustada, mientras sus ojos verdes se quedaron inmóviles, sin pestañear; y su garganta se quedó seca.

Sin decir nada, pues era imposible que en ese momento salieran palabras por su boca, pues se sentía como si se hubiese tragado un puñado de tierra, se echó hacia atrás. El hombre entró y cerró la puerta con suma delicadeza, traspasándola con la mirada.

Se llamaba Martín Abós Maestro, tenía cuarenta y cinco años, pero aparenta cincuenta, o alguno más, por las arrugas que circundaban sus ojos y llenaban su rostro, por el agrío carácter; era fuerte como un toro, con una salud de hierro. Alto, de los más altos del pueblo y de la mina donde trabajaba. No tenía canas, ni una, y su cabello seguía siendo castaño claro como cuando era un jovencito. Los ojos marrones, de mirar duro, penetrantes, astutos, igualitos que los de su difunto padre.

Y con esa mirada, con ese gesto duro como el pedernal, la voz surgió y ordenó, sin levantar la voz.

—Haz la maleta.

La chica volvió a deglutir, mientras su mente se puso en movimiento, intentando controlar la situación. Había empleado el castellano para dar esa orden, cuando él habitualmente utilizaba el ansotano, una variación y mezcla del aragonés y algo de euskera que se hablaba en la comarca de La Jacetania, de donde ellos procedían, que lindaba con Navarra.

La chica volvió a tragar saliva, pues que su tío utilizara el castellano era mala señal, muy mala.

—Pero... tío, ¿por qué? ¿Le ha pasado algo a madre? ¿Está enferma? ¿Es eso? ¿Se trata de eso? —preguntó, se repitió, utilizando el dialecto aragonés, al principio quejosa, después preocupada y con cara de lastima.

Hubo un momento de silencio, donde tío y sobrina se contemplaron de distinta manera. Ella, asustada, temerosa de lo qué iba a ocurrir; él, observando esa cara tan bonita, esos luminosos ojos verdes, el cabello rubio rojizo sujeto de cualquier manera, pero, sobre todo, ese moratón que se estaba formando en el pómulo y que parecía tapado con un mejunje de esos que se ponían algunas mujeres de ciudad, y otras... de otros lugares que era mejor no mencionar.

—Tu madre está perfectamente. Y no me hagas repetir las palabras, Izarbe. Obedece o te pego una paliza que recordarás toda tu vida. Los cardenales que adornarán tu cara serán más grandes que ese que llevas —contestó empleando su idioma materno, idioma con el que estaba a gusto, moviendo los hombros e intentando que la chaqueta se acomodara a su corpulencia; echaba de menos el traje ansotano que se ponía todos los domingos, y la mayoría de los sábados nada más llegar a su casa, si no era muy tarde o estaba muy cansado.

Utilizaba a menudo el castellano, mucho más a menudo que el traje gris oscuro de vestir que llevaba puesto, pues en el trabajo lo usaba de continuo, pero se encontraba más a gusto hablando el idioma con el que se había criado. Sabía de sobra que su sobrina prefería el castellano, que opinaba que era más elegante, menos pueblerino, pues había escuchado una conversación entre madre e hija tiempo atrás. Pero, claro, eso era obra de ir a los colegios de monjas para salir hechas unas señoritas, para codearse con las gentes de la capital, y para volar a otros contornos que nada tenían que ver con el valle, por muy hermoso que fuese.

La chica, al oír las palabras de su tío, la brusquedad y la amenaza, en ese momento supo que él sabía, que alguien le había ido con el cuento; pero, aun así, intentó controlar la situación, aunque en su fuero interno sabía que no lo conseguiría.

—No es lo que piensa, tío. De verdad. Esto me lo hice... Pegué un tropezón el otro día... —Su voz sonó de nuevo lastimosa, pero la voz de su tío tronó en toda la casa, provocando que la chica encogiera los hombros del susto.

—¡Cierra la boca! ¿Has pensado que soy idiota?

Se movió hacia la habitación, agarrándola de la muñeca, haciéndole daño.

Nunca había estado en ese piso, pero las puertas abiertas le indicaron dónde dirigirse.

—Se acabó tu estancia en Zaragoza. Se acabó hacer de puta —soltó por lo bajo, pues no quería que oídos extraños escucharan semejante insulto.

Bajó la maleta de su sobrina, que se hallaba encima del armario y que conocía bien, tirándola encima de la cama; seguidamente, abrió el armario, dando la sensación de que las puertas iban a salir volando, y sacó un montón de prendas con sus perchas.

—Haz la maleta o te muelo a palos —ordenó y volvió a amenazar.

Con lágrimas resbalando por las mejillas, la chica fue guardando la ropa en la maleta que había pertenecido a su madre, separándola de las cosas de Paula. Mientras tanto, él se volvió de espaldas y clavó los ojos en la ventana, mirando, pero sin ver, la estrecha calle dos pisos más abajo, mirando, pero sin ver, el coche que había aparcado justo enfrente del portal, pensando que esa vivienda era un buen piso que parecía dar todo al exterior, en el barrio de San Pablo, conocido popularmente como El Gancho. Sí, recordó al momento, lo que su sobrina escribió en una de las cartas que enviaba a su madre.

Recordó la bonita voz de su hermana leyendo en voz alta, sabiendo que estaba escrita en castellano, pero ella la traducía a la lengua materna:

Es un piso precioso, y casi todo exterior, menos la cocina y el cuarto de baño, que dan a un patio interior. El salón está en el centro, y todas las habitaciones dan ahí, de manera que, como las puertas de los dormitorios están casi siempre abiertas, pues la luz de la calle ilumina la estancia y se tiene la sensación de que también da al exterior. La cocina tiene un pequeño balcón donde hay una pila para lavar la ropa, y un tendedero interior; además, hay otro exterior para cuando no llueve. También tiene una despensa, nada que ver con la que tenemos en la casa del pueblo. La ventana del baño es pequeñita y está en lo alto, de manera que la intimidad está protegida. Solo tiene dos dormitorios, pero son grandes; el de los padres de Paula y el de ella, y, como en su habitación hay dos camas, es perfecto. Para estudiar no tenemos problemas, porque si lo hacemos en casa, las dos al tiempo, y no queremos estudiar juntas, yo me voy al comedor y ella se queda en el escritorio de la habitación, y otras veces es al revés.

Dejó de lado los pensamientos, enfadado, ofendido por el comportamiento de su sobrina; su única sobrina. Molesto... No, más que eso, avergonzado de lo que pensarían los padres de Paula, que tan amablemente le habían ofrecido un lugar donde vivir por un módico alquiler.

Recordó la conversación telefónica que había tenido con la señora Carmen, mientras se tiró con fuerza de las mangas de ese incomodo traje.

—No sé preocupe, Martín. Su sobrina estará aquí como si estuviera en su propia casa. Y no van a estar solas, porque yo estoy casi toda la semana en el piso, a excepción de los fines de semana, que me subo a Sabiñánigo. Además, tanto Izarbe como Paula son unas niñas maravillosas y muy formalitas. Por mi hija pongo la mano en el fuego, y por su sobrina, después de lo que me contó Paula, y luego de conocerla, no puedo decir nada más que maravillas. Así que, pueden estar tranquilos de que aquí estará la mar de bien.

—De todos modos, doña Carmen, si pasa cualquier cosa o tiene cualquier queja, hágamelo saber de inmediato.

—Por favor, Martín... Llámeme Carmen, solo Carmen. Y no se preocupe, de verdad. Cualquier cosa fuera de lugar se lo hago saber.

Y así fue.

Se lo hizo saber.

Martín seguía dándole la espalda a la sobrina, mientras oía los pequeños ruidos que hacía, encartando la ropa, guardándola en la maleta y dejando las perchas en el armario de dos puertas; mientras, él miraba las ventanas de las casas de enfrente, mientras se llevaba una mano al cuello de la blanca camisa, abotonada hasta arriba, sin corbata, metiendo el índice entre el cuello almidonado y la piel para aflojar un poco el contacto.

No le gustaba pegar, pero estaba tan dolido que lo que realmente le apetecía era darle un par de azotes como cuando era pequeña y hacía alguna trastada.

Resopló por lo bajo, incómodo por su vestimenta, incómodo por estar en una ciudad grande como Zaragoza, incómodo por estar en un piso de extraños, y, sobre todo, dolido y violento por tener que bregar con semejante situación .

Esto no era una trastada, esto era demasiado para él; un hombre serio, rígido, religioso, aunque no fuese todos los domingos a la iglesia, pero procuraba no fallar, pues solo faltó en alguna ocasión que se fue de viaje con su jefe o por algo ocurrido en la mina. Ese comportamiento, siguió pensando mientras apretaba los dientes con fuerza, ni en mil años lo hubiera sospechado de su sobrina.

Los ojos de Izarbe se dirigían constantemente a la espalda de su tío, que seguía mirando por la ventana, mientras pensaba cómo se habría enterado y qué sabía realmente. La había llamado «puta», un insulto enorme, una palabra que jamás se la había oído decir, y eso era mala señal, muy mala, y un indicativo de que podía estar al tanto de todo.

Acabó de guardar unas prendas íntimas que sacó del fondo de un cajón, haciéndolo en unos segundos, por si acaso su tío se volvía y se le ocurría preguntar qué era eso.

—Ya está. Me faltan las cosas de aseo —susurró con la cabeza baja, al tiempo que Martín se giraba.

—Pues venga, ¿a qué esperas? —añadió con malas pulgas.

Se dirigió al cuarto de baño, cogió la bolsa de aseo para ir metiendo, una a una, todas sus cosas, sobre todo los pequeños tesoros cosméticos que se había comprado en la capital. Se dirigió al dormitorio y la guardó en la maleta, mientras pensaba que la voz de su tío se había endurecido, que se mostraba más brusca que antes. Tal vez se debía a la distancia, tal vez era porque no le gustaba la ciudad, tal vez por llevar ese traje que tanto le molestaba, o tal vez era por las circunstancias tan delicadas.

—Ya está —volvió a repetir.

Entonces el hombre se dirigió al salón comedor, que era el centro de ese pequeño piso, dando todas las habitaciones a él, y se sentó en una silla. La chica lo siguió, con la maleta a cuestas y clavó los hermosos ojos verdes en ese rostro querido, en ese rostro enfadado.

—Siéntate —ordenó, algo más suave.

Obedeció.

—¿Quién es?

La chica movió la cabeza lentamente, haciéndose la tonta.

—No sé qué me pregunta, tío—contestó titubeante, sabiendo que se estaba arriesgando, sabiendo que todo lo que tenía su tío de bueno, lo tenía de mal genio elevado al cuadrado.

Martín movió la cabeza con ahínco, mientras apretaba los labios convirtiéndolos en una fina línea.

—Si piensas que te vas a quedar aquí, no será con mi dinero. Si crees que el individuo que le gusta calentarte como si fueses una furcia, te va a pagar los gastos, estás muy equivocada. Si quieres acabar como una fulana, como una mujer de mal vivir, no lo voy a permitir. Vuelvo a preguntarte —hizo una pausa para que las palabras entraran en esa preciosa cabecita—... y no lo repetiré más: ¿Quién es?

La chica tragó saliva y contestó.

—Un médico de la clínica donde hago las prácticas. —Una ligera rojez adornó los pómulos de la chica, como queriendo competir con el cardenal que se estaba formando.

—Casado —no preguntó, pues ya lo sabía, y ella afirmó sin palabras, bajando la mirada al suelo, tal vez avergonzada, aunque Martín ya no se fiaba, ya no pondría la mano en el fuego por su sobrina.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo te has comportado así? Como una cualquiera. ¿Para eso te hemos educado?, ¿para eso he cubierto todos tus gastos?, ¿para que se aprovechen de ti como si fueses una palurda? —fue levantando la voz, según iba acabando la reprimenda.

—Lo quiero, tío. Lo amo con locura, y él a mí también. De verdad —explicó, medio lloriqueando, sin levantar la cabeza, con miedo a enfrentar la intensa y fría mirada del hombre que había hecho de padre, que era como un padre para ella.

Martín levantó una manaza para hacerla callar, aunque esos preciosos ojos verdes no le mirasen.

—Sí, y por eso te pone la cara hecha un cristo, porque te ama hasta el infinito.

Izarbe contestó al momento, elevando el rostro, con los ojos luminosos, brillantes por las lágrimas que se negaban a salir.

—No, esto no me lo ha hecho él. Me caí el otro día... de verdad... Tropecé con el bordillo de la acera, iba mirando unos apuntes, un trabajo que tengo que presentar, y... y di un traspiés y me golpeé con la reja de una ventana.

—Has dicho que te caíste —corrigió con seriedad.

—Sí, bueno, es una manera de hablar, pues casi me caigo, y por no caerme... di el traspiés y fui a dar contra la reja.

Martín la observó con atención, pensando que una mujer joven, sola en una ciudad no era lo correcto, aunque viviese en un piso de personas decentes, personas que iban y venían y, que al final, dejaban un espacio demasiado grande a dos muchachas para hacer lo que les diese la gana; tal vez Paula, la hija de la señora Carmen no era tan lanzada como su sobrina, tal vez era más modosita, tal vez era menos llamativa que su Izarbe, pero aun así...

Y para muestra, lo que estaba ocurriendo, o había ocurrido.

No era nada decente.

No señor.

—Mira, te voy a decir algo: no hay cosa que peor lleve que la mentira. Estás liada con ese médico, que encima está casado, que encima tiene hijos, y que encima te pega.

No se atrevió a decir nada, ni a negar, ni a rebatirlo.

No estaba en condiciones.

—Él me quiere, tío. Dice que un poco más adelante se separará de su esposa y que viviremos juntos. A veces le saco de sus casillas, porque le incomodo, le pido que deje a su familia y, entonces, pierde los estribos.

La miró fijamente. Su boca volvía a ser una línea imperceptible, pues apretaba los labios para no blasfemar.

—Que deje a su familia... Te oigo y no te reconozco —medía el tono de su bronca voz, pues no quería ponerse a gritar como un loco, pero lo que estaba oyendo lo sacaba de sus casillas—. Eres tonta, y lo que más me fastidia es que siempre he pensado que eras lista. Pero ahora veo que

no. Te comportas como una golfa, y encima eres una tontaina —repitió el calificativo de manera despectiva, dándole un sonsonete especial y remarcando con fuerza el acento aragonés—. Y, encima, eres mala. Desear la desgracia a otra mujer, a unos hijos, para que ese hombre se vaya contigo. No esperaba esto de ti, Izarbe. Jamás lo habría esperado.

La chica se limpió las lágrimas y arrastró el poco maquillaje que se había puesto.

—Lo siento, tío Martín.

El hombre se envaró más en la silla, haciéndola crujir.

—¿No estarás embarazada? —preguntó incómodo, molesto y enfadado.

Los ojos verdes se agrandaron, y Martín contempló esas manchitas que adornaban los iris. Siempre supo que su sobrina era una belleza, desde niña, pero al crecer, sus ojos cambiaron, o tal vez cuando era chiquitina no se había fijado. El caso es que, ahora, esos ojos verdes tenían unas manchitas de color gris y otras que parecían doradas, sobre un verde asombroso, y con esas pestañas tan espesas, largas y dobladas hacia arriba, rubias y rojas y marrones, llamaban la atención, como en ese momento, en el que la chica, sin pestañear, negó una, dos y tres veces.

—Espero que sea así. Porque si estuvieras en estado, otro niño que acabaría en el hospicio. Vamos, y deja las llaves del piso encima de la mesa.

Intentó implorar, arriesgarse.

Un último intento.

—Pero tío, estoy acabando ATS —añadió, intentando embaucarlo con esas siglas—, me faltan los exámenes finales y ya seré enfermera.

El hombre lo tenía muy claro. Había bajado a Zaragoza a por ella y con ella volvería.

—Haberlo pensado antes, crieta —soltó las palabras deprisa, añadiendo el calificativo que le daba cuando era una niña.

Ella lo miró con pena, con tristeza, incluso con agobio.

—Pero... todo el dinero que ha gastado en mí... Todo se perderá, tío. Todo tirado a la basura. Y eso, eso es una pena, una verdadera pena.

La tenía clara, si pensaba que, lloriqueando, intentado producir lástima, o aludiendo al dinero gastado, iba a conseguir algo. Martín era aragonés de pura cepa, y cabezón, como correspondía.

Terco como una mula.

—Una lástima. Son las consecuencias de andar con mentiras, de andar por caminos que no te corresponden, de no seguir el camino correcto. Correcto y decente. Y no doy por perdido el dinero, al menos no todo. Por lo menos tienes la titulación de secretaria. No todo irá a la basura.

Izarbe tiró más de la cuerda.

—Pero, tío Martín, a mí me gusta ser enfermera, me gusta muchísimo, es mi vocación.

Martín que era de pocas palabras, de frases cortas y precisas; ya se estaba hartando de tanta palabrería.

La miró enfadado y soltó todo lo que pensaba.

—Tu vocación es acostarte con un médico que no respeta a las mujeres. Que no respeta a su esposa, a sus hijos, que seguro se acuesta con las enfermeras y con toda la golfa que se abre de piernas para él. Una golfa como tú. Y encima, para colmo de males, tiene la mano larga, y tú —

hizo un gesto despectivo con la boca—, y tú lo defiendes. Debería darte vergüenza. Una mujer que se estime, jamás, óyelo bien, jamás debe caer tan bajo, ¿me oyes? —casi escupió las palabras.

Cogió la maleta sin esperar contestación y se dirigió hasta la puerta, mientras la chica dejó las llaves encima de la mesa.

—Voy a dejarle una nota a Paula para que no se preocupe —añadió con una voz dulce, casi susurrando.

El tío la observó durante un par de segundos y añadió con rudeza.

—No hace falta.

De esa manera supo quién le había traicionado.

Era una preciosa joven de casi veintiún años, inteligente y trabajadora. Antes de sacarse la titulación de secretaria, estando ya en Zaragoza, compartiendo el piso que los padres de Paula tenían en la ciudad y que solo ellas lo aprovechaban (pues la madre, que al principio pasaba más días con ellas, en los últimos tiempos solo venía los viernes, para recoger a Paula, traer y llevarse cosas), pues bien, Izarbe ya se había matriculado en Enfermería y en tiempo récord se iba a encontrar con dos titulaciones, y con toda la vida por delante, para hacer lo que quisiera, o eso creía ella. Pero apareció él, un médico de treinta y cinco años, venido de Barcelona. Se enamoró como una tonta y él se aprovechó de ella, se encaprichó de esa rubia larguirucha con un buen par de tetas y un culo respingón.

A pesar de que solo llevaban tres meses, el atractivo doctor tuvo tiempo para pegarle en dos ocasiones.

La primera vez fue por celos. Estaban en Huesca y pasaban por una pareja de recién casados. En la pensión donde se hospedaron, después de cenar subieron a la sencilla y discreta habitación. Al cerrar la puerta, la empujó, tirándola encima de la cama, haciendo crujir el viejo somier, al tiempo que se hundía en un colchón igual de cascado. La joven lo miró, entre sorprendida y un tanto miedosa, pues ese empujón no fue en modo alguno cariñoso ni una invitación a algo más.

Se acercó hasta ella y le susurró:

—Conmigo no se juega, nena. Conmigo... no.

Los ojos verdes brillaban de excitación, de sorpresa, de miedo, desconcertada, mirando al amor de su vida, o eso creía ella.

—No sé...

El hombre levantó la mano amenazante, sin dejar de mirarla, observando cómo los pechos se elevaban por la respiración agitada, por el miedo.

—Cállate —añadió sin levantar la voz, disfrutando con el miedo de la joven, mojándose los labios antes de decir la siguiente frase—. He visto cómo mirabas al dueño, cómo le sonreías...

La chica negó con rapidez, queriendo enmendar algo de lo que ella no tenía culpa, pero, sobre todo, queriendo evitar lo que estaba por venir.

—Yo no... —fue a levantarse, pero no le dio tiempo.

El primer tortazo fue con la mano abierta, para caer de nuevo encima de la cama y hundirse en el colchón. Lo observó sorprendida, asustada, sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir; y, por otra parte, nunca imaginó que un tortazo dado por la mano de un hombre pudiera ser tan doloroso, tan contundente. Se llevó la mano a la mejilla, notando el calor que desprendía, la palpitación persistente, como si el corazón se hubiese trasladado a ese lugar tan inapropiado, mientras él no despegaba la mirada del bello y enrojecido rostro.

—¿Te gustaría tirártelo? ¿Es eso lo que te gustaría? ¿Abrirte de piernas como te abres para mí? ¿Eh? ¿Eso quieres, zorra?

Izarbe había tomado un par de copas de vino tinto, estaba un poco achispada y, por un momento, pensó que lo que estaba ocurriendo no era real. Que Javier no la estaba tratando así. Que todo era una broma de mal gusto.

Fue a levantarse otra vez, y antes de conseguirlo, volvió a darle otro tortazo, con la misma violencia, en la misma mejilla, pero un poco más cerca del ojo, dejándola espatarrada en la cama.

Se desnudó, sin retirar la mirada de su cara, de su cuerpo; sorprendido de que no llorase, de que no gritase histérica. Se dio cuenta de que estaba más asombrada que asustada, o tal vez, las dos cosas en la misma medida.

Desnudo y medio empalmado, se acercó.

Cuando fue a ponerle una mano encima para quitarle la ropa, ella se asustó, se encogió.

Ahora sí vio el miedo en esos hermosos ojos verdes.

—Ya está, mi pequeña. Ya está.

Su voz sonó acariciadora, cariñosa, mientras le iba quitando la ropa, mientras su miembro crecía, mientras iba dejando besos por la blanca piel del cuello, mientras sus manos tocaban sus pechos a través del sostén, mientras sus dedos se enredaban en las bragas.

Cuando la tuvo desnuda, la sentó en su regazo, y mientras las lágrimas resbalaban sin control, él la abrió de piernas y restregó los dedos por su sexo.

—No quiero que mires a ningún hombre con deseo, no quiero que sonrías de forma seductora, no quiero que seas simpática con los hombres. Me da igual la edad que tengan. No lo hagas. ¿Has entendido? —preguntó, al tiempo que le pegó un pellizco en los labios vaginales.

—Sí —susurró, mirándolo con ojos asustados, dejando de llorar.

Él se sintió poderoso, seguro de sí mismo, y tan excitado que pensó que había valido la pena darle dos bofetadas bien dadas para conseguir ese estado, esa euforia, ese delirio.

—Así me gusta, mi preciosa muñeca. Así quiero que seas: sumisa, obediente... haciendo todo lo que te diga. Así quiero que sea mi mujer perfecta... así quiero que seas, mi dulce niña —murmuró entre besos, entre caricias, mientras se montó encima y la penetró, sin importarle que no estuviera preparada y que le doliese.

Y sin olvidarse de salir... antes de correrse.

Cuando tío y sobrina llegaron al pueblo, ya era de noche.

Izarbe sintió el bajón de golpe. Ahora sí estaba todo perdido, pensó al sentir la soledad y el silencio del pueblo, los faros iluminando las calles estrechas, vacías, silenciosas; al sentir el lento

traqueteo, el movimiento que hacía el coche sobre el asfalto de piedra, pero, sobre todo, al sentir la lejanía de ese entorno, de lo que ella quería, lo que prefería, lo que había vivido en los últimos años de estudios, lo que ya añoraba con toda su alma.

Los tiempos que disfrutó del valle, del río, de la montaña; los tiempos de jugar al escondite por las calles del pueblo y esconderse entre los callejones que había entre las casas, esperando con nerviosismo que alguien la pillara, y el atrapador, o atrapadora fuese al lugar donde se inició el juego y dijera su nombre. O ser ella la que se despegase de la pared, y corriese de manera veloz, sin importarle que las piedras del suelo la hicieran caer, pues ella nunca se caía, y si eso ocurría se levantaba y seguía corriendo sin importarle que la rodilla le sangrara, o que la falda de su vestido ansotano se rasgara, pues lo único que quería era ser más rápida que nadie y salir vencedora en el juego.

Eso fue el pasado, y ella quería otro lugar para su futuro.

Ya no era una niña, todos los recuerdos solo eran eso...

Recuerdos.

El pueblo se le quedaba pequeño y estaba muy lejos de todo.

Ella quería las tardes de cine con sus amigas, tomarse un café con leche en una de esas preciosas cafeterías de Zaragoza, o tan solo conformarse con mirar los escaparates de esas pequeñas y coquetas tiendas llamadas *boutiques*, donde se vendían prendas que venían de Madrid y de Barcelona, hasta de París. Ella quería viajar con Javier, y hacerse pasar por marido y mujer, para dejarse llevar por el momento, para engañarse durante unas horas, o un día, para creerse las palabras o las promesas que ese hombre le pudiera decir o hacer. Ella quería ser enfermera y trabajar en un hospital, o en una clínica privada, para ser independiente y hacer lo que le viniese en gana.

Pero, por el momento, eso se había acabado.

El sueño se había truncado.

Zaragoza tendría que esperar.

Ella tendría que esperar.

Javier...

Tendría que buscar el modo de comunicarse con él.

La madre les esperaba en el interior de la cochera, abriendo las puertas en cuanto escuchó el ruido del motor, para que entraran y nadie viera quién salía del coche, para que nadie cotillease de su hija.

No preguntó, solo besó y abrazó a su hija, le preguntó si estaba bien. Una vez en la planta alta, cuando Izarbe dejó la maleta en la habitación, les puso una sabrosa cena. Cuando la joven dijo que no tenía hambre, que estaba cansada del viaje y que se iba a su dormitorio, el tío dejó bien claro, por si acaso alguien lo dudaba, quién mandaba en la casa.

—Más cansado estoy yo, que he ido y he vuelto, y encima conduciendo, y encima te doblo la edad, y encima vestido así. Cenarás, hablaremos y después... puedes ir a tu dormitorio. Y da

gracias, que todavía tienes una habitación en esta casa —soltó de manera abrupta, viendo el gesto casi imperceptible que la joven hizo al oír esa reprimenda y el silencio de su hermana.

Y así fue, pero antes el aragonés fue directo a su habitación, se quitó ese traje que tanto le molestaba, dejándolo de cualquier manera sobre la butaca que había al lado de la mesita de noche, y se vistió con su indumentaria ansotana, que hábilmente le había dejado preparada encima de la cama su hacendosa hermana.

Al ver sus prendas en perfecto estado, el hombre pensó que su sobrina bien podría haber sacado el carácter de su hermana y no el temperamento de ese sinvergüenza que fue el padre. Dulce, tranquila, respetuosa, sabiendo dónde estaba su sitio y cuáles eran sus obligaciones, así era su hermana; así tendría que ser su sobrina, pero, visto el comportamiento...

En fin, era lo que había y habría que lidiar con ello, pensó mientras se miraba en el espejo exterior del armario y se ponía el chaleco negro ajustándolo a su robusto torso, sintiéndose de nuevo el mismo de siempre, dejando el sombrero encima de una silla y dándole un último vistazo al traje que había tirado en la butaca. Bueno, su hermana se encargaría de cepillarlo y volverlo a guardar, y ojalá que tardara mucho en ponérselo. Volvió a mirarse en el espejo, tiró del chaleco hacia abajo y dio por finalizada su vestimenta.

Durante el tiempo que tardaron en cenar la espesa sopa de ajo y el delicioso y jugoso ternasco, que muy hábilmente había cocinado la hermana para apaciguar el mal genio de Martín, acompañado de unas patatas asadas y pan horneado ese mismo día, no se dijo nada, ni en castellano, ni en ansotano; solo la radio, muy floja, se oía de fondo. Al acabar el postre, una rica compota de manzana que Izarbe madre hacía todos los años para envasarla y que nunca faltara en la despensa, pues a Martín le gustaba con delirio, el hombre bajó el volumen a la radio, tanto, que solo se escuchó un sonido estático.

—Mañana te vienes conmigo a la mina —anunció de manera hosca y contundente.

Las dos Izarbes miraron con gesto de sorpresa al hombre.

—Te presentarás en la casa de don Antonio Sagarra. Su esposa está enferma y necesita una persona que la cuide todo el día. ¿Te ves capacitada para ello? —preguntó con menos aspereza.

Esos ojos verdes lo miraron como si hubiese perdido la cabeza, entre asustada, sorprendida y muy confusa.

—Pero... no tengo la titulación de enfermera, tío Martín.

El gesto del hombre no se podía endurecer más, a pesar de que la succulenta cena lo había apaciguado en gran medida, pero el tono de voz sí se podía levantar, algo que no alteró a la chica, pues estaba casi segura de que su tío no le pondría la mano encima.

—Nadie ha hablado de eso. ¿Estás capacitada o no estás capacitada? —volvió a preguntar de manera bronca, molesto.

—¿Qué le ocurre a la esposa? —repreguntó, queriendo obtener más información, y esperando que su tío no se enfadara más de lo que estaba.

—Sufrió un ataque hace un año, o algo más —contestó sin dejar de observar a la joven.

—¿Apoplejía? —Martín amusgó sus ojos, multiplicando las arrugas, dudando unos instantes, mientras tamborileaba los dedos sobre el mantel.

—No lo sé. Supongo, tal vez. Está en cama, tiene un lado que no lo mueve, y el otro casi que tampoco. No habla, se hace encima... No sirve para nada. Es... es peor que un recién nacido. Ya lo verás por ti misma.

La chica se pasó las manos por la cabeza, estirando ligeramente el cabello recogido en una gruesa trenza, igual que su madre.

—Un recién nacido no es malo —dijo casi para sí misma.

—Ya sabes lo que quiero decir. No te hagas la listilla.

—Perdone, tío. No ha sido mi intención —añadió mansamente.

—Más te vale —añadió el hombre, al tiempo que se levantó y fue a mover las ascuas de la chimenea.

—Pero... ¿cómo me voy a presentar ante ese hombre si no...?

Martín la interrumpió molesto, haciendo sonar las tenazas al colocarlas en su sitio.

—Ya te he dicho que no hace falta título ni hostias. ¿O es que te has vuelto dura de mollera de tanto estar en la capital?

—No, señor. Solo quiero obtener información —hizo una pequeña pausa, y se atrevió a preguntar—. Pero, el jefe de usted... ¿Sabe que voy a ir?

—Claro que lo sabe —contestó el hombre, que no pensaba contarles que cuando paró en Huesca para echar combustible y tomar algo, hizo una llamada telefónica y pudo hablar con su jefe, contarle el problema y pedirle consejo.

Izarbe dejó de mirar a su tío y movió despacio la cabeza, observando de reojo a su madre, que permanecía callada, pendiente de ambos.

—De acuerdo —añadió obediente, algo que a Martín le gustó.

—Tú procura caerle bien a don Antonio, y lo demás está hecho.

—¿Caerle bien? —preguntó vacilante, taladrándolo con esos ojos, mirándolo como cuando era pequeña y él le contaba cuentos inventados.

—¡Sí, *cagüendíós!* —se le escapó la blasfemia, pero ya estaba dicha; además, ¿quién era el dueño de la casa?, ¿quién alimentaba a la hermana y a la sobrina? Pues eso. Su hermana podía retorcer el morro todo lo que quisiera ante una palabra malsonante; bueno, más que eso, pero él estaba en su casa y hablaba como le daba la gana—. Caerle bien. Ser educada, correcta... y deja ver que eres una señorita instruida, con casi dos carreras, o lo que sea que has estudiado. De todos modos, cuando llegue la hora de los exámenes, esos que te faltan, te llevo a Zaragoza, te examinas y listo. En la casa de don Antonio vas a tener tiempo para estudiar. Según tengo entendido, la esposa está más tiempo en el otro mundo que en este. —Al ver la expresión de la sobrina, aclaró—. Está dormida la mayor parte del tiempo, por los medicamentos y esas cosas.

—De acuerdo, tío. Lo que usted mande.

Martín movió la cabeza y dejó de mirar a la sobrina para subir la radio, levantarse de la mesa y dirigirse a su sillón, enfrente de la chimenea, al tiempo que resopló de puro placer. Cerró los ojos durante unos segundos y disfrutó de ese momento.

Y esa era la señal para que no lo molestasen, para estar tranquilo, sin tener que aguantar voces femeninas, que, fuesen una o dos, terminaban sacándolo de quicio. Quería tomarse su copita de

todas las noches, mientras oía la radio o echaba un vistazo a algún periódico atrasado; incluso echar una cabezadita antes de ir a su alcoba, como en ese momento. Eran placeres simples, pero necesarios después de tan rica cena, y daba gracias de no haberse casado, porque si algo así hubiese ocurrido y hubiera tenido la desgracia de tener varias hijas, seguro estaba de que su vida sería cualquier cosa menos tranquila, por muy buena cocina que hubiese.

Un rato más tarde, después de recoger la mesa en silencio y hacer lo mismo en la cocina para no perturbar el descanso de Martín, madre e hija hablaban en la habitación de la joven, que seguía igual que cuando la dejó por última vez, pues su madre solo entraba a limpiar y dejaba las cosas en su sitio.

—Pero mi cielo, ¿cómo has podido? —reprendió suavemente, mientras le cogía las manos, una vez que supo los motivos que derivaron en este regreso anticipado.

—Pasó madre, pasó sin más. No lo planifiqué, simplemente sucedió —explicó con gesto triste—. Son las cosas de la vida, del destino.

La madre movió la cabeza, lentamente, negando.

—No, Izarbe. Las cosas no pasan sin más, ni porque sí. Pasó porque tú quisiste que pasara. Tú dejaste que ese hombre se te acercara, o tú te acercaste a él; lo mismo da.

La hija se soltó de las manos de la madre y eliminó de un plumazo el gesto triste, poniéndose brava, pero sin levantar la voz, pues lo último que deseaba era que su tío se enfadara más de lo que estaba e irrumpiera en la habitación.

—De acuerdo, madre. Quise que pasara. Estoy enamorada de ese hombre y ya está. No puedo negar lo evidente: no puedo olvidarme de él, como si fuese algo tan simple... tan fácil. ¡Ale! —Movié las delgadas manos, haciendo un giro gracioso—. Olvidado. Ya está, nada de eso existió.

La madre observó a su hija, esa criatura tan hermosa, más de lo que ella había sido de joven, pues su padre también fue un hombre guapo...

Guapo y sinvergüenza.

—¿Cómo puedes decir eso?

La chica observó a su madre: el cabello que tiempo atrás había sido como el suyo, ahora era más oscuro, pero seguía siendo rubio y rojo. Seguía siendo una mujer guapa, y todavía era joven.

¿Por qué no había rehecho su vida?, se preguntaba más de una vez.

No es que los hombres abundaran, no había mucho donde elegir, la verdad, pero podría haberse ido a Jaca, a Huesca o a Zaragoza; seguro que habría pillado algún partido interesante. Claro que, pensándolo mejor, su madre no era aventurera como ella, y, además, no le habría gustado acabar con otro como su padre. Y, para colmo, nunca bajó a Huesca, y menos a Zaragoza, para ver el colegio o el piso de los padres de Paula. Todo eso lo dejó en manos del tío Martín; o tal vez, no se atrevió a sugerir en algún momento ir con él y hacer acto de presencia.

—Porque es la verdad, madre. Es lo que siento —soltó lastimera.

La madre la observó atentamente, comprendiendo en parte sus sentimientos, pero sabiendo que una relación así jamás sería buena ni correcta, y, mucho menos, decente.

—Un hombre que te pega no te quiere. Jamás te querrá; al contrario, irá tomando posesión de ti, te anulará como mujer, y solo serás un instrumento en sus manos. Un instrumento para su uso y disfrute. Y una mujer no debe aceptar algo así, no debe amar a un hombre que maltrata. Estás equivocada, muy equivocada, y, lo que es peor, anulada. Y no quiero entrar en el tema... de que es un hombre casado, con esposa... hijos... ¡Válgame el Señor, Izarbe! —exclamó sin elevar la voz—. No te hemos educado para algo así.

La joven no dijo nada, no rebatió las palabras de la madre.

—Mira, tesoro, cuando tu padre se fue, yo lloraba amargamente; en cuanto mi hermano se iba al trabajo, mientras hacía las tareas de casa, lloraba sin parar. Solo me secaba las lágrimas y mostraba una pequeña sonrisa cuando tú estabas correteando a mi alrededor. Pero, al pasar unos meses, con la distancia y la frialdad que da el tiempo, me alegré. Vi las cosas desde otro punto de vista. Llegué a la conclusión de que había sido lo mejor que nos pudo pasar. Un hombre que es un borracho, holgazán y mujeriego, poco te dará en la vida y mucho te explotará; y, con el tiempo, según te haces mayor, esas cosas se enquistan, se endurecen más todavía, porque ese hombre, irá a peor... Nunca a mejor.

La chica miró a su madre sin pestañear.

—Padre no se fue, murió.

—Antes de eso, se fue, a la guerra, y desertó, y volvió, y se fue otra vez, y unos dijeron que lo mataron por desertor, y otros dijeron que fue... —se calló de golpe, al ver la expresión de los hermosos ojos de su hija.

—¿Qué dijeron, madre?

La madre se pasó una mano por el espeso cabello, e hizo como que se colocaba un mechón detrás de la oreja.

—Ya eres mayor para saberlo, así que te lo diré. Tu tío se enteró de que se acostaba con una mujer casada cuando el marido estaba de viaje, trabajando. Era camionero, y un día se enteró. Martín dice que es muy probable que lo esperase una noche, a las afueras, y al salir de una taberna donde acudía a menudo a emborracharse con los amigos, ahí, en ese lugar, lo matase. Eso ocurrió en Huesca.

Izarbe mantuvo el gesto serio, y se alegró que su difunto padre no fuese del pueblo.

—¿También te pegaba? —preguntó casi susurrando.

—No lo hizo, porque sabía que mi hermano le daría una tunda de campeonato, pero si no hubiera tenido a tu tío, nadie que me defendiera, estoy segura de que lo habría hecho. Más tarde o más temprano lo habría hecho. Por eso debes tener muy claro que un hombre que te hace esto —señaló el cardenal debajo del ojo—, no te quiere, ni te querrá nunca. ¡Óyelo bien! ¡Nunca!

—Los hombres siempre quieren dominar, dejar bien claro quién manda. Forma parte de su carácter —refutó, queriendo dar una explicación a lo que le había pasado, a lo que les pasaba a muchas mujeres fuesen de cualquier escala social.

—Exactamente. Por eso las mujeres tenemos que ser más listas que ellos, pero a veces, muchas veces, eso no nos vale. Y, ¿qué nos queda?

La muchacha llevó la mirada hacia abajo, hacia sus manos, y, suspirando, tragó saliva y levantó

los ojos hasta su madre, con lastima, con dolor.

—Entonces, madre, ¿quién me quiere a mí? ¿Eh? ¿Quién me quiere a mí? —preguntó dolida, limpiándose una lágrima traicionera.

La madre la miró sorprendida, observándola con su mirada gris. Unos ojos igual de grandes que los de su hija, pero de colores diferentes.

—¿Qué pregunta es esa? Yo te quiero, con toda mi alma; tu tío Martín te quiere, te adora, por eso está tan enfadado, por eso le molesta el comportamiento que has tenido. Porque queremos lo mejor para ti. En todos los sentidos. Además, el cariño no se mide por abrazos o besos, o palmaditas en la espalda —hizo una pausa, sin retirar la mirada de su hija—. Se mide por lo que eres capaz de dar, y no de recibir. Se mide por la valoración que hagas de ti misma y de los que tienes a tu alrededor, y que dicen quererte... Los que de verdad te quieren... te queremos.

Izarbe asimiló las palabras, pero quería salirse con la suya, deseaba que su madre le diera la razón, aunque fuese por unos segundos.

—Una persona debe hacer su vida, madre, y, si se equivoca, rectificar; y si no quiere rectificar, está en su derecho de seguir adelante, de organizar su vida, de vivirla como le dé la gana. Las mujeres tenemos ese derecho, igual que los hombres.

El gesto de la madre cambió: pasó de ser dulce, cariñoso, a severo.

—Mientras estemos tu tío y yo, eso no te va a pasar. No daremos lugar a que eches a perder tu vida. Tenlo muy claro. Y ten muy claro también, pero que muy claro, que las mujeres no somos iguales que los hombres... al menos, de momento. Y lo sabes muy bien. Y por ese motivo tenemos que utilizar esto —dijo tocándose la cabeza—, para ser más espabiladas que ellos y que la vida no te atrape en un torbellino del que no sepas cómo salir.

La hija no dijo nada; enfurruñada, miró para otro lado.

—En el armario tienes preparados tus vestidos —señaló la madre antes de salir de la habitación, pero las palabras de la hija lo impidieron.

—No voy a ir vestida así a la casa del jefe de mi tío, llevaré mi ropa de ciudad.

—Bueno, como quieras. Tal vez sea lo mejor. Pero los fines de semana te pondrás tus vestidos, para eso los tenemos. Los heredamos de nuestras antepasadas, y para eso estás en el pueblo.

La madre salió de la habitación, cerró la puerta con suavidad y dejó a su hija con sus pensamientos.

PRESENTE

Tengo que dejar la lectura, a pesar de que está muy interesante.

Izarbe, un nombre contundente, con fuerza, con personalidad.

Me gusta.

Quiero imaginarla con sus vestidos de ansotana, esos que contemplé en el museo de Ansó antes de que nos invadiera el virus.

Deseo saber qué le pasó, qué futuro le espera.

Pienso en ese médico, Javier, y me digo lo que me gustaría decirle a Izarbe: «Chica, no seas tonta; tú lo has visto desde el principio, ha mostrado sus cartas y ya sabes cómo es, lo que te espera, no te lleva a engaño, déjate de pamplinas. No sigas con él. No pienses en él. No te metas en ese torbellino, como te ha dicho tu madre».

Como me metí yo.

Cierro los ojos.

Pienso en mi marido.

Cuando termine la cena y lo demás por Skype, seguiré leyendo.

Estoy con mi vestido de cóctel, una ensalada de marisco y una copa de vino blanco, enfrente del portátil.

Miro a Juan.

Él me mira a mí y no deja de hablar.

Le encanta hablar y que le escuchen, y que le miren.

Le encanta ser el protagonista.

—Esto nos pasa a los españoles por tener un gobierno incompetente, porque los que deberían saber... no saben una mierda, o no se quieren enterar.

No digo nada, solo miro la pantalla mientras cojo la copa de vino y me la llevo a los labios.

El siguiente comentario me sorprende, pues pasa de una cosa a otra, sin previo aviso.

—Cuando esto acabe, tienes que darte unas mechas. Te veo el pelo más oscuro.

Tengo el cabello rubio ceniza, es mi color natural; y sí, con el paso de los años se ha ido oscureciendo, pues de pequeña era rubia muy clara.

—Es por las luces —le digo, dejando la copa encima de la mesa.

No añade palabra. Se dedica a observarme atentamente, queriendo evaluar el estado del tono de mi pelo a través de una pantalla de ordenador.

—Bueno, ya veremos —continúa—. Tengo que verte al natural para dar una respuesta adecuada. Como te estaba diciendo, aquí, en Alemania, en el Instituto Robert Koch —hace una pausa y me pregunta—: ¿Sabes de qué te hablo?

—Claro. El Instituto de Investigación alemán, responsable del control y prevención de enfermedades.

A veces se cree que habla con tontos, y que él es el más listo de todos los que le rodean; y cuando contestas a algo que piensa que no sabes, que cree que vas a poner cara de boba y vas decir: «No, no sé de qué hablas»; y no ocurre tal cosa, sino que le contestas como corresponde, entonces te mira como me está mirando en estos momentos.

Pasan unos segundos, agarra su copa de vino tinto, un Rioja reserva de 50 euros la botella, y bebe un trago sin mover los ojos, sin producir un pestañeo, sin dejar de observarme con mucha atención.

Deja la copa al lado de su plato y reanuda la conversación.

—Bueno, pues en 2012 se hizo un estudio sobre qué pasaría si dos alemanes vinieran de Asia portadores de un virus. Un virus que pasó de un animal a un humano. Nada del otro mundo,

teniendo en cuenta la mierda que se come por ahí. —Observa con aires de suficiencia—. Sigo: uno de los alemanes sería un empleado de una empresa, una multinacional, y el otro, un estudiante que acaba su estancia y vuelve a Alemania. Vectores en marcha: solo dos infectados, probablemente, asintomáticos, que hayan viajado en avión, que estarán en contacto cercano, en ambientes cerrados con otras personas, que irán soltando partículas cada vez que hablen, tosan o estornuden, incluso tocando con las manos cualquier superficie, lo que sea, y que cuando lleguen a sus respectivos hogares, se codeen con familiares, y continúen en sus respectivos trabajos, estudios y lugares de ocio, recreo y diversión. Y que cuando den la cara, cuando muestren la enfermedad, esta se ha multiplicado exponencialmente, como los panes y los peces. ¿Me sigues?

Mientras habla, he pensado en una película que vi hace unos meses y que refleja una situación parecida. No me acuerdo del título, pero sí que trabajan actores famosos, como Gwyneth Paltrow, Matt Damon, Marion Cotillard...

¡Ah, sí! *Contagio*, así se titula.

—¿Estás oyendo lo que hablo? —pregunta molesto, rozando el enfado.

—Claro, como para no hacerlo. Es más que interesante que los alemanes hace ocho años ya se planteasen una pandemia.

—Por supuesto, algo más que obvio. Los alemanes son pragmáticos y concienzudos al máximo. De manera que ese estudio llega al Gobierno, y se preparan por si algún día pudiera pasar; algo que a la mayoría de los mortales les podía parecer de ciencia ficción, pero para nada. Así que se hace un estudio concienzudo de cuánto material sería necesario: sanitario, protector, quirúrgico, etc.

—Estando todos en la Unión Europea, podría haber dado una orden o, al menos, un consejo.

—Los países estaban al tanto, pero es más cómodo pensar que eso no va a suceder y que no tienes dinero para ese dispendio, o que lo tienes, o lo puedes obtener, y que después no suceda. Es mejor llenar los bolsillos de los políticos, de manera legal o ilegal, y tirar el dinero en otras cosas.

—Bueno, nos ha tocado. Lo afrontamos y ya saldremos de esta.

Se calla, me mira, no dice nada, pero sé lo que va a decir.

De una, me llevo la mano a la boca y me levanto tan rápido, provocando que la silla caiga hacia atrás chocando madera contra madera.

Antes de desaparecer, de correr hacia el baño, de oír el repiqueteo de mis tacones sobre la tarima, me da tiempo a ver la cara de sorpresa que ha puesto.

Es para echarse a reír.

Esto no se lo esperaba.

Estoy en el baño y hago mucho ruido.

Tapa del inodoro que levanto con fuerza, un bote que hay en el borde del lavabo que tiro al suelo, una arcada, otra...

Otra.

Carraspeo.

Vacío la cisterna.

Me limpio la boca, dejo pasar un poco de tiempo, y vuelvo a vaciar la cisterna. Abro el grifo del lavabo, dejo que corra el agua, lo vuelvo a cerrar.

Salgo del baño y me dirijo a la mesa.

—¿Qué te pasa?! ¿Qué ocurre?! —pregunta un poco histérico.

Tengo que disimular una risa que quiere adornar mi boca, pues parece que su cara quiere traspasar la pantalla del ordenador.

—Creo... creo que tengo un virus estomacal —contesto con gesto contraído, mientras tomo un pequeño sorbo de vino y me limpio con la servilleta.

—¿No habrás cogido el puto covid? —pregunta, entre asustado y enfadado.

—¿Cómo voy a coger el puto covid si no me junto con nadie? Si en el pueblo no lo tiene nadie. —Demasiado tarde, pero ya he pronunciado vocabulario que solo los hombres y las maleducadas dicen.

—A mí no me hables así —añade serio, brusco.

—Pues no me hables así —le contestó igual de seria.

No se lo espera: ni una cosa, la primera, ni la otra.

—Venga, sigamos con la puta cena —dice de mal humor.

—No tengo ganas. Me voy a la cama, tengo el estómago revuelto.

—¡Hostia puta! ¿No estarás embarazada? —Su rostro muestra la esperanza, la duda...

Desea tanto ser papá...

—No, no lo estoy.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura.

¡Plaf!

Es como si le hubiese dado un bofetón en todos los morros.

—¡Me cago en la puta! —murmura sin dejar de mirarme.

Es como si lo tuviera enfrente, como si el portátil no existiera. Como si se fuera a levantar de un momento a otro y me fuese a coger por el pelo, o de un brazo, o a quitarme el vestido de manera violenta.

Le devuelvo la mirada, sin pestañear.

—Podrías desnudarte un poco, darme algo por poco que sea... —me suplica, me mira mientras una de sus manos desaparece debajo de la mesa. Sé que se está tocando, no necesito verlo, su rostro lo dice todo.

—No me encuentro bien.

—¡Vale, déjalo, joder! Estás de pena. Bueno, acuéstate. Me pondré una porno y me haré una paja.

—Estupendo. Que te aproveche.

Cierro el ordenador sin apagarlo como corresponde, me levanto y me quito el vestido, dejándolo tirado en el suelo del salón, y, al lado, los preciosos zapatos de tacón.

Subo a la habitación, vestida tan solo con las bragas de encaje negro, dispuesta a seguir leyendo la historia que me está esperando, y me preguntó qué demonios le vi al imbécil de mi

marido.

En qué hora puso sus ojos en mí.

Y en qué hora me dejé embaucar.

Capítulo 3

Lo había aceptado.

Había aceptado que su tío llevara las riendas de su vida; al menos en ese momento, al menos por un tiempo, al menos hasta su mayoría de edad. Sí, su madre y su tío tenían razón: un hombre no debe pegar a una mujer; aunque, pensándolo bien, no era nada del otro mundo. Ella sabía de casos, igual que sabía que, si muchas esposas no recibían una zurra, era porque se mostraban sumisas siempre y, de ese modo, los maridos no se alteraban, no perdían los estribos, pues todo estaba en orden.

El orden natural de las cosas.

¿Javier Rojas pegaría a su esposa? Era la pregunta que se había hecho más de una vez... O solo fue ella la que recibió la fuerza de esa mano contra su rostro. No le dio motivos, a pesar de lo que él dijo en Huesca. Eran celos, y los celos pueden ser muy peligrosos.

Los celos estropean todo el romanticismo que pueda existir en una pareja. Y ella, ella también tenía celos de él, de cómo sería su vida en familia, con la esposa, si le haría el amor como se lo hacía a ella, si se lo haría con mucha frecuencia, si soltaría esos gemidos cada vez que se pusiera encima, si terminaría dentro de ella o saldría antes de que le viniera...

Y con los hijos, ¿sería cariñoso? ¿Jugaría con ellos? ¿Los achucharía y se los comería a besos? No, estaba segura de que no sería así. La mayoría de los padres no eran así, y muchas madres tampoco.

La había visto una vez, por el centro de Zaragoza.

Una amiga le dijo: «Mira, el doctor Rojas y su esposa».

Por aquella época no estaban liados, ella llevaba poco tiempo en la Escuela, pero ya se había fijado en el atractivo doctor. Era morena, con el cabello corto y muy cardado, a la moda. Más bien bajita y con curvas tan marcadas que, si no las frenaba, se convertirían en kilos de más con el paso de los años. No pudo ver si era más o menos guapa, pues la distancia no se lo permitió, pero sí comprobó que tenía clase, que era elegante. Con el tiempo, cuando ya mantenían relaciones, estando en el piso del barrio de San Pablo, ella fisgoneó en su billetera mientras él estaba en el baño. Llevaba una fotografía de ella y de los niños. Los ojos verdes pasaron revista a esa mujer morena, que mostraba una sonrisa y que, sentada, sujetaba a un bebé de meses en sus brazos, y el otro, de unos dos años, aparecía sentado sobre una alfombra, mientras se apoyaba en su pierna. El tiempo que duró la inspección, su expresión se mantuvo seria, casi con gesto de enfado, para seguidamente guardar la cartera en su lugar y decirse a sí misma que ella era mucho más guapa que la esposa.

Y los celos no solo se quedaban ahí, pues se ramificaban gracias a los comentarios oídos por ahí y por allá; las amigas le habían dicho que no era la primera vez que se liaba con una mujer

mucho más joven que él, y que tampoco era la primera enfermera en su... historial amoroso. En una cosa era la primera: la primera estudiante con la que se había liado, y algo así podría traerle graves consecuencias a ambos. Pero eso ya se lo había dejado bien claro desde el comienzo de la relación.

—Como se te ocurra decir que estamos viéndonos, lo negaré, te dejaré como una embustera y te expulsarán de la escuela.

—No, descuida. Jamás te haría algo así. Puedes confiar en mí —fueron las palabras de la inocente y confiada muchacha.

Estaba claro que no se trataba solo de celos, venía a ser algo así como mandar sobre todo lo que le rodease, incluida ella, manejarla a su antojo, utilizarla, moldearla, de forma que no tuviese criterio propio, solo lo que él le inculcara.

Todo eso iba pensando mientras se dirigían a la mina, o al lugar donde ella se quedaría, sentada en el asiento del copiloto con el silencio llenando el habitáculo. Menos mal que el ruido del motor se escuchaba de fondo, porque ni la radio estaba en marcha.

Jamás había ido a Navarra, y eso que el linde estaba muy cerca del pueblo. Garde primero, incluso Roncal, no estaban lejos, pero claro, las distancias no eran líneas rectas, había que ir por estrechas y sinuosas carreteras, y cuando lo había hecho, siempre fueron por el valle de Ansó, por la comarca de la Jacetania. Al valle de Hecho también había ido alguna vez, incluso a Fago; un verano fueron al valle del Aragón y se lo pasó muy bien, viendo esa enorme estación de Canfranc que ya amenazaba con ser un monumento desierto, pero, claro, por aquel entonces ella tenía diez años. Para Izarbe, el futuro siempre había estado al Este, en Huesca, y después más abajo, en Zaragoza; soñaba incluso con poder ir a Barcelona, o tal vez a Madrid.

Y... por soñar un poco más... París.

Cuando hicieron ese viaje, el tío Martín tenía otro coche; en el momento actual, conducía un Seat 1400, perteneciente a la empresa de su jefe. Lo habían traído de Barcelona, nuevecito, un año antes, o poco más; cuatro puertas, grande, de color negro, y con elegantes cromados. Si la carretera lo permitía, podía alcanzar los 125 kilómetros por hora, pero Martín era prudente y pocas veces había llegado a esa velocidad, solo cuando dejaba los Pirineos y cogía las rectas, las bajadas para ir a Huesca o a Zaragoza. Era la envidia en la comarca, y la mayoría pensaban que el coche era suyo; él no lo había desmentido.

Su tío era feliz viviendo así, pues era lo que siempre había tenido; ganaba un buen sueldo en la mina y seguía manteniendo las tierras de la familia, incluso había comprado alguna más. Tenía ovejas que otros le cuidaban y pastoreaban, y que cuando llegaban las nieves, bajaban a la Ribera baja del Ebro, donde los buenos pastos abundaban. Había remodelado la vieja casa: era de las mejores, con luz eléctrica y hasta teléfono, ¿qué más podía desear?

Después de algo más de media hora, el vozarrón de Martín se dejó oír, y los pensamientos de la joven se esfumaron en un santiamén.

Esa misma mañana, antes de salir, habían tenido otro encontronazo, pues ella se había vestido con sus ropas de ciudad, sencillas y discretas, tal y como le dijo a su madre, y no el traje

ansotano que llevaban la mayoría de mujeres. Pero en eso, no se bajó de la burra, dijo que se pondría el traje, solo los domingos, y ni uno más.

—Te dejaré en la casa de don Antonio. Él ya lo sabe. Yo me iré al trabajo. —La tirantez se notaba a la legua, pero ella se hizo la tonta.

—De acuerdo. ¿Vive en Roncal?

—No, está al pasar Urzainqui, antes de llegar a Izaba. La mina está al pasar Izaba.

—Creía que era Isaba.

—Isaba, Izaba, es lo mismo, pero ellos dicen Izaba. Cada lugar, sus costumbres, y su dialecto —recalcó *sus costumbres*, de manera especial.

Silencio.

Los ojos de Izarbe vagaron por el verdor del bosque, mientras una lluvia fina y envolvente mojaron los cristales, haciendo que Martín pusiera los limpiaparabrisas en marcha.

—¿Y voy a tener que vivir ahí? ¿En su casa? —preguntó llena de curiosidad, sin saber lo que se iba a encontrar, ni con qué gente iba a tratar.

—Claro. ¿Dónde si no? —contestó malhumorado, sin retirar la mirada del frente.

—Pero yo no soy del servicio —se atrevió a decir.

—Como si lo fueras —añadió de peor humor.

Izarbe se arrebujó dentro de su chaqueta de gruesa lana.

—Estarías más tapada y más caliente con tu vestido —soltó el aragonés.

«Y más incómoda», pensó la chica.

—No tengo frío. Y estoy bien así.

Un rato más tarde, se atrevió a pronunciar palabras de nuevo.

—¿Y cuánto me va a pagar? —preguntó mientras sus ojos seguían el movimiento de los parabrisas.

—Ya te enterarás. De todos modos, no te hagas ilusiones.

—¿Qué quiere decir? —preguntó con mucho interés.

—Que el salario lo cobraré yo —soltó el hombre, sin mirarla.

Se hizo el silencio, y después de un largo minuto, la joven añadió.

—Claro, por supuesto.

Y ya no se habló más.

«Qué te creías, tontaina», se dijo a sí misma, recordando las palabras de la madre: «No pintamos nada. Y tendrás suerte si lo guarda y te lo da cuando te vayas del pueblo, otra vez».

La joven miró por la ventanilla, sin mostrar interés por el hermoso y subyugante paisaje, algo a lo que estaba acostumbrada, aunque hubiera pasado los últimos años fuera de casa la mayor parte del tiempo, mientras pensaba qué estaría haciendo Javier. ¿Estaría preocupado? ¿Se habría puesto en contacto con Paula para saber de ella?

Sí, seguramente, de manera discreta, encontraría el momento para hablar con ella y preguntarle dónde estaba su amiga, por qué no acudía a las prácticas...

Qué mala amiga, cómo le pudo hacer eso.

Chivarse a su tío.

Estaba claro que no te podías fiar de nadie.

Claro que, también podían estar detrás de todo esto los padres de Paula, la madre en especial, que ya había hablado otras veces con Martín, o doña Pilar, hermana de doña Carmen, que muchas veces la acompañaba, en especial cuando querían hacer compras, y la joven ya se había dado cuenta de que era una chismosa. Tal vez Paula dijo algo sin querer, o los padres preguntaron algo que ella no supo contestar como es debido, con un titubeo, con un acaloramiento, y una cosa llevó a la otra...

Después de todo, el piso era propiedad de los padres, que vivían en Sabiñánigo, y habían aceptado que la hija tuviera una compañera y de ese modo, la madre no se veía en la obligación de pasar tres o cuatro días en el piso. Izarbe se encargó de caerle muy bien a doña Carmen, y también a la hermana cuando aparecía, y de mostrarse modosita, hacendosa y todos los atributos necesarios; pues a pesar de que el tío Martín pagaba un pequeño alquiler para cubrir la luz y poco más, había que hacer méritos para disfrutar de ese pisito. Pasó de estar tres días, a dos, y al final, solo venía los viernes para comprobar el estado de las cosas, la limpieza del piso, en fin, todo en general, y aprovechar para volver al pueblo con su hija. No todos los fines de semana se quedaba sola, pero cuando eso ocurría, Javier acudía más de una vez por el piso, a horas intempestivas, dependiendo del trabajo y de sus obligaciones familiares, retozando en la cama de matrimonio de Carmen y Avelino, haciendo crujir el somier de manera peligrosa. Una vez que Javier desaparecía, ella corría a cambiar las sábanas, lavándolas a conciencia, restregando hasta hacerse polvo los nudillos, para que no hubiera muestras de semen, y a veces, de sangre, y dejando la habitación como los chorros del oro, como doña Carmen la había dejado, sabiendo lo importante que era que ni la hija ni la madre tuvieran la mínima sospecha.

Claro que, también pudo ser alguna vecina, de esas chismosas que en cuanto oyen un timbre están asomándose a las ventanas o fisgoneando por la mirilla; y teniendo en cuenta que no había ascensor —era un edificio antiguo, en el casco viejo—, y que al subir las viejas escaleras de madera —que crujían como el pan recién hecho—, pasabas por delante de las puertas de los vecinos, dos por planta...

Fue demasiado inconsciente, demasiado confiada. Él decía que como iba a horas intempestivas, era menos controlable, y a petición suya, hizo una copia de la llave del portal. Aunque se lo pensó mucho, pero ese hombre la embaucaba con sus palabras, con su madurez, con su inteligencia.

Y con más cosas.

Izarbe dejó de lado sus pensamientos del pasado, que comenzaban a ponerse calenturientos.

Pasaron Roncal, y poco después Urzainqui, la velocidad se redujo, la lluvia desapareció, el parabrisas dejó el vaivén, el automóvil hizo un giro y entraron por un camino de tierra entre el verde follaje. Enseguida apareció ante sus ojos una gran y elaborada cancela negra, dos hojas, cada una unida a un alto y grueso pilar de piedra. No hubo que parar, pues estaban abiertas de par en par, como dándoles la bienvenida. Al traspasarlas, Izarbe se fijó en los detalles, en los gruesos y antiguos pilares, la oscuridad de la piedra surcada por ríos de verde y mullido musgo

que parecían surgir de la misma, que parecían querer reventarlos por unas zonas, o rodearlos y engullirlos por otras; un poco más, zigzagueando entre la espesura del bosque, apareció la casa.

Una casona de piedra, como los pilares de la entrada, grande, tres pisos, señorial.

Izarbe hizo un rápido recorrido visual y cuando Martín paró el coche, tragó saliva. Le entró duda, miedo, deseando volver atrás, encontrarse en Zaragoza haciendo las cosas de siempre.

Se mordió el labio inferior, para controlar el enfado que la embargaba, que la trastocaba.

«Cálmate, Izarbe. Esto pasará y pronto volverás a coger las riendas de tu vida. Pronto volverás a estar en Zaragoza. Pronto volverás a hacer... lo que te de la gana».

—Entra y ya encontrarás a alguien.

Ella lo traspasó con esos inmensos ojos verdes.

Martín le devolvió la mirada con gesto taciturno.

—Pero..., ¿no va a pasar conmigo, tío Martín? ¿A presentarme... por lo menos? —El hombre la miró como si le hubiesen salido cuernos.

—Te están esperando. Además, aquí no estamos en la capital para andar con tanta tontería y tanta presentación. Habrase visto —añadió, bajando el tono.

—¿Les hablo en castellano? —preguntó algo miedosa.

El hombre la miró sin pestañear, sin sonreír.

—¿Hablas roncalés? —repreguntó a su vez, apurando su paciencia.

—No, sabe usted que no.

—Pues entonces, *pa'* qué preguntas.

Martín echó el freno de mano y salió del coche, Izarbe lo imitó.

Abrió el maletero y sacó la maleta, la misma que la había acompañado en todos los viajes a Huesca y a Zaragoza.

El tío miró su reloj de pulsera y movió la cabeza.

—Voy con el tiempo justo. Ale, ya nos veremos.

Izarbe le iba a dar un beso, pero no hubo tiempo. Martín se subió al coche y se fue.

Se dirigió a la casa, subió los cuatro escalones que conducían al porche abovedado y tocó con el llamador de la puerta. Después de haberlo hecho, se dio cuenta de que había un timbre, pero sus ojos se habían quedado clavados en el llamador con forma de cabeza de lobo, y comparándolo con el de su casa, que hasta los dieciocho años no supo que esa forma imitaba la silueta de los genitales masculinos.

Cuando iba a pulsar el botón, una mujer mayor abrió de una, de golpe.

Tendría unos sesenta años, tal vez más. Estaba gruesa, con el cabello gris y recogido en un moño tirante. «El rostro arrugado como una pasa, los ojos pequeños como garbanzos, y la nariz chata y gruesa, como una patata pequeña», pensó la chica.

—Buenos días. Me llamo Izarbe, soy la sobrina de Martín Abós —se presentó en castellano.

—Ya sé, ya sé. Pasa.

La joven agarró la maleta y entró siguiendo a la mujer.

Se fijó en el lujo de la entrada, las paredes forradas de una madera brillante y lujosa, y entre medio, como si fuesen cuadros, brocado de seda en tonos verdes y dorados haciendo hermosos

dibujos de figuras geométricas. El suelo y el techo, también era de madera, pero todas distintas: la del suelo, viejas tablas de roble bien cuidadas, la del techo eran más oscuras que la de la pared —a la chica le parecieron caoba, pues había visto maderas parecidas en una de las cafeterías donde iba con sus amigas en Zaragoza—, pero igual de lujosas, y haciendo bajorrelieves. Los muebles macizos, una cómoda con su espejo, y un par de sillas bellamente tapizadas, con una pequeña mesita entre ambas, todo de caoba oscura y reluciente, como el techo.

Recorrieron un pasillo revestido con un zócalo de madera de haya en un tono casi dorado, que llegaba hasta media pared, y el resto, con una tela beige y finas rayas rojas. Doblaron un recodo, y siguieron por otro pasillo que no estaba entelado, ni empanelado, pues las paredes blancas, donde colgaban algunos cuadros, daban una nota de sencillez pero sin rozar lo espartano, pues seguía siendo ancho como el anterior, y las maderas del suelo y el techo seguían teniendo su impronta.

Se paró delante de una puerta, y antes de abrir, le dijo:

—Esta será tu habitación. Al lado de donde está la de la señora. Los dormitorios siempre han estado arriba, y siguen estando... pero desde que le pasó eso a la señora, se la puso aquí. Es más cómodo. La cocina está cerca, y es más práctico. También hay un cuarto de baño, en medio, el baño une las dos habitaciones.

Abrió la puerta y dejó que la chica viese la habitación, y de paso dejase la maleta.

La mujer señaló la puerta del baño y la abrió, para que la nueva empleada mirase a su antojo.

—Ahora está durmiendo y no la vamos a molestar, aunque tampoco se entera, pero por si acaso... por si acaso sí se entera —comentó la mujer sin mirar a la chica—. Pero... por la noche si tienes que acudir por el motivo que sea, viene bien pasar por aquí y no tienes que salir al pasillo.

—Sí, señora.

—Yo no soy señora. Me llamo Agustina —contestó secamente.

Izarbe iba a sonreír, pero se lo pensó mejor.

—De acuerdo, Agustina.

La mujer entrecerró más los ojos, si es que eso era posible, sin dejar de mirar a la joven.

—Soy la cocinera y la gobernanta de esta casa. Don Antonio tiene plena confianza en mí, por algo llevo aquí más de treinta años.

—Mucho tiempo.

—Seguro que... más años de los que tú tienes.

—Segurísimo —añadió la chica manteniendo la mirada de esa mujer tan ruda.

Agustina se quedó en silencio durante unos segundos, sin dejar de observarla.

—Si don Antonio no está, cualquier cosa que necesites, te diriges a mí. Y si está, y consideras que no es necesario molestar al señor con pamplinas, también te diriges a mí.

Izarbe estaba acostumbrada a tratar con la gente, le daba lo mismo que fueran de la ciudad, más abiertos y cultos, que los de los pueblos o aldeas, más desconfiados y cerrados de mollera; tenía mano con unos y con otros, enseguida se metía a la gente en el bolsillo, pues era simpática por naturaleza, y encima tenía ese aspecto tan espléndido, tan lozano, tan atractivo...

Pero esta mujer parecía un hueso duro de roer.

—Bien. Vamos al despacho del señor, luego, te enseñaré la casa.

Volvieron sobre sus pasos, pasaron por el vestíbulo y fueron a la zona contraria de la casona. Agustina tocó en la puerta, abrió y asomó la cabeza.

—Aún no ha bajado. No tardará. Espérale aquí.

—Perfecto, gracias. —La mujer la miró de manera suspicaz, desconfiada.

—No toques nada —concluyó frunciendo el ceño a más no poder.

La joven se mordió la lengua para no decir algo de lo que luego se arrepintiera. Pero, qué se había creído esa mujer; que tenía cinco años, que era una maleducada...

Habrase visto.

—Por supuesto —contestó Izarbe, que ya se estaba cansando de todo esto, y no había hecho más que empezar.

En qué hora descubrió su tío todo el lío y le fastidió su futuro, su amor, su ilusión...

¡Su todo!

Agustina se fue, no sin dejar de echar la cabeza hacia atrás un par de veces antes de llegar al vestíbulo y desaparecer hacia la izquierda, seguramente para ir a la cocina o a la habitación de la enferma.

Entró en el despacho y miró todo lo que quiso, pero, no tocó nada.

Una gran mesa de nogal, de finales del siglo XIX, estaba situada en medio de la habitación, delante de la mesa, un par de sillones de respaldo duro y asiento mullido, pero no en exceso, de la misma época. Detrás de la mesa despacho y del sillón de cuero y madera, había una robusta mesa larga y ancha de trabajo y varias sillas alrededor. En esa mesa había planos abiertos y otros enrollados, libretas de distintos tamaños, varios lápices, reglas, y algunos libros abiertos, que Izarbe aprovechó para mirar por encima: Economía Minera, rezaba uno, Monografías Mineras Metalúrgicas, otro. Sus ojos se deslizaron por la pared del fondo revestida de estanterías y llenas de libros y más libros, y en otra, una gran ventana que se asomaba al profundo, verde y húmedo bosque. Miró a su derecha, deslizó la mirada rápidamente, sin observar —o más bien queriendo esquivarlo—, el gran crucifijo, y fue a clavarla en el diploma enmarcado de la Escuela de Ingenieros de Minas, de la calle Río Rosas de Madrid.

«S. E. el Jefe del Estado Español, El Ministerio de Educación Nacional, etc, etc, Don Antonio Sagarra Navarro, etc, Título de Ingeniero de Minas...».

Mientras leía con atención, el crujir de la madera hizo que se volviera hacia la puerta, sintiendo cierto nerviosismo y un ligero temblor en el cuerpo, provocando que sus puños se cerraran, y clavándose ligeramente las uñas. El patrón de su tío, el tal don Antonio Sagarra Navarro, hizo su aparición, y un tenue y agradable aroma a jabón, llegó hasta su olfato.

Sus ojos se clavaron en el hombre, que la observó de la misma manera que ella a él. No era guapo, tampoco feo. Más alto que ella, pero no tanto como su tío Martín. Delgado, moreno, con grandes entradas, que más pronto que tarde darían lugar a calvicie, o tal vez no; ojos oscuros de mirada penetrante, profunda, intensa, inteligente. Para terminar con el adorno facial, cejas pobladas y una barba espesa.

Pero cuando habló, Izarbe sintió que algo se le alteró por dentro.

Tenía una voz profunda, grave, varonil, bien modulada, una voz hermosa. Y después de ese movimiento interno, ese cosquilleo que sintió, lo siguiente que pensó fue, que si Javier Rojas hubiera tenido esa voz, habría sido el hombre perfecto. Sin embargo, no pensó lo contrario.

—Así que tú eres la chica de Martín —dijo a modo de saludo, sin retirar la mirada del rostro femenino.

—Su sobrina, soy su sobrina —corrigió la joven, pues eso de la chica de Martín no le gustó demasiado.

Antonio sonrió y entre esa barba oscura y espesa, se mostraron unos dientes blancos como el nácar, perfectamente alineados, fuertes, algo que volvió a descolocar a la joven y se quedó mirando durante más tiempo de lo correcto.

—Por supuesto, su sobrina. Y según habla de ti, como si fueses su hija.

Antonio hablaba y observaba.

Observaba y catalogaba.

—Por favor, toma asiento.

Izarbe se quedó mirando esa mano grande, pero no en exceso, una mano cuidada, pero no en exceso...

«Una mano hermosa», pensó la chica, sin darse cuenta de cómo la miraba el hombre, sin ser consciente de qué clase de hombre era, pues era demasiado pronto para decir, para valorar, para saber dónde la había metido su tío.

Cuando ella se dirigió a uno de los sillones que se hallaban enfrente de la mesa y se sentó, sintiendo la mirada de ese hombre, Antonio Sagarra hizo lo propio. Colocó los antebrazos encima del escritorio y enlazó las manos, mirándola fijamente, sin pestañear, sin mover un musculo.

Izarbe se había puesto un vestido sencillo, con apenas vuelo, azul marino, llevaba una gruesa chaqueta de punto del mismo color que el vestido, que le había tejido su madre, y que se ponía muy a menudo en Zaragoza, unos zapatos con cordones, negros de tacón bajo, y no llevaba medias, solo unos calcetines grises, cortos, que apenas le tapaban los tobillos.

Al ver que el hombre fijaba la mirada en sus rodillas, disimuladamente estiró el vestido y las tapó.

Ambos fueron conscientes.

El hombre carraspeó ligeramente y comenzó la conversación.

—Supongo que tu tío te habrá informado del trabajo que vas a hacer.

—Sí, señor —contestó embobada con esa voz, mirando ese resplandor blanco que surgía entre la espesura negra al hablar, y deslizando la mirada hasta la alianza de oro que adornaba su mano derecha.

Durante los minutos siguientes, don Antonio le puso en antecedentes sobre el estado de su mujer, cuándo y cómo ocurrió, y en las condiciones que se encontraba en esos momentos. Ella escuchó atentamente e intentando no dejarse embobar, o al menos que no se le notara, por esa voz tan seductora que empleaba el tono perfecto, sin apenas acento, ni navarro, ni aragonés, que,

a pesar de estar hablando de enfermedades, medicaciones y cuidados, era tan hipnótica que atontaba.

«¿Alguna vez has oído una voz así?», se preguntó la chica.

«No, acaso, tal vez, los locutores de radio, algunos, y aún así, no tenían esa voz tan...

»Tan... ¿cómo?

»¿Excitante?

»¿Cautivadora?

»¿Masculina?».

Lo que Izarbe no sabía, es que si estaba en ese momento en la Casa Sagarra, si había estudiado primero en Huesca, y luego en Zaragoza, era gracias a Antonio, pues fue él, el que años atrás le dijo a Martín que mandara a la sobrina a Huesca.

—No sé, don Antonio —se quejó el aragonés por aquellos años—. No sé. ¿Para qué quiero que estudie? Es una chica, que ayude a su madre y aprenda a bordar y todo lo demás. Solo con las tareas de la casa y el cuidado de los animales, ya hay bastante. Además, si luego se casa, seguro que el marido no quiere tantos estudios, en especial, si él no los tiene. Dinero gastado a lo tonto y tiempo perdido —se quejó el aragonés, mientras le daba a la cabeza, lentamente, pero sin parar.

—Depende de quién sea el marido —añadió Antonio, mostrando una pequeña sonrisa, sabiendo y conociendo cómo era Martín.

—Bueno, eso ya se verá, pero... no creo que merezca la pena —repuso malhumorado.

Antonio lo miró fijamente, y si Martín hubiese sido una damisela, se habría ruborizado.

—¡Vamos, Martín! Tienes dinero para darle una buena educación a la crieta.

Martín movió la cabeza como si fuese un becerro queriendo embestir por primera vez.

—No se trata de eso, don Antonio. Es que... es que no me gusta que las mujeres sepan tanto, patrón, que luego van de listillas y te complican la vida; te la complican de todas las maneras, de cualquier manera, con que así, sabiendo, entonces... ¡Bah! Sin lugar a dudas, no merece la pena tirar el dinero de esa manera. —La carcajada del patrón resonó en ese mismo despacho que estaba Izarbe, pero años atrás.

—Es tu obligación como cabeza de familia. Eres un padre para ella, y por ello, tienes un deber y una obligación. Y es bueno que la muchacha aproveche todo el potencial que posee. Tú mismo me lo has dicho un montón de veces, que es muy lista, más que eso, inteligente. ¡Hombre, no des lugar a desaprovechar esa maravilla! —Al ver que aún dudaba, siendo consciente de cómo lo miraba, de cómo movía la cabeza, continuó—: Las mujeres van a ir avanzando, Martín, nos guste o no, y como tú tienes una sobrina, en lugar de un sobrino, tienes que darle lo mejor. No sabemos las vueltas que dará la vida, de manera que lo más sensato, y pudiendo, es que la niña reciba la mejor educación posible. Además, si quieres, puedo hablar con unos amigos de Pamplona, y que entré en las monjas de...

—No, no, no —interrumpió el aragonés—. En Pamplona, ni hablar. Si va, irá a Huesca.

El navarro se mordió la lengua para no reír de nuevo.

—De acuerdo. En Huesca también tengo amigos. En las Dominicas, ¿qué te parece?

Martín no contestó al momento, incluso resopló, incluso pareció pensarlo, un poco más, receló,

apretó los dientes, y por fin, cedió.

—Bueno, se lo comentaré a mi hermana —contestó Martín, sintiéndose acorralado por su patrón—. Pero sigo diciendo lo mismo, cuánto más sepan las mujeres, peor.

—Estoy de acuerdo, Martín. Estoy de acuerdo. Pero las mujeres en general, no nos preocupan, solo las nuestras —añadió con una sonrisa y una gran palmada en el hombro del grandullón.

Antonio Sagarra había recordado ese episodio la noche anterior, y en ese momento tenía enfrente a la... Cómo lo diría... ¿Revoltosa sobrina? ¿Promiscua? Bueno, todo el mundo tenía derecho a equivocarse, y por supuesto, a enmendarse, y esta muchacha también.

—¿Tienes alguna pregunta? —Los ojos del hombre no se retiraron en momento alguno de ese rostro tan bonito.

De esa chica tan despampanante.

Nunca se paró a pensar cómo sería la sobrina de su empleado de confianza, la había visto alguna vez cuando era pequeña y se acercaba a las fiestas de Ansó, a la Romería, pero no dejaba de ser otra cría más; igual que tampoco se había fijado en la hermana de Martín, que con esos trajes que llevaban para festejar, muy hermosos, laboriosos y coloridos, pero que daba lugar a que todas le parecieran iguales. Además, por aquellos años, cuando iba a cualquier sitio siempre, o casi siempre, llevaba a su esposa.

Y ahora, al encontrarse con una mujer rubia rojiza, con una piel blanca, inmaculada, y unos ojos tan exóticos, tenía que admitir, que estaba sorprendido.

—No, exactamente.

El hombre elevó una de esas cejas pobladas, y esperó, sabiendo que había más.

—Quiero decirle, que... igual mi tío no se lo ha dicho, pero creo que... es mi obligación decírselo para que no haya malentendidos. —Antonio Segarra no la interrumpió en momento alguno, observando con atención cada palabra que pronunciaba esa preciosa mujer—. La cuestión es que no tengo la titulación de enfermera, no sé si usted está al corriente de ese detalle. Tendría que terminar en junio —contó, tal vez deseando en su fuero interno, que ese hombre dijese que en ese caso no le interesaba, que podía salir por donde había venido, que qué tomadura de pelo era esa, que él no tenía tiempo que perder.

Pero nada de eso pasó.

La intensa mirada oscura como una noche sin luna, no pestañeó, no dejó de mirarla ni un instante; y entonces, volvió a surgir esa hermosa y varonil voz.

—No importa. Martín dice que estás preparada de sobra, que eres una mujer competente, seria y responsable, y que te presentarás a los finales cuando llegue el momento.

Izarbe se quedó en silencio, pues no imaginó que su tío hablase así de ella, y que hubiese hecho planes por su cuenta, que sí, que algo había dicho, pero que ella no se había creído.

Antonio continuó, mientras sus miradas permanecían enganchadas, algo que al hombre le gustó, pues para él, que una persona le mantuviera la mirada, fuese hombre o mujer, decía mucho de ella.

—Aquí vas a tener tiempo para estudiar —continuó—. De manera que no tienes excusa. Mi esposa pasa la mayor parte del tiempo durmiendo, y cuando está despierta no suele quejarse, con tal de ver a alguien se tranquiliza, a veces, ni nota la presencia de quién esté con ella. Así que, no sé si la has visto, en la habitación de ella tienes una mesa de trabajo, para que estudies, escribas o hagas lo que tengas que hacer. Ella no te molestará, solo con verte, estará tranquila —volvió a repetir.

—De acuerdo.

Izarbe apenas se movía, apenas pestañeaba, permaneciendo con sus manos unidas encima de la falda del vestido y manteniendo la mirada del hombre.

—Los estudios de secretariado sí los acabaste, ¿no es así?

—Sí, señor. Pero... no me he traído el título para que lo vea.

—No es necesario. Confío en ti —sonrió de nuevo, mostrando esa esplendorosa dentadura—. Aquí, en este despacho harás trabajo de ese tipo. No mucho, porque la mayoría se hace en las oficinas de la mina, pero siempre tengo alguna carta que escribir o algo que archivar. Por descontado, cobrarás dos salarios. ¿Qué tal se te dan los números?

—Bien —contestó sin pensarlo, pero no estaba mintiendo, pues las matemáticas siempre le habían gustado; se le daban muy bien.

Estaba sorprendida, aunque eso, sería decir poco. Ante la ausencia de explicaciones por parte de su tío, jamás pensó que se encontraría con un hombre así, y que la trataría de ese modo... tan correcto, tan educado, tan... tan agradable.

—Muy bien. Siendo así, llevarás la contabilidad de la casa.

«Vaya —pensó la chica—, voy a trabajar, voy a estudiar y voy a cobrar dos salarios.

»Bueno, mi tío va a cobrar mis dos salarios».

No quiso preguntar cuánto iba a cobrar, aunque le hubiera gustado saberlo.

«¿Me dará tiempo a todo?», se preguntó mientras pensaba en la contabilidad de la casa; y como si él le leyera la mente, añadió:

—La próxima vez que nos veamos, te mostraré el libro contable de la casa. Me gusta saber en qué se gasta el dinero y cuánto duran las cosas. No soy rácano, pero tampoco es necesario despilfarrar. No me gusta tirar el dinero. De manera que todo lo que se gasta para llenar la despensa, para reponer una cortina o una sábana, o cualquier gasto general de la casa, incluidos los salarios de los empleados, se anota.

—Sí, señor.

—Sabrás que tu sueldo, tu dinero, se lo entregaré a tu tío.

—Sí, señor —afirmó con gesto serio, con ganas de decir algo, pero sabiendo que mejor era cerrar la boca, o en su defecto, decir solo lo necesario.

—Así son las cosas, Izarbe. Pero conozco bien a Martín, y estoy seguro de que ese dinero lo guardará a buen recaudo, para cuando lo necesites.

—Lo entiendo. También puedo entender que mi tío se quiera cobrar todo lo gastado en mí, en estos años.

—No estoy de acuerdo. Simplemente es cuestión de tiempo. Aún eres menor de edad.

«Por poco tiempo», pensó la chica.

Pero, no dijo nada, pues pensó que era mejor no hablar de ello, sabiendo que llevaba las de perder. Total, para qué; las mujeres al final, eran un cero a la izquierda, y los hombres, en general, eran los que llevaban las riendas.

Pasabas de estar bajo el dominio del padre, o en el caso de Izarbe, de su tío, para luego, estar bajo el dominio del marido.

No, ella no quería eso. Aunque llegase a estar algún día al lado de Javier, ella quería controlar su vida, quería tener libertad.

La voz del hombre entró como una suave melodía en sus oídos.

—Estarás aquí hasta el sábado al mediodía, que te podrás ir con tu tío, para volver el lunes por la mañana.

Ella afirmó en silencio.

—Si necesitas librar alguna mañana, tarde, o día, no tienes nada más que decirlo, y ya nos apañaremos.

Izarbe no vocalizó, solo movió de nuevo la cabeza, sin dejar de mirarlo.

De repente, el hombre apoyó los codos sobre la mesa, y enlazando los dedos, tapó su boca sin dejar de mirarla.

Ella se puso nerviosa.

Estiró el cuerpo, lo separó del duro respaldo del sillón y siguió manteniéndole la mirada, a los ojos primero, a las manos después, al brillo de la sencilla y estrecha alianza, pensando si el cardenal que había tapado y bien tapado con maquillaje esa mañana temprano, se había desmoronado.

—Tu tío me ha contado lo ocurrido.

Izarbe no abrió la boca, no movió los ojos, no dejó de mirar a ese hombre, intentando que su rostro no mostrase emociones, queriendo parecer despreocupada, pero sabía que no lo estaba consiguiendo, porque ese hombre la alteraba de manera desconocida.

—No soy quién para decirte nada. No es de mi incumbencia. Pero espero que, si comienzas a trabajar en mi casa, cumplas con tu cometido y no nos dejes en la estacada. Podría contratar a otra persona, con más experiencia, y sin embargo, confío en Martín, y por ende, en ti.

La joven estaba un poco fuera de lugar, pues para nada esperó algo así. En realidad, no se había imaginado mucho, pero lo que su mente elucubró en tan poco tiempo, no se parecía a nada de esto.

—Puede contar con mi palabra, señor Sagarra.

—Bien —añadió, bajando los brazos y dejando su rostro libre.

Ella se iba a levantar, pero la voz surgió de nuevo.

—¿Cuándo cumples los años?

Ella tragó saliva, y lo que le vino a la mente en ese justo momento, fue que, aunque su amante tuviera la voz de ese hombre, no llegaría a ser perfecto, pues Javier tenía tendencia a coger peso en la zona abdominal, y sin embargo, el jefe de su tío... Qué años tendría, parecía más joven que su tío, tal vez algo mayor que Javier, pero poco, y estaba delgado, pero fuerte.

—Cumpló veintiuno a finales de octubre —contestó como si estuviera en una nube, mientras veía como Antonio Sagarra movía ligeramente la cabeza.

—Entonces serás mayor de edad, pero ya sabes que hasta los veinticinco, si tu madre o tu tío no quieren, no podrás hacer lo que desees. ¿Tu deseo es irte con él? ¿Con el hombre que no le importa golpearte el rostro, o el cuerpo, y luego te pide perdón?

Ella bajó de golpe de esa nube algodonosa. Se puso colorada, lo sintió, pues el ardor que invadió toda su cara, no daba lugar a dudas y siendo tan blanca, la rojez llamaba la atención.

La pregunta había sido hecha de una forma natural, como si no hubiera invadido su vida privada. Como si tuviera ese derecho, desde el momento que entró en su casa, que aceptó el trabajo. Era algo de Martín, y Martín era algo de él, de esa manera, los dos eran algo de Antonio Sagarra.

El hombre continuó al ver el azoramiento de la joven.

—Ya sé, te lo he dicho antes, no es asunto de mi incumbencia. Pero conozco a Martín desde hace mucho tiempo, y sé que sufre, a pesar de tener ese físico de gigante, y esos modales fríos como una noche de invierno en el Pirineo. —Mostró una media sonrisa y continuó—: Él solo quiere lo mejor para ti, igual que lo querrá tu madre, como es lógico en una familia respetuosa y como Dios manda. No tengo hijos, por desgracia no los hemos tenido, y los sobrinos por parte de mi esposa, hacen su vida y no tenemos un trato muy estrecho; pero entiendo la postura de tu tío. La entiendo perfectamente. Simplemente quería que lo supieras.

Ella movió ligeramente la cabeza, sin dejar de observarlo, pero no dijo nada.

No se atrevió.

Antonio Sagarra Navarro se levantó y a ella le pareció más alto que al principio.

—Habrás comprobado que Agustina es un poco seca. —Entonces sonrió, otra vez, mostrando esa boca perfecta, provocando que los iris verdes se deslizaran por el blanco resplandeciente, cerciorándose de que esos dientes no eran postizos, que la unión de la rosada encía y el blanco nácar, era tan natural que no dejaba lugar a dudas—. Nada raro en estas tierras, como es natural. Pero es solo eso, dureza externa. Nada más.

Antonio siguió luciendo su sonrisa, sabiendo que su sana y perfecta dentadura provocaba miradas similares a la que le mostraba la chica. Algo que le hizo gracia, teniendo en cuenta la hermosura de la muchacha, y sobre todo, su juventud.

—Sí, he nacido no muy lejos de aquí. Soy aragonesa de pura cepa —añadió con una sonrisa de labios cerrados.

—Lo sé. Martín ya me dijo que eras una chica simpática y vital. Me gustan esas características, pero no olvides que esto no es la ciudad, que no estás en Huesca, y mucho menos en Zaragoza, y que a veces, más de uno, confunde la simpatía y la vitalidad con otra cosa.

Ella sí que estaba confundida, por el discurrir de la conversación, o, mejor dicho, por el discurrir de los comentarios del hombre. Tan pronto la alababa, como la advertía. Tan pronto le sonreía, y al momento...

—Te aconsejo que no des confianzas.

Ella abrió sus ojos al máximo.

No supo decidirse, si eso era un consejo, o una advertencia, o las dos cosas.

—No, señor. No tengo intención de dar confianzas de ningún tipo —añadió con gesto serio, algo molesta de que ese hombre pensara cosas que no eran.

La chica estaba violenta, y ese hombre la cohibía, y esa voz...

Esa voz la excitaba.

—No te lo tomes a mal, no interpretes mis palabras como una reprimenda, pero te vas a encontrar con más de uno, que al ver a una chica tan bonita como tú, y si encima es simpática y con un hablar dulce y femenino, y encima ha vivido en la capital, sola... se piense lo que no es.

Ella se quedó extática, y se molestó por esas palabras, a pesar de que esos piropos fueron dichos de la manera más correcta y educada.

—Sé cómo actuar con esos tipos —añadió con seriedad.

La mirada de Antonio no se despegó de esos ojos verdes.

—Ese es el problema. Me temo que no sabes cómo actuar con esos tipos —fueron las palabras del hombre, mientras se miraban fijamente.

Izarbe estaba incomoda, molesta, incluso dolida.

—Si cree que no soy apta para el trabajo que usted pide, dígamelo y ponemos punto y final a esto. No es necesario que tenga dudas y más dudas respecto a mí.

Antonio Sagarra volvió a sonreír y la sonrisa se convirtió en carcajada.

Y ella se quedó mirando esos labios que querían ocultar la espesa barba, el interior de esa boca, viendo que no le faltaba ninguna pieza, escuchando esa risa, esa carcajada, ese sonido tan... tan...

Era como un encantador de serpientes, aunque ella no había conocido a ninguno, y nunca creyó que se pudiera encantar a una serpiente; pero como metáfora, era ideal.

Cuando dejó de reír, se pasó una mano por la barba y habló.

—Al contrario. Creo que eres competente. Estoy seguro de que harás un buen trabajo —explicó con la sonrisa en los labios.

Pero entonces, bajó el tono, y añadió:

—Quiero que te quedes.

Izarbe sintió un revoloteo en el estómago.

Un nerviosismo la recorrió entera.

—De acuerdo —susurró, provocando que la oscura mirada se clavase en su boca durante unos segundos.

Antonio dejó de mirar esa boca, esa preciosa cara y se dirigió hasta la puerta, manteniéndola abierta para que ella pasara.

—Y... no he vivido sola en Zaragoza. Estaba en un piso, con una amiga, y la mayoría de los días estaba la madre de mi amiga, y hasta una tía.

Ella lo miró, él no dejó de mirarla.

—Lo sé, Izarbe.

Ella deglutió sin poder evitarlo, sintiendo que enrojecía de nuevo.

Él hizo como que no se daba cuenta.

—Tengo que irme. Busca la cocina y que Agustina te enseñe todo. Ella estará ahí.
—De acuerdo —añadió en tono bajo, pasando primero—. Gracias.
—De nada —añadió Sagarra, fijando los ojos en la espalda de la chica, y dirigiéndose ambos a la entrada.
—Ya nos veremos —dijo a modo de despedida cuando llegaron al lujoso vestíbulo, y abriendo la puerta desapareció de su vista.
Izarbe resopló.
Ese hombre la había impactado en todos los sentidos.
Qué edad tendría.
Ya no estaba segura de sus pensamientos anteriores.
Ya no sabía qué pensar del jefe de su tío.
De su jefe.
De su patrón.
Pero la curiosidad era máxima, algo que aumentaría en las semanas siguientes.
Con esos pensamientos, fue en busca de Agustina.
Deseando que le enseñara la casa.
Deseando ver las habitaciones privadas de ese hombre.
Pero eso no ocurrió, pues Agustina le enseñaría las zonas comunes, y pasarían de largo ante las puertas cerradas a cal y canto de los dormitorios.

PRESENTE

Cierro el libro y pienso en ese hombre, Antonio Sagarra Navarro, en las palabras que dijo a la joven Izarbe. Pienso en la violencia física, machista, en que ha existido siempre; violencia física, o verbal, o las dos. Todas son malas, todas son destructivas, y ciertamente, las personas que la utilizan, no pueden amar.

No saben amar.
Solo quieren dominar.
Recuerdo una ocasión, hará unos dos o tres años, que se me ocurrió preguntarle a mi marido:
—¿Tú me quieres, Juan?
Me miró como si le hubiese preguntado: *¿Me llevas a la luna, Juan?*
Cuando se recompuso, me dijo.
—Pero... ¿qué clase de pregunta es esa?
—Una muy sencilla —contesté sin dejar de observarlo.
—Pues la contestación, Valeria, es también muy sencilla; claro que te quiero, si no, no estarías conmigo.
Si no, no estarías conmigo.
Palabras dichas con aspereza, con autoridad, con prepotencia...
Vuelvo al presente, miro la hora.
Debería dormir, pero... para qué.

Mañana será otro día más, otro día igual.
Abro de nuevo el libro y sigo leyendo.

Capítulo 4

Antonio Sagarra Navarro contaba con cuarenta y seis años, uno más que el tío de Izarbe. Hijo único e ingeniero de minas. Tenía bastante dinero, alguna que otra posesión inmobiliaria en Pamplona, Huesca y otros lugares, algunas tierras por los alrededores, y otras más alejadas, arrendadas para el cultivo pocas, y para el pastoreo y la explotación forestal, muchas. Aparte, tenía también la concesión de la mina de hierro, heredada de su padre, a la que le estaba sacando buen provecho, y más que le sacaría, pues se había descubierto una gran veta, pero esta vez no sería a cielo abierto. En la gran mesa de su despacho ya se acumulaban diseños de túneles para minería subterránea, y diversos esquemas para optimizar las voladuras y el movimiento de materiales al exterior.

Hijo único y tardío, pues sus padres, después de años deseando ampliar la familia, habían desistido; y cuando ya no lo esperaban, cuando mantenían relaciones íntimas de tarde en tarde, cuando estaban más que mentalizados a quedarse solos, llegó el embarazo. La madre con cuarenta y dos años, y el padre con cuarenta y nueve. Para ellos fue un regalo del cielo, un milagro.

Y ese milagro creció, convirtiéndose en un hijo modelo, en todos los sentidos. El padre enseguida vio que tenía un hijo superdotado y que el pueblo se le quedaba pequeño para desarrollar toda su inteligencia. No importaron los llantos de la madre que no quería separarse de su único hijo, y el internado de Zaragoza lo acogió durante sus años de niñez y adolescencia, pues fue una condición de la madre, ya que ahí tenía una hermana. La carrera de ingeniero de minas la estudió en Madrid, aprovechando que parte de la familia materna eran de allí —una prima hermana vivía en la calle Santa Engracia—, y cuando acabó —los seis años los hizo en cuatro—, volvió a casa, y se puso a trabajar en la mina, como un trabajador más, para sentir y saber lo que era eso, trabajar en lo suyo, no unas prácticas de carrera, que también las hizo. Una vez hecho, una vez integrado plenamente, tomó el mando, pasados los veinticinco años, y cuando poco después comenzó la Guerra Civil, quiso alistarse, igual que hicieron más de 16.000 requetés, y más de 6.000 falangistas navarros a lo largo de los tres años de guerra. Pero entre su padre y otras personas vinculadas con el bando sublevado, le aconsejaron que se quedara para habilitar y gestionar una zona encubierta donde se fabricaría munición, y se almacenaría otras armas, y de esa manera abastecer a los requetés y demás falangistas, algo que le llevó, tanto a su padre como a él, a conseguir varias medallas y condecoraciones al acabar la guerra.

Años más tarde, se casó con Elisa Marcos Cifuentes, hija de un boticario de Pamplona. La conoció en los San Fermín, fiestas que él procuraba no perderse, pues le gustaba correr el encierro, y al menos, un par de días o tres, los pasaba en la ciudad. Ella había ido con unas

primas para divertirse un poco y relacionarse con unos y con otros; unos amigos de ellas, eran amigos de Antonio, y entre una cosa y otra, se ennoviaron y se casaron un año más tarde.

Decir que estaba locamente enamorado, sería mentir; decir que estaba enamorado, también. Nunca le había ocurrido algo semejante, nunca Cupido lanzó la flecha contra él, solo estuvo encaprichado, entusiasmado, nada más. Y eso fue lo que le pasó con Elisa, pero teniendo en cuenta que los años pasaban, a veces tenía la sensación de que volaban, y que sus padres estaban deseando ser abuelos, se casó con ella. A fin de cuentas, era una chica decente, con buena presencia, culta y un poco tímida. Y también, un poco mentirosilla, pues le dijo que tenía veinticinco años, realmente los aparentaba, pero lo cierto era, que tenían la misma edad.

Cuando lo supo, poco antes de la boda, no se molestó, no se enfadó, pero sí le dijo, y se lo dejó muy claro, que no volviera a mentirle; que ese camino no conducía a ninguna parte.

Los años pasaron y el embarazo deseado no llegaba nunca. Elisa fue varias veces al médico, pero según sus palabras, todo iba bien, estaba perfectamente, pero ella no entendía por qué no se quedaba en estado, y así se lo hizo saber. El doctor le contestó que a veces por cuestiones desconocidas, el embarazo tardaba en llegar, le aconsejó que no se obsesionara con ello, y si tenía que ser, sería.

Antonio pensó en ello, en lo contado por su esposa, más de lo usual, pues deseaba tener un hijo, por sus padres sobre todo, porque por él... Estaba convencido de que no tenía muy desarrollado el sentido de la paternidad, algo que le parecía más propio de las mujeres que de los hombres; y de tanto pensar, decidió que debía ir a la consulta del médico. Sin contar ni una palabra a nadie, con cierta incomodidad, y agradeciendo en silencio que la enfermera los dejara a solas, le expuso, que si su esposa estaba bien —y sin obviar la edad que tenía, pues ya no era una jovencita—, y no se quedaba en estado, cabía la posibilidad de que el problema estuviera en él.

El doctor lo miró con cara de circunstancias y un tanto sorprendido por esa visita inesperada, pues no era lo normal en los maridos, si no había embarazo el problema estaba en la mujer y listo. Si la mujer tenía una edad, había de todo, unas que se quedaban embarazadas como conejas, tuvieran veinte o cuarenta, y otras les resultaba más dificultoso, algo que para el hombre no suponía obstáculo alguno. Si la mujer solo traía hijas al mundo, el problema estaba en ella, por descontado. Si sufría abortos o malparía, el problema estaba en ella. Siempre era así, hasta las mismas mujeres lo veían así, al menos, la mayoría. La virilidad no se cuestionaba, y el hombre no se rebajaba a ir a un médico para indagar sobre el tema.

El doctor, después de carraspear varias veces, soltó la bomba: su esposa no podía quedarse en estado; motivo: obstrucción de las trompas de Falopio, algo que, por otra parte, podía ser de nacimiento.

La expresión de Antonio no mostró su asombro, pero el silencio que se mantuvo en la pequeña consulta dio fe de algo parecido. Al despedirse, le pidió por favor, que no era necesario que informase a su esposa de su visita.

Antonio nunca dijo nada, pero la relación con Elisa se enfrió. Era correcto, pero frío, y por descontado, la ilusión, o el entusiasmo del principio, desapareció. Mantenían relaciones una o

dos veces por semana, como mucho, y en los últimos tiempos, antes de que le diera el ataque, de tarde en tarde.

Los padres de Antonio no llegaron a saber los detalles de la falta de descendencia, y un poco antes de lo que le ocurrió a Elisa, con edad avanzada, murieron. Primero el padre, de un paro cardíaco, y después la madre de una subida de tensión.

En las condiciones actuales, el trabajo lo llenaba por completo, pues no solo era el jefe, el dueño, el ingeniero, sino, que hacía todo tipo de trabajos, como conducir uno de los camiones que dos o tres veces por semana llevaban material a la siderurgia. Y mientras hacía ese trabajo manual, mientras el ruido del motor invadía sus oídos, su mente se disparaba; más de una vez deseaba la muerte de Elisa, pues, a dónde conducía eso, qué podía traer; si ocurría alguna mejoría, según los médicos que la habían visto, sería tan leve que apenas se notaría. Entonces, para qué vivir así, se preguntaba una y otra vez.

Si era sincero consigo mismo, si verbalizaba sus pensamientos, no dejaba de ser una lacra, pues lo mantenía atado y no podía rehacer su vida personal, su vida íntima. Por otra parte, se reñía a sí mismo por esos pensamientos, por esos deseos nocivos, negativos, nada cristianos, pues era católico y su educación marcaba una ética, un comportamiento, un pensamiento... Y, los pecados, siempre eran pecados, nunca dejaban de serlos, te apellidaras Sagarra o Martínez.

Cuando eso ocurría, y estando en casa, antes de subir a su alcoba, dirigía los pasos hasta la pequeña capilla que se hallaba al final del pasillo donde se encontraba su despacho, se arrodillaba ante el altar, y rezaba, culpándose de sus malos pensamientos, prometiendo confesarlos, sabiendo que no lo haría.

Pasaba pocas horas en la Casona, pues cuando no estaba en la mina, se iba de viaje, a Pamplona, a Vizcaya, donde se reunía con socios y abría o cerraba negocios, pues la mayoría del hierro que extraía iba para los Altos Hornos; también viajaba a Huesca, y a Zaragoza, y más de una vez a Madrid o Barcelona. La mayoría de esos viajes eran por trabajo, y alguna que otra, por evasión, como su último viaje a París, que aprovechó para comprarse un automóvil.

No le gustaba ir de putas, nunca le gustó, pero alguna que otra vez, caía en la tentación. No le gustaba acostarse con casadas, y eso que más de una le tiraba los tejos cuando el marido no estaba por los alrededores, y las solteras o viudas, tampoco le interesaban, pues al final qué. Tener una amante, querida o mantenida, no era algo que le atrajera, pues por lo oído de aquellos amigos y conocidos que sí tenían, consideraba que era una fuente de problemas y de dispendio económico, porque por regla general la amante la tenías en la ciudad, y tanto gasto y molestias para echar uno o dos polvos de tarde en tarde, o cada quince días, era excesivo.

Más de una vez pensaba que podía haber sido monje, o cura, pues aguantaba bien la falta de sexo, aunque lo echara de menos. Y cuando conoció a esa preciosa criatura, todos los sentidos se alteraron, se pusieron alerta; como un lobo que baja al valle, que lleva tiempo sin comer, y huele una posible pieza. Los ojos brillan de forma febril, las orejas alertas y el cuerpo se pone en tensión hasta la última fibra.

Pero él solo se enfrió; se dijo: «Antonio, tienes cuarenta y seis años, y esa preciosa mujer, aún no ha cumplido veintiuno. Le llevas veinticinco años, ¡por la Santísima Virgen! Eso sin contar,

con que una mujer como esa, jamás se fijará en un hombre como tú».

Además, había tenido una aventura con un hombre casado, y ese comportamiento ya decía mucho de ella. No era una niña, no era inocente, pero era la sobrina de Martín, y eso bastaba y sobraba para respetarla y, sobre todo, para que ella se enmendara y pusiera en orden su joven vida.

Y cuando llegó junio, fue Antonio el que la llevó a Zaragoza para examinarse y poder conseguir el título de Ayudante Técnico Sanitario, en la especialidad de: Análisis Clínicos.

El viaje de ida lo hizo en el asiento trasero, mientras con sus cuadernos y libretas, repasaba mentalmente unos temas y otros.

Antonio ni la molestó; eso sí, miraba por el espejo retrovisor, sino constantemente, sí a menudo, y a menudo también sonreía al oírla como murmuraba los temas, y como resoplaba al no acordarse de algo; y sobre todo, al verla como mordía, o más bien martirizaba con esa preciosa boquita, el extremo del lapicero. Y cuando se mordía el labio y aguantaba la sonrisa, al tiempo que daba un pequeño brinco, mientras el coche bajaba los badenes —que parecían toboganes—, en los tramos de recta carretera que bajaba a Zaragoza, a más de cien kilómetros por hora.

Sabía de sobra, que muy mal se le tenían que dar los exámenes para suspender, a pesar de tener la recomendación de su amigo Franchó; pues estaba convencido de que esa chica era más lista que el hambre, y con o sin enchufe, aprobaría.

No podía engañarse, no podía negar la evidencia; esa joven mujer le gustaba muchísimo, le calentaba la sangre, le producía cosas que nunca había sentido. Deseaba tener y poseer, lo que otro había tenido y poseído. Pero, ante todo, era un caballero, era un hombre cabal, y jamás, jamás, osaría ponerle una mano encima, jamás la acosaría, jamás abusaría de su poder.

Por mucho que la deseara.

De manera que se mantenía en el límite, portándose educadamente, incluso sonriendo más de lo que era habitual en él, pues esa cara, esa sonrisa, esos ojos, provocaban que dejara la seriedad por algunos momentos, demasiados momentos.

Ya en la ciudad, le preguntó si quería desayunar antes de ir al examen, pero ella dijo que no, que no podría tragar bocado. Él le comentó que harían una parada en una cafetería que visitaba cada vez que iba a Zaragoza, tomarían un café con leche, y de paso, aprovecharía para ir al aseo, si tenía necesidad. La joven se puso colorada, pero supo que el hombre tenía razón, y que hasta ese momento no se había dado cuenta de que la vejiga le estallaría de un momento a otro.

Entraron en la cafetería Las Vegas, inaugurada el año anterior, lugar que ella conocía, pues había ido varias veces con sus amigas, pero nunca con Javier, y después de subir y bajar por la llamativa y amplia escalera de caracol para ir al baño, mientras Antonio la esperaba sentado en una mesa, se tomó un gran café con leche y una trenza de hojaldre que le supo a gloria. Antonio bebió su café solo y sin azúcar, sonriendo más con la mirada que con la boca y contemplándola con sumo interés, para poco después, pagar la cuenta, dejando una succulenta propina, algo que a Izarbe le llamó la atención, y despedirse del dueño.

Sin abandonar el Paseo de la Independencia, compró un periódico en un quiosco cercano a la cafetería, y subieron al Tiburón, siendo consciente la chica, de las miradas que lanzaron los transeúntes al coche francés y a ellos. No era para menos, pensó Izarbe, pues ella misma se sentía obnubilada, teniendo en cuenta, que su tío le había contado días atrás, que Antonio Sagarra pagó por ese coche: el Citroën DS, 940.000 francos, y que para que algo así ocurriera, estuvo en el Salón del Automóvil de París de 1955 —el año anterior—, y cerró el pedido, previo pago de una fianza de 80.000 francos.

Y subida en ese automóvil, de un elegante color gris, de diseño futurista, más cómodo y moderno que ninguno que hubiera visto, con una suspensión hidroneumática, solo conocida en esos coches, se dirigieron a la Escuela de Enfermería.

Aparcó muy cerca de la entrada, y ella, antes de salir del coche, le dijo:

—Si quiere ir a algún lado, no hay problema. Seguramente tardaré varias horas.

El hombre la observó atentamente, provocando que la chica se pusiera sonrosada. Y esa voz se dejó oír.

—No tengo nada que hacer, Izarbe. Te esperaré tranquilamente.

—De acuerdo. Como usted quiera —añadió con dulzura.

La observó alejarse, hasta que desapareció dentro del edificio. Se dejó marear con el movimiento de sus caderas, con esos andares tan femeninos, con el resplandor del cabello, que a pesar de llevarlo recogido, mostraba la hermosa trenza.

Movió la cabeza despacio, como queriendo olvidar esa imagen, y cogió el periódico para leerlo tranquilamente.

Con el paso de las horas, de haber bajado del coche un par de veces, y estirar las piernas durante media hora, de disfrutar de la deliciosa temperatura que anunciaba el verano, y que provocó que se remangara las mangas de la camisa, de haber vuelto al vehículo y mirar tranquilamente a los transeúntes, y retomar la lectura con sumo interés, levantó la vista y la vio. Salía del edificio, con su bolsito en la mano, la falda de vuelo de su vestido estampado moviéndose al compás de sus ligeros pasos, luciendo unos zapatitos planos en tono rosa claro, que la hacían parecer más joven de lo que era. Toda ella era pura femineidad, sus movimientos, su manera de lucir el vestido —un vestido que no tendría ocasión de ponerse en el pueblo, a no ser que quisiera el castigo que Martín le impondría—, esa manera de andar que parecía no tocar el suelo, ese voluptuoso cabello recogido en esa sencilla trenza y colocada sobre su hombro derecho.

La contemplaba extasiado, como si fuese una imagen lejana, un fotograma de una película en technicolor, cuando de repente, un tipo se cruzó en su camino y la agarró de un brazo. Ella se sobresaltó, la trenza saltó sobre el hombro, y con el movimiento fue a parar a la espalda, quedando torcida, pues estaba hecha para quedarse en su lugar original. El hombre y la chica se miraron, se hablaron. La diferencia de estatura se hizo evidente pues ella medía poco más de metro sesenta, y al no llevar tacón, tenía que echar la cabeza hacia atrás para hablar con él. El hombre, todavía joven, se mostró incómodo, molesto, incluso enfadado, fue entonces cuando Antonio salió del coche, despacio, ni se molestó en coger la chaqueta, ni se molestó en tapar sus

fuertes antebrazos bajando las mangas y abrochando los puños de la camisa, y tampoco cogió el sombrero, pues su mente y su mirada estaban en esa pareja.

Según se acercaba, ella se fue a separar, pero el hombre la volvió a coger del brazo, y Antonio escuchó las últimas palabras cuando estaba llegando hasta ellos.

—No me puedes hacer esto, Izarbe. No puedes. No te lo voy a consentir.

La hermosa voz de Antonio, se dejó oír.

—¿Ocurre algo, niña?

Era la primera vez que utilizaba ese apelativo con ella.

Con cualquier mujer.

Javier Rojas se quedó mirando a ese hombre, algo que aprovechó la chica para soltar su brazo sin problemas, pues la mano de Javier había quedado floja al oír esa voz.

—No, no pasa nada —contestó algo asustada, mirándolo con esos ojos verdes, moviendo esas largas y espesas pestañas.

—Espérame en el coche, por favor —pidió sin levantar la voz, sin dedicarle ni una mirada.

Ella pareció dudar.

—Vamos —ordenó en el mismo tono, con la mirada clavada en el rostro del médico.

La joven se movió, miró a su antiguo amante y sin más, se dirigió al coche.

—¿Es usted su tío? —preguntó Javier, un tanto acalorado.

Antonio no contestó, solo lo miró fijamente, observándolo sin pestañear, provocando que el otro se pusiera nervioso.

—Le puedo asegurar que mis intenciones son buenas —replicó, al tiempo que se llevó una mano al pecho y palpó con los dedos encima de donde debería estar el corazón.

El navarro observó esa mano, esos golpecitos encima de la camisa, de la solapa del traje.

¡Esa alianza de casado!

¡Qué desvergonzado!

Subió la mirada y la clavó en los ojos del hombre; ese hombre que se había acostado con Izarbe, que había estado dentro de ella.

—No me diga —añadió con sorna, mientras se llevó la mano izquierda a la barba y la tocó, la frotó ligeramente, con suavidad, provocando ese ruidito que hacen las barbas.

—Se lo aseguro. Se lo aseguro por mi honor —confirmó Javier, llevándose otra vez la mano derecha al pecho, dándose varios toques, otra vez, pero sin poder ocultar cierta desesperación al no saber cómo manejar la situación, al ser observado por esa mirada oscura, intensa.

Antonio dejó de tocarse la barba, metió sus manos en los bolsillos del pantalón negro, pero no dejó de acribillarlo con la mirada.

—¿Honor? ¿Y su esposa, qué opina de su honor? —preguntó con sarcasmo, mostrándose serio en todo momento, incluso con un toque amenazador—. ¿Qué opina de todo esto? ¿Y sus hijos? ¿Qué amor tiene a sus hijos? ¿Quiere abandonar a su familia?

Javier tomó aire, se tocó la solapa del traje hecho a medida con la mano libre, la que no sujetaba el caro maletín de piel marrón, con la que se había dado los golpecitos en el pecho, la

que lucía su alianza de casado, que unas veces llevaba y otras no, y contestó, bajando ligeramente la voz.

—Estoy en ello. Vamos a llegar a un acuerdo de separación, de manera civilizada. Los niños se quedarán con su madre y no les faltará de nada. Pasaran tiempo conmigo, cuando corresponda, y... bueno... Izarbe y yo podremos hacer una vida en común.

Antonio lo miró sin pestañear, tardando en contestar, asimilando lo que había dicho ese mequetrefe.

—Qué bien. Vivirán aquí, en Zaragoza. —La ironía adornaba cada palabra que pronunciaba Sagarra, aunque tenía la sensación, de que ese medicucho no la captaba, o se hacía el tonto; o tal vez estaba demasiado nervioso.

—No, aquí no. En otro lugar. Nos iremos a otra ciudad. Es lo más sensato. Así podremos comenzar de cero.

—¡Ah! Comenzar de cero... —repitió el navarro, como si estuviera digiriendo la información, manteniendo la mirada sin pestañear, o más bien, fulminándolo con su mirar profundo y un tanto misterioso—. Ya, ya veo. ¿Y sus hijos? ¿Qué opinan de esto sus hijos? —El interrogado no contestó, pero deglutió sin poder evitarlo, moviendo la nuez de Adán de manera rápida, y avergonzándose por ello—. Son pequeños, ¿no? No saben de qué va la vida, no saben qué clase de padre tienen, no saben que su padre quiere comenzar de cero, otra vida... Algo así, como borrón y cuenta nueva, ¿no es eso?

Las facciones de Javier Rojas se contrajeron, mostrando su malestar.

—Oiga, todo tiene solución. Yo me equivoqué, no me debería haber casado con mi esposa, esa es la verdad. No la quiero, no la he querido nunca. Se quedó embarazada, en fin... Ya sabe lo que ocurre más veces de la cuenta, haces algo que crees que es lo mejor, lo más correcto, y en ese momento no te das cuenta de que te estás atando de por vida, de que puedes arruinarla para siempre. No sé si me entiende. Amo a Izarbe, esa es la única realidad, la única verdad. Y claro que quiero a mis hijos, y a ellos no les faltará de nada, ni a mi esposa tampoco. Todo tiene solución. Todo.

Antonio se acercó.

Eran de la misma altura y las narices de ambos casi se rozaron.

—Le voy a decir una cosa, doctor Rojas —casi le susurró, casi le escupió las palabras, arrastrando el alto grado—: me importa poco o nada, lo que usted haga con su vida, me importa poco o nada su esposa o sus hijos, y a pesar de eso, no les deseo ningún mal, pero, cómo se le ocurra ponerle una mano encima a Izarbe, cómo se le ocurra acosarla del modo que sea, le daré tal cantidad de hostias que tendrá que estar tres meses en el hospital y no podrá rascarse ni la punta de la nariz.

Javier echó un pie hacia atrás, y luego el otro, separándose de ese hombre, queriendo eludir ese mirar duro, penetrante, sintiendo que ese tipo no hablaba por hablar, y sobre todo, sabiendo que él no era hombre de peleas, de medirse con otros a ver quién es el más macho, el más fuerte, el más duro. No. Él era un hombre de estudio, un hombre culto y de elevado estatus, no pensaba medirse con ese tipo, no era necesario; no tenía por qué rebajarse hasta ese punto.

Un tipo que no llevaba la chaqueta del traje, que el chaleco negro se le ajustaba al tórax dando cuenta de un cuerpo fuerte, estrecho de caderas y ancho de hombros, y ni una pizca de grasa recorriendo su cintura. Un tipo que se había arremangado las mangas de la blanca camisa, mostrando unos antebrazos morenos, acostumbrados al trabajo duro, unos brazos que podrían...

—Está bien, está bien. No es necesario amenazar. No hay por qué ponerse violento. No es necesario ese tipo de... de advertencias.

A pesar de las palabras, hizo un esfuerzo y no se movió.

No dio más pasos atrás.

No quiso mostrar la cobardía que estaba padeciendo en ese momento, y procuró no deglutir de nuevo.

Antonio Sagarra supo qué clase de tipo era ese hombre, y sin poderlo evitar, sintió una rabia enorme.

Rabia porque Izarbe se hubiera liado con él, rabia porque él hubiese puesto sus manos en ella... rabia porque ella hubiera gozado con él.

Decidió que la conversación con ese impresentable, por muy médico que fuese, acababa en ese momento.

—No amenazo. —Hizo una pausa, sin dejar de observar a ese hombre—. Aviso. Desaparezca de mi vista, si no quiere probar mi mano.

Javier Rojas Sanchís, hizo unos movimientos con la boca, más bien aspavientos, mordiéndose los labios, sintiendo que su rostro enrojecía, al tiempo que pensaba, que no tenía por qué aguantar semejante trato de un paleta de tres al cuarto, aunque llevara ropa de calidad, aunque sus brazos fueran más fuertes que los suyos. Pero la realidad era bien distinta; no creía lo que estaba pensando, pues en su fuero interno, ni creía que ese hombre fuese un paleta, y lo que era peor, intuía que era capaz de todo, que no hablaba por hablar. Un tipo de esos, que puede parecer tranquilo, que en su día a día es un hombre tranquilo, pero en un momento dado... ¡plas!, te suelta una hostia, o dos, y se queda más ancho que largo.

Estaba acostumbrado a tratar con gente de todo tipo, mucha de esa gente, por debajo de su escalafón social, y este tipo, fuera o no el tío de Izarbe, no estaba por debajo de él. Pero no era solo la presencia, el físico, o esa mirada profunda, inteligente, era la voz; una voz hermosa, pero que, entonada de una manera o de otra, podía seducir o acojonar.

—Me voy, ya me voy. No hace falta que monte un numerito aquí, a la vista de todo el mundo que quiera entretenerse a escucharnos y mirarnos —reprendió sin quitarle la vista de encima—. Pero tendría que ser ella, ella, la que me lo dijera. —Quiso dar más énfasis a sus palabras, a su orgullo, y sobre todo, a su hombría; pero sintió que no lo consiguió, que ese hombre invadía su espacio y lo arrinconaba, lo avasallaba sin ponerle una mano encima, sin moverse del sitio.

—Ella ya lo ha hecho. Le ha dado la espalda. ¿O es que está usted ciego?

Javier se separó más, y miró hacia el automóvil, viéndola sentada en el asiento del copiloto.

—¡Izarbe! ¡Izarbe! —gritó, queriendo conseguir que saliera del coche.

¡Qué corriera hacia él!

¡Qué se abrazase a él!

¡Qué se fuera con él!

Sin importarle que varias cabezas se movieron para fijarse en ese hombre vestido de manera impecable, en el doctor Rojas, que más de uno reconoció.

Antonio lo miró con desprecio.

—¿Quién monta el numerito ahora? Tenga un poco de orgullo, hombre. No haga más el ridículo.

Escupió en el suelo, muy cerca de los pulcros y brillantes zapatos marrones del médico, y dándose la vuelta, se dirigió hasta el coche con paso tranquilo.

Subió, arrancó y metió la velocidad.

Pasaron a su lado y lo dejaron atrás.

El elegante doctor, con su traje claro y su maletín de piel, seguía clavado en el sitio, mirando al suelo, el escupitajo al lado de sus zapatos, sintiendo una rabia interior, pero sabiendo que se quedaría ahí, que no saldría fuera. Elevó la mirada y se fijó en el Citroën, ese modelo llamado «Tiburón», que había salido a la venta el año pasado y que jamás habría pensado que tuviera el tío de su amante. Al tiempo, y como si fuese una iluminación repentina, se dio cuenta de que ese hombre no tenía acento aragonés, ese tipo no podía ser su tío; le pareció notar... ¿acento navarro? Los nervios y el calentón que sintió, le hicieron hervir la sangre, imaginando que pudiera ser su nuevo amante, o peor todavía, un posible prometido.

Antonio lo vio hacerse pequeñito por el espejo retrovisor, e imaginó lo que estaría pensando ese mal nacido; del coche y de él.

Cuando pasaron varios minutos, sabiendo que la chica estaba nerviosa, aunque no había abierto la boca, esa voz de barítono le preguntó:

—¿Qué tal el examen?

Y ella, con una hermosa sonrisa, soltando el aire contenido, contestó.

—Muy bien, don Antonio. Seguro que la carta de recomendación del doctor Alemany habrá tenido su peso, pero le puedo decir, que me ha salido muy bien, que sin ella, estoy segura de que habría aprobado, don Antonio.

Mirándola durante unos segundos, le dijo:

—Cuando estemos a solas no es necesario tanto formalismo, ¿no te parece?

Ella volvió a sonreír, pero esta vez, de manera más tímida.

—De acuerdo..., Antonio.

Hablaron de cosas banales, hasta llegar a Huesca, pero no todo el tiempo, pues hubo momentos que ambos quedaron en silencio, cada cual con sus pensamientos, envueltos con el ruido del motor y la estática de la radio cuando se quedaba sin señal.

En Huesca, Antonio la llevó a la tienda de ultramarinos La Confianza, en la plaza del Mercado, y le compró bombones y otros dulces para ella y su madre, también café, coñac francés, diversos ahumados, botellas de vino y otros licores, aceite, especias y bacalao, y alguna cosa más, para llenar la despensa de su casa; mientras la chica miraba esos hermosos techos con frescos pintados por León Abadías en el siglo XIX, haciendo alusión al comercio; mientras sus ojos verdes se deslizaban por el largo mostrador de mármol, donde el dueño cortaba con la larga

cuchilla los lomos de bacalao salado, y detrás, esas estanterías que llegaban hasta el techo, llenas de mercancía traída de todos los lugares, y del propio Aragón.

Jugó con la punta de su zapatito rosa, frotando las hermosas baldosas hidráulicas que adornaban el suelo, viendo cómo Antonio sacó su billetero y contó los billetes que irían a parar a manos del comerciante, al tiempo que un empleado cargó con todo para introducirlo en el maletero de ese coche tan llamativo. Mientras, ella se dejó inundar por todos los aromas de la tienda, oyendo la hermosa voz de Antonio hablando con el dueño, y comentándole al empleado que el coche estaba abierto.

Había estado en un par de ocasiones, la primera vez con su tío y su madre, la segunda en una salida con las monjas, y fue en esa pequeña excursión cuando la hermana Anunciata, la de Historia, les contó que esa tienda de Ultramarinos, llevaba abierta desde 1871, y que ni siquiera durante la Guerra Civil dejó de atender a sus clientes, y, que antes de ser ultramarinos, fue mercería y sedería, pero con el transcurso de los años, se fueron incorporando productos de ultramar y acabó vendiendo cualquier capricho o necesidad que el cliente pudiera necesitar o desear.

Antonio se dirigió a las afueras, mientras las miradas de unos y de otros se clavaron en el coche y en sus ocupantes. Paró en una pequeña taberna donde hicieron una comida tardía, pero sabrosa. Al volver al coche, el hombre, solícito y caballero como siempre, fue a abrirle la puerta, pero ella le dijo que prefería subir atrás, para descansar un poquito. Él la miró durante unos segundos, y le abrió la puerta trasera para que entrara. La vio acomodarse, removerse un poco para que la falda del vestido quedara en su sitio, entonces, sin dejar de mirarla durante esos segundos, cerró y se dirigió a su asiento, para arrancar y reanudar el viaje de vuelta. Mientras maniobraba y enfilaba de nuevo hacia la carretera, sus ojos oscuros vieron cómo se tumbó en el asiento, encogiéndose las piernas y estirando la falda del vestido para que apenas se le vieran las rodillas.

Las rodillas, las pantorrillas, esos preciosos y delicados tobillos... y unos pies descalzos que estiraban y encogían los dedos de puro placer.

Antonio retiró la mirada del espejo retrovisor, sin imaginar que la muchacha estaba en una nube, dichosa y llena de un placer desconocido. Con las dos manos debajo de la mejilla izquierda, cerró los ojos, y en cuestión de unos minutos se durmió hasta que llegaron a Navarra.

El hombre clavó la mirada al frente y condujo sin mirar, ni una sola vez, el espejo retrovisor que reflejaba la imagen de esa preciosa criatura.

En julio se fue a los San Fermín.

Le hubiera gustado llevarla.

Le hubiera gustado mucho.

Poner una excusa, y...

Pero no lo hizo.

Qué excusa iba a poner.

Qué pensaría la gente.

Qué pensaría Martín.

Y, sobre todo, qué pensaría ella.

PRESENTE

Cierro por unos instantes el pequeño libro, mientras mi mente no deja de pensar en esas personas, y suelto un suspiro profundo.

Los San Fermín.

Qué habría pensado Antonio Sagarra, si le hubieran dicho que en un futuro un tanto lejano, esas fiestas que tanto le gustaban, que solo se habían suspendido durante la Guerra Civil española, se suspenderían en su totalidad por la invasión de un enemigo común: un microscópico bicho cabrón, que provocaría que todos estuvieran confinados en sus casas para dar esquinazo al virus; mientras, se suspendía cualquier actividad de la índole que fuera, Semana Santa, Feria de Sevilla, Fallas, o San Fermín, para evitar aglomeraciones más grandes o pequeñas.

Pero dejando el bicho de lado, dejando los San Fermín también, imagino a esos dos hombres, frente a frente, a esa chica dentro del coche presenciando con sus hermosos ojos, e imaginado las palabras que saldrían por boca de uno y de otro.

Seguramente estaría nerviosa, sin saber qué hablarían entre ellos; seguramente todavía sentía algo por el médico, o tal vez, comenzaba a sentir algo por el navarro. Pero si el médico ya era mayor para ella, el otro...

De repente, me vienen los aromas de La Confianza, pues también he estado en esa hermosa tienda, también he admirado los frescos del techo, también froté con la punta de mis zapatos de tacón las baldosas hidráulicas, también me embobé con todas las cosas que se almacenan en esas estanterías. Igual que mis ojos se quedaron clavados en esa cuchilla que, manejada con suma precisión por la dueña, cortaba el bacalao con la misma eficacia que cien años atrás.

Y también recuerdo cómo mi marido sacó la billetera del bolsillo trasero de su pantalón de vestir, para sacar la tarjeta de crédito, en lugar de muchos billetes, y pagar la cara compra que hicimos ese día.

Pero nadie nos miró cuando subimos al coche, porque ahora ya no pasan esas cosas, a no ser que aterrices en la plaza Luis López Allué, como se llama ahora la plaza del Mercado, en un helicóptero, o algo por el estilo.

Siento una extraña sensación, algo así como una unión espiritual con Izarbe, con Antonio Sagarra.

Qué tontería, cuánta gente habrá pasado por esa tienda, una tienda que no cerró ni en la Guerra Civil, y que tampoco cerrará con la pandemia, pues no deja de ser un establecimiento de primera necesidad.

Sí, pero soy yo la que tengo este manuscrito, soy yo la que estoy leyendo la historia de Izarbe, la historia de Antonio.

Vuelvo a abrir el libro, y pienso que Izarbe era una mujer con suerte; que su tío, por muy brusco que fuera, la había salvado de un futuro nada halagüeño porque la amaba, a pesar de lo que ella pensara; que tenía una madre amorosa y dispuesta a que su hija tomara el rumbo correcto, y en especial, un hombre, que influyó en el bueno de Martín para que la chica estudiara, un hombre que apenas la conocía, pero que estaba dispuesto a defender su honor, y encima, la respetaba, sin importarle que no fuera virgen, sin importarle que había sido la amante de un casado...

Sin importarle algo así, algo, que en esa época, era inaudito.

Algo fuera de lo común, fuera de todo pensamiento.

Nunca he sido envidiosa, pero ahora, ahora quisiera estar en la piel de Izarbe.

Quisiera vivir lo que ella vivió.

Dirijo la mirada al papel amarillento, a esas palabras escritas con esa preciosa caligrafía.

Me sumerjo de nuevo en esa historia.

Capítulo 5

Izarbe sabía que algo le había dicho Antonio a la cocinera y gobernanta, pues después del frío recibimiento de la primera vez, a partir del día siguiente el tuteo se convirtió en usted. Por supuesto no preguntó, ni a ella ni al patrón, pues solo quería llevarse bien con los lugareños, hacer su trabajo y ganarse su sueldo.

Sus sueldos, porque en su mente, eran suyos, ganados con su trabajo.

Los sueldos que iban a las manos de su tío Martín, y que, a lo mejor, si Antonio estaba en lo cierto, volverían a sus manos en el futuro, pero por el momento, ni se le ocurrió sacar el tema en su casa, ni tan siquiera con su madre.

En la Casona, cuando Antonio estaba de viaje, Martín dejaba la habitación del barracón de la mina donde dormía, y se instalaba en una de las alcobas de la casa, del piso superior, por orden expresa de don Antonio. Era tal la confianza que tenía en él, que habría puesto su vida en sus manos.

Cuando eso ocurría, Izarbe cenaba con su tío en la mesa de la cocina, una vez que Agustina ya lo había hecho, y dejaba solos a tío y sobrina, para irse un rato a hacer compañía a la enferma mientras tejía o cosía lo que fuera.

Las cenas transcurrían con pocas palabras, pues Martín, hosco como era, no las desperdiciaba, y la chica conocía de sobra su carácter. De todas formas, Izarbe intentó indagar sobre varios temas, y mira por dónde: al preguntar cosas relacionadas con la mina, fue un pozo de información, y de esa manera, al mismo tiempo que se enteraba del funcionamiento, un poco por encima, de dónde iban esos grandes camiones cargados de mineral, también iba sacando información de los viajes del patrón.

Cuando surgió los San Fermínos en la conversación, Izarbe se sorprendió de que su tío emitiera una opinión tan personal del tema en cuestión, pero astuta como una zorra, dejó que el tío expresara lo que quisiera, no mostrando un interés desmedido. Ni tan siquiera un poco de interés.

—Me parece una temeridad por su parte —explicó sin mirarla, dando cuenta de las patatas con bacalao que se estaba comiendo—. De acuerdo que lo lleva haciendo desde que era un chaval, que ya lo llevaba su padre, que en gloria esté, pero aun así... —Dejó la frase sin acabar durante unos segundos, viendo cómo su sobrina le llenaba el vaso de un excelente vino tinto de la tierra—. Pero... ya no es un chaval, ni tan siquiera un jovenzuelo. Tiene un año más que yo, por todos los santos. Un tropezón, un despiste... Cualquier cosa y... —Hizo un gesto con una de sus grandes manos, como intentando abarcar algo imaginario, algo inabarcable—. No lo quiero ni pensar. Ni pensar —repitió elevando el tono, mientras los ojos verdes lo observaban con atención.

—Tiene usted razón, tío. Toda la razón —convino la joven, que sabía que cuanto menos hablara ella, más hablaría él... si es que estaba por la labor.

El aragonés engulló un trozo de pan y le dio un buen trago al vino.

—Está en buena forma física, ya lo creo que sí. Siempre lo ha estado, no es nada nuevo. Es su constitución, y toda la actividad que lleva día a día. No tiene ni un gramo de grasa, ni un gramo —repitió, pareció pensarlo, y movió lentamente la cabeza—. Incluso, no aparenta la edad que tiene, no, de hecho, nadie le echa la edad que tiene... Pero la tiene —continuó imperioso—, ya lo creo que la tiene, y eso de correr delante de esos bichos...

Volvió a prestar atención al plato, y reanudó la tarea del alimento.

La chica, como quien no quiere la cosa, intervino.

—Es verdad, tío. Tiene usted razón. Además, no sé cómo no tiene miedo a esos toros, tan grandes, con esos cuernos... que dan miedo con solo imaginarlos —añadió sin mirarlo, rebañando con un trozo de pan el aceite que quedaba en el plato.

Martín la miró durante unos segundos, observando cómo limpiaba el plato con la corteza de pan, y pensando que no estaba poniendo mucha atención en la conversación que estaban manteniendo, que le interesaba más rebañar el plato que otra cosa; algo que le hizo sonreír.

—¡Quia! —soltó en castellano, para continuar con el ansotano—. ¡Miedo! El patrón no le tiene miedo a nada. Ni toros, ni cuernos, ni nada. Menudo es. Si parece aragonés. —Izarbe se mordió el labio para no reír, pues su tío consideraba que los aragoneses ganaban con creces a los navarros, y por supuesto a los catalanes, en todo, o casi todo; aunque estos últimos, le pillaban más lejos, no eran tan cercanos, geográficamente.

¿Casi todo?

No, en todo.

—Agustina me dijo, que entre los antepasados del patrón, hay vascos, gallegos y cántabros, incluso, algún catalán y madrileño, pero aragoneses no.

—Qué sabrá esa. Seguro que hay alguno.

—Seguro que sí —remató la joven, dejando el plato tan limpio que parecía recién fregado.

—Claro que tiene, sí lo sabré yo. Hay una casa en el bosque, que se encuentra cerca del pueblo, la Casa Lanau, y la heredó de una tía por parte de madre, que no tuvo hijos.

—¿De Ansó?

—Claro, qué pueblo si no —soltó, al tiempo que cogió el vaso y apuró el contenido—. Y... por parte de la madre, sí, también hay madrileños, por eso estudió allí. Por la madre le viene más revoltijo, pero el padre, el padre era navarro de pura cepa, y también le gustaban los San Fermín, pero no los corría, a no ser de muy joven.

Izarbe se levantó y le preguntó si quería un poco más.

Él, la observó suspicaz.

—¡Echa! No todos los días como un bacalao tan rico.

«Ni tan caro», pensó la joven.

—Es de La Confianza.

—Ya me parecía a mí.

—Después hay arroz con leche —añadió la sobrina, aguantando la sonrisa.

—¡Vaya! Seguro que no está tan bueno como el que hace tu madre.

—Yo creo que sí —afirmó, sonriendo ampliamente.

—Bueno, todavía queda hueco en este estómago —soltó al tiempo que se daba unas palmadas debajo del pecho—. Probaré ese arroz con leche... —Y bajando la voz, añadió—: A escondidas, te diré lo que pienso.

Izarbe le echó más patatas con bacalao, rellenó el vaso de vino, y siguieron cenando.

En la casa trabajaban unas hermanas mellizas, que hacían la limpieza y otras tareas, como lavar la ropa en el lavadero que se encontraba detrás de la Casona. Eran hijas del guardés de la finca, que también era jardinero y se encargaba de cazar por la zona, muchas veces con el patrón. Vivían en la casa del guarda, y la esposa se encargaba de los animales: gallinas, cerdos, vacas... y ayudaba a su marido en el huerto, donde se cultivaba de todo lo que admitían esas tierras navarras, dando lugar entre unas cosas y otras, a una buena despensa y conserva.

Las mellizas, fácilmente distinguibles, tenían cerca de veinte años y se mantenían a distancia de Izarbe, por orden de Agustina y de los mismos padres. Sí, la aragonesa era una empleada, pero no era como ellos. Era sobrina de Martín, y éste era la persona de confianza del patrón; además tenía estudios, dos, para más inri: secretaria y enfermera, algo que a las mellizas se les escapaba; tener dos oficios de esos, de señorita bien, y encima tan joven, cómo podía ser eso. Y encima parecía de capital, pero no, era de pueblo como ellas, pueblo aragonés, pero pueblo al fin y al cabo.

Y siendo así, cuidaba de la señora enferma, le ponía inyecciones, le tomaba la tensión, le tomaba la temperatura, le administraba la medicación, ¡hasta le sacaba sangre de vez en cuando!; y daba el parte de todo lo relacionado con la enferma, cuando el médico hacía su visita semanal. Hasta detallaba las veces que había hecho caca la enferma, la blandura o dureza, y el color, algo que las mellizas encontraron repugnante, pero que parecía importante a la hora de hacer algo diferente, como, por ejemplo, darle de comer una cosa u otra. Cambiar la dieta, habían oído decir a la aragonesa.

Las mellizas hablaban entre ellas en castellano, pues era como más cómodas estaban y también, para no olvidarse, pero con los demás utilizaban el roncalés, un dialecto del euskera, que sus padres y también Agustina, empleaban habitualmente. El patrón lo hablaba con fluidez, pero ya se habían dado cuenta de que la enfermera secretaria no lo hablaba.

—Seguro que no hablará ni aragonés —comentó la que nació primero, que era un par de centímetros más alta, tenía el pelo más oscuro y de nombre Leyre.

—Sí, habla ansotano. La he oído hablar con su tío. Pero va de señorita de ciudad. Seguro que sabrá algo de roncalés, pero prefiere no hablarlo. ¿Te has dado cuenta de que estirada anda? —añadió la otra, con el pelo castaño claro, un ojo un poco desviado hacia afuera y de nombre Irati—. De ciudad —volvió a repetir haciendo círculos con una mano—, porque ha estudiado en Huesca, y luego en Zaragoza... pues, cuánto tiempo habrá estado en Zaragoza... ¿dos años?...

—¡Y yo que sé! —añadió Leyre.

—Pues eso, de pueblo, es lo que es. Y se da unos aires...

—Pues, se tiene que aburrir mucho, pero que mucho, los sábados por la tarde y los domingos en su pueblo —añadió Leyre.

—Igual está saliendo con alguno.

—Lo sabría Agustina, y si ella lo sabe, lo sabríamos nosotras porque lo sabría madre.

—¿Pondrán cine en Ansó? —preguntó Irati, pues el cine era algo mágico para ella.

—No creo. O a la mejor sí. Puede que en algún bar, el sábado o el domingo, o una vez al mes.

—Cuánto me gustaría ver esa película... Esa de ese actor rubito, ¿cómo se llama? —preguntó Irati.

—James Din, o Den, o algo por el estilo —aclaró Leyre.

—Sí, eso. Al este del Edén —recordó, al tiempo que casi puso los ojos en blanco.

Las revistas que traía el patrón de sus viajes, normalmente no se tiraban, pero con el tiempo, alguna caía en la papelera y Agustina no reparaba en ello, pero las mellizas sí. Y de esa forma, conocían actores españoles o extranjeros, y más de una película.

—Seguro que ella ha visto la película.

—Igual no la han puesto en Zaragoza. Las cosas tardan en llegar.

Pasaron unos minutos, y se reanudó la conversación.

—¿Crees que se pondrá esos vestidos en su pueblo? —preguntó Irati.

—Cualquiera sabe, pero me da que el señor Abós no lo verá con buenos ojos. Seguro que tiene vestidos ansotanos.

—Eso seguro. Dice madre, que la señora Izarbe cose muy bien. Tendrá de diario y de domingo, para ir a la Iglesia. Y de más lujo, para las fiestas.

—Sí, tendrá varios, y los otros, los normales, para cuando no esté en su pueblo.

—Con el dinero que gana, pronto podrá irse a cualquier lugar —añadió Irati, pues la noche de antes habían escuchado una conversación entre sus padres, y de ese modo se habían enterado que cobraba mil pesetas al mes—. Y como no gasta nada, fíjate.

—Algo gastará en su pueblo, si es que el tío o su madre le dan algo. ¿No sabes que el dinero lo cobra el señor Martín? —preguntó Leyre, haciéndose la importante.

—Bah, seguro que tiene suerte y la invitan. No le hará falta el dinero de su tío.

—¿A qué la van a invitar?

—A lo que sea. Padre dice que Ansó tiene 1.000 habitantes o alguno más. Así que, tendrán una cantina, o un bar, o varios, y seguro que los chicos del pueblo se la rifan.

—Sí, los chicos, y los que no son tan chicos. Pero me parece a mí, que esa, quiere algo más importante. No se conformará con un pastor de ovejas, o un leñador —sentenció Leyre, mientras bajaban el tono al oír los pasos lentos y pesados de Agustina.

—Los leñadores son fuertes —suspiró Irati.

Los pasos de la gobernanta se alejaron y ellas siguieron con su palique.

—Es muy raro que esté aquí —continuó Irati.

—¿Por qué? —preguntó Leyre, fijando la mirada en su hermana.

—Tendría que estar en la ciudad. ¿No?

Leyre movió la cabeza despacio, sin retirar los ojos de Irati.

—Sí, es un poco raro que se venga aquí, para cuidar de una enferma.

—A lo mejor, el señor Abós se cansó de gastar dinero en ella, y la trajo de vuelta.

—Sí, será eso.

Las mellizas siguieron con su tarea, para que al llegar Agustina no las mirase de mala manera, y les echase la bronca.

Al rato, volvió a hablar Leyre.

—Pues, si la señora se muere pronto, no sé qué hará la aragonesa, porque si su tío no le da permiso, no podrá irse a ningún sitio.

Las dos hermanas se miraron a los ojos.

—Se puede escapar —añadió Irati, en tono bajo.

Leyre observó a su melliza, y movió la cabeza lentamente.

—Sí, siempre le queda esa salida.

Y así, entre limpieza y limpieza, haciendo la colada, tendiendo la ropa, o recogéndola, al terminar las tareas en la casa grande y dirigirse al encuentro de la madre, transcurrían las conversaciones de las mellizas, cuando nadie las oía.

Lo que pudiera hacer la aragonesa el fin de semana en su pueblo, como el hecho de si ponían películas en los bares, o en algún otro lugar acorde para tal acontecimiento, no era tan importante como el aspecto físico de la joven, que llamaba enormemente la atención de las mellizas, quizá más que los estudios o profesiones que pudiera tener; incluso ese sueldo inalcanzable para ellas, aunque lo cobrase el tío. Pues, esa belleza era lo primero que se veía, su carta de presentación, esa que no puedes esconder, a no ser que vayas con un hábito de monja; o con el traje de ansotana, que escondía más que mostraba. Poseer ese cabello espeso y ondulado, rubio que tiraba a rojo, o más bien, rubio y rojo, y esos ojos verdes grandes y llamativos, era cuanto menos... eso: llamativo. *Despampanante*, como habían oído decir a padre en una ocasión, y a madre no le había hecho ninguna gracia. Y si le añadías que era flaca como un junco, pero tenía carne más que de sobra en los pechos y el trasero, era más... llamativo y despampanante todavía.

Las mellizas intentaban no mirarla demasiado cuando se cruzaban con ella, pero resultaba muy difícil mantener la mirada apartada de esa chica, pues hasta los movimientos de su cuerpo más insignificantes, eran sugerentes, y si no era así, que se lo preguntasen a su padre, que ya lo habían pillado más de una vez observándola cuando salía a dar un paseo por el jardín, para estirar las piernas, decía, o cuando se acercaba a por huevos, pues le decía a la cocinera que no se molestase, que ya los recogía ella. O cuando salía a fumarse un cigarrillo, pues más de una vez, las chicas la habían visto, sujetando con delicadeza el pitillo, como si fuese una de esas actrices del cine, que no apuraba hasta el final, pues cuando estaba por la mitad lo aplastaba contra las piedras del muro donde se apoyaba, sacaba un papel del bolsillo de su bata, lo envolvía y lo guardaba de nuevo para tirarlo a la basura cuando nadie la viera.

Sí, el padre se quedaba mirándola como si viese un burro volando, hasta que la esposa le hacía un gesto casi imperceptible, y el hombre bajaba la cabeza y se ponía en movimiento y seguía con sus tareas.

Tal vez fuera por las ropas que llevaba debajo de la bata blanca que utilizaba cuando estaba con la enferma, que no eran lujosas, ni llamativas, pero en ese cuerpo tan delgado y con carne en los sitios más prohibidos, pues, esos vestidos ligeros se movían al son de las caderas, y como tenía esa forma de andar, que parecía que flotaba, que no tocaba el suelo...

La cosa parecía calmarse cuando se envolvía en gruesas chaquetas de lana cuando hacía más fresco, pero, aun así...

O tal vez era por ese pelo largo, espeso y brillante, que la mayor parte de las veces lo llevaba recogido en una trenza, o en un moño flojo, que daba la sensación de que de un momento a otro se iba a soltar, pero que no se soltaba, que no necesitaba cardarlo pues había pelo de sobra; o peor todavía, cuando se hacía dos trenzas, dándole un aspecto de muchachita, menos cuando esas trenzas rebotaban en los inhiestos pechos, que entonces parecía...

Realmente no sabían qué parecía, pero sí que provocaba mucha curiosidad, y sobre todo envidia, no solo por su físico, también por su saber, y en especial, por esa situación incierta, pues las mellizas no sabían cómo tratarla, dónde situarla, pues se codeaba con el patrón casi todos los días, y también con el médico que venía todas las semanas, además, la señora Agustina la llamaba de usted, y eso...

Eso la colocaba por encima de lo que conocían.

En una ocasión que Izarbe iba a salir, escuchó a las mellizas que, barriendo el pasillo una y quitándole el polvo a los cuadros la otra, decían:

—Le van a hacer la prueba de la rana —dijo Leyre, que al ver la expresión que puso su hermana, aclaró muy segura de sí misma—. Para saber si está preñada. Es lo que se hace ahora cuando las mujeres van al médico; si no vas, no, ya te enterarás cuando te lo diga el cuerpo. —Elevó las cejas al ver el gesto de su hermana.

—¿Y qué tiene que ver una rana con una preñada? —preguntó, al tiempo que hacía una mueca extraña con la boca.

—No lo sé. Jamás escuché algo así. Pero es lo que se hace —volvió a repetir.

Entonces salió Izarbe de la habitación de la enferma y, mirando a una y luego a otra, les dijo:

—Es la prueba del embarazo. —Al ver la expresión de las mellizas y su mutismo, aclaró—: Consiste en inyectar a una rana o un sapo hembra... —Hizo una pequeña pausa, para que las mellizas visualizaran, o, comprendieran la explicación—, la orina de la mujer en cuestión. Si una mujer está en estado, segrega muchas hormonas, unas hormonas específicas... —Volvió a parar, mirando a una y luego a otra—, pues dichas hormonas, al introducirlas bajo la piel de la rana, estimulan su ovulación. De manera que, si la rana desova en 24 horas, la prueba da positiva. La mujer está en estado de buena esperanza.

Las mellizas no abrieron la boca, solo movieron la cabeza y vieron como la aragonesa se dirigió hasta la entrada, abrió la puerta y salió al exterior.

Izarbe no se molestó en caer simpática a las mellizas, pues era consciente de cómo la miraban, y con relación a la cocinera, mantenía las distancias, dirigiéndose a ella con educación y cuando lo consideraba necesario. Sí, le gustaba ir al gallinero a por los huevos diarios, igual que hizo muchísimas veces en su casa, cuando era pequeña y no tan pequeña, y salía disparada hasta la borda para comprobar con entusiasmo cuántos huevos se encontraría y dónde los habrían escondido. Como la zona de los animales se encontraba a unos doscientos metros de la Casona, en una zona escondida entre árboles, para evitar los olores y marcando distancia con la vivienda, aprovechaba para estirar las piernas y despejar un poco la mente y, sobre todo, despejarse un rato de la enferma. Al padre lo veía más a menudo, pues rondaba mucho por la casa, por unos motivos u otros, pero a la madre apenas la trataba. Su trabajo consistía en cuidar de la enferma y llevar al día su evolución y por otra parte, encargarse del poco trabajo administrativo que Antonio le mandaba. Normalmente, el lunes era el día de las cartas; solía dictarle tres o cuatro, a veces cinco, que ella copiaba con rapidez en su libreta utilizando taquigrafía, para más tarde pasarlas a máquina y dárselas al día siguiente al cartero.

La primera vez que Antonio le dictó una carta dirigida a una ferrería, al pasar a su lado y fijarse en los signos y abreviaturas, le dijo con cierta ironía:

—¿Estás segura de que sabes lo que escribes?

Ella lo miró con esos ojazos e ingenuamente contestó:

—Claro, don Antonio. La taquigrafía es una técnica de escritura. Se trata de escribir todo lo que usted me dice a la misma velocidad que lo dice, empleando unos signos específicos.

—¿En serio? —siguió tomándole el pelo.

—Claro. Mire. —Y leyendo esos signos escritos, repitió palabra por palabra todo lo dicho por él.

El hombre movió la cabeza lentamente, y su voz sonó de nuevo.

—De acuerdo, ya me quedo más tranquilo.

Ella mostró una esplendorosa sonrisa y él no pudo evitar tomarla de la barbilla y contemplar ese rostro tan bonito.

—¿Te han dicho alguna vez que eres una maravilla? —preguntó sonriendo, acariciando esa delicada barbilla y viendo como las mejillas se ponían de un rosa intenso. Antonio dejó de tocarla y con la sonrisa en los labios, añadió—: Venga, sigamos, que todavía nos queda trabajo.

Fue la primera vez que la tocó.

Y a ella no se le olvidó.

Al principio, no se paró a pensar qué le pasaba, qué sentimientos le inspiraba Antonio, sin el don, como le pidió él en el viaje de vuelta de Zaragoza, confianza que no llegó a tomarse, a excepción de esa vez. Pero desde entonces, hasta cuando se fue a Pamplona y después, no dejó de darle vueltas a la cabeza.

Javier Rojas, el doctor, el que fue su amante, ya no le inspiraba nada, ya había aprendido la lección: un hombre que te maltrata de cualquier forma, no es un hombre cabal, no es un hombre

digno de amar. Eso sin contar con que tenía una familia, esposa e hijos, y los había traicionado, seguramente lo seguía haciendo.

Tal vez hubiera cambiado de idea, si hubiese leído las cuatro cartas que él le mandó al pueblo y que la madre se encargó de leer y destruir. Porque la madre, por nada del mundo quería que su hija volviera con ese hombre, y por nada del mundo que llegara a oídos de su hermano por parte del cartero, que su sobrina recibía cartas de Zaragoza sin remitente; algo que llamaba enormemente la atención.

Cuando salió de hacer el examen, tan contenta, pues sabía que le había salido muy bien, que con o sin la valoración de Alemany, lo iba a aprobar y con buena nota, cuando lo vio, cuando él la cogió del brazo, y la acercó hasta su cuerpo casi rozándose, lo miró como si fuese un extraño, como si ese hombre no hubiera tocado ni un ápice de su piel, no hubiera besado su boca, no hubiera estado dentro de ella. Sintió desazón porque esa mano la agarrase con fuerza, pero, sobre todo, sintió un malestar desagradable porque Antonio Sagarra presenciara la escena.

Eso fue lo que más le molestó.

Ella sabía que él sabía, pero no quería que fuese testigo de verlos juntos, así, de esa manera. No quería que Antonio se imaginara las cosas que ellos habían hecho cuando eran amantes. No quería que él pensara mal de ella, aunque era algo improbable estando al corriente de su vida.

Y cuando hizo acto de presencia y la llamó «niña», y le ordenó, aunque se lo pidió por favor sin levantar la voz, que se fuese al coche, su corazón latió con fuerza, su nerviosismo aumentó al máximo, pues se temió lo peor, creyendo que podían llegar a las manos e imaginó que, si algo así sucedía, ella perdería su empleo y su tío se enfadaría mucho. Pero, sobre todo, imaginó que ya no volvería a ver...

Que no volvería a ver a Antonio Sagarra.

Sentada en el coche, con la vista clavada en los dos hombres, sin saber de qué hablarían, qué dirían de ella, qué se dirían ellos, se dedicó a contemplarlos, intentando controlar los nervios que invadían todo su ser.

Igual de altos, Javier con traje claro, Antonio con su pantalón negro, el chaleco entallando ese torso fuerte y delgado, y la blanca camisa con las mangas subidas, solo un poco, un par de vueltas a los puños, sin llegar al codo, mostrando esa piel morena, esos antebrazos venosos y fuertes; sin chaqueta, sin sombrero...

Un hombre culto, con dinero, pero sin importarle las apariencias en un momento dado. O tal vez, no quiso perder tiempo en ponerse la chaqueta y el sombrero al verla con él, o simplemente le importó un bledo, y sus ojos y su mente solo se fijaron en lo que estaba ocurriendo, en lo que podría ocurrir.

El médico con una corbata de colorines, el navarro con una negra. La espalda de su jefe era más ancha, marcada por unos hombros poderosos que contrastaban con las caderas estrechas, y un estómago liso, plano. Era un torso triangular. No lo había visto desnudo de cintura para arriba, ni de ninguna forma —en su imaginación, de muchas maneras—, pero cuando estaban en su despacho, muchas veces iba con traje, y se quitaba la chaqueta para estar más cómodo, dejándola en el respaldo de su asiento, y el austero chaleco negro rodeaba su torso de una forma que no

cabía duda alguna; además, ya lo decía su tío, no había ni un gramo de grasa. Sin embargo, Javier engañaba porque el traje, cortado a medida, ocultaba cierta adiposidad que se iba acumulando en la cintura y más arriba, y por supuesto no tenía marcados los pectorales, ni el abdomen, ni sus brazos estaban acostumbrados al esfuerzo físico. Algo que en el pasado no le importó, porque lo encontró tan mundano, tan inteligente, tan interesante...

Ahogó un gemido y se mordió el labio cuando vio que Antonio se pegó al médico, temiendo lo peor, y soltó el aire cuando el médico se separó ligeramente. Sin saber qué se decían, sin llegar a medir la fuerza física, supo quién había dominado, quién había ganado.

Supo que había sido una guerra de egos, de poder, o de machos; supo que Antonio Sagarra defendía algo que pertenecía a Martín Abós, pero también sintió que ese hombre la defendía a ella, a ella, para mantenerla a salvo de hombres como Javier, y tal vez... porque creyese que ella lo merecía.

Y sintió un fuerte deseo, un deseo que le estremeció el cuerpo, que hizo que se le humedeciese el sexo, que sintiera esa humedad en la felpa de las bragas, que casi tuviera un espasmo.

Cuando él volvió al coche, subió y lo puso en marcha de la manera más tranquila, como si no hubiese pasado nada, como si el enfrentamiento verbal con el que fue su amante no hubiera existido. Ella aguantó la respiración, viendo como maniobraba ese coche tan llamativo, como pasaban al lado de Javier, inmóvil como una estatua, y lo perdían de vista. Estaba en un estado de alto grado de excitación, pues todo se acumuló, los nervios por el examen y la situación tan embarazosa con Javier, dieron como resultado que estuviera nerviosa, sintiendo cómo bullía su estómago, su barriga, temiendo que más pronto que tarde, llegaran palabras feas, incluso despectivas, pero, a pesar de ese miedo, de esperar ese desprecio, sintió en todo momento las bragas húmedas.

Y cuando un poco más tarde, solo unos minutos que a ella le parecieron horas, le preguntó qué tal el examen, cómo le había salido... como si no hubiera pasado nada, ella supo que ese hombre era diferente.

Que ese hombre era especial.

Sin dudarlo.

Después, cuando la llevó a La Confianza y compró esos bombones y dulces, a pesar de que dijo: «para tu madre y para ti», supo que lo dijo por quedar bien, que solo los compraba para ella. Y mientras compraba delicias para su casa, mientras ella miraba las estanterías llenas a rebosar, mientras dirigía la mirada a las pinturas del techo y después jugueteaba con la punta de su zapatito marcando las baldosas, aprovechaba para mirar a ese hombre, pero que no se notase. Escuchando su voz hablando con el dueño, observando su perfil, contemplando sus manos cuando sacó los billetes de la billetera de piel, deslizándose los ojos cuando la guardó en el bolsillo trasero del pantalón, para fijarse en esa parte de su cuerpo. Incluso se puso sonrosada cuando él la miró, le sonrió y le guiñó un ojo, mientras esperaba las botellas de coñac francés.

Y cuando pararon a tomar algo en un bar de las afueras de Huesca, rodeados por miradas curiosas y conversaciones bulliciosas de las mesas de alrededor, dando lugar a que hablaran poco y terminaran pronto; y él, tan atento y caballero como siempre, abriéndole la puerta para que

subiera al coche, y ella, cuando le dijo que mejor subía atrás y podía descansar, incluso echar un sueñecito, pues había dormido muy poco esa noche pasada, y él, cómo le miró la boca mientras pronunciaba esas frases, para abrir la puerta trasera y esperar a que ella se acomodara. Y subió, y vio cómo le miró las piernas, y cuando él se puso al volante, cuando arrancó, y ese coche con diseño futurista se elevó en altura gracias a su suspensión hidroneumática, provocando todas las miradas que se hallaban cercanas, ella se hizo un cuatro en el asiento, y cerrando los ojos, pero sin dormirse, pensó en cómo sería hacerlo con ese hombre.

Cómo sería Antonio Sagarra en la cama.

Capítulo 6

Cuando se quedaba sola en el despacho, aprovechaba para terminar la tarea de escribir cartas o archivar otras, u otros documentos; y una vez hecho todo, antes de salir y volver a su trabajo de enfermera, cubría la máquina de escribir con su funda y volvía a mirar las fotografías y los diplomas que adornaban una de las paredes.

Conocía a los padres difuntos, en diversas etapas de sus vidas, conocía a Antonio bebé, Antonio niño, Antonio adolescente en el internado de Zaragoza, Antonio en su boda, Antonio en los San Fermín, Antonio en la mina, Antonio en la mina con su tío Martín y con otros hombres, Antonio en Madrid, Antonio en Barcelona, Antonio en Bilbao, Antonio (otra vez) en Zaragoza, en Huesca, en Valencia, en Londres, en París, y unas cuantas más. Y podría describir al detalle, el crucifijo que se hallaba en la pared, encima de todas esas fotografías y del hermoso diploma que gritaba su título de ingeniero. Era de tamaño medio, la cruz de madera, sin adorno ninguno, y el Cristo de piedra de los Pirineos, tratada con marfil, contrastando con la oscuridad de la madera.

Sencillo y hermoso.

Algo que, sin saber por qué y teniendo en cuenta que en el tiempo que estuvo en Zaragoza había estado bastante alejada de la religión, provocaba que cuando entraba o salía del despacho, y si se encontraba sola, se santiguase mientras sus ojos miraban ese Cristo. Y si la cosa venía a bien, salía al pasillo, y dando unos pasos hacia la izquierda, hacia el final, entraba en la pequeña capilla, estaba un par de minutos o tres, y rezaba al tiempo que pedía perdón por los pecados cometidos, unas veces con la mirada clavada en un crucifijo idéntico al que estaba en el despacho, pero mucho más grande, dominando la pared del fondo de la capilla, y otras en la imagen de la Virgen Santa María la Real, que se hallaba a la izquierda del crucifijo, detrás del pequeño altar.

A los pies de dicha Virgen, habían sido coronados los reyes de Navarra, que bien sabía ella por las lecciones de historia. Terminaba sus rezos santiguándose delante del Cristo, repetía la operación delante de la Virgen y desplazaba la mirada a la derecha de la Cruz, hasta una imagen de San Fermín en plata maciza, de un tamaño considerable, que se hallaba en su hornacina, al igual que la Virgen, y que debería valer un montón de pesetas.

Volviendo al despacho, le llamó la atención, la primera vez que la vio, una fotografía que se encontraba en la librería del fondo, en un estante a la altura de los ojos de ella, y que cuando entró por primera vez, juraría que no había visto. Estaban Antonio, el padre y el Generalísimo. Los tres llevaban traje militar, y en la pechera de los dos Sagarra, figuraban varias medallas. Más tarde, supo por Agustina que esa fotografía se cayó al suelo, durante una reunión de trabajo que

tuvo el señor con unos hombres que vinieron de Vizcaya, y hasta que no se le puso cristal nuevo, no se volvió a colocar en su sitio.

Sabía muy bien cómo fue Elisa antes del ataque, antes de quedarse con el rostro desfigurado por la parálisis, antes de que el cabello se volviera gris. Sabía que tenía la misma edad que él, sabía que no pudieron tener hijos, sabía que él no estaba enamorado de ella. Pensaba que, tal vez, no lo estuvo nunca, o lo estuvo poco.

Izarbe era observadora, inteligente y también astuta; y desde el principio se fijó en cómo se comportaba el hombre cuando iba a ver a la enferma. En ninguna ocasión vio dolor en ese rostro viril, sí cierta preocupación, y mucha curiosidad cuando el médico y amigo de Sagarra hacía su aparición semanal. El mismo médico que, por petición de Antonio, había escrito una carta de presentación y puntuación dirigida a la Escuela de Enfermería, dando cuenta del trabajo hecho por la joven, como prácticas hábiles para su examen final, bajo su supervisión.

Otra cosa más que agradecer al señor Sagarra.

Al principio, cuando apenas llevaba unos días, pensó que tal vez no se percataba de las emociones por esa barba tan poblada que lucía, pero aun así, los profundos y misteriosos ojos, tampoco se emocionaban, tampoco transmitían tristeza o algún otro sentimiento, pena, por ejemplo. Luego, cuando —para su sorpresa y la de todos— se recortó la barba y mostró algo más ese rostro curtido y esa boca tan sensual, solo sirvió para corroborar lo que ella vio y pensó desde el principio.

Ese hombre no se alegraba de lo que le había pasado a su esposa, pero tampoco sentía dolor, y a pesar de ello, estaba dispuesto a dar, pagar, todo lo que hiciese falta para que no le faltase de nada.

Más de una vez se preguntó por qué no estaba en alguna clínica privada, una de esas donde pagas mucho dinero y te quitas el problema de encima; y en una ocasión, se lo preguntó a su tío.

Este, arrugó el ceño y, malhumorado, o incluso ofendido por esa pregunta, contestó:

—Antonio Sagarra no es de ese tipo de hombre. Es un buen católico, jamás metería a su esposa en un lugar de esos.

—Pero, si son clínicas lujosas, con todos los adelantos, donde los enfermos están muy cuidados, mejor que en casa, y solo están al alcance de muy pocos.

—Da lo mismo, el patrón no es de esos. ¿Te lo repito otra vez? —preguntó malhumorado.

Izarbe no añadió más comentarios.

Sabía por su tío que cuando iba a Pamplona, se alojaba en un piso de su propiedad en la calle Nueva y, a la vuelta, visitaba a la hermana de la esposa, que ya no venía por la casa debido a que tenía que cuidar del padre, que padecía demencia senil. Estaba una hora, a veces algo menos, y le dejaba un sobre con dinero, que era muy bien acogido.

Mostrando la típica curiosidad femenina, quiso saber más de esa hermana, y cuando Martín le dijo que era diez años mayor que Elisa, que estaba viuda, que administraba el dinero del traspaso de la farmacia que el padre tuvo en la calle Santo Domingo, y que tenía un carácter brusco y agrío, Izarbe se dio por satisfecha.

Otra cosa que le gustaba de ese hombre era su forma de ser, su comportamiento.

No era tan frío como pensó al principio, o si era frío, no lo era con ella. Pues con ella, se mostraba cortés, educado, amable, bromista en algunos momentos y, a veces, la miraba de una forma que le producía un no sé qué en el cuerpo, pero que no supo calificar, pues no era nada parecido a lo que sintió por Javier.

Cuando se quedaba sola en el despacho, terminando de hacer las tareas, aprovechaba para abrir los paquetes que Antonio recibía de una librería de Pamplona y otra de Zaragoza, y durante unos instantes se quedaba mirando las portadas de esos libros, que debían de quedarse en un apartado de la biblioteca, para que él los viera al momento.

Ella sabía que no era republicano, que participó en la guerra en el bando franquista; era algo que no le importaba, pues la política no le interesaba, pero los libros sí, y en esos momentos tenía en sus manos un ejemplar de *La Colmena*, de Cela, y otro de Sánchez Ferlosio, *El Jarama*, ganador del premio Nadal del año anterior. No los había leído —en realidad, no había leído casi nada, porque estudiando, todo el tiempo era dedicado a la materia que llevaba entre manos—, por ese motivo, le picaba la curiosidad: el primero, porque el hermano de una amiga, había alabado constantemente la novela de Cela, pues decía que era una literatura experimental, y al mismo tiempo una crítica sobre las injusticias a los oprimidos, a los humillados, además de que estuvo censurada durante un tiempo. No es que le interesara demasiado, pero sí lo suficiente como para despertar su curiosidad. Y, Antonio Sagarra tenía una biblioteca de lo más completa, eliminando todos esos libros sobre minería, ingeniería y cosas relacionadas con su profesión, en dicha biblioteca había desde Delibes, Blas de Otero, Rosalía de Castro, Bécquer, hasta Espronceda, Cervantes, o Zorrilla, hasta escritores de otros países como Virginia Woolf, Marcel Proust, Kafka, Faulkner y muchos más. Había libros muy antiguos, herencia de su padre y abuelos, incluso bisabuelos, algo que dedujo la joven, pero Antonio recibía libros cada mes o dos meses.

Tenía permiso para leer alguno, y él le dijo que podía coger el que quisiera, siempre y cuando los devolviera a su lugar y en perfecto estado; se lo dijo con una sonrisa, esa sonrisa esplendorosa y esa voz envolvente, pero supo que no era un deseo, ni una contestación a la ligera, supo que era una orden.

Si estuviera en Zaragoza, no se quedaría leyendo, no, iría al cine para ver todas esas películas tan interesantes, tanto las nacionales, como las extranjeras, aunque éstas tenían un plus añadido por ser algo tan lejano, tan diferente, tan sofisticado.

¡Ah!, cuánto le gustaría volver al Coliseo y ver otra vez *Lo que el viento se llevó*, daba igual que fuese en el anfiteatro, era algo tan magnífico, tan grandioso. Solamente por el hecho de estar ahí, en ese vestíbulo, subir por esa escalinata, ya merecía la pena; y esa emoción tan grande al entrar en la sala, acomodarte en tu asiento, mirar a todas las personas que iban llegando haciendo lo mismo que tú, para después, apagar las luces y comenzar la proyección; hasta el NO-DO —acrónimo de Noticiario y Documentales—, resultaba interesante, aunque fuese una propaganda absoluta de las «bondades» del régimen franquista, daba lo mismo, pues para ella, como para muchos otros, era algo natural y era el preámbulo de lo que vendría después, dándole más emoción, si es que eso era posible. También había estado en el Doré, en el Palafox y en el Rex,

en el número 5 de la calle de Requeté Aragonés, con sus cómodas butacas, donde veías las películas en Cinemascope, y que fue con sus amigas el día de la inauguración al estreno de *La túnica sagrada*, en el 1954, riéndose como unas tontuelas mientras hacían cola. Donde no había ido nunca, fue al Frontón, en el que, aparte de reestrenos hacían veladas de boxeo y lucha libre, y no tenía aire acondicionado, era muy incómodo, y además iban muchos hombres.

Con los hombres y los cines, tenías que tener mucha precaución, sobre todo dónde te sentabas, pues, aunque las butacas estaban numeradas, no siempre se llenaba, y si el asiento de al lado estaba libre y una vez a oscuras se colocaba un hombre a tu lado, era fácil que te levantasas, hicieras levantar a tus amigas y cambiar de sitio, a no ser que quisieras armar más follón, llamar al acomodador y quejarte porque la pierna de ese hombre se apretaba contra la tuya, o el brazo se metía en tu butaca para restregarse contra tu pecho. Por ese motivo, cuando iban al cine, siempre echaban a suerte a quién le tocaría en los extremos.

Solo en una ocasión fue con Javier al Palafox, donde proyectaban *El príncipe valiente*. Entraron cuando la película estaba empezada, se colocaron en la parte más lejana de la pantalla, la zona más solitaria, estuvieron besándose y tocándose casi todo el tiempo, y antes de finalizar, salieron apresuradamente para montar en el coche, ir a una calle de las afueras y terminar lo que habían comenzado en el cine.

Quién sabe, pensó Izarbe mientras colocaba los libros recibidos en un estante para que Antonio los viera sin tener que buscarlos, tal vez, algún día, en un futuro no muy lejano, él la llevaría al cine... Se mordió el labio ante ese pensamiento, y terminó la tarea para hacer una visita rápida a la capilla y volver con la enferma.

Según se sucedían las semanas, se encontró mejor que en su casa, pues no tenía que aguantar a su madre que cuando pasaban tiempo juntas, por tiempo entiéndase sábado por la tarde y domingo, se ponía muy pesada dándole la matraca una y otra vez: que si haz esto, que si haz lo otro, que por qué no te vienes conmigo y le echamos a los animales; que colócate bien el traje para ir a misa, que no estás en la capital, que procura reanudar la amistad con tus antiguas amigas, que no presumas de lo que has estudiado pues solo lograrás envidias, que mira cómo te miran los hombres del pueblo, que hay dos muchachos que trabajan en la mina y podrían ser de tu interés, que por qué no haces labores, que un poco de ganchillo o de bolillos siempre viene bien, que te servirán en el futuro; a lo que la chica contestaba:

«Pero madre, cómo quieres que haga bolillos o ganchillo, si siempre has dicho que soy una zaborrera».

Y sí, la madre callaba y le daba a la cabeza, sabiendo que su hija era una zaborrera o chapucera para cosas tan delicadas como las labores con cierto trabajo. Aunque más de una vez pensó que no le gustaba y por eso lo hacía de manera chapucera, y así, quitarse el muerto de encima.

La madre supo por la hija que no le interesaba volver a intimar con sus antiguas amigas, porque estas, lo único que querían era fisionear en su vida privada, preguntar todo lo habido y por haber, y enterarse de lo que pudiera haber pasado en Zaragoza, sin contar con que también les

interesaba mucho, todo lo que hacía en la Casa Sagarra, aunque ninguna había puesto un pie en Navarra.

Y con relación a esos muchachos, dos o tres años mayor que ella, les dio calabazas a la primera de cambio, primero a uno y luego a otro. No tenía intención de ennoviarse con nadie del pueblo.

En su mente, había otros planes.

Y en esos planes, solo entraba un hombre.

Y ella, además de zaborrera, era terca como una mula y paciente como un santo cuando lo creía necesario, y esperaba lo que hubiese que esperar para conseguir sus anhelados deseos.

Y qué decir, cuando mamá descubrió el paquete de tabaco al caerse el bolso de encima de la cómoda y vaciarse sobre la alfombra.

—Las mujeres decentes no fuman, Izarbe —dijo muy seria, molesta, sin levantar la voz, viendo como su hija recogía sus pertenencias y las volvía a guardar.

—¡Qué tontería, madre! Parece mentira que veas películas de vez en cuando.

—Eso es en el cine, y el cine no tiene nada que ver con la realidad. —Que solo había visto dos películas en toda su vida.

—Te equivocas, mamá. El cine es realidad.

—Déjate de sandeces y no fumes. Como te pille tu tío...

—Solo fumo de vez en cuando. Este paquete está por la mitad, y me lo traje de Zaragoza.

—Es igual. Imagina que el señor Sagarra te descubra, o que hables con él y te huela el aliento aapestoso tabaco.

—Por Dios, mamá. Eso pasa cuando se fuma varios cigarrillos al día, como el doctor Alemany, que le apesta el aliento.

La madre hizo un gesto extraño, más que nada porque el nombre del doctor de los Sagarra hubiera entrado en la conversación.

—Tú verás. Pero eso está muy feo. Y el olor a tabaco en una mujer, en su ropa, o... o en su aliento... eso... eso da pampurria —terminó poniendo cara de asco, como el significado de ese vocablo aragonés.

Sí, se encontraba más a gusto en casa de Sagarra que en cualquier otro lugar.

Incluso, mejor que en el piso de los padres de Paula, de su amiga la traidora, pues su mente seguía considerándola así. Ahora, se alegraba de que Paula se hubiese chivado a su tío, o los padres de Paula, o la hermana de doña Carmen, o alguna vecina cotilla que hubiese visto a Javier en el portal, o tal vez hubiera oído las risas cuando estaban en la cama, traspasando los tabiques o llegando al patio interior del edificio, antes de que el médico le tapase la boca para evitar ser oídos. Daba lo mismo, de que hubiese o hubiesen dado lugar a desbaratar la relación con Javier, pues había comprendido que ese hombre era tóxico, que nada bueno habría salido de esa relación, que probablemente la habría convertido en una inútil... o peor, en una desgraciada.

Y según pasaron los días, las semanas, se volvió más curiosa por la vida de Antonio; queriendo saberlo todo, queriendo penetrar en él, en su mente, en sus sentimientos. Pero algo así era impensable, pues él pasaba poco tiempo en la Casona, y últimamente le dejaba notas en el despacho de lo que tenía que hacer, pues él no estaría en todo el día, o incluso en días.

Una cosa sumada a otra, iba provocando un interés desmedido en la joven, tanto que hubiera deseado que los fines de semana no existieran.

Y un fin de semana, sábado, antes de comer, Martín y ella subieron al coche para ir al pueblo como todos los sábados, pero cuando iba a salir a la carretera, el hombre se dio cuenta de que llevaba unos papeles en el automóvil, que tendría que haber dejado en la oficina de la mina. Tomó dirección Izaba, mientras el silencio reinaba dentro de la cabina, cada cual con sus pensamientos. Al pasar el pueblo, se desviaron por un camino de tierra y enseguida llegaron a la mina. Martín estacionó al lado de la caseta que servía de oficina y le dijo a la chica que no saliera del coche.

Izarbe no replicó, ni le molestó la prohibición, pues ni se le pasó por la cabeza salir, o ir detrás de su tío como si fuese una niña de diez años; y mientras, se dedicó a contemplar todo lo que le rodeaba. Los hombres que pasaban por las cercanías miraron hacia el coche, al interior, sabiendo que esa rubia rojiza, era la sobrina del encargado. Uno de los del pueblo le hizo un saludo con la mano, y ella correspondió moviendo la cabeza, pero desviando la mirada al momento, por si acaso se le ocurría acercarse.

Cuando Martín salió de la oficina, se quedó parado mirando un camión que se acercaba a la zona, bajó los escalones y fue a su encuentro, mientras los ojos verdes no perdían detalle. El camión hizo una maniobra para estacionarse, colocándose al alcance de una enorme cinta transportadora de mineral. La puerta del conductor se abrió y Antonio bajó de un salto.

Izarbe se quedó mirando al hombre que llevaba un pantalón de trabajo y una camiseta interior. Su tío y su patrón se pusieron a hablar y mientras eso sucedía, Antonio se quitó la camiseta, sudoroso, dejando el torso al aire; se secó las axilas con ella, la lanzó al interior de la cabina del camión y agarró la camisa que esperaba en el respaldo del asiento del conductor, todo eso sin dejar de hablar con Martín.

La chica amusgó los ojos, picada por la curiosidad, morbosa por ver parte de ese cuerpo desnudo, queriendo valorar por ella misma, que tan fuerte y libre de grasas estaba el patrón; ese patrón que corría delante de los toros en Pamplona, ese patrón que cuando se quitaba la chaqueta, dejaba ver un chaleco rodeando un torso masculino, fuerte y viril. La distancia no era muy acusada, y su vista buena, y sí, ese hombre tenía unos hombros anchos, un pecho amplio y un estómago plano, ondulado y duro, como una tabla de lavar la ropa. Estaba segura de que sería así.

Mientras sus ojos miraban sin pestañear, deslizó la punta de la lengua por los labios para terminar mordiéndose el de abajo, al tiempo que apretó las rodillas y contrajo la pelvis.

Sintió un ramalazo en sus partes, algo parecido a lo que le sucedió el día del examen en Zaragoza, y deseó deslizar sus manos por ese pecho ancho y ligeramente velludo.

Deseó posar la boca sobre esas tetillas y lamer con la lengua, para sentir su sabor, para descubrir su olor, para recorrer su cuerpo, desnudo, de arriba abajo.

Y deseó algo más.

Deseó ser suya.

Para descubrir si era buen amante.

Para descubrir si solo estaba viviendo una fantasía.

Pero, sobre todo, para volver a tener relaciones sexuales, para probarlo con otro hombre, y comprobar si sería como con Javier, o cambiaría la cosa.

Respiró a fondo, y llevó las manos al centro de sus muslos, presionando la redondez del monte de Venus sobre la tela de su vestido, sobre sus bragas, queriendo llegar más abajo, queriendo tocar su vulva...

Dejó las ensoñaciones, retiró las manos de ese lugar y se cruzó de brazos viendo a su tío acercarse al coche, mientras Antonio Sagarra subía de nuevo al camión, y se preguntó si él había reparado en ella.

Al poco rato, dejaban Izaba atrás, el camino de entrada a la Casa Sagarra, y cuando salían de Urzainqui, dirección Roncal, Martín se puso a hablarle de la cantidad de árboles que se habían talado en el siglo XVIII, en Izaba y el Valle del Roncal, para la construcción de barcos, y así, abastecer a la Marina Española. Le preguntó si sabía lo que eran las almadías Izabarres, a lo que ella le contestó que no, aunque no era cierto, y mientras Martín le explicó, con mucho detalle, que las almadías eran embarcaciones formadas por varios tramos de maderos unidos entre sí para el transporte de madera por vía fluvial desde las zonas forestales hasta los mercados de venta, ella pensaba en Antonio Sagarra.

«Las almadías se preparaban en el río Belagua, y bajaban por el Ezka, pasando por Sangüesa hasta llegar al Ebro, para seguir hasta el mar —continuó el hombre—. Seguro que estas cosas no te las enseñaron en el colegio, ni los otros sitios donde has estudiado».

Izarbe pronunciaba las palabras necesarias para que Martín siguiera hablando, y ella seguir con sus pensamientos. Y al oír a su tío hablar de los almadieros, que eran hombres intrépidos y audaces, temerarios y con arrestos para hacer enrojecer a cualquier petimetre de ciudad, ella no pensó en Javier Rojas, que era en quien pensaba Martín, porque su pensamiento se centraba en el navarro, que bien podría haber sido un hombre de esos, con una salud de hierro, una valentía inusual, bravo como un toro de los San Fermín, y manejando con suma maestría una embarcación de ese tipo, río abajo, hasta llegar al Ebro y luego al Mediterráneo.

Cuando pasaron Garde y ya se acercaban a la región de Aragón, Martín dejó de hablar y la sobrina siguió con sus fantasías...

Fantasías que le provocaban mariposas en el estómago y hormigueo en otras partes de su cuerpo.

Esa noche, en la oscuridad de su habitación, mientras oía la radio en el comedor y los ruidos que su tío hacía al levantarse del sillón, apagar la radio, y meterse en el cuarto de baño, pensó en él.

Apretando los párpados con fuerza, visualizó al hombre bajando del camión, quitándose la camiseta, sintiendo como se excitaba en cuestión de segundos.

Se subió el camión de franela hasta la cintura, se quitó las bragas de algodón y se abrió de piernas para que sus dedos acariciasen el inflamado sexo.

En cuestión de pocos minutos sintió un corto pero fuerte orgasmo, mordiéndose los labios para que sus gemidos no alertasen al resto de su pequeña familia.

La relación con el médico que llevaba la enfermedad de Elisa, no era precisamente cordial, y no comenzó con buen pie, pues antes de hacer su examen de A.T.S., tuvo un encontronazo que puso el ambiente tirante. Sabía que Francho Alemany era amigo de Antonio; lo sabía por su tío y también por comentarios de Agustina, que poco a poco, estrechaban relación. Como también sabía que era aragonés, de Huesca, casado con una navarra, prima segunda de Sagarra, que vivían a las afueras de Roncal, y que era un poquitín mujeriego. Seguramente, por el hecho de que —a petición de Antonio—, le hizo un informe favorable para mandarlo a la Escuela de Zaragoza, pensaba que podía tomarse ciertas licencias.

Izarbe tenía muy claro que el ser mujeriego no sabía de clases, ni edades, simplemente era un estado, una forma de ser, seguramente un comportamiento que nacía de dentro, de la mente, de la necesidad, de la testosterona, y seguramente, tenía la raíz en el pensamiento machista de que la mujer era inferior y había sido creada para el uso y disfrute del hombre.

Venía todas las semanas, y la primera vez que se vieron, ella se dio cuenta de que el hombre se había sorprendido al conocerla; sorprendido por su juventud, pero, sobre todo, por su aspecto.

Era un hombre alto, rondaba los cincuenta, tal vez los rebasaba, delgado y con el cabello gris y las sienes plateadas. No estaba mal, pero a Izarbe no le causó ningún interés, pues no se fijaba en los hombres mayores, hombres de la edad de su tío más o menos. Lo curioso era que cuando pensaba en Sagarra, no lo metía en ese saco; cuando lo miraba, lo observaba, cuando pensaba en él, solo veía a un hombre; un hombre interesante, demasiado, un hombre inteligente, mucho, un hombre que le provocaba tanta curiosidad, como inestabilidad. Pero sabiendo que el médico y él eran amigos, solo quería hacer bien su trabajo, llevarlo todo controlado de manera eficiente, para que no le fuera con chismes a Sagarra sobre su forma de hacer las cosas y, sobre todo, su inexperiencia. Algo que no sería mentira, pues por muy lanzada que fuese, por muy aplicada, no dejaba de ser una novata.

De manera que, cada vez que hacía acto de presencia, ella tenía sus informes preparados, con todos los datos que sabía necesarios. Fue la primera vez que se vieron, cuando Antonio ya le había pedido que intercediera por la muchacha aportando una valoración óptima, cuando el estirado doctor le pidió, en un castellano bien vocalizado, sin insertar palabra alguna de ningún dialecto, que le extrajera sangre a la enferma para llevársela y analizarla. Izarbe intentó no ponerse nerviosa, y se comportó como si el médico no estuviera ahí. Pinchó a la primera, de manera limpia y eficaz, y llenó varios tubos, sabiéndose observada en todo momento, por esos ojos oscuros y desconfiados.

Una vez que terminó y antes de irse, la voz del hombre sonó seria, seca y con un marcado acento; una mezcla entre el acento maño y el navarro.

—Tengo que decir que no esperaba que fuese usted tan joven —no sonó como un halago, al contrario.

Ella no contestó, y le mantuvo la mirada, con gesto serio.

—Sin experiencia, ¿no es así? —siguió con el mismo tono.

—Así es, doctor Alemany. Para tener experiencia, hay que trabajar.

El hombre echó la cabeza hacia atrás, como queriendo hacer notar la diferencia de estatura, como queriendo parecer más alto de lo que era.

—Desde luego. Pero no olvide que, aunque la señora Sagarra está en este lamentable estado, no se debe bajar la guardia. Y que cualquier duda, por pequeña que sea, debe comunicarla; y por descontado, no esperar a mi siguiente visita, sino, que deberá llamarme e informar en el acto, de cualquier cambio o circunstancia que ocurra y que dé lugar a que usted pierda, o pueda perder el control de la situación.

—Por supuesto, doctor.

La chica se mostró seria, manteniendo el pulso visual y sin moverse ni un milímetro de su sitio.

—En momento alguno dude sobre ello —añadió el hombre, sin perder un ápice de aspereza.

—Sí, señor. Está muy claro.

—Y más, teniendo en cuenta, que el señor Sagarra pasa mucho tiempo fuera de casa.

—Desde luego, doctor Alemany —agregó la chica, sin amilanarse, manteniendo la mirada de la misma forma que él la miraba.

Bueno, de la misma forma no.

—A la hora que sea. Ya sabe el número. No escatime ni un segundo. Si no estoy disponible en mi consulta o mi casa, ya se encargarán de buscarme para solucionar lo que haya que solucionar —matizó de manera rimbombante, sin cambiar el gesto.

Izarbe pensó si ese médico pretencioso le estaba tomando el pelo, pero viendo lo seria y ostentosa que sonaba su forma de hablar, dio por hecho que simple y llanamente la estaba poniendo en su sitio.

Yo soy el médico...

Yo soy el hombre...

Yo estoy por encima...

Yo sé más que tú, pequeña mocosa, por estudios, por hombría y por años.

—No lo dude ni por un momento, doctor Alemany. Y más, cuando el señor Sagarra no esté aquí. La salud y el bienestar de la señora, es lo principal. Si es necesario, le llamaré cuando sea, y a la hora que sea. Aunque por ello, tenga que molestarlo a horas intempestivas, sintiéndolo mucho —finalizó muy seria, sin dejar de mirar los ojos del hombre.

Alemany la observó de arriba abajo, no sin antes clavar la mirada durante unos segundos en la zona del pecho, y deseando que esa bata fuese algo más ajustada, o por lo menos, que los botones estuvieran desabrochados para ver lo que había debajo.

El médico se fue y ella le hizo la burla a su espalda, sacándole la lengua, recordando los tiempos de la escuela o del colegio.

La siguiente semana, pareció olvidar el gesto serio y las palabras frías, y aumentaron las confianzas: una mano en la cintura cuando miraba por encima de su hombro cómo la joven le tomaba la tensión a la enferma, un roce de caderas cuando ella estaba moviendo a la enferma para verle una escara en la espalda, un tocarle una mano cuando cogía el informe sobre la dieta o la medicación.

Izarbe ya lo había calado, y si pensaba que iba a dejarle que se restregara contra ella cuando le viniera en gana, iba listo.

Para no llegar a mayores, hizo notar que se daba cuenta y que no le gustaba; mirándolo de manera clara, y apartándose de una cuando él se quería rozar, y más de una vez, llegando tarde, pues él estaba al acecho como si fuese un ave de presa.

Pero él se hizo el tonto, y siguió erre que erre, como si no se diera cuenta de los movimientos bruscos que ella hacía, como si no viera esos ojos endiabladamente hermosos lanzar chispas como un fuego abrasador, como si no viese morderse la punta de la lengua para evitar un exabrupto. Estaba convencido de que todo era una pose, de que más tarde o más temprano, dejaría de hacerse la estrecha y cuando él se rozase contra sus caderas, ella haría presión contra su paquete. Sí, lo sabía él, que al final todas eran iguales, que se había acostado con más enfermeras de las que recordaba.

Esa preciosidad, era carnal al cien por cien, era voluptuosidad por los cuatro costados, solo hacía falta un poco de tiempo... y pum, sería suya, igual que había sido de ese otro.

Pero estaba muy equivocado, y a la tercera semana ella se lo hizo saber, no se calló, estaba más que harta de ese comportamiento ofensivo, y antes de que se fuera soltó lo que pensaba.

—Doctor Alemany —sonrió de manera candorosa.

—Dime, querida —contestó devolviéndole la sonrisa, con la mirada iluminada, sintiéndose diez o doce años más joven.

Solo la había llamado de usted en la primera visita.

—¿Usted cree... que esta habitación es amplia? —preguntó, mirándolo a él, para seguidamente, deslizar la mirada por la habitación—. ¿Suficientemente amplia?

El hombre, un tanto desconcertado, con la sonrisa en los labios, la observó atentamente, resbalando la mirada por ese bello rostro, dejándola más de lo debido en la boca, y deslizándola por el resto del cuerpo oculto bajo esa bata, e imaginando cómo estaría con un uniforme de enfermera minúsculo, sin ropa interior. Los pechos apretujados, conteniéndose por unos botones a punto de saltar por los aires, y el trasero mostrándose ligeramente, para atraer la mirada, para desear llevar las manos ahí, y agarrar las nalgas con fuerza. Era una fantasía de sus años de estudiante, que había cumplido en un par de ocasiones, pero que las mujeres que la llevaron a cabo, nada tenían que ver con esta maravilla que tenía delante.

—Sí, por supuesto, querida niña. Una habitación amplia, cómoda y muy bien equipada para atender a una enferma de estas características.

—Me alegro de que lo vea así, doctor.

Francho Alemany sonrió abiertamente, mostrando unos dientes amarillentos por la nicotina de los veinte o más cigarrillos que se fumaba al día, dando lugar a que la joven pensara en otra boca, en otros dientes.

En otra voz.

—¿A dónde quieres llegar, mozeta¹?—preguntó, ahora sí, mostrando suspicacia, y sobre todo, curiosidad.

Los ojos verdes lo miraron sin pestañear.

—Para empezar, no soy ninguna mozeta —comenzó con gesto serio y voz calmada, pero fría—. Soy una mujer, y soy la enfermera de la señora Sagarra, igual que usted es su médico. Y puesto que esta habitación es amplia, le rogaría que no se ande pegando a mí, que no se roce, que no me ponga la mano en la cintura, ni en ninguna otra parte de mi persona.

El rictus del hombre fue cambiando según salieron las palabras por esa boca de fresa, y sus pensamientos de lujuria y desenfreno, se esfumaron por encanto.

—No te equivoques, niña insolente —replicó, dejando los adjetivos aragoneses—. No sabes con quién estás hablando. Y, además, no imagines cosas, no fantasees. A caso te piensas, que porque ya has estado entre las piernas de un médico, ¿todos somos iguales?

Ella no esperó algo así.

No se imaginó que ese hombre supiera de su pasado.

Fue un golpe bajo.

Bajo, pero certero y real como la vida misma.

¿Se lo habría contado Sagarra?

Alemany terminó de coger sus cosas y antes de salir de la habitación, le dijo, señalándola con el índice:

—¡Ándate con ojo! Puede que no dures mucho tiempo en este lugar. Las mujeres —recalcó el sustantivo—, como tú, tarde o temprano, enseñan su verdadero carácter. Y si es necesario, le abriré los ojos a mi amigo Antonio, para que vea la clase de empleada que tiene. Te darás cuenta de que da lo mismo que seas sobrina de su encargado. Y en circunstancias semejantes, tal vez no consigas tu título de enfermera.

Se acercó un poco más, y bajó ligeramente la cabeza.

—Las mujeres como tú, sois unas golfas, aunque vayáis de decentes.

El hombre se retiró y ella soltó lo que le vino a la boca.

—Pues guárdese de golfas como yo, doctor Alemany, que usted las hará decentes.

Las palabras llegaron a los oídos del hombre, que, de espaldas a la chica, abandonó la habitación, mientras la mirada de la joven permaneció clavada en la alta y delgada figura del doctor.

Desplazó la mirada hasta la mesa, donde estaban las medicinas, los útiles necesarios de su trabajo, y en un rincón, una pequeña capillita de la Virgen, de esas que en muchos lugares se llevaba de casa en casa, de esas que daba cobijo a una vela que nunca se apagaba, pues Agustina se encargaba de que así fuese, de esas que una chapita rezaba: «Ruega por nosotros». Pero esa capillita, esa Santa María la Real de Pamplona, copia de la que había en la capilla, pero más pequeña, tallada en madera y cubierta de plata como la original, no iba a ninguna casa, pues llevaba ahí desde que instalaron a la señora Sagarra, para que la protegiera, para que intercediera por ella, para que, si no había a bien sanarla, que la acompañase hasta el más allá.

Los ojos verdes se mantuvieron estáticos en la placa.

Ruega por nosotros, rezaba.

Ruega por mí, pensó la joven.

Esa noche no pudo cenar, y más tarde se puso a estudiar, pero no logró concentrarse, pensando que tal vez, con las palabras que había pronunciado, sin darse cuenta, sin valorar la situación, había echado a perder su futuro.

Cuando escuchó el ruido del motor, salió de su habitación, tan rápido, que provocó un ligero parpadeo en la vela situada al lado del cristal que protegía la virgencita. Se quedó quieta durante unos segundos, y al ver que no se apagó, se dirigió rápida al vestíbulo.

Antonio abrió la puerta y ella se frenó en seco para no chocarse con él.

—¡Ahí va! ¿A dónde vas tan deprisa? ¿Ocurre algo? —preguntó entre curioso, sorprendido y sin evitar una media sonrisa.

Se fijó en todos los detalles, desde la ropa que llevaba puesta, ese cabello espeso, brillante, resplandeciente, y el rostro ligeramente cansado, pero tan hermoso como siempre.

—No, nada importante. Solo quería hablar con usted un momentico.

Antonio miró su reloj.

—Son las once y media, Izarbe. Deberías estar durmiendo.

—Lo sé. Sé que no son horas. Si le molesto puedo esperar hasta mañana. No me importa. No le quiero molestar —repitió, un tanto ansiosa.

La penetrante y oscura mirada del hombre, no dejó de observarla ni un segundo.

—No me molestas, pero, ¿tan urgente es?

Ella se mordió el labio inferior, al tiempo que se cruzó de brazos y se encogió de hombros, envuelta en una de sus gruesas chaquetas.

—No es urgente, don Antonio.

—Se trata de mi esposa, ¿ha ocurrido algo?

—No, no señor. No tiene que ver con su esposa.

—¿Entonces? Si no se trata de Elisa, si no es urgente... ¿Qué es? ¿Qué te ocurre?

Ella se puso nerviosa, incluso perdió un poco de su aplomo.

—Es... es... un tema delicado.

Los ojos oscuros no pestañearon, no se retiraron del rostro arrebolado.

—Es privado, don Antonio —dijo casi susurrando.

Antonio, sin retirar la mirada, y dando por hecho que pasaba algo importante, aunque no se imaginara qué, no alargó más el estar parados en el vestíbulo como si no hubiera más casa.

—Vamos al despacho.

Le cedió el paso con una indicación de su mano y fue detrás de ella, mirando esa gruesa trenza que rebotaba en la espalda.

Antes de que ella abriera la puerta, él hizo lo propio, dejando que pasara primero, sin que sus cuerpos se rozaran lo más mínimo, pero aspirando el dulce aroma que salía del espeso cabello.

Antonio dejó la puerta abierta e indicó a la chica que tomara asiento, haciendo él lo propio en el sillón, detrás de su mesa.

—Tú dirás.

La voz sonó un poco dura, pero estaba cansado, había tenido una jornada extenuante en todos los sentidos, y lo único que deseaba era acostarse y dormir.

Ella cogió aire y lo soltó, y con ese gesto, la curiosidad del hombre se disparó más de lo que ya estaba.

—Ya sé que el doctor Alemany es su amigo.

Antonio se puso alerta, pues conocía a su amigo, sabía cómo era, y sin más explicaciones supo por dónde iban los tiros.

—Así es. Amigos desde hace muchos años.

—Lo sé —añadió, mientras las miradas de ambos no se despegaron.

—Desde la juventud —puntualizó, y vio cómo la chica afirmaba lentamente, pero con la vista clavada en él—. ¿Te ha faltado al respeto? —preguntó sin reparo.

—Esa es la cuestión, señor... —Antonio la interrumpió.

—Por favor, Izarbe. Cuando estemos a solas no hace falta tanto formalismo —le dijo con un tono acariciador. Ella afirmó en silencio—. Cuéntame que pasa con Franchó.

Ella fue consciente de la familiaridad al pronunciar el nombre de pila, y pensó que tal vez se estaba equivocando con Sagarra, que tal vez, podría perder su trabajo, y por descontado, no podría utilizar la valoración que ese médico había hecho a petición del propio Sagarra; y lo cierto, es que estaba a gusto, contenta, y...

Y también quería sacarse la titulación.

—Pues... que el doctor Alemany no conoce el respeto, en cuanto a mujeres se refiere. Eso es... grosso modo.

Antonio se pasó una mano por la barba y rodeó con los dedos la boca, algo que a Izarbe le llamó la atención.

Le gustó.

—Grosso modo —repitió, mirándola fijamente.

—Sí, a grandes rasgos —añadió la joven.

—Sé lo que quiere decir: grosso modo.

—¡Ah! Usted perdone —soltó la chica, enrojeciendo ligeramente.

—Entonces, te ha faltado —añadió, agravando la voz, haciéndola más sensual a sus oídos, provocando un cosquilleo entre sus piernas.

Izarbe resopló con suavidad, sin darse cuenta de la mirada del hombre, de cómo se clavaron esos ojos oscuros sobre su boca.

—Seguramente, si le preguntase a él, le diría que yo le he faltado.

Antonio puso una expresión de no entender, se pellizcó el puente de la nariz con el índice y el pulgar, y añadió con cierta impaciencia.

—Por qué no comienzas desde el principio. Cuéntamelo. Vamos.

—No es necesario, don Antonio. —Él elevó las cejas al oír el don, y ella sintió que las mejillas se calentaban—. Verá, el doctor se cree con derecho a tomarse confianzas que no le han sido dadas, y se piensa que puede poner una mano aquí y otra allá, y no pasa nada, o que puede rozarse conmigo como si estuviésemos en el camarote de un barco, y yo voy a participar mansamente, o gustosamente en sus juegucitos, o, por el contrario, me voy a dejar y me voy a callar, por temor a que usted me despida —soltó de corrido y sin adornos.

Ella no se dio cuenta de cómo Antonio apretaba los dientes.

—¿Dónde te ha tocado?

La pregunta, y sobre todo el tono, áspero y grave, pusieron nerviosa a la chica. ¿Y si no la creía? ¿Y si pensaba que deseaba provocar un enfrentamiento entre ellos? O... o pensaba que ella era una calentona con ciertos hombres; con los médicos, por ejemplo.

—Pues... nada grave, la verdad. Nada del otro mundo... —Hubo una pausa, y Antonio esperó a que continuara—: En el hombro, en la cintura... Pegándose a mí cuando estoy tomando la tensión a su esposa... tocándome la mano cuando le doy un informe. Cosas así. —Hizo una pequeña pausa, y añadió—: Y... mirando...

—Mirando qué.

La voz sonó elevada, a pesar de que Antonio quiso controlar el tono imperioso que salió por su boca, pero así surgió, viendo como la sobrina de Martín se envaró, sin ponerse a la defensiva, pero preparándose por si acaso.

—Mirando más mi cuerpo que mi cara, cuando le hablo, o cuando me habla. Bueno, no es nada del otro mundo, ya se lo he dicho antes, no voy de ofendida, muchos hombres se comportan así. Muchos, creen que tienen derecho, por el hecho de ser hombres, pero no voy a entrar en ese debate, no viene a cuento. Pero él es médico, el médico de su esposa, y yo trabajo para usted, y puede resultar violento. Si él no se frena, si no me respeta, no me voy a quedar quieta... —Lo dicho fue de menos a más, dando impronta a su enfado, a la degradación que la mujer sufría continuamente, para terminar, suavizándose, para no incomodar al hombre—. En fin, eso ocurrió la semana pasada, y hoy se lo he dicho.

Antonio observó con atención a la chica, sin perder detalle de todo lo que decía, de sus quejas, de su molestia, de cada gesto, de esos ojos brillantes, hermosos, que transmitían tanta fuerza como las propias palabras.

—¿Qué le has dicho? —suavizó ligeramente la voz.

Izarbe tragó saliva, e intentó disimularlo bajando la cabeza.

—Que... que no se equivoque conmigo y que mantenga las distancias.

—Me parece bien.

Los ojos de la joven se elevaron, lo observaron con sorpresa, pues en el fondo, pensaba que se iba a reír, que se iba a poner de parte de Alemany, que le diría algo así: como que eso eran tonterías, que no tenía que ser tan delicada, que los hombres (muchos, la gran mayoría) eran así, y no tenía mayor importancia.

—¿Sí? ¿Le parece bien? —preguntó sorprendida, con un hilo de voz.

—Por supuesto —añadió el hombre sin dejar de contemplar esos ojos.

—De acuerdo —observó de manera cauta, al tiempo que mostró una enorme sonrisa.

—De todos modos, hablaré con él. Será lo mejor.

Ella se mantuvo en silencio, pero sin dejar de mirar ese rostro varonil, y él supo que no estaba acabada la conversación.

—¿Hay más?

Ella bajó la mirada y se puso a jugar con una de sus zapatillas, deslizándola por la unión de

las maderas del suelo.

—Izarbe, ¿qué ocurre?

La joven no levantó la mirada, y siguió frotando la junta de las maderas.

—Me quiso dejar en mal lugar. Me dijo... que a ver si me pensaba que como había estado entre las piernas de un médico, todos eran iguales.

El silencio inundó la habitación.

Esas palabras...

Antonio no pestañeó, no retiró la mirada de la chica, que mantenía los ojos bajos, mirando el suelo. Entonces se dio cuenta de que estaba llorando.

Se levantó despacio y fue hasta ella.

La tomó por la barbilla y la miró detenidamente.

—No llores —le dijo con dulzura.

Ella se soltó de su mano y se limpió las lágrimas.

—No lloro. Solo son unas cuantas lágrimas de rabia. Nada más.

Antonio sonrió y se guardó las manos en los bolsillos del pantalón, para no tocarla.

Para no compararse con Alemany.

Para no ser otro más.

Otro de los muchos que ella mencionó.

—Vete a dormir y no te preocupes. Yo me encargaré de esto.

Ella se levantó y lo miró con ese verde húmedo, brillante, que a Sagarra le recordó la hierba mojada por la lluvia.

—No quiero causarle problemas, de verdad que no —susurró con la voz entrecortada.

—No me causas problemas —añadió el hombre, deseando que se fuera, que saliera del despacho.

Pero ella no se movió.

—Y si él intenta darle la vuelta a la tortilla, y si quiere hacerle creer que soy yo la que lo provocó o algo por el estilo; tiene una excusa muy buena para ponerme como un trapo. Para decir lo que se le antoje.

Antonio permanecía en la misma postura, con las manos dentro de los bolsillos de los pantalones, sin dejar de oírla, sin dejar de mirarla.

—Sé quién es Franchó Alemany, lo conozco bien. Y creo que, a ti, también te conozco. Y sea cual sea tu pasado, tus errores o aciertos, ni él, ni ningún otro tiene derecho a faltarte, a tomarse confianzas que tú no has propiciado. ¿De acuerdo?

Ella lo contempló con adoración, pero al mismo tiempo...

—Pero... si él le dice que sí las he propiciado... —añadió con temor.

—¿Ha sido así? —preguntó sin retirar la mirada, manteniéndose frío, queriendo darle más apoyo, pero al mismo tiempo, conteniéndose.

—Noooo —soltó moviendo la cabeza, negando con ahínco.

—Pues ya está todo dicho.

Ella afirmó varias veces, sin que le salieran palabras por la boca, inundada de agradecimiento,

de que ese hombre la defendiera y confiara en ella. Se le pasó por la mente añadir lo que le dijo sobre su futuro profesional, pero decidió que no era lo más sensato, que no echaría más leña al fuego.

Respiró hondo, tragó saliva y se lo agradeció.

—Gracias por confiar en mí. Muchas gracias.

El hombre seguía mirándola, no se había movido ni un ápice, estaba haciendo esfuerzos para mantener la compostura, para no cogerla del codo y decirle que se fuera, que estaba todo dicho, que no tenía por qué preocuparse.

—No tienes por qué darlas, Izarbe.

Ella lo miró agradecida, confiada y sintiendo algo que no llegaba a comprender.

—Sí, sí tengo y quiero hacerlo.

Él movió la cabeza despacio, como queriendo quitar importancia a sus palabras, que no era necesario tanto agradecimiento, que solo hacía lo que creía justo.

—Bueno, está bien. No pienses más en eso. Ale, vete a dormir. Mira qué horas se nos han hecho —añadió de manera placida y complaciente, y la voz se volvió más sensual, aunque él no reparó en nada semejante.

Pero ella sí.

—Perdóneme, tal vez crea que es una tontería, pero ese hombre no me gusta, y no podía dormir si no se lo contaba. No quiero parecer una santa porque no lo soy, pero tampoco quiero que me cuelguen cosas que no son ciertas.

Antonio movió ligeramente la cabeza, sin dejar de observar a esa criatura tan preciosa, mientras pensaba en su amigo que se ponía caliente con la mayoría de las mujeres menores de cuarenta años, cómo para no hacerlo con esta chiquilla.

—No te preocupes. Venga —añadió moviéndose hasta la puerta para que la chica hiciera lo mismo.

Izarbe se plantó en el quicio de la puerta y soltó lo que le estaba quemando la lengua.

—Igual, a raíz de todo esto, decide que no merece la pena darme el visto bueno para mis exámenes. Estoy estudiando mucho, creo que aprobaré, pero claro, si él habla por ahí, o...

Antonio levantó una mano, haciéndola callar, pero su idea era tranquilizarla.

—Eso no va a ocurrir. No te preocupes. Conozco a Franchó, y sé cómo es, pero también sabe cómo soy, me conoce, y te puedo asegurar que nada de eso va a pasar. Tú sigue estudiando, preparándote a conciencia, por lo demás, no te preocupes —volvió a repetir.

Izarbe soltó un suspiro y le mostró una tímida sonrisa.

—Por favor —añadió, por último—, no le diga nada de esto a mi tío.

—Martín no sabrá ni una palabra de lo que hemos hablado. Puedes estar tranquila.

Ella movió la cabeza ligeramente.

—Hasta mañana, señor.

—Hasta mañana, Izarbe.

No supo qué le dijo, no supo qué conversación tuvieron, si fue por teléfono, o cara a cara, pero hubiera deseado saberlo. Por curiosidad, por hacerse una idea más clara de cómo era Antonio Sagarra, por verlo con otros hombres, de su estatus, de su entorno. Quería saberlo todo de él.

A la semana siguiente, cuando hizo acto de presencia, saludó, apenas la miró, preguntó lo que quería saber, miró los informes que la joven tenía encima de la mesa, pasó una pequeña revisión a la enferma, y después de cambiar la medicación, se fue por donde había venido.

Izarbe miró a la Virgen, le mostró una sonrisa, y se santiguó.

Y la rutina siguió su curso.

Siguió con sus estudios.

Y cada vez, pensaba más en él.

Y deseaba oír esa voz sensual, varonil.

Y lo echaba de menos cuando se iba de viaje y no aparecía en tres o cuatro días.

Pero él siempre estaba en su lugar, siempre correcto, siempre amable, incluso, a veces, simpático, mostrando una hermosa sonrisa, pero nada más.

Y ella, con el tiempo, quiso más.

Deseó más.

Era superior a sus fuerzas.

No lo podía, ni quería evitar.

La vida era corta, y ella quería aprovecharla.

¹ Chica o muchacha en aragonés

Capítulo 7

Corría el mes de agosto, una noche calurosa, húmeda, pegajosa, una tormenta se avecinaba. El trueno se produce al mismo tiempo que el relámpago, pero primero vemos la luz, que viaja más rápido, y luego el sonido, y eso era lo que Izarbe vio y después escuchó de manera estruendosa, pues no podía dormir, no dejaba de pensar, sintiendo que sus nervios la alteraban tanto como su mente, más que la propia tormenta.

Antes de acostarse, había estado cosiendo una blusa que su madre le había cortado e hilvanado, para estrenarla el último domingo de agosto y lucirla en la boda de una amiga del pueblo; para quitarle algo de trabajo, se la había traído y la estaba acabando en esos momentos.

Ya le había dicho a su madre, que no necesitaba otro traje, que tenía los trajes de diario, de domingo, desde los quince años, que todavía le valían, y el más lujoso, el de las fiestas; era más que suficiente. Unos heredados de sus antepasadas, muy bien conservados, otros, hechos en los últimos años por las hábiles manos de la madre. Pero a ésta le dio igual, quería presumir de hija, y consideraba que ella lucía el traje ansotano como ninguna, al ser tan grácil y hermosa, sin importar los volúmenes de dicha vestimenta que no dejaba adivinar que curvas se escondían debajo. Iba a llevar ese tocado tan característico, el churro, como se le llamaba, a modo de diadema, la cinta roja que unida a sus trenzas y retorcida, daría varias vueltas a la cabeza y haría más llamativo el color de su cabello, y contrastaría con el vestido verde hierba y la blanca camisa de la que solo mostraría el cuello y las mangas abullonadas, ribeteados uno y otras, con una laboriosa y ancha cenefa en hilo dorado.

Le había comentado a su madre, que no quería excederse, ni con la joyería, ni el resto de adornos, pues, a fin de cuentas, ella no era la novia.

—Por supuesto que no —replicó la madre—. Tú no llevarás la basquiña negra, ni la rama de membrillo, eso es para la novia, ya te llegará el turno; pero eso no quita que luzcas hermosa, con tus churros y demás joyas, que para eso las tenemos. Faltaría más.

Izarbe no replicó, le preocupaban más otras cosas que las joyas, o el tocado de su cabello. Igual que tampoco puso mucha atención, cuando la madre le dijo que ya tenía hechos unos bosquejos para un traje de novia ansotano.

—Madre, no tengo intención de casarme. Al menos de momento.

—Ya, pero es algo que tarde o temprano llegará, y no quiero que me pille sin nada entre manos.

—¿Y si me quiero casar con un vestido de novia tradicional? Uno de esos vestidos blancos, de raso, con metros y metros de cola —soltó con idea de enfadar a la madre.

La madre la miró sorprendida.

Qué tonterías tenía que oír.

—Nuestro traje es lo tradicional. Desde tu bautismo, la comunión, la confirmación, siempre has llevado tu traje correspondiente, en tu boda, no será diferente. Además, cómo se llama ese pintor que se quedó enamorado de nuestros trajes y le hizo esos cuadros a la nieta y a... —Izarbe interrumpió, sabiendo que le contaría otra vez la misma historia que conocía de sobra.

—Sorolla, madre, Sorolla.

—Pues eso, si ese pintor se prendó de nuestros trajes, cómo no te vas a casar con uno. Faltaría más. Además, el hecho de que no hayas nacido en Ansó, no deja de ser algo superficial, pues tú eres ansotana por los cuatro costados.

Izarbe no quiso llevarle la contra, y sin más historias, le dio la razón.

—Sí, madre. Como tú quieras.

—Me acuerdo cuando me enseñaste esa fotografía de ese cuadro de la jota aragonesa, con las mujeres luciendo sus basquiñas, y sus primorosas blusas, danzando alegres y lozanas. ¡Qué bonito! Si parecían casi de verdad, parecían que se van a salir del cuadro, hasta parece que estás escuchando la jota y te dan ganas de ponerte a danzar, es que ese pintor supo plasmar toda la belleza de nuestro traje, ¿no te parece, mi cielo?

—Sí, madre. Son muy hermosos sus cuadros —contestó la hija, recordando cuando le enseñó las fotografías de un libro que sacó de la biblioteca Municipal de Zaragoza, unas Navidades, antes de ir al pueblo, y que corrió a devolver en cuanto regresó a la ciudad.

—La lastima es que no retratase a tu bisabuela, que también fue a Madrid a vender té de roca... —Se quedó un rato pensativa, y continuó—: o a mi madre y a mí, cuando era pequeña. En fin, tampoco pasa nada.

Mientras terminaba de dar la última puntada, y haciéndolo de la manera más pulcra para que la madre no le sacara faltas, deseó que ese domingo no hiciera tanto calor, o se derretiría debajo del traje.

Terminó, la guardó en el armario y fue a ver a la enferma por segunda vez esa noche. Dormía plácidamente, y a pesar de los truenos, no presentó ninguna novedad. Por fin, y a pesar del calor, se deshizo la trenza, y decidió acostarse; pero una hora después, sin dejar de dar vueltas en la cama, intentando no hacer mucho ruido para que no crujiera el somier, el colchón, o todo junto, supo que no podría dormirse, al menos, por el momento.

Las tormentas no la asustaban, al contrario, le gustaban; pero el calor pegajoso la incomodaba tanto que cuando lograba dormir, la volvía a despertar. En la madrugada, hubiera jurado que escuchó el motor de un coche, igual el patrón había vuelto de su viaje.

De una patada tiró la sábana al suelo destapando su cuerpo. Deslizó una mano entre los pechos, y debajo de ellos, quitando las minúsculas gotas de sudor. Cualquiera diría que estaban en Andalucía, aunque ella no conocía esa tierra, o en Zaragoza, que cuando calentaba de lo lindo, se podían freír huevos en el asfalto, como decía su madre, como decía su tío y como ella bien sabía; un frío del demonio en invierno, y un calor del infierno en verano, así era Zaragoza.

Se desperezó de manera sensual, lentamente, sintiendo el calor en todo su cuerpo, y lo que era peor, dentro de su cuerpo.

Se levantó, se estiró como si fuese una gata perezosa, ondulando los largos y delgados brazos,

cimbreado la cintura lentamente, levantando la melena para volver a soltarla, y terminar tocándose los pechos. Alargó un brazo, y cogió la combinación negra que había dejado tirada en el suelo. Dejó que el rayón, la seda artificial de esa preciosa combinación que se había comprado en Zaragoza, acariciase sensualmente su cuerpo, sintiendo la frialdad de la tela, y soltando un pequeño suspiro.

—Que no te la vea tu madre —le había dicho una amiga—, la ropa interior debe ser blanca, o beis, o como un exceso, tonos pastel, pero nunca negra.

—Negra es de mujeres de mal vivir —añadió otra, al tiempo que soltaban unas pequeñas risas en el probador de la corsetería.

Se dirigió al cuarto de baño en el más absoluto silencio, miró otra vez en la habitación de la enferma, sin encender la luz del dormitorio, bastándole el resplandor del baño. Dormía plácidamente, a pesar de los truenos que seguían retumbando en la lejanía.

Cerró con cuidado y volvió sobre sus pasos para salir de su habitación y dirigirse a la cocina. Iba descalza, y el crujir del suelo de madera se dejaba oír tenuemente por algunas zonas, y escuchando ese sonido, se movió más despacio, sintiendo el roce de las costuras de la enagua, sintiéndose excitada bajo la fría y resbaladiza tela.

Llegó a la cocina, y sin encender la luz se dirigió a la pila de piedra, abrió el grifo, solo un poco, se apartó el pelo, y se mojó el cuello, dejando que chorrillos de agua resbalaran por el escote, mientras sus ojos se deslizaron de manera perezosa por el cristal y contemplaron como caían las primeras gotas. Pensó en abrir la ventana, pero decidió que no; las gotas que comenzaron a caer, en cuestión de segundos, se convirtieron en un potente chaparrón.

Suspiró, sintiendo el leve frescor del agua recorrer su piel, hasta llegar a los senos, mojarlos y humedecer la delicada tela. Soltó otro suspiro, pero este fue largo y profundo.

No se lo pensó.

Bajó los tirantes de la enagua y se mojó los pechos, con ganas, con frenesí, al tiempo que volvía a suspirar de gozo, sintiendo los pezones erectos y sujetándose la prenda para que no cayera hasta sus pies.

Se acarició los pezones.

Los rodeó.

Los pellizcó.

Disfrutando del contacto de sus dedos húmedos, del sonido de la lluvia, deseando abrir la ventana para oler, para sentir la humedad de la tierra, el olor de la hierba mojada, sintiéndolo tan lujurioso como ella estaba en esos momentos.

Deseando masturbarse ahí, en la cocina, a oscuras, mientras oía caer la lluvia.

En ese instante, el aguacero disminuyó, quedándose en una lluvia ligera, pero persistente.

Y fue entonces cuando lo sintió, cuando escuchó otro sonido, otra respiración que no era la suya.

Movió despacio la cabeza hacia la zona más oscura y vio los zapatos, las perneras de un pantalón negro, de un hombre.

De él.

Se subió la enagua, la sujetó con las manos, para tapar sus pechos, aunque imaginaba que él los había visto, aunque fuera en sombras, que él la había visto tocarse de esa forma... fuera de toda decencia.

Y entonces, esa voz que tanto le gustaba, que elevaba los vellos de su piel; esa voz que con solo escucharla enamoraba, se dejó oír, provocándole un cosquilleo en el estómago.

—Estás en mi cabeza noche y día —murmuró raspando el aire.

Ella no se movió, siguió mirando la oscuridad.

Notando el palpito de su corazón.

Obnubilada por esa voz, por esas palabras.

—No dejo de pensar en ti —casi sonó como un lamento.

Ella aspiró el aire de la habitación.

—Jamás me he sentido así —añadió con aspereza, casi con dolor.

Esa voz siguió llenando el espacio vacío que había entre ellos, mientras la lluvia los acompañaba con su suave susurro.

—Desaparezco para no verte, para no oírte, para no contemplar tu belleza, para que no sigas en mi pensamiento —las palabras sonaron graves, dolidas, amargas, saliendo entre dientes.

—Pero da igual. Es imposible olvidarte... no lo consigo. Me siento como un idiota, como si no tuviese control sobre mi mente, sobre... mi cuerpo. —Se tragó el aire como si el corazón le doliese—. No, no te quito de mi cabeza. Y lo intento, de verdad que lo intento... Pero no puedo —murmuró con tristeza.

Él sí la veía, aunque fuese en penumbra.

Ella solo veía las perneras del pantalón y los zapatos negros.

Pero esa voz la inundó.

Ese tono la excitó.

Ese lamento la embrujó.

Sentía tal euforia al oír esas palabras, al saber de ese sufrimiento, del sufrimiento que ella le provocaba, que estaba dispuesta a dárselo todo.

Y se dirigió despacio hacia él.

Según avanzó, vio las manos morenas, fuertes, colocadas encima de los muslos, apretando, en tensión, haciendo arrugas en la tela de lana negra; las mangas de la camisa arremangadas dejando ver los fuertes antebrazos, el chaleco que abrazaba el plano estómago, la camisa blanca que daba luz a su rostro moreno.

Ese rostro que desde que se recortó la barba, perfilándola, convirtiéndola en un adorno varonil en lugar de un cubre caras, mostrando esa boca sensual y esos dientes perfectos, provocando que a ella le gustara cada vez más.

Y esa voz...

Por Dios.

Esa voz era un sortilegio para la mente, una droga para el cuerpo.

Casi se pegó a sus pantalones, observándolo.

Dejando que esa mirada brillante y oscura como la noche, la devorase.

Viendo como los dedos de esas manos, que no se habían movido de lugar, seguían apretando con fuerza los muslos. Clavándose las yemas, como queriendo llegar a la carne. Para no clavarlas en la de ella.

Entonces, Izarbe bajó sus manos despacio, para dejar que la resbaladiza tela de la enagua, se deslizara hasta la cintura y mostrara sus pechos.

El hombre tragó saliva, respiró intensamente, mientras gotas de sudor resbalaban por sus sienes.

Pero no se movió.

No pestañeó.

No quería hacer nada inapropiado.

Nada que ella no deseara.

Nada de lo que luego pudiera arrepentirse.

Nada que ella no le pidiese.

Nada que pudiera lastimarla.

Permaneció estático, como con miedo a mover un solo dedo, y que ella desapareciera; dejándolo solo y vacío.

No salieron palabras por su boca, temiendo que ella cambiara de idea.

Sintiendo agujas en sus manos, calambres en las piernas, mientras contemplaba tanta belleza, mientras intentaba controlar su deseo.

Fue Izarbe la que movió ficha, inclinándose para coger esas manos, manos que parecían formar parte de sus muslos, como una estatua, de lo agarradas que estaban, y las llevó a sus pechos. Sintiendo el contacto, el frescor, y al tiempo, la calidez.

El hombre volvió a respirar con fiereza, notando esa plenitud, esa turgencia escandalosa, ese tacto tan sublime, pero cuando las palabras que pronunció llegaron a sus oídos...

Dios del cielo, ese fue el detonante.

Ese fue el capricho de los dioses.

Eso era algo que jamás le había pasado.

—Tócame —pidió—. Tócame lo que desees. Hazlo, pues yo lo deseo también. —casi fue un susurro, pero se entendió perfectamente.

Antonio tragó saliva, creyendo que estaba en un sueño, creyendo que despertaría en un momento, y acabaría su delirio.

Antonio obedeció.

Lo estaba deseando.

Antonio acarició esos pechos jóvenes, tiesos, plenos; con la mayor suavidad, como si se tratase de la flor más delicada, como si se fuesen a dañar por no darle el trato adecuado, logrando que la chica suspirara de placer, provocando que él se volviera un poco más osado. Retorció los pezones, de manera sutil, los frotó, los acarició, jugando con ellos. Y mientras eso ocurría, ella se movió contoneando las caderas, dando lugar a que la enagua resbalara y cayera a sus pies.

Quedando desnuda ante él.

Antonio era un hierro candente y esa mujer el fuego del infierno.

—Chupa mis pezones... —pidió, o más bien ordenó, susurrando—. Mama... Mámame...

Un exabrupto se dejó oír, pero fue tan bajo, que ella no lo entendió.

El hombre no necesitó que se lo dijera dos veces, y colocando sus manos a cada lado de los hermosos pechos, llevó la boca a un pezón y mamó con ansia como ella le pidió, lamió deslizando la lengua en círculos alrededor del pezón, y volvió a mamar, para hacer lo mismo con el otro, mientras no dejaba de acariciarlos con delicadeza, con suavidad extrema, con ternura.

Pero Izarbe estaba caliente, tan caliente como la noche, que a pesar de la tormenta, de la lluvia caída, seguía calurosa como al comienzo.

—Toca con fuerza, estrújalos con tus manos... no me haces daño... —Esta vez fue una orden clara, aunque estuviera envuelta en susurros algo más elevados.

Susurros obscenos.

Susurros que taladraban sus oídos.

Y Antonio obedeció como el más servil de los esclavos.

Antonio disfrutó cumpliendo los deseos de ella.

Pero también cumpliendo el deseo que rondaba su mente, aunque jamás lo hubiera imaginado así.

Los estrujó con sus manos, los devoró —los mamó— con su boca, queriendo tragárselos, los lamió con delirio, los besó con sus labios y los acarició con la barba, provocando que ella gimiera sin parar.

Y cuando quiso más, se sentó en su regazo, le agarró una mano y la llevó hasta su sexo.

—Tócame... Aquí. Dame placer y te lo devolveré —fueron las palabras ahogadas: orden y promesa, otra vez susurradas, entrecortadas, llenas de deseo, mientras se abría de piernas, mientras echaba la cabeza hacia atrás, sintiéndose protegida por el brazo del hombre que la sujetaba por la cintura, sintiendo la boca y la lengua que le lamía un pecho, que chupaba con fuerza un pezón, disfrutando de los dedos que hábilmente se movían sobre su vulva, colocándose en el centro, deslizándose arriba y abajo, provocando que ella abriera los muslos de par en par, sintiendo la humedad de su sexo, apretándose contra el bulto de los pantalones, jadeando de placer, sintiéndose promiscua y obscena, pues estaba tan caliente, tan excitada, que lo quería todo de él, y no importaba nada más.

Y él se lo dio.

A pesar de que estaba en desventaja.

A pesar de que no estaba con una mujer desde hacía más de un año.

A pesar de que deseaba correrse, pero al mismo tiempo, no quería que sucediera.

Era algo tan morboso, tan sucio, tan excitante, que no quería que acabase.

De manera que, a pesar de la erección que tenía, intentó olvidarse de ello, y se concentró en ese coño que estaba manipulando, en esos pechos que se movían debajo de su cara, y que podrían volverlo loco en cuestión de segundos.

Estaba tan húmeda, que sus dedos se deslizaban sin problema, se movían por el exterior y el interior, y ahí, al penetrar en la vagina, al ver como ella se contraía de gozo, apretando con la musculatura su dedo corazón, rugió como un animal, la masturbó con violencia, pero sin dolor,

para ver cómo se retorció en su regazo, para sentir cómo apretaba las nalgas, para comprimir una y otra vez su erección, para ver cómo balanceaba sus pechos al compás del orgasmo que le estaba provocando.

La miró mientras se corría, mientras jadeaba de manera anhelante, sintiendo toda su sensualidad, sin dejar de tocarla, mientras sus muslos se cerraron y apretaron su mano con fuerza, y a pesar de ello, él siguió acariciando ese botoncito, e introduciendo la punta de su dedo.

Solo la punta.

Esos preciosos ojos parecieron quedarse en blanco, esa boquita pequeña de labios rojos se abrió para tragar aire, dejando ver los dientes y la lengua rosada, jadeando de puro placer.

Él seguía con la mano entre los muslos.

La seguía acariciando.

Ella pareció volver de otro mundo.

Se incorporó.

Se miraron.

Se levantó de su regazo, para restregar los pechos por la barba, por la boca, que permaneció cerrada, mientras la observaba... mientras intentaba controlar su cuerpo, su mente, pues le inundaba un calentón que ya resultaba doloroso.

—Me ha gustado mucho —susurró de una forma... entre lasciva y tímida.

Bajó el tono, acercó la boca a la oreja y le musitó, mientras rozaba con sus labios el lóbulo.

—Nunca me he corrido con la mano de un hombre.

Él volvió a respirar con fuerza, sin saber qué hacer, sin querer dar un paso equivocado, esperando que ella...

Que ella diera las órdenes.

Que siguiera marcando la pauta.

Pero...

¡Ya!

Por todos los santos.

Como siguiera por ese camino...

Reventaría.

La chica se echó el cabello hacia atrás y se arrodilló ante él.

Entre sus piernas.

Provocando que él la mirase, entre agradecido y sorprendido.

Le desabrochó los botones de la bragueta, mirándolo a los ojos, metió la mano dentro del calzoncillo y sacó el pene, que saltó en su mano. Lo observó, lo calibró, le gustó, lo acarició desde la punta hasta la base, elevando la mirada para ver el gesto del hombre.

Un gesto de placer, pero también de dolor.

Dolor de tanto aguantar.

Dolor de esperar.

De desear.

Intentó controlar su resuello, sus jadeos, pero no lo consiguió.

Intentó no parecer débil en sus manos.

Pero tuvo la sensación de que algo así tampoco pasó.

Estaba en sus manos, nunca mejor dicho, y deseaba estar dentro de ella...

O de su boca.

Y ella movió los labios, sacó la punta de la lengua para lamerlos, y no lo dudó.

El hombre tuvo un ligero sobresalto al sentir la cálida humedad, al verse rodeado por esa boca, al notar el jugueteo de esa lengua, al padecer el dulce suplicio de la presión de los labios sobre la punta, y después, sobre el tronco.

Soltando el aire despacio, dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyándola contra el alto y duro respaldo del banco de madera donde estaba sentado, disfrutando de lo que le hacía esa boca, esa lengua, sintiendo esos pequeños dientes que jugueteaban con la punta, gozando de los pequeños sorbetones que parecían querer engullirlo.

Y entonces el ritmo cambió, se volvió más rápido, notando como los dedos manipulaban el miembro, como llevaban el prepucio hacia abajo, como se la tragaba entera, como succionaba, como la absorbía, pues esa era la sensación.

Y le vino, sin poder ni querer aguantar más, sin retirarse del interior de esa boca, pues ni le dio tiempo a pensar, a quitarse, a sacar el pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo del pantalón...

Viendo cómo tragaba y seguía chupando.

Sintiéndose borracho de placer.

Viendo cómo esas delicadas manos seguían agarrando su miembro y tragando hasta la última gota.

Sintiéndose el mayor pecador del mundo.

Soltó el aire, cerró los párpados con fuerza, para volverlos a abrir al sentir que esa boca lo abandonaba; para contemplarse mutuamente.

Para ver cómo ella se pasó una mano limpiándose los labios de manera lenta y provocadora, sin dejar de mirarlo, sin mostrar ni un ápice de timidez.

¿Le había sonreído?

Dios del cielo, pensó el hombre.

¿Esa mujer era la misma muchacha que él había llevado a Zaragoza?

¿La misma que en su despacho escribía las cartas en taquigrafía para después pasarlas a máquina?

¿La misma que le había presentado las quejas por el comportamiento de Francho?

Mientras su mente divagaba, sus ojos no perdían detalle de todos los movimientos que ella hacía. Como en esos momentos que apoyó las delgadas manos sobre sus muslos, que todavía seguían en tensión y con la sensación de que le iba a dar un calambre que lo paralizaría durante siglos, mientras —sin dejar de mirarlo, sin mover ni una pestaña—, agarró y arrugó la tela de los pantalones, apretó la dura musculatura de los tensos muslos, y levantándose de manera lenta y estudiada, dejó que sus pechos se movieron descaradamente, para deleite de sus ojos, y volvieron a rozar su cara.

Dios bendito, lo estaba provocando, desde el principio, se estaba mostrando de una forma que

él no habría imaginado ni en mil años. Aun conociendo su pasado, sabiendo lo que sabía, su imaginación no dio para pensar algo así, algo tan perturbador, como delicioso.

Algo tan excesivo...

Como peligroso.

Su oscura mirada no se retiró de ese cuerpo, de esa cara, para ver cómo, de nuevo, le mostró otra sonrisa, cómo se apartó esa exuberante melena, cómo se agachó de manera perezosa, lenta, sensual, sin dejar de observarlo, y recogió la combinación negra; y sin ponérsela, sin mostrar pudor de ningún tipo, dio media vuelta, enseñando la delgada espalda, las nalgas carnosas y respingonas, y contoneándose como una preciosa gata, arrastrando la combinación por el gastado suelo de madera, salió de la cocina.

Antonio Sagarra se pasó una mano por la barba, una, dos, tres veces, cerró los ojos, resopló, mientras apoyó la cabeza contra el duro respaldo, mientras su mente se preguntó una y otra vez:

Qué ha pasado, Antonio...

Dónde te has metido...

Qué has hecho...

Qué te ha hecho.

Abrió los ojos, y dirigió la mirada hasta su entrepierna, contemplando el miembro flácido y satisfecho.

Resopló, mientras recompuso su ropa, y...

Volvió a sentirse culpable.

Culpable y pecador.

PRESENTE

Creo que lo voy a hacer.

Seguramente se enfadará.

No, seguramente no.

Se enfadará.

Pero, qué puede pasar...

Que me amenace, que me pegue, que se muestre como un loco energúmeno y grite como un poseso, diciendo que la casa no es mía, aunque haya tenido el detalle de ponerme en la escritura, y que no tendría que haberlo hecho sin consultarlo, sin contar con su beneplácito, sin esperar a que él, el ser supremo, diga la última palabra...

Lo hablamos al principio de instalarnos en esta casa: la piscina, qué hacer con ella: conservarla, cubrirla... de una forma o de otra, hay que arreglarla pues tiene muchos desperfectos. Yo mencioné lo del huerto, sí, convertirla en un huerto y un pequeño estanque.

Para poner pececitos, como esos que se ven en los estanques japoneses.

«Ya veremos», fueron sus palabras.

Antes de que se fuera a Alemania, antes de que saltara todo por los aires, ya me había encargado de traer una hormigonera y todo el material necesario para comenzar a trabajar.

Sí, lo voy a hacer yo misma.

«Espera a que yo vuelva», no fue un deseo, fue una orden.

Mi marido ya no se extraña, ya lo tiene asimilado, algo que al principio le pareció inadecuado. Soy arquitecta técnica, y aunque nunca he ejercido, sé mucho sobre albañilería, pues mi padre era encargado de obras. Siendo una cría, me llevaba con él muchas veces, los sábados cuando acudía a su trabajo, y fui aprendiendo de todo, y lo que era más chocante, disfrutando con ello. Mi hermano también venía, al principio, pero pronto se cansó, dijo que eso no le gustaba, que prefería otras cosas. Mi padre no se enfadó, al contrario, siempre decía que los hijos debían estudiar lo que quisieran, nunca lo que los padres desearan. Pero, aunque no lo dijera de viva voz, yo sabía que le gustaba mucho mi predisposición y mi constante curiosidad por su trabajo, sin importarle mi condición femenina, pues siempre me decía: «Si quieres, puedes». Y tal vez por eso, o tal vez porque es algo innato en mí, soy una experta con el destornillador, martillo o cualquier herramienta que caiga en mis manos, es decir: soy una manitas.

Al poco de casados, se estropeó un grifo en el piso donde vivíamos, en la calle Carretas, muy cerca de Sol. Como era de alquiler, llamó al dueño, pero no me acuerdo por qué motivo no lo localizó. Le dije que no se preocupase, que yo lo arreglaría. Él me miró como si de golpe y porrazo, me hubiesen salido cuernos y pezuñas. Me contestó con cierto desprecio:

—No digas tonterías.

Eso fue al mediodía, cuando volvió por la tarde noche del trabajo, ya estaba arreglado.

—¿Ha venido el casero?

—No. Lo he arreglado yo. Era una cosa de nada. Una junta.

Volvió a mirarme de esa manera... pero no dijo nada.

Ahora ya sabe que no tengo problemas y que no hay avería que se me resista, a no ser que sea algo descomunal, y que necesite ayuda de terceros.

Por la mañana hago ejercicio, ordeno la casa y lo dejo todo como si fuese un piso piloto. Me gusta el orden y al tener una casa, no un piso, y encima una casa grande, y encima somos dos —ahora no, por supuesto—, puedo tener cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa.

Por la tarde, estudio durante unas horas, y después de trabajar en la piscina, voy a darme una ducha y luego me arreglo el pelo, pues no quiero que Juan empiece con sus molestas críticas. Hoy me pondré uno de los muchos vestidos negros que tengo, pero ha especificado:

—El negro, el que tiene los tirantes muy finos que parece que se van a romper de un momento a otro, y ese escote que te hace más pecho.

No le molesta que gaste en ropa, zapatos, complementos; no le molesta en absoluto. Suele decir que los hombres me miran de cualquier modo, lleve la ropa que lleve, pero si esta es elegante, con un punto sexy, mucho mejor, pero solo para dar envidia a los demás, solo para que amigos, conocidos o compañeros de trabajo, vean qué mujer tiene; y si es uno de sus jefes, mucho mejor. Eso sí, siempre decide qué debo ponerme. Más de una vez he tenido ganas de reírme de él, en su cara, pues a fin de cuentas yo soy la que compra la ropa, tanto la mía como la de él, pues no le gusta nada ir de compras; y eso que la mayoría de las veces las hago online, pero da igual. Eso es ir de compras.

Estoy a un pelín de mandarlo a paseo.

Todo llegará.

Cuando salgo de la ducha, mientras me seco y comienzo con el cabello, pienso en el trabajo que he hecho en la piscina. He arreglado todas las grietas del borde y de paso, le he dado vueltas a una cosa. Voy a revestirlo con un falso azulejo, de esos que desprenden luz cuando el sol lo ilumina, y que se muestra como un espejo cuando se moja. Sí. Todo revestido, todo circundando lo que será el huerto y el estanque; pues he decidido que será un huerto, para tener tomates, pimientos, berenjenas... lo que me dé la gana. No será muy grande, pero sí será más que el estanque.

La piscina en su base es muy irregular. Tiene tres metro y medio de largo, y dos de ancho. En la zona donde menos cubre, tiene un metro, luego va en aumento y cuando llegas al metro y medio, hay un escalón que te lleva a los dos metros. Creo que comenzaron a excavar en la zona más profunda, y al continuar se encontraron con roca y subieron de golpe. De manera que voy a aprovechar esa disposición, la zona más profunda será estanque, y el resto, huerto. Mañana pondré en marcha la hormigonera para tener masa de sobra y levantar el muro de bloques, un muro de contención, que separará una zona de otra. Una vez hecho el muro, y revestido por ambos lados, no creo que se filtre agua al huerto, pero si eso sucede, tampoco pasa nada.

Un rato más tarde, con unas pinzas en el pelo para dar forma a la melena, una bata ligera y unas zapatillas para no mancharme la planta de los pies, preparo una ensalada de marisco y unas fresas con yogurt griego; pongo a refrescar una botella de vino blanco, y la mente se me va al pasado.

A otra cocina.

A ese hombre tan especial, y esa chica tan adelantada a su tiempo.

Izarbe, cómo me gustas.

Me gustas tanto que te siento muy cerca, como si fueses algo mío.

Y él...

Antonio Sagarra me resulta muy atrayente, aunque no sea el clásico guaperas; pero, para qué quiere un guapito, si tiene un hombre de los pies a la cabeza, un hombre como los de antes, pero respetando, ayudando, protegiendo.

Cómo dijo que se llamaban esos hombres que llevaban los troncos por el río... ah, sí, los almadieros. Ahora que lo pienso, vi un documental hace unos meses que hablaba de ese antiguo oficio, y cómo celebran una vez al año, en Burgi creo que es, cómo hacen una demostración bajando un tramo del río y recordando a sus antepasados. El embalse de Yesa acabó con la historia de los almadieros.

Yesa, ese lugar donde tendría que haber ido a trabajar el padre de Izarbe.

Ah, Izarbe, eres una ninfa, una hija de Zeus, salida de la lluvia para embrujar a un hombre con tus contoneos, con tus manos, con tu boca.

Has hechizado a ese hombre.

Ya lo tienes en tus manos.

No te asustes, Antonio.

No te asustes y disfruta de esa ninfa que el destino ha puesto en tu camino.

Disfruta de Izarbe.
Gózala.

Capítulo 8

Al día siguiente, Antonio no apareció por la Casona.

Izarbe no dejó de pensar en él, de recordar todo lo vivido.

Disfrutó reviviendo cada momento de la noche pasada, pero no se olvidó de visitar la pequeña capilla y rezar por sus pecados durante un par de minutos.

Su mantra era: Qué mal hago con ello... Es un hombre solo, un hombre necesitado de amor.

Era mejor utilizar la palabra amor, que la palabra sexo.

A pesar de estar cuidando a la enferma, de hacerle todo lo que le hacía día a día, no sentía que le estuviera haciendo mal a esa mujer por tener sexo con su marido. Pues, en qué condiciones estaba ella, si era una muerta viviente, sus opciones se habían acabado, lo único que le quedaba era morir.

Esa era la realidad.

La muerte era la mejor opción.

Y así, dándole el desayuno, la comida o la cena, mientras le limpiaba las babas que querían deslizarse por la comisura de la boca y llegar a la barbilla, sabiendo que pronto dejaría de tragar y habría que ponerle una sonda, pensaba en él; en ese cuerpo fuerte y duro, que más parecía el de un hombre de treinta años, o incluso más joven. En esas manos, que la tocaron de esa forma, que lograron que llegara al orgasmo con el movimiento de los dedos; en esa boca, esos labios, que chuparon sus pezones de la forma más golosa.

Pero hubo algo que la cautivó, y fue, esa especie de turbación que se mantuvo durante todo el encuentro, ese autocontrol doloroso, ese deseo frenado, dejando que fuese ella la que llevase el control, y él esperando lo que fuera.

Eso le gustó mucho.

Y cuando dejó su miembro libre, cuando lo tocó, grueso, grande, caliente, sintiendo su palpito, cuando lo miró en la penumbra, cuando se lo metió en la boca, sintió toda la tensión acumulada en ese cuerpo todavía joven, en esas manos que apretaron y arrugaron la tela del pantalón del traje negro que siempre se ponía para viajar.

Oh, fue una delicia.

Se sintió como una diosa.

Y quería repetir. Porque no se parecía en nada a lo vivido con Javier. No. En nada. Con Javier todo fue egoísta, pretencioso, rápido, calentándola en un principio, para dejarla más tarde con ganas de...

¿De qué?

De descubrir algo más, de llegar a lo mismo que él llegaba todas las veces; ella quería eso, y con Antonio lo había conseguido, sin esperarlo, sin saber que algo así existiera.

Ella era un volcán, era una mujer que necesitaba a un hombre que le diera lo mismo que daba ella, o más; ella ya no se iba a conformar con menos. No quería más Javieres.

La noche llegó, y mientras Agustina se iba con la enferma, ella cenó en la cocina, sola, deseando que él volviera pronto. Saboreó la comida con glotonería, sin dejar de pensar en él, en todo lo hecho, y en lo que podrían hacer. Sentía una curiosidad inmensa por saber los pensamientos del hombre, qué pensaba de ella, qué pensaba de lo que había sucedido entre ellos, si se arrepentía, y si quería repetir; quería saberlo todo.

Recogió la cocina con una sonrisa en los labios, sin prisa, nerviosa, sintiendo el latido de su corazón, sintiendo algo nuevo, algo por lo que luchar.

La montaña ya no le parecía una cárcel, el valle era un lugar delicioso para vivir, el valle del Roncal, o el valle de Ansó, los dos eran bellos, hermosos. El ansia de volver a la ciudad ya no imperaba, pues ahora todo lo llenaba el deseo que sentía por ese hombre. Pero, y si él se había asustado, y si la consideraba demasiado ardiente, tal vez, con el paso de las horas, visto todo con lejana perspectiva, y sobre todo con frialdad, podría pensar de ella lo peor; podría pensar que se comportó como una cualquiera, y que más tarde o más temprano, le diría el precio, como si fuese la más vulgar de las busconas.

Las horas pasaron, Agustina se retiró, la medicación dada a la enferma hacía su efecto y la sumergía en un sueño profundo.

Izarbe, en su habitación, se desnudó de forma perezosa, mientras se observó con detalle en el espejo del armario.

Se acarició despacio, contemplándose gustosamente, recreándose con su imagen, mirándose como si fuesen otros ojos los que analizaban minuciosamente su cuerpo; como si fueran los ojos de Antonio.

Metió la cabeza en el armario en busca de sus cosas, abrió un cajón, revolviendo entre sus prendas íntimas.

Sacó un bustier que apenas le tapaba los pechos y se lo puso. Debajo una fajita sin entrepierna, con los ligeros colgando. Todo negro.

Se miró en el espejo y le gustó.

Esas prendas las compró unos días antes de que su tío apareciera por Zaragoza, en una corsetería, esa que visitaba con sus amigas, que vendía lo tradicional, pero traía prendas que nunca estaban en el escaparate y que solo se mostraban a las mujeres que las pedían. Ella se enteró por una compañera de estudios, que a su vez era amiga de otra que tenía una hermana que trabajaba en un club de caballeros, bueno, eso dijo.

Era todo tan morboso, tan ilícito, y las prendas eran tan glamurosas, tan hollywoodense, pues eso es lo que dijeron las amigas, entre risas y susurros mientras se probaban unas y otras: como en las películas de Hollywood.

Cuánto cuchienco picante, cuántas risas mientras veían los pechos de una mostrarse entre delicadas puntillas, y el vello de las ingles de otra asomar de forma descarada, y eso que sabían que tenían que probárselas encima de su propia ropa interior.

Izarbe se compró varias prendas, le hubiera gustado llevárselo todo, pero se conformó con esos dos, pues el dinero lo conseguía de lo que le sisaba a su tío Martín, entre gastos de libros, de alquiler, comida y otras cosillas.

Eran prendas pensadas para impresionar a Javier, para seducirlo, para ponerlo más caliente, algo que no llegó a suceder, y que ahora, en esos momentos, era un recuerdo, una experiencia más en su vida; era pasado. Ahora su pensamiento estaba en otro hombre, solo tenía ojos para Antonio Sagarra, solo quería escuchar su voz, contemplar su boca entre esa barba recortada, masculina, deleitarse con su cuerpo, y que esas manos la tocaran.

Como la tocaron la noche pasada.

Y si todo había sido una casualidad, la suerte de una noche provocada por la tensión, la oscuridad, el calor, el deseo de lo prohibido, la excitación acumulada en el tiempo... pero que ya no volvería a pasar.

No, estaba convencida de que no era así; que lo sucedido la noche anterior, sería el preludio de todo lo que vendría. Que, si ese hombre había aguantado tanto, se había controlado hasta provocarse dolor, no podía ser fruto de la casualidad.

Miró el reloj despertador de la mesita de noche, escuchando el tic tac, viendo que pronto serían las doce.

Cogió las tijeras de su costurero, y fue al cuarto de baño. Se colocó con las piernas abiertas, una a cada lado del inodoro y recortó el vello del pubis, viendo cómo caían los rizos rubios y rojizos al agua, dejándolo a ras de la carne, tocándoselo con las yemas de los dedos para comprobar su tacto.

Tiró de la cadena, apagó la luz y volvió a la alcoba.

Justo en ese momento, escuchó el motor del coche.

El corazón le palpitó con fuerza.

El ruido de los neumáticos deslizándose por la gravilla.

Apretó con fuerza los muslos para sentir los pelillos de punta.

El silencio.

Su respiración se hizo más profunda.

El sonido que hizo la puerta al abrir y al cerrarse.

Se tragó el aire de una, al tiempo que se mordió el puño.

Las pisadas, lentas, pesadas, subiendo los escalones que llevaban al porche.

Se mordió el labio.

El sonido de las llaves.

Esperó nerviosa.

Sintiendo el corazón en la boca.

Afinó el oído.

La puerta de la Casona se abrió y se cerró.

Y volvió a juntar los muslos.

Las llaves cayeron en el cuenco de madera, donde él siempre las dejaba.

Volvió a morderse el labio.

Escuchó los pasos que se alejaban, que iban al despacho.

Esperó...

Oyendo su propia respiración, sintiendo su pecho elevarse y hundirse, notando cómo los pezones salían del escondite para no volver a su lugar. Juntó los muslos despacio, otra vez, para notar, para sentir el vello tan corto y rasposo, y ser más consciente de esa carne caliente.

Dejó pasar unos minutos, que se le hicieron eternos, mientras se preguntaba si debía ir al despacho, o tal vez, subir a la planta donde estaba su alcoba. Pero, ni por asomo se quitaría esas prendas y se metería en la cama.

No tenía ni pizca de sueño.

Estaba caliente como una antorcha empapada en brea.

Lo quería a él, y quería todo lo que le pudiera dar.

Fue entonces cuando escuchó las pisadas, cuando las tablas de roble crujieron ante su peso, cuando supo que entró a la cocina, pues abrió el grifo y escuchó el agua correr durante un corto tiempo.

Se hizo el silencio.

Sabía que Agustina no bajaría en toda la noche, sabía que cada día estaba más sorda, sabía que todas las noches se subía una jarra de agua, y que el orinal acoplado en una silla de madera, lo utilizaría ante cualquier emergencia, porque, aunque hubiera un aseo al final del pasillo de la última planta, donde se hallaban las habitaciones del servicio, solo hacía uso del mismo, cuando salía por las mañanas de su habitación.

De manera que...

Era como si estuviesen solos.

Nadie les molestaría.

Izarbe tragó saliva, metió los pezones en su escondite, sabiendo que poco iban a durar, y salió de la habitación. Así, de esa guisa, descalza, vestida con el corpiño y la faja, sintió que su sexo se humedecía...

Un poquito más.

Llegó a la cocina, donde la luz eléctrica estaba ausente, donde la claridad de una noche de luna llena dejaba ver más que suficiente. Y entró, sin verlo, pues si él seguía ahí, estaría en la izquierda, en la zona escondida, en el banco de madera, donde la mesa quedaba pegada a la pared y solo se ponía paralela al banco cuando iban a comer varios.

Intuyendo que sí, que él estaba, entró lentamente. Se dirigió hasta la pila y abrió el grifo, oyendo el sonido del agua al impactar contra la piedra, para poner el cuenco de su mano y beber directamente, pequeños sorbos, haciendo un ruidito con la boca.

Dejó de beber, cerró el grifo apretándolo con fuerza, y se volvió.

Ahí estaba, como la noche pasada.

Sentado, con las manos sobre los muslos, esperando.

Como si todo lo que sucedió, y lo que iba a suceder, fuese un ritual.

Ella se acercó, moviendo el cuerpo de manera sensual, sintiendo que los pezones ya iban por libre y que su sexo estaba preparado...

Desde horas antes.

Los ojos del hombre no pestañearon, recorriendo todo lo que ese hermoso cuerpo mostraba y lo que no. Cuando las manos de ella se colocaron a ambos lados de su rostro, agarrando con suavidad la barba, poniéndole los pechos debajo de la boca, él no perdió tiempo.

Llevó las manos a la cintura y las deslizó por las caderas hasta llegar a los muslos, mientras sus bocas se besaban despacio, mientras las lenguas se saboreaban con deleite; y mientras esos labios experimentaban, se lamían, se chupaban, y las lenguas se enredaban en un baile erótico, las manos del hombre acariciaban la joven y prieta carne, sintiéndola suave como la seda, cálida como el hogar en invierno...

Pero ella quería que tocara por dentro, que deslizara las manos por el interior de los muslos y tocaran su sexo, a pesar de que esa boca le provocaba espasmos de placer.

Y se lo hizo saber.

No era necesario perder el tiempo, cuando lo que deseaba era que esos dedos la llevaran al infinito, o al infierno, daba lo mismo.

Mañana iría de nuevo a la capilla.

Aunque tampoco era necesario, tenía la virgencita encima de la mesa de la habitación de la enferma.

«No pienses en ella, no pienses en Elisa.», se dijo la joven, mientras sentía el cálido interior de la boca del hombre, de esos besos intensos al principio, y ahora, más lentos, más provocadores, más lujuriosos.

Se separó de su boca, jadeando, habiendo disfrutado de esos besos, sorprendida de que ese hombre besara de ese modo, sorprendida de que el interior de esa boca le supiera dulce como la miel...

A pesar de todo lo vivido, se despegó de sus labios, pero no retiró las manos del rostro barbudo.

—Tócame... tócame entre los muslos —susurró, como si la enferma les pudiera oír, como si las palabras o el roce de sus cuerpos, fluyera por las paredes y llegara hasta la habitación de Agustina.

Él estaba como hipnotizado por esa voz, por esa preciosa cara, y obediente como el más fiel de los perros, y sin dejar de mirarse a los ojos, llevó una mano al centro de los muslos, dando una pasada lenta y profunda por todo el sexo, oyendo el profundo suspiro que salió por esa boquita.

—¿Quieres que te meta los dedos? —preguntó el hombre, con pudor, con miedo a ser rechazado.

—Sí, quiero que me hagas lo de ayer... y todo lo que tú quieras.

La respiración del hombre se hizo profunda y sonora, mientras sus manos permanecían en la parte trasera de los muslos, a un centímetro de los carrillos del culo.

—¿Y tú me harás lo mismo? —preguntó con esa voz grave, con un tono de excitación, con un punto de temor.

—No, dejaré que me la metas. ¿Quieres metérmela? ¿Lo deseas? ¿Deseas estar dentro de mí?

El aire salió por la boca masculina, la respiración fuerte y profunda, mientras la agarró de la

cintura y la sentó en su regazo para comenzar con la caricia, para convertirla en masturbación, para sentir cómo ese cuerpo joven se tensaba, cómo esa boca hacía ruiditos, cómo se corría en un periquete.

Demasiado pronto.

Todo estaba ocurriendo muy rápido, o tal vez, la noche anterior fue demasiado lenta.

Y entonces, se levantó con ella en brazos y la puso encima de la mesa, le colocó el cabello a un lado, para que no se lo pillara con los movimientos, le abrió las piernas y mirándola fijamente durante unos segundos, bajó la cabeza y la metió entre los muslos. Ante la sorpresa de la chica, que algo así no le había sucedido antes, que Javier jamás le había hecho algo semejante, a pesar de que ella lo había tomado en la boca, igual que hizo con Antonio la noche anterior. Algo así, provocó que entreabriera la boca mientras miraba los ojos oscuros, que jadeara ligeramente mientras veía agachar la cabeza, y que al sentir la boca del hombre, sobre su carne casi rasurada, su lengua recorrer todos los rincones de su sexo, quisiera gritar de puro gozo, quisiera gritar el nombre de Antonio hasta quedarse afónica, pero se conformó con morderse los labios, con mover sus caderas y dejar que él hiciera su trabajo.

Se apoyó en los codos, contra la pared, dejó que esas manos grandes le agarrasen las nalgas y deslizara las caderas hasta el borde, y que esa boca golosa se lo comiera entero, mientras ella con las palmas de las manos sobre la rustica mesa se agarraba para no dejarse llevar, para intentar controlar esa fuente de placer, esa quemazón que la recorrió entera y que le provocó ganas de patear como si fuese un bebé. Pero llegó un momento, que el control fue imposible, pues esa lengua recorrió todos los recovecos, penetró por la rajita, moviéndose de arriba abajo, de abajo arriba, bailando sin parar, entrando y saliendo, haciendo vibrar ese botoncito que ella había descubierto la noche anterior, o para la buena verdad, que él había descubierto, provocando que quisiera gritar a pleno pulmón, dejando que una de sus manos fuera al cabello del hombre, que lo agarrase con suavidad... hasta que se corrió contra su boca, mientras esa barba le hacía cosquillas, mientras esos labios seguían agarrando, chupando, lamiendo...

Otra vez.

Y al volver a la Tierra, al dejar el Paraíso, al conectar su cuerpo y su mente, al dirigir la mirada al hombre, vio que estaba con el miembro fuera. Duro, grande, apuntando hacia ella.

Él se fue acercando y con sus fuertes manos, pero de la manera más delicada, llevó su trasero al borde de la mesa, más que antes, para ver como la punta señalaba lo que quería.

Ella lo esperó, lo incitó abriendo los muslos sin pudor, mostrando su sexo casi rapado, deseando que la inundara con esa masculinidad.

Él fue entrando, con suavidad, para no dañarla; y al comprobar lo estrecha que era, se mordió el labio, suspiró de gozo, y murmuró por lo bajo.

Quiso cerrar los ojos mientras sentía su miembro inundar ese cuerpo joven, hermoso, pero no lo hizo, pues deseaba contemplarla, mirar todos los gestos que hacía, ver esa boca abrirse lentamente mientras él iba penetrándola, observar esos ojazos que se entrecerraban al mismo tiempo que su boquita se abría, y cuando comenzó a jadear, la agarró de las nalgas, metiendo los dedos en la raja, separándolas, y penetró hasta el fondo, sintiéndose en la profundidad de un

volcán, ardiendo como tal, sintiéndose el hombre más afortunado del mundo, y deseando que esto no acabase nunca.

Que algo así, no fuese un sueño.

Que la realidad del día siguiente, no estropeará el recuerdo.

Capítulo 9

Al día siguiente, Antonio desapareció durante varios días. Se fue a Bilbao y después a Pamplona, y tuvo tiempo para pensar en todo lo sucedido; en realidad, no se le iba de la cabeza, pues esos dos encuentros nocturnos en la cocina de su casa, en el lugar dónde había pasado parte de su infancia, en la mesa dónde se tomaba los tazones de leche con sopas de pan que le ponía su madre la mayoría de las veces, la mesa dónde se acomodaba su padre las noches que no cenaba en el comedor de la planta superior, mientras se bebía una copa de anís, escuchaba la radio y le volvía a dar un repaso a los periódicos atrasados; en esa mesa dónde Agustina amasaba el pan, o hacía las rosquillas con la antigua receta de la abuela, que tanto le gustaban de chiquillo...

Ese comportamiento era algo inaudito en él, que nunca había tenido sexo con una empleada, que nunca había tenido ese tipo de sexo, que nunca había sentido algo así, tan excitante, tan morbosos, y sobre todo, tan peligroso. Y por descontado, que jamás se le pasó por la cabeza hacer algo semejante con la sobrina de Martín...

A pesar de su belleza...

A pesar de su pasado...

A pesar de ser un hombre.

¿De verdad, Antonio?

¿No la has deseado, como lo ha hecho el mujeriego de tu amigo Francho?

¿No has querido estar dentro de ella, igual que hizo ese medicucho de Zaragoza?

Por Cristo bendito, tenía que hablar con ella, tenía que saber, tenía...

Si no hablaba, si no verbalizaba sus pensamientos, se volvería loco. No solo era deseo, un profundo, oscuro y caliente deseo, estaba enamorado de ella, locamente enamorado; y nunca le había pasado algo así. A sus cuarenta y seis años, estaba ilusionado y al mismo tiempo asustado, como si estuviera en la adolescencia y hubiera conocido su primer amor. Pero no, esto no era nada de eso, no era el símil adecuado, pues la necesidad sexual era primitiva, era acuciante, era exacerbada. Él ya no era un joven que comenzaba a cortejar chicas, y cuando lo había hecho, se puso las botas morreándose todo lo que quiso y tocando por encima de las ropas, nada más. Él no había tenido una vida sexual excesiva, ni abundante, él había practicado sexo como la mayoría de los hombres, un sexo sin muchas pretensiones, un sexo dónde prevalecía la satisfacción masculina, pues el deseo era básico, rápido, egoísta. Además, en sus relaciones, nunca se había encontrado con una mujer como Izarbe, no solo por su belleza y juventud, sino por su ardiente deseo, su manera de ofrecerse, y en especial, su manera de pedir.

Eso lo volvió loco.

¿Cuándo hablabas mientras mantenías relaciones íntimas?

Nunca.

A no ser que estuvieras con una prostituta, y te permitieras cierto vocabulario, si es que eras de ese tipo de hombre.

Qué fue lo que le dijo...

«Tócame, mámame».

Santo cielo, estaba en una nube y no sabía si saltar y pegarse la gran hostia, o quedarse ahí de por vida. Tocar esos pechos lozanos, y lamer los duros y gruesos pezones calentaron su cuerpo y su mente como si se hubiera tomado una botella del mejor brandy; y cuando llevó la mano a su sexo y lo acarició, lo manoseó, la masturbó...

Ese coño que la primera noche estaba más abultado por los rizos, y la segunda, notó la aspereza de los pelillos cortos y tiesos en su boca, y sintió la carne del pubis caliente, hinchada, contra la palma de su mano, con la fricción de sus dedos, contra su boca hambrienta y deseosa de comer todo lo que le diera esa mujer.

¡Joder, Antonio! En la vida te has visto en otra semejante.

Cuánto la deseaba, cuánta necesidad tenía de ella.

Se lo comió, ya lo creo que se lo comió, y fue una delicia. Lo hizo sin pensar, por instinto, por lujuria, por la excitación tan exagerada que lo engullía por momentos, y otros, parecía hacerlo explosionar, como cuando dinamitaban una pared de piedra en el interior de una mina.

Lamió, chupó, saboreó, olfateó como un animal, jugueteó con la lengua, entrando en esa rajita, moviendo el pequeño capullo que coronaba la abertura, restregando la barba contra esa carne tierna y caliente...

Queriéndoselo dar todo, anhelando ser mejor que el otro, esperando no desilusionarla, provocándole el máximo placer, aunque en algunos momentos sintiera que la podría desilusionar, que tenía que controlar sus impulsos para no estropearlo todo.

Hacía años que no practicaba sexo oral, de hecho, solo lo hizo dos o tres veces, estando en Madrid, en su época universitaria; y una de esas veces fue con una sueca que estaba pasando unos días en la casa de un amigo, y que era hija de un socio del padre. Le gustó la experiencia, pues la sueca devolvió lo que recibió, y la felación que le hizo estuvo a la altura de lo que él le dio. Una lástima, pues solo estuvo una semana en Madrid y fueron imposibles más encuentros. Le hubiera gustado repetir, en especial con esa chica rubia de más de metro setenta y ojos azules; pero no, no fue con ella. Repitió la experiencia con una novia que tuvo durante unos meses, pero solo ocurrió una vez, pues eso la violentó, diciendo que lo encontraba vulgar, incluso asqueroso, y que prefería las masturbaciones.

Pero eso no se olvida, deseaba volver a hacerlo, se lo volvería a comer una y mil veces; en la mesa de la cocina, en su cama o en el puto suelo, dónde fuera, cómo fuera, hasta que ella dijera basta, hasta que lo agarrara del pelo y le dijera que lo deseaba dentro. Dentro de ella, dentro de ese cuerpo hermoso y sensual, entrando y saliendo, despacio o deprisa, lo que ella quisiera, pues él no pondría pegas y aguantaría lo que fuera necesario, mordiendo el interior de la boca, o la puta lengua, si era necesario, para que ella llegase antes.

Izarbe.

Izarbe, qué me has hecho.

¡Por todos los demonios!

Quería repetir, quería repetir todos los días de su vida, y quería, deseaba que fuese su esposa.

Esposa, esposa, esposa...

Esa palabra lo inundaba, y al tiempo le agobiaba, le enfadaba, le molestaba.

Cómo iba a tenerla por esposa, si ya tenía una.

Y para qué quería la esposa que tenía, si no le servía de nada.

Para nada.

Los pensamientos volaban dentro de su cabeza, y no eran precisamente halagüeños. Su conciencia le gritaba, su religión le marcaba, pero su mente iba por libre.

Y cada vez, más y más lejos.

Volvió el sábado por la tarde, porque sabía que ya no estaría, que no la vería hasta el lunes, que podría enfriarse un poco, pensar las cosas con cabeza, con calma, dejar que saliera su frialdad, su carácter serio y un tanto reprimido.

Pero para su sorpresa, no fue así.

No se había ido.

Entró en la casa y la vio salir de la cocina dirigiendo sus pasos hacia la habitación de la enferma.

La siguió.

Al llegar, vio cómo le entregó una papilla a Agustina para que se la diera a su esposa, y en ese momento ella se volvió y sus miradas se encontraron, y se hablaron, y se desearon recordando lo pasado entre ellos.

En un tono bajo, tono que sabía que Agustina no oiría debido a su sordera, preguntó:

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ocurre?

Izarbe sintió la dureza de la voz, el gesto serio, y no supo interpretar qué emociones inundaban la mente del hombre, por qué esa voz se mostraba oscura, hiriente, y esa mirada penetrante la observaba sin pestañear, sintiéndola tan intensa que llegaba a asustar.

—He decidido quedarme. No está muy bien. Esta mañana ha tenido problemas respiratorios y le he tenido que poner oxígeno —contestó con dulzura, sin dejar de mirar al hombre.

—Pero... eso ha ocurrido otras veces —añadió Sagarra, suavizando algo el tono, dejándose inundar por esos lagos verdes, por esas pestañas rubias y rojas, deseando besar esa boca, lamer esos labios sonrosados.

—Sí, pero hoy se ha repetido más veces, demasiadas veces —casi susurró, sintiendo la tensión que emanaba entre ellos.

—¿Has llamado a Alemany? —inquirió tocándose la barba, deslizando la mirada por la bata entreabierta, analizando el vestido estrecho, ajustado al esbelto cuerpo.

—Sí, pero me ha dicho que eso es normal. Que ha entrado en otra etapa y es lo que toca —contestó, respirando despacio, elevando los pechos al coger el aire, sabiendo que él la miraba sin perder detalle.

—¿Te lo ha dicho así? —La oscura mirada la taladró, sin pestañear, sin perder ni un movimiento de esas generosas pestañas, de esos hermosos ojos, haciendo un esfuerzo para no

volver a bajar la mirada y clavarla en los pechos.

—Sí, palabras textuales. Y después, ha añadido: pronto llegará el momento de que no pueda comer y habrá que sonarla, o... algo peor. —Esas últimas palabras sirvieron para mantener unidas las miradas durante un largo instante, pensando lo mismo, sintiendo la muerte cerca...

O, deseando que así fuera.

Antonio retiró el contacto visual y se pasó una mano por la barba, mientras miró a su esposa y a Agustina que seguía dándole, muy despacio, la papilla.

—Ven al despacho. Ahora —le pidió, volviendo a fijar la mirada en ella.

El hombre vio como la chica le decía unas palabras a Agustina y la mujer afirmó con la cabeza, mientras le daba cucharada tras cucharada a la enferma.

Antonio esperaba en el pasillo cuando ella salió. Se miraron durante unos instantes, y él le cedió el paso. Dejándose llevar por el aroma de su cabello, la siguió hasta el despacho con la mirada clavada en su espalda.

Los ojos de ambos se deslizaron durante unos segundos en la cruz clavada en la puerta de la capilla.

Pero, solo unos segundos.

Entraron, y esta vez, el hombre cerró la puerta. Sabía de sobra que darle esa papilla a su mujer, le llevaría un rato a la cocinera.

—¿Martín se ha ido al pueblo? —preguntó gravemente, con la mirada clavada en ella, observando esa bata blanca que se ponía para hacer sus tareas de enfermería, y que no se ajustaba a su precioso cuerpo, pero que, al estar abierta, dejaba ver ese vestido entallado, esos pechos inhiestos.

—Sí.

—Tú también te podías haber ido. ¿Acaso crees que está tan mal?

—Ha sido por precaución. No quería dejarla en este estado.

Antonio movió ligeramente la cabeza, para posar la mirada sobre esa boca que asomaba la punta de la lengua y se humedecía los labios.

—Y... porque deseaba verte. No puedo estar tanto tiempo sin ti. No quiero estar tanto tiempo sin ti —susurró con la mirada clavada en el rostro masculino.

El hombre no aguantó más, no quiso resistirse.

Cogió la cara entre sus manos.

—Por Dios, Izarbe. ¿Sabes lo que me estás haciendo? —Ella negó en silencio, mostrando cierto desconcierto—. ¿Sabes por lo que estoy pasando? —Ella volvió a negar—. Estoy enamorado de ti, mi preciosa criatura. Estoy obsesionado contigo, noche y día. Te deseo con toda la fuerza de mi ser —añadió, mientras deslizaba los pulgares por las mejillas—. Y si estás jugando conmigo, me vas a destrozar. Me vas a romper en mil pedazos... y ya no seré el mismo lo que me quede de vida.

—Yo... —comenzó a decir la joven mientras lo miraba con esos ojos verdes, brillantes, a punto de llorar—, yo quiero lo mismo que tú. No juego contigo, no quiero destrozarte. Solo quiero amarte y que me ames.

Una lagrima resbaló por una mejilla, y luego otra, gotas que los dedos del hombre recogieron.

—Mi vida, mi amor —susurró con voz entrecortada, con los nervios a flor de piel—, soy muy mayor para ti. Te llevo... —Iba a decir los años, pero no quiso pronunciar esa cifra que le daba pavor—. Cuando tú todavía seas joven y hermosa, yo seré un viejo con todas las letras.

—No me importa. Vivamos el presente, disfrutemos de ello; y ya afrontaremos lo que venga... Cuando venga.

Él contuvo el aire, sin dejar esa carita, devorándola con la mirada.

—Estoy casado, Izarbe —susurró arrastrando las palabras con dolor, apretando las mejillas de la chica, acercando la frente a la de ella, hasta juntarlas.

—Pero ella no va a vivir siempre —susurró también, por si acaso las paredes oían.

—Puede durar años —carraspeó el hombre, haciendo que su preciosa voz sonara oscura y ahogada.

—No lo creo —añadió la joven, sintiendo esas manos dando calor a su rostro, sintiendo la presión de esos dedos que acariciaban sus mejillas, sintiendo el deseo de Antonio, y al mismo tiempo el desconcierto, incluso la desesperación.

—Jesús —susurró el hombre—. No sabes lo que dices. No sabes lo que quieres. Eres demasiado joven. Eres... eres casi una niña.

Ella llevó las manos a la cintura del hombre, agarrándose a la chaqueta.

—No soy una niña, Antonio. Sé perfectamente lo que digo. Sé perfectamente lo que quiero. Sé lo que hago, y lo que deseo. Y, sobre todo, sé lo que quiero de ti, lo que siento por ti —volvió a susurrar, pero con ahínco, moviendo la cara, elevándola, mientras sentía esas manos sobre sus mejillas, esas manos que no la soltaban.

Antonio respiró profundamente, bajó la cabeza, y apresó la boca entreabierta, lamiendo los labios, chupando la lengua, para volver a lamer y capturar el labio superior entre los suyos, mientras oía y sentía los pequeños jadeos que salían por esa boca que lo traía loco, mientras mantenía ese rostro amado entre sus manos, como si fuese la cosa más preciada, más delicada que hubiera tenido en su vida.

Y entonces, las manos de la chica fueron a la entrepierna del hombre, para tocarlo, para acariciarlo por encima de la tela, sintiendo la dureza del miembro, sintiendo la tensión muscular de ese cuerpo acostumbrado al trabajo duro, pero no a esos encuentros.

Él dejó de tocar la cara, para apretar esos pechos por encima del vestido, sin dejar de besarla, y mientras aumentaba la excitación hasta extremos incontrolados, ella separándose un poco, pero rozando la boca del hombre, le dijo:

—Házmelo, tócame... No perdamos tiempo —añadió entre suspiros mientras se levantaba el vestido, mientras sus bocas se rozaban y sus lenguas se lamían apenas.

Antonio quiso rugir, quiso berrear como un ciervo en celo.

Le arrancó las bragas, se las rompió de un extremo, y sacándose el miembro listo para penetrar, la agarró y la cogió en brazos, la pegó a la pared, al lado de la puerta, y entró de una, deslizándose como en un tobogán hacia arriba, embistiéndola de una manera desconocida para él, tensionando los músculos de los brazos, y haciendo presión con las caderas, sintiendo esos

pechos aplastados contra su tórax, y esos brazos largos y delgados, rodeándole el cuello con fuerza.

Ella comenzó a gemir con ansia, y él capturó su boca para ahogar el sonido, para llenarse el uno del otro, mientras llegaban al clímax, mientras sus cuerpos se tensaban al final de la cópula.

La separó de la pared, y la mantuvo en brazos durante un tiempo, mientras las piernas de ella se iban aflojando y se desprendían de sus caderas, mientras las respiraciones se iban calmando, mientras el silencio inundaba sus bocas, mientras los pensamientos volaban.

Mientras la culpa inundaba la mente del hombre.

Se separó de ella, dejó de tocarla, mirándola fijamente, viendo cómo metía las manos debajo del vestido, se quitaba las bragas que él había roto, se limpiaba entre los muslos, y se las guardaba en uno de los bolsillos de la bata blanca. En momento alguno dejó de observarla con la mirada perdida, perdida en ella, y sin dejar de sentir un profundo y desgarrador deseo, a pesar de lo que habían hecho.

—Ven esta noche a mi alcoba —pidió, casi con dolor.

Ella no tardó ni un segundo en contestar.

—Sí.

Antonio la miró como si fuese la primera vez, como si no creyese lo que le estaba pasando.

—Ten cuidado, no te cruces con Agustina —añadió con voz ronca.

—Lo tendré, no te preocupes.

—¿Estás segura de lo que haces, Izarbe? ¿Estás... realmente segura? —preguntó abriendo sus ojos al máximo, mirándola con adoración.

—Jamás he estado más segura de algo —bajó la voz y sin dejar de contemplarlo, le susurró—: Te amo, Antonio. Quiero vivir contigo. Siempre. Toda la vida.

Izarbe salió lentamente del despacho, sin dejar de mirarlo.

Antonio la contempló hasta que desapareció.

Frotó con ahínco su rostro, haciendo sonar la barba.

Movió con fiereza la cabeza, queriendo aclarar sus pensamientos.

Llevó la mirada hasta el crucifijo.

Después, se metió en la capilla, y rezó.

Al llegar la noche estaba convencido de que no acudiría.

Cenó solo, como siempre. En el comedor del piso superior, donde también estaban los dormitorios; el comedor quedaba encima de la cocina, para que el montaplato fuese directo, para que las comidas llegaran calientes y en su punto. Agustina solo le servía el primero, pues él, siempre le decía lo mismo:

«No es necesario que estés aquí. Ya me apañó».

La mujer volvía al piso de abajo y un poco después, colocaba el segundo plato en el montaplato y lo mandaba arriba, escuchando cómo el señor lo cogía y cerraba la puertecilla; después el postre y se acabó la cena, pues por la noche no tomaba café.

Muchas noches bajaba al despacho y se quedaba durante un rato, mientras bebía una copa de coñac, a veces, hacía una visita a la capilla. Volvía a subir, y dirigiéndose hasta su alcoba, donde se hallaba su cuarto de baño, se aseaba, se ponía el pijama y dormía hasta el amanecer.

Esa noche no se puso el pijama.

Esa noche no se desnudó.

Esa noche esperó.

Escuchó los pasos lentos de su gobernanta, como llegaba al descansillo y seguía otro tramo hasta llegar a la zona abuhardillada, donde se encontraba un baño y tres dormitorios, pero solo Agustina ocupaba el más grande.

Escuchó los ruidos que hizo al entrar en la habitación, al abrir el armario, el crujir de la cama.

Ruidos que normalmente no oía, pues la mayoría de las noches, cuando dejaba el despacho y subía a su habitación, la mujer hacía rato que se había retirado.

Y sentado en el sillón, dejó que pasara el tiempo.

PRESENTE

Ya viene.

Ya viene.

Ya permiten que vengan.

Tendrá que guardar catorce o quince días de confinamiento antes de salir de casa.

No quiero que venga.

No quiero, maldita sea.

¿Qué hago?

No pienso aguantar más.

No dejaré que me vapulee como si fuese una mierda.

No, no pienso consentirlo.

No lo amo, dejé hace mucho tiempo de amarlo, o tal vez, creí estar enamorada, porque me sentía sola, porque era muy joven, porque mi timidez se antepone a casi todo, y él se aprovechó de ello.

Y yo me creí protegida.

Creía que me protegería, que me amaría y me respetaría.

Siempre.

Pero no es así.

Nunca fue así.

Ya es hora de que te des cuenta, Valeria.

Ya es hora de que despiertes.

Ya es hora de que seas valiente.

Como lo fue Izarbe.

Elegir, tienes todo el derecho.

Elegir, como lo hizo ella.

Cuando llega, tira las maletas en la entrada y me coge en brazos, me zarandea, como si fuese una muñeca, su muñeca, y me besa.

Una, dos, tres veces.

Yo me dejo.

Me mete la lengua.

Yo me dejo.

—¡Joder! ¡La hostia! ¡Qué ganas tenía de estar en casa! —dice con alegría, con fuerza, mirándome fijamente—. ¡Estás guapa, hostia! ¡Muy guapa!

Cuando se pone bruto, o excesivamente zalamero, se le acusa el acento maño, algo que controla cuando está en su trabajo, o cuando está con personas que no tiene mucha confianza. En una ocasión, uno de sus mejores amigos le dijo que hablaba inglés con acento maño, algo que le molestó mucho, pero que provocó que controlase su forma de hablar el idioma de Shakespeare.

—Gracias —agradezco sus halagos.

—¡Qué gracias, ni qué cojones! —dice entre risas.

Me vuelve a agarrar y me besa con fuerza, haciendo que abra la boca, para introducir su lengua. Al ver que me dejo, igual que antes, pero que no coopero, me mira sorprendido.

—¿Qué pasa? ¿No estarás tímida a estas alturas?

Me encojo de hombros, mostrando una sonrisa sin enseñar los dientes.

—¡Vamos a la cama! Quiero follarte como es debido. Quiero sentir mi polla dentro de ti. No sabes cuánto lo deseo.

Subimos al dormitorio y se desnuda en un santiamén, mientras yo hago lo propio. No deseo que se enfade, es demasiado pronto para eso.

¿Han sido diez minutos, o cinco?

Bueno, no importa. Da lo mismo.

Él ha conseguido lo que quería.

Está tumbado en la cama y me observa cuando me levanto.

—Estás preciosa —casi susurra—. No has engordado ni un gramo.

Lo miro y sonrío.

—¿Y por qué iba a engordar?

—Porque todos lo hemos hecho con el puto confinamiento, o casi todos. Mírame, he cogido cinco o seis kilos, y eso que la comida alemana no es como la de aquí; pero los dulces sí son buenos, y en el hotel donde me quedo los hacen especiales —añade al tiempo que se agarra la barriga algo fofa y gorda. Sus brazos son fuertes, y la anchura de los hombros considerable, eso es lo que logra disimular la cintura al vestir traje, u otro tipo de ropas, pues las camisas ya no son entalladas como las que usaba cuando nos casamos, pero su altura sigue siendo la misma y eso le da imponencia e importancia.

—Bueno, no te preocupes, ahora te los puedes quitar —digo sonriendo.

Suelta una carcajada, y mientras me estoy poniendo la ropa interior, veo que su miembro comienza a endurecerse de nuevo.

—Ven, quiero más.

No es un deseo, es una orden.

—Dejémoslo para más tarde. Tengo que deshacer tu equipaje.

—¡Que le den por culo al equipaje! ¡Ven aquí!

Obedezco.

Voy a su lado.

Me quita las bragas de encaje, me pasa los dedos por el sexo, y como ve que no estoy suficientemente húmeda, pasa la lengua por ellos, mojándolos a conciencia y los desliza de nuevo, lentamente, provocando que sienta placer y sonriendo al darse cuenta. Hace que me suba encima y mientras entra en mí, o yo en él, estruja mis pequeños pechos.

—Mi pequeña, Valeria.

Su profunda respiración llena la habitación.

—Mi dulce y pequeña, Valeria —repite mientras sus dedos se clavan en mi cintura y me mueve como si fuese su dulce y pequeña muñeca.

El equipaje sigue en el vestíbulo, y él tomando un *whisky* en el sofá, mientras yo preparo la cena, y cada vez que me giro hacia la isla, lo veo a él y veo el equipaje. Me comenta que ha perdido el teléfono, tal vez en el aeropuerto. Dice que la última vez que lo utilizó, fue antes de subir al avión, y al llegar a Zaragoza, cuando se dirigía al *parking* para coger el coche, no lo volvió a mirar por si tenía mensajes o llamadas perdidas, lo dejó pasar. Él siempre lo apaga cuando viaja en avión, no le gusta estar pendiente del teléfono aunque vuele en compañías que ofrecen conexión Wifi. Lo cierto es que no le gusta volar, le da miedo, pero no lo cuenta nunca, no lo reconoce ni de broma. Yo lo sé, pues una noche de borrachera me lo confesó.

Dice que recuerda llevarlo en la mano y que tal vez se le cayó al guardar la bolsa en el portaequipaje de la cabina, y no se dio cuenta. Ha dado parte a la empresa desde el mío, y le han dicho que le mandaran otro, que mientras se comunicaran vía Skype. También ha llamado a la compañía aérea, por si acaso lo tienen ellos, por si está en objetos perdidos; pero le han dicho que no, que por el momento no tienen un móvil de esas características. Hay compañeros suyos, que llevan dos: el de la empresa y el personal, pero a él no le gusta ir con dos móviles, ni con dos tarjetas.

De repente oigo un:

«¡Hostia!».

Dejo la cuchara sobre la madera de cortar que se halla encima de la encimera de granito, me giro y apoyo las manos sobre la isla que usamos habitualmente para comer, si no queremos utilizar la mesa del comedor.

Se ha levantado del sofá, y con el vaso en la mano mira hacia las puertas francesas que dan a la parte de atrás, a la piscina.

—¿Qué cojones has hecho?

La pregunta ha sonado entre la sorpresa y la molestia. No sabría decir qué tanto por ciento se llevaría una u otra.

Me acerco hasta él.

Intento que no se note mi temor.

Grande, abierto de piernas, con el vaso en una mano, y con la otra, mesándose el oscuro y espeso cabello, y mirando hacia afuera.

Entrecerrando los ojos.

Analizando cada detalle.

«No pasa nada, Valeria», me digo para darme ánimos.

—Lo que te dije, un huerto —contesto con suavidad, aunque él puede que lo interprete de otra forma. A veces, la suavidad, puede pasar por miedo.

A veces, la timidez es miedo.

Sin dejar el vaso, se dirige hasta las puertas. Abre las dos hojas, sin importarle el frío del exterior, pues estamos en mayo, pero parece octubre, enciende las luces del porche y se dirige hasta el lugar. Yo me quedo en la zona cubierta, no me atrevo a bajar los cinco escalones. Aguanto la respiración mientras él, en mangas de camisa, rodea el trabajo sin terminar. La zona donde irá el huerto está casi acabada, la más profunda, donde irá el estanque, queda todo el trabajo. El zócalo que rodea todo el perímetro, está terminado y reluce con la luz de la luna y las luces del porche.

Se lleva el vaso a los labios y le da un pequeño sorbo.

Sin volverse, sin mirarme, pregunta:

—¿Lo has hecho tú? ¿Tú sola? —La pregunta muestra su desconfianza.

—Sí.

Ahora se vuelve, lentamente, me mira, me observa, me analiza.

Como si me viera por primera vez.

—Ven aquí.

No levanta la voz.

No creo que vaya a pegarme.

Por eso no.

Me muevo despacio.

Bajo los escalones y llego hasta él, con los brazos cruzados sobre el pecho, temblando de frío y algo más.

—Eres una caja de sorpresas, mi pequeña Valeria. Tú solita has hecho... esto. —Echa un brazo sobre mis hombros y me arrima a él, me aprieta, me estruja—. ¿Tienes frío, mi amor?

—Un poco.

Llevándome con él, nos acercamos hasta lo que será el estanque.

—¿Y vas a llenar todo eso de agua?

Está mirando la profundidad del futuro estanque.

—No. Quiero echar algo de escombros, para subir el suelo, y me gustaría ponerle algún azulejo que haga bonito antes de llenarlo.

Me vuelve a mirar de esa manera, y tengo que hacer un esfuerzo para no deglutir, para que mi garganta se quede quieta, para no mostrar la incertidumbre que me embarga.

—Tú sí que eres bonita —me dice bajando la cabeza y besándome, mientras con un brazo me

abrazo y con la otra mano sigue llevando el vaso.

Mientras saboreo el licor en su lengua, la noto rasposa, y siento algo de asco. Pero no es solo asco, siento aprensión, siento...

¿Miedo?

Tal vez debería posponer lo que quiero decirle, pero, si no lo hago ahora, ¿cuándo?

Nunca.

Si no es esta noche, nunca me atreveré a decirle lo que deseo, lo que voy a hacer, nunca seré yo misma...

Nunca seré feliz.

Me lleva hasta el porche, y a pesar de que sabe que tengo frío, se sienta en uno de los sillones, y hace que me siente en su regazo.

—Tendría que coger una chaqueta. Hace frío. —El temblor que recorre todo mi cuerpo no es ficticio, y no es solo de frío.

—Yo te haré entrar en calor —dice con una sonrisa lasciva, mientras deja el vaso en una mesita, para llevar sus manos a mi cintura y meterlas por debajo del ancho jersey que llevo.

—Sabes que no quiero que vengan hombres aquí. ¡Lo sabes! —levanta la voz pues quiere que me dé cuenta que no está hablando en broma.

No sé por qué se siente celoso, jamás le he dado motivos.

A pesar de lo que él haya pensado, jamás le he dado motivos.

Y su rostro es claro como el agua, diáfano como un soleado día de primavera; muestra lo que siente: advertencia, celos y amenaza.

—Claro que lo sé —añado en un tono sosegado, intentando disimular el miedo que tengo, intentando que no se complique la situación, sabiendo que cuando bebe, puede ser más brusco, más insensible.

—No quiero que me desobedezcas —añade, mientras siento sus manos en las costillas. Las aprieta ligeramente, provocándome molestia.

—No lo hago. Parte del material ya estaba aquí, ¿no te acuerdas? Cuando compraste la casa. —No contesta, no deja de mirarme—. Y el resto lo trajeron antes de irte. Ha sido una manera de entretenerme, de no pensar en el virus, en la soledad...

Por supuesto, no le hablo del libro de Izarbe; eso es mío.

Solo mío.

De nadie más.

Desliza las manos hasta la cintura y como si fuese una muñeca, me deja caer sobre su ingle, mientras noto como se va endureciendo...

Mientras mi cuerpo tiembla.

—Si me entero... si haces algo inapropiado, si me engañas, si se te pasa por esa cabecita... algo como ponerme los cuernos... —murmura sin dejar de moverme de forma obscena—. Te mato.

Decido ser valiente, decido ser yo la que lleve la batuta.

—Jamás te haría eso, Juan —susurro, mientras empino mis pechos, mientras aprieto la pelvis

contra su erección, mientras intento que mi cuerpo no tiemble de frío y de miedo—. Sabes que no soy de esas, que jamás me comportaría de esa forma. Eres el amor de mi vida. Eres lo más importante para mí. No hay nadie más que tú.

Esas palabras le satisfacen, le ponen contento.

Esas palabras hacen que muestre los dientes.

Esas palabras lo hacen más hombre.

—Ponte de rodillas. Demuéstrame lo mucho que me quieres. Demuéstrame que soy lo más importante para ti.

Hace que me baje de su regazo, mientras se saca el miembro, y yo no tardo ni un segundo en colocarme entre sus piernas y cumplir con sus deseos.

Y mientras cumplo con mis deberes de esposa, mientras demuestro a mi marido lo mucho que lo quiero, mientras mi boca rodea su miembro y me lo voy tragando despacio, oyendo sus gemidos de placer, mientras tenso los músculos de la boca, para evitar que me castañeen los dientes, mi mente divaga hasta esa historia, hasta Antonio Sagarra.

¿Realmente era un hombre tan especial, Izarbe?

¿Realmente había hombres así?

¿Realmente estabas enamorada de él?

O, ¿solo fue una ilusión?

Un deseo desenfrenado.

Un capricho para divertirme mientras estabas en el valle.

¿Qué fue, Izarbe?

Capítulo 10

No escuchó los pasos, solo vio abrirse la puerta lentamente, y sintió el pulso rebotar por todo su cuerpo, como una pelota vasca.

Estaba sentado en un sillón incomodo, un sillón heredado de sus padres, como todos los muebles de la alcoba, de la casa, un sillón que utilizaba todos los días para calzarse las botas de trabajo, o los zapatos de vestir, un sillón donde dejaba las prendas de trabajo, o el traje de vestir cuando volvía de un viaje de negocios, cuando se desnudaba por la noche, para que Agustina se las llevara al día siguiente al lavadero, como la ropa interior y las camisas, y el resto, airearlo para volverlo a poner en otra ocasión.

Ese sillón, que le estaba martirizando la espalda, ese sillón que le faltaba relleno para ser cómodo, sintió la tensión de su cuerpo cuando la vio aparecer. Llevaba una bata gruesa, larga hasta los pies, de un rosa claro, cerrada a cal y canto. Se dirigió hasta él, muy despacio, mientras sus miradas se mantenían unidas, mientras lentamente atravesaba la habitación. Y, antes de llegar hasta él, antes de rozar sus pantalones, se la quitó, despacio, y mostró su cuerpo desnudo.

Antonio tragó aire, tuvo la sensación de que tragó todo el aire de la estancia, y aún necesitó más, mientras sus ojos contemplaban ese cuerpo con la luz que daban las lámparas encendidas; todas: las de las mesitas de noche y la del techo, pues no deseaba penumbras, quería ver ese cuerpo al natural, valorarlo, admirarlo, que se le quedará grabado en la retina, pero, sobre todo, amarlo.

Sintió que el corazón se le quería salir del pecho, que vivía una fantasía, una ilusión, y decidió dejar de pensar, ir a la acción y disfrutar.

Llevó las manos a las caderas de la chica y la acercó hasta él, para ir dejando caer suaves besos sobre el estómago, sobre el vientre... múltiples besos, mientras sus manos acariciaban las redondeces de los glúteos.

Lento, muy lento, para aspirar el olor de esa piel, para sentir los pequeños temblores de ese cuerpo, para escuchar la respiración profunda y al mismo tiempo entrecortada de esa mujer que lo traía loco.

Elevó la mirada y la vio con los ojos cerrados y la boca entreabierta.

Permaneció estático durante unos segundos contemplando esos pechos turgentes, tiesos.

Volvió a besar el vientre, y deslizó las manos por toda la redondez de ese hermoso culo, llegando a la unión de los muslos, a ese rombito que hacían sus muslos y su pompis. Y al mover los dedos hacia el sendero que llevaba al sexo, ella colocó las manos sobre los hombros de Antonio, suspiró y abrió las piernas para que él no encontrara obstáculos de ningún tipo.

Acarició, tocó, pellizcó toda esa carne hinchada, cálida, llevó los dedos al monte de Venus, para rozar, palpar esa textura rasposa, esos rizos que ya no existían, esos rizos que había cortado

al borde de la delicada piel, mientras sentía como esas delgadas manos apretaban sus hombros según se excitaba, como clavaba las uñas, como movía su cuerpo para que esos dedos siguieran jugando, como gemía por lo bajo, mostrando su satisfacción.

Agarró con su boca un pezón y chupó sin dejar lo que estaba haciendo en la parte de atrás, solo para ver, para sentir el gozo que a ella le produjo, solo para sentirse más que satisfecho de lograr que ella disfrutara con sus manos y con su boca.

Entonces, la dejó.

Ella pareció perder estabilidad, como si hubiera estado jugando a dar vueltas y vueltas mientras alguien te agarra de las manos, y de repente, te sueltan, y te desplazas sin control, y el cuerpo y la mente van por libre, y tardas en frenar todas esas sensaciones, todos esos movimientos, mientras la adrenalina disminuye poco a poco.

Pero esas manos fuertes y a la vez suaves como la seda, tocaron esa exuberante melena, mirándola extasiado, colocándola a un lado, para cogerla en brazos antes de que su mente se diera cuenta, antes de que su excitación menguase, y la llevó a la cama tumbándola en el centro, sin dejar de contemplarla.

Ella también lo contempló, fijamente, pues en esos momentos comenzó a desnudarse. Se quitó la camisa, pues esa noche no llevaba chaleco, que colgaba debajo de la chaqueta en el interior del armario de cuatro puertas. La dejó en la butaca donde había estado sentado. Izarbe contempló la anchura de los hombros, los fuertes y musculados brazos, toda esa piel y músculos que dejaba ver la camiseta interior.

Le hubiera gustado ser ella quién se la quitara, pero estaba como en una nube, observando a ese hombre, un hombre que tenía cuarenta y seis años, y su cuerpo podía competir con cualquier joven y superarlo, pues se quitó la camiseta, y lo que vio aquel día que fue con su tío a la mina, lo estaba viendo en esos momentos, tan cerca de sus ojos que si estiraba el brazo casi lo tocaría con su mano.

Para lo moreno que era, no tenía mucho vello en el pecho, y la zona del abdomen estaba plana y dura, y del ombligo hacia abajo, partía una hilera fina y oscura de vello, que indicaba lo que vendría de un momento a otro.

Antonio se quitó los zapatos y los calcetines, sin prisa, pero sin pausa; desabrochó el cinturón del pantalón y fue a por los botones de la bragueta, esquivando en la medida de lo posible el abultamiento que producía su erección. Dejó caer el pantalón, viendo como esos ojos verdes miraban el bulto del calzoncillo, y sin más preámbulos se lo quitó y se mostró tal y como era, con una erección en todo su esplendor.

Ella contempló esas caderas estrechas, las piernas fuertes, duras como columnas de mármol, y ese miembro que se mostraba provocativo.

Se hablaron con la mirada.

Ella se mojó los labios muy despacio, y abrió las piernas para él.

Lentamente.

Incitándolo.

Provocándolo.

Con la boca, con la mirada, y con su sexo.

Antonio no perdió tiempo, subiéndose encima y entrando en ella.

Le hizo el amor despacio, recreándose, por si acaso ya no volvía a poseerla, por si acaso le estaba tomando el pelo, y en el futuro, solo obtendría una sonrisa considerada, o tal vez, para su desgracia, una burla.

Lamió los pechos, chupó los pezones, deslizó la lengua de manera perezosa y golosa, sin salir de ella, mientras notaba las contracciones de la vagina, mientras evitaba correrse de golpe del placer que sentía, mientras se aguantaba y controlaba con sus brazos, para que ella no sintiera su peso, para que se moviera a su antojo, para que ello le diera más placer a él.

Pero todo tiene un límite, y el suyo estaba llegando.

Sentirse apresado en esa cavidad, era tan placentero, tan excitante, que cada vez que ella contraía su vagina, sentía un relámpago de placer, una descarga de adrenalina que lo enervaba y lo engarrotaba, de manera que aceleró, se movió deprisa, entrando y saliendo, viendo como ella dobló las rodillas y él pareció hundirse; hundirse en un pozo sin fondo, hundirse en una vorágine de locura, hundirse en el placer más generoso y erótico jamás sentido con una mujer. La respiración se volvió convulsa y se escuchó a sí mismo, como si fuese un animal herido, fatigado, casi angustiado, y al sentir las piernas de ella sobre sus glúteos, entonces supo que no podría aguantar más y descargó con todas sus fuerzas, dejándose caer sobre esos delicados pechos y sintiendo las uñas sobre su espalda.

Respiró con fuerza, mientras aspiraba el aroma de su piel en el hueco del cuello, mientras besó el lóbulo de la oreja, mientras su mente divagaba, mientras el tiempo corría, le murmuró con esa voz tan erótica, tan hermosa:

—Te quiero. Te amo más que a mi vida.

Dejó pasar unos segundos, se incorporó y salió de ella, para sentirse vacío.

Solo.

Una mezcla de excitación, y a la vez, de tristeza.

Se tumbó a su lado y la miró.

—Espero no haberte hecho daño —comentó con una media sonrisa.

Ella también sonrió, se puso de lado y deslizó la punta del índice por los pectorales del hombre.

—¿Daño, dices? Me has dado tanto placer que me parece mentira.

Él la observó con atención.

A pesar de estar colmado de placer, por dentro se hallaba triste.

Estaba cometiendo adulterio, en su propia casa, en su propia cama; la cama que utilizaron sus padres, la cama donde él había llegado al mundo, la cama que había compartido con su esposa.

—No me mientas, no me des coba. No me gusta, Izarbe —señaló, sin dejar de observarla, sintiendo ese dedo que no dejaba de moverse despacio por sus tetillas, provocándole un montón de sensaciones.

—No te miento. No te doy coba. Solamente es la verdad —afirmó, mostrándole una preciosa sonrisa.

—Como has estado con otro hombre, tienes dónde comparar.

Izarbe lo miró de manera suspicaz, pero supo que no lo dijo con mala intención.

—Así es. Y la conclusión es que jamás imaginé que tú serías un hombre tan atento, tan complaciente, tan experto, y sobre todo tan generoso.

Él elevó las cejas ante tanto halago, y esa voz suya se dejó oír de nuevo.

—Nunca me he considerado un experto en las artes amatorias, tampoco soy ni he sido un mujeriego, digamos que me he amoldado a lo que he tenido, que tampoco ha sido excesivo.

Ella dejó de tocarlo y se puso boca abajo, ofreciéndole una bonita panorámica de sus pechos apretados contra la cama, y la perspectiva de ese trasero redondo, perfecto.

—¿Y qué has tenido, Antonio? —El hombre tardó unos segundos en contestar, deslizándose la mirada por el bello rostro y bajando hasta los pechos.

—Nada comparado contigo, mi preciosa Izarbe. Nada en absoluto —repitió roncamemente.

La verde mirada quiso penetrar en la mente masculina, pero como algo así no era posible, quiso saber.

—¿Tienes celos? —preguntó, haciendo un mohín con sus labios.

—¿Debería? —repreguntó, mirando esa boca. Devorándola con esa mirada oscura e intensa.

—De mi pasado, de mi relación anterior —añadió mientras se mordió el labio inferior, sabiendo que el hombre la miraba de una forma que nunca la miró Javier, sabiendo que ese hombre era diferente, especial.

—No tengo por qué. Es tu pasado. No lo cuestiono, no lo valoro. —La voz del hombre quería permanecer impasible, no mostrar debilidad.

—¿No? —preguntó bajando la mirada y volviéndola a subir, al tiempo que movía ligeramente los pechos, sabiendo que la mirada del hombre iba y venía.

—No. Además, no deseo saber lo que hacías con él, y no, no quiero saber lo que él te hacía.

Ella cambió de posición, se puso de lado, provocadora, para que el hombre la mirase a gusto, a sus anchas, sabiendo que intentaba sostener la mirada en el rostro de la chica, pero de vez en cuando, la desplazaba por los pechos, hasta el pequeño triángulo de exiguo dorado que coronaba su sexo.

—¿Tampoco quieres saber que él no me hizo sentir ni una mínima parte de lo que tú me haces sentir? ¿Que cuando me tocas, me penetras... siento tanto placer que me ahogo? ¿Que la primera vez que he tenido un orgasmo ha sido contigo?

Antonio no dijo nada, no dejó de estudiar ese rostro, intentando asimilar la palabra utilizada.

Orgasmo, no era un vocablo utilizado habitualmente entre las parejas; es más, mucha gente —la mayoría—, ni sabía que existía.

—¿No me crees? —preguntó ante el silencio del hombre y esa mirada profunda, y tal vez, desconfiada.

—¿Y por qué estabas con él?

No quería saber nada de ese hombre, pero puesto que era ella la que llevaba la conversación, hizo la pregunta sin ganas, y al mismo tiempo, queriendo saber la respuesta. Y sí, sí tenía celos, cómo no los iba a tener habiendo poseído a una criatura semejante.

«Es tu pasado, no lo cuestiono, no lo valoro.».

¡Y una mierda! Todo lo que incumbiera a esa mujer, todo le importaba, y lo podía cuestionar, valorar, otra cosa es que no lo hiciera, que se hiciera el tonto.

Se dejó engatusar por esa voz dulce como la miel, por el movimiento de esa preciosa boquita.

—Porque creía que eso tenía que ser así. Que la excitación o el desasosiego del principio era todo para promover el placer del hombre; esa era la finalidad. En el fondo, siempre esperaba más, siempre creía que él me daría más, pero al final, siempre acababa del mismo modo; él satisfecho, y yo... esperando... algo, no sabía qué, pero anhelando la próxima vez. Anhelando algo que desconocía, pero que imaginaba que debía existir.

—¿No lo hablabas con tus amigas? —hizo la pregunta, mientras los imaginaba juntos, en la cama... ella y ese médico engalanado como un pavo real.

—No exactamente. Con ellas era una especie de comentarios a medias, de risas tontas, y poco más. La conclusión final era que había que pillar un novio, para que luego fuese tu marido, y que cuanto mejor y más alto estuviera, más acertado sería. Por otra parte, cuando supieron que estaba con un hombre casado, y cuando supieron quién era, una de ellas me dijo en nombre de todas, que era lo peor que podía hacer. —Se detuvo durante unos segundos, y continuó—: Me dijo más o menos lo que me dijo mi tío, pero con mejores palabras y una sonrisa.

—Pero... —Quiso saber más, mientras ese cuerpo era una provocación, mientras ella jugueteaba con sus piernas, entreabriéndolas ligeramente, separando los muslos de una manera, entre inocente y perversa, mientras su miembro comenzaba a despertar.

—Pero, no hice caso. Por aquel entonces, no había probado su mano. Una vez que ocurrió, me encontré en una especie de dilema. Algo así, como: te lo mereces, no te lo mereces; es por tu bien, no es por tu bien. Y al final: me quiere, no me quiere...

—¿Y qué conclusión sacaste? —preguntó, mientras se aguantaba las ganas de tocarla.

—La conclusión llegó... cuando llegué aquí y te conocí.

Él apretó los dientes, tensando la mandíbula.

—¡Vamos, Izarbe! No me tomes por tonto —soltó, dejando caer la cabeza sobre la almohada y mirando las volutas de escayola que adornaban el techo.

—No, eso nunca. Pero es la verdad. Te lo juro —repuso con ahínco.

—Y eso, ¿por qué? —volvió a mirarla, queriendo entrar en su cabeza, queriendo creer en sus palabras.

—Por tu manera de tratarme, por no mirarme mal, por respetarme, por ser tan caballero, tan correcto, tan considerado. Por hablarme de ese modo, con esa voz tan hermosa que posees y hacer que fuese viendo las cosas como realmente son o deberían de ser. Por creer en mis palabras cuando te conté lo del doctor Alemany...

No salieron palabras por la boca del hombre, pero una de sus manos se colocó en la cintura y la fue deslizando por la elevación de la cadera, despacio, mirando ese cuerpo voluptuoso, no terminando de creerse que la tuviera en su cama, toda para él.

Ella siguió hablando.

—Cuando nos encontramos en la cocina, jamás pensé que algo así podía ser tan ardiente, tan fogoso. Solo recordarlo, ya me pone caliente. —Las manos del hombre la seguían acariciando, el

rostro se mantenía serio, y la mirada oscura la taladraba, esperando las siguientes palabras—. Siento que me excedo, que puede resultar molesto para ti, que tal vez consideres que me comporte de manera inadecuada, pero es lo que me provocas, es lo que siento. Es lo que quiero cuando estás cerca de mí... Y, cuando no estás, lo anhele, te anhele, te echo tanto de menos, que me resulta abrumador, que me llena de impaciencia, que me provoca soledad, enfado y tristeza.

Él no dijo nada.

Su mirada permanecía estática.

Fija en ella.

Entonces, ella se movió.

Con la mirada clavada en la del hombre.

Y muy despacio, se colocó encima, a horcajadas, dejando que sus pezones rozasen su barba, su boca. Agarrando el pene, para guiarlo.

Vio cómo el hombre tragó una bocanada de aire al sentir sus delgados dedos sobre el miembro erecto, al sentir cómo entraba en ella, o como ella entraba en él.

Se mordió el labio, entrecerró los ojos por unos segundos de puro placer, mientras la sentía, mientras la contemplaba, mientras se explayaba en esa belleza, en la lujuria de sus actos, de su boca, de sus ojos... en esos pechos balanceándose delante de su cara. Enseguida colocó las manos en la estrecha cintura y la hizo galopar de manera salvaje.

Hasta quedar satisfechos.

Hasta quedar exhaustos.

Cuando Antonio abrió los ojos, vio la oscuridad a través de la rendija de los cortinajes de terciopelo que escondían la ventana. Faltaba poco para el amanecer, pero ese día no saldría el sol. La lluvia, provocaba un pequeño rumor, que hizo mostrar una sonrisa en su boca, recordando la noche pasada. Todavía tenía en sus fosas nasales, en su boca, el olor, el sabor de ella: de sus labios, de su lengua, de su piel.

Se quedó durante unos minutos en la cama, algo que nunca hacía, contemplando el techo, deslizando la mirada hasta las paredes revestidas con un papel de florecitas rojas y rosas que mandó poner su madre unos meses antes de la boda de Antonio, y que le trajeron exprofeso de Inglaterra, de Londres.

De repente, cambió el gesto, poniéndose serio, apretando los dientes, convirtiendo la boca en una fina línea. Esa fue la habitación de sus padres; después de morir su madre, Elisa quiso cambiarse, dejar la habitación que ocuparon desde que se casaron, la que perteneció a sus abuelos paternos, al otro extremo del pasillo, y acomodarse aquí. Decía que era muy elegante, además de más grande, y aun así, acogedora, y que tenía un aire inglés que le gustaba mucho. A él, le dio igual, aunque al principio, sintió un no sé qué, al utilizar la cama de sus progenitores; pero con el tiempo se acostumbró.

Su mirada recorrió la cama, el lugar donde ella había estado, y sonrió de manera perezosa, recordando, pero al momento, dejó de hacerlo y volvió a apretar los dientes, a rechinarlos,

frotarse la barba, y mover varias veces la cabeza, como queriendo ordenar sus pensamientos, o algo por el estilo.

Se levantó de una, y desnudo, deslizó la mirada por toda la habitación, para quedarse mirando el gran crucifijo colocado sobre la cama, algo más grande que el que estaba en el despacho, pero más pequeño que el de la capilla; como los que había en todas las casas católicas, en todos los dormitorios que tenían un crucifijo, por muy sencillo que fuera.

«Maldita sea mi estampa», murmuró por lo bajo.

Dejó de mirar esa cruz, deslizó los ojos por toda la habitación, se acercó hasta la ventana para abrir las cortinas, y observar fijamente la neblina que producía la lluvia, sintiéndose gris como la mañana, oscuro como la densidad del bosque que rodeaba la casa. Respiró con fuerza, y se dirigió al cuarto de baño para asearse y vestirse, mientras su cabeza no dejaba de pensar en todo lo ocurrido.

Un rato después, cuando bajaba a coger el almuerzo e irse a la mina, dejando un tenue aroma a jabón y colonia masculina, oyendo el sonido de la lluvia que parecía ir en aumento, esperando no verla, queriendo que pasaran las horas y se le enfriara la mente, incluso que mejorara el gesto taciturno que le acompañaba desde que despertó y bajó de las nubes...

Escuchó el alboroto sabiendo de dónde venía, haciendo una mueca casi imperceptible al motivar un cambio de planes.

Se dirigió hacia la habitación de su mujer y vio lo que allí ocurría.

Estaba sufriendo un ataque, e Izarbe intentaba sujetarla después de haberle puesto algo en la boca para evitar que se mordiera la lengua. Entró rápido y tomó las riendas, diciéndole que fuera a llamar a Alemany.

—¡Vamos! ¡Hazlo! ¡Ya! —gritó sin consideración, sabiendo que la asustó.

Ella obedeció y salió de la habitación corriendo hacia el despacho, haciendo crujir las maderas del suelo.

Antonio, al quedarse solo, miró a su esposa mientras la sujetaba por los hombros, fijándose en la espuma o babas, o las dos cosas, que se le escapaban por la comisura, a pesar del pañuelo que Izarbe le había colocado, viendo su mirada perdida, su mirada vacía.

Tal vez estaba a punto de morir, o tal vez no.

La soltó con suavidad, observando cómo su cuerpo temblaba con violencia, convulsionaba.

Ahora la lluvia descargaba con fuerza, empapándolo todo, estampándose contra los cristales de las ventanas, provocando ese olor que, cuando entraba por sus fosas nasales le llenaba de placer, recreándose con ello, retrocediendo a la infancia, volviéndose más vigoroso, sintiéndose vivo, con toda la vida por delante, libre como un pájaro, dispuesto a comerse el mundo...

No se lo pensó dos veces.

Cogió un cojín del sillón más cercano, y sabiendo muy bien lo que iba a hacer, y sin retirar la mirada de ese rostro, de esa mujer que nunca había amado, de esa esposa que no despertó una excesiva motivación, y que la mayor parte del tiempo fue una desconocida para él, lo colocó encima y apretó.

Y el olor a lluvia entró en sus fosas nasales, a pesar de que todas las ventanas estaban cerradas;

y así, con las fosas abiertas al máximo, aspirando ese olor que estaba en el exterior, y que él sentía dentro, fue contando, sin dejar de apretar, mirando al frente, a la mesa donde Izarbe se sentaba en un rincón para estudiar antes de los exámenes, y donde preparaba todo lo necesario para el cuidado de la enferma, ocupando casi toda la extensión; a excepción de una esquina, que siempre había un libro esperando ser abierto en la página que se había quedado, asomando un pequeño marcapáginas de cartón de color amarillo chillón, con forma de flecha que se había hecho con una caja de Omnamicina Fuerte, para indicar el lugar donde se había quedado, para no perder tiempo, y volver a refugiarse en la lectura. Y a excepción de la otra esquina, apoyada contra la pared, donde estaba la capillita de madera con su virgen dentro, con la vela siempre encendida, pues ya se encargaba Agustina de que así fuera.

Se olvidó del sonido de la lluvia, y de su olor, quiso olvidarse de la Virgen, de Dios, de los Santos... para centrarse en la voz femenina hablando por el único teléfono que había en la planta baja, esperando que le pusieran con el médico, imaginando que Agustina estaría colocando sábanas limpias en su cama, pues se había encargado de quitarlas, dejándolas en un rincón de la alcoba, pero a la vista de quien entrara para hacer la limpieza, y siempre era ella, pues a las mellizas no les estaba permitido entrar ahí, y sabiendo que su sordera le impediría oír el jaleo del piso inferior.

Sus manos en momento alguno se frenaron, al contrario, presionaron con fuerza, sin vacilar, sin temblar, sin titubear.

Su mente tampoco dudó.

Ni tan siquiera una milésima de segundo.

Su rostro, sus facciones, se endurecieron, se encresparon, mientras miraba la mesa, mientras sus ojos se deslizaban por las cajas de medicamentos que llenaban una zona de la mesa, las cajas metálicas con jeringas de cristal, y agujas de distintos tamaños, alcohol, algodón, gasas, colocados en sus bandejas, sondas, un tensiómetro, un estetoscopio...

La virgen no contaba.

No deseaba hacerlo, pero al tiempo, quería hacerlo.

Lo estaba haciendo...

Sin dejar de mirar esa mesa, clavando la mirada en una pera de goma para hacer lavativas...

Cerró los ojos, apretó la boca, con asco, y los abrió de nuevo, para mirar hacia la puerta, para seguir escuchando el sonido de la lluvia.

Él estaba vivo.

Él quería seguir viviendo.

Y Elisa, Elisa era un estorbo.

Elisa era una muerta en vida.

La dulce voz de Izarbe llegó hasta él.

Estaba hablando con Alemany, le estaba contando lo que ocurría, en qué estado se encontraba la enferma cuando ella salió de la habitación.

Dejó de presionar, para comprobar que ya no se movía.

Sabía que había utilizado la presión necesaria en el tiempo requerido.

Tal vez un poco más.

Retiró el cojín y la contempló.

Comprobó que no respiraba, que no había pulso.

Dejó el cojín en el sillón.

La parte mojada oculta.

Izarbe entró en ese momento.

—Ya viene, pero tardará un... —calló de golpe, mirando a la mujer de Antonio, a la enferma, a la esposa de su amante—. ¿Ha... muerto? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí.

Antonio volvió a coger el cojín y miró la zona húmeda.

Quitó la funda de grueso algodón de una y se la guardó en el bolsillo, mientras Izarbe lo observó aguantando la respiración, viendo cómo esa mano grande comprobó que no había llegado la humedad a la segunda tela, palpando con suavidad la cretona.

Se miraron.

Sobraron las palabras.

Ambos sabían lo que había ocurrido.

Ella sabía lo que él había hecho por ella.

Porque no se le pasó por la mente que lo hubiese hecho por él.

Eran amantes.

Eran cómplices.

Para siempre.

Hasta la muerte.

Cuando Alemany llegó, los tres le esperaban: Antonio, Izarbe y Agustina; y los tres se dieron cuenta que estaba algo bebido, no mucho, pero algo. Tal vez, el alcohol que ingirió la noche anterior, aun corría una parte, raudo y veloz por sus venas.

Tal vez, todavía no se había acostado, pensó Antonio, que conocía muy bien las costumbres de Francho.

—Esto era de esperar. Difícilmente podía superar otro ataque —dijo mirando a Antonio, pero sin poder evitar deslizar los ojos ligeramente vidriosos por la aragonesa, después de haber echado un vistazo bastante superficial a la muerta.

Ante la ausencia de palabras por los allí presentes, volvió al cuerpo y la mirada hacia la difunta, y murmuró mientras auscultaba cuello, parpados, pecho y muñeca:

—Cese irreversible de las funciones vitales respiratorias, cardiovasculares y neurológicas. No hay nada que hacer. Ha dejado de sufrir. —Dirigió la mirada a la aragonesa y a la gobernanta, y añadió—. Ahora les toca a ustedes.

Las mujeres comenzaron los preparativos y ellos fueron al despacho para que el médico rellenase y firmase el certificado de defunción.

—¿No te has acostado? —preguntó Antonio sin poder evitarlo, y sabiendo que el estado de su amigo le venía de perlas.

—Pues, si te digo la verdad, estaba a punto de hacerlo, cuando esa preciosidad que tienes en tu casa me ha llamado. Me fui de cena... y ya sabes lo que pasa cuando vas con amigos, cuando no llevas a la mujer —soltó una sonrisa cómplice—, pero hay otras mujeres... —volvió a sonreír—. La cosa se alargó. Ya me conoces, no tengo arreglo.

Antonio no le devolvió la sonrisa, solo movió ligeramente la cabeza, mientras contempló cómo agarraba la pluma estilográfica que se encontraba encima de su escritorio, y comenzaba a rellenar el informe.

Escuchó cómo garabateaba con letra casi ilegible, raspando con la punta de la pluma Parker, con capuchón de oro, que se había traído del viaje que hizo a los Estados Unidos, dos años atrás, a riesgo de romper el papel.

Pero no, no rasgó el papel.

Terminó con una sonrisa, y le entregó una copia a Antonio.

Se iba a guardar la pluma en el bolsillo de su camisa, donde llevaba la propia, una Wearever de plata maciza que mantenía brillante como un sol de verano, pero la mano de Antonio se lo impidió, con un simple gesto.

Francho sonrió —sonrisa de borracho—, y le devolvió la pluma, viendo como Antonio la dejó en el lugar de siempre.

—Bueno, qué quieres que te diga, amigo mío; era lo mejor que le podía pasar, porque, mejorar, por mis cojones que no iba a mejorar. Al final, tendrías que haberla llevado a la clínica que te dije, pues con solo una enfermera, y aquí... no sería suficiente. Sí, así son las cosas —comentó Alemany, alegrándose la vista al ver cómo Antonio servía un par de copas de excelente coñac francés.

—Sí, la pobre poco podía esperar de este mundo —añadió Antonio, al tiempo que le daba la copa, y haciendo un esfuerzo para evitar que le temblase la mano, aun así, hubo un pequeño movimiento, pero que el médico ni reparó.

Alemany le pegó un sorbo y luego otro, mientras Antonio se acomodó en su sillón y lo observó, preguntándose si no estaba alcoholizado, y contestándose al momento.

—Si quieres acostarte un rato —sugirió el anfitrión—, no me gustaría que tengas un accidente.

Alemany sonrió a su amigo.

—No me importaría acostarme en una de tus camas si esa preciosa aragonesa me acompañase —soltó relamiéndose los labios.

El rostro de Sagarra se contrajo.

—Francho, cojones —soltó apretando los dientes, sin levantar la voz, casi mordiéndose la lengua, fulminándolo con esa mirada oscura e intensa—. ¿No tienes otra cosa que decir? Hoy, precisamente —añadió malhumorado, en tono bajo, raspando el aire, intentando controlar los nervios, que parecían querer emerger, si no mantenía la sangre fría.

El médico se removió en el sillón, su frente se arrugó, miró el líquido ambarino que todavía quedaba en su copa, y a pesar de la advertencia, siguió.

—¡Joder! Es que no lo entiendo, Antonio. De verdad, no te molestes, pero es que no lo entiendo por mucho que lo intente. No sé cómo puedes convivir con una preciosidad así, cómo

no te la has follado, una y mil veces, que es lo que haría cualquier tipo con una polla entre las piernas.

Antonio apretó los dientes, cerró los puños, pero el médico no pareció darse cuenta.

—Controla lo que dices, Alemany. No me busques la vuelta —advirtió, arrastrando las palabras, mientras un trueno se escuchó en la lejanía.

Las facciones de Antonio reflejaron la tensión que había pasado y que todavía se mantenía en su cuerpo y en su mente, de otra forma... más real, más cruda, más violenta. Lo que menos le apetecía en esos momentos, era escuchar las ordinarietas de su amigo.

—Perdona, Antonio. Tienes razón. A veces me cuesta controlar la lengua. Tú esposa ha fallecido y yo pensando en follar. —Movi6 la cabeza como un gran mastín, creyendo que el enfado de su amigo era por la falta de respeto al fallecimiento de la esposa—. Discúlpame, te lo ruego. Pero, no te preocupes por mí. Estoy perfectamente para conducir. Mañana será el entierro, ¿no? —continuó como si nada.

Antonio se levantó del sillón, y mirando por la ventana, se frotó la barba.

—Sí. He llamado al cura, debe de estar al caer.

—¿En la capilla? ¿O será en el pueblo?

—En la capilla.

—Bien. Mejor, más íntimo. Y cuanta menos gente mejor. Pues cuando sepas la hora me llamas, para que vengamos.

—Claro. Imagino que será a media mañana.

Alemany apuró el trago, se levantó, se acercó hasta su amigo, y le dio una palmada en el hombro.

—Te acompaño en el sentimiento, Antonio. Una muerte siempre es triste, siempre, pero ante estas circunstancias... Qué quieres que te diga... Es lo mejor que podía pasarle. Esto no era vida, solo miseria... —añadió el médico, dejando la frase sin terminar, y mirando fijamente al viudo.

—Gracias, Francho —contestó, mientras le abría la puerta y le acompañaba hasta el exterior, hasta su automóvil.

Había dejado de llover, pero el cielo permanecía oscuro, con distintos tonos de grises, como plomo recién fundido.

—Parece que se acerca una tormenta —dijo el médico, bajando los escalones del porche.

—Sí. Más lluvia —murmuró Antonio, siguiéndole.

—¿Has llamado a la familia? —preguntó, sintiendo un escalofrío al introducirse en el coche, echando en falta la americana y preguntándose dónde cojones la habría dejado, observando que el sombrero estaba en el asiento del copiloto.

—Sí. Antes de que llegaras. No creo que vengan. Ya sabes cómo está mi suegro, no se entera de nada, y mi cuñada dice que se ha caído y se ha torcido un tobillo o algo por el estilo. Vendrá para la misa, aunque, creo que me tocará ir a por ella. No sé...—Quedó pensativo durante unos segundos—, pero tal vez la misa la haga en Pamplona, para que puedan acudir los familiares.

Francho movió la cabeza, afirmando.

—Sí, es una buena idea. El entierro aquí, en la capilla, más íntimo y esas cosas, y la misa en

Pamplona. Prepárate, porque no solo irán los familiares y conocidos de ella, todos los que conoces, tus amigos y toda la gente del toro... seguro que acuden.

—Ya cuento con ello. Pero... creo que será lo más acertado.

—Sí. Opino lo mismo.

Antonio clavó la mirada en su amigo, sintiéndose más liviano, viendo que todo iba sobre ruedas.

Eliminando la culpa.

—¿Estás seguro de que puedes conducir? —volvió a preguntar, cuando Alemany se disponía a sacar el paquete de cigarrillos.

—Claro, hombre. Por supuesto que puedo conducir, no te preocupes. Además, el coche ya se sabe el camino —soltó con una sonrisa, mientras colocaba un cigarrillo en su boquilla, lo encendía, y arrancaba el motor.

Capítulo 11

Habitualmente no conducía el Tiburón, pues ese coche lo dejaba para ocasiones especiales, viajes más o menos largos. Volvía del Valle de Ansó, donde había estado cazando con un par de amigos; querían dar con un oso pardo, pero no fue posible, pues no lo vieron por ningún lado. A falta de oso, cazaron dos jabalíes que se quedaron en la casa de uno de ellos, prometiendo dar buena cuenta de un succulento guisado en los días venideros. Al día siguiente irían al Valle de Aguas Tuertas, pues algunos ganaderos habían visto huellas, posiblemente de lobo, suponiendo que no las confundieran con las de algún perro asilvestrado, o zorro; algo poco probable pues la de perro solían ser más desordenadas, y quedando la de zorro y lobo, todo era cuestión de tamaño. Era difícil el equívoco, pues por esas tierras, los ganaderos y pastores, no se solían despistar.

Mirando la estrecha carretera y al tiempo buscando algo en la guantera de la vieja camioneta, se cruzó con un coche que no conocía, pero sí conoció a los ocupantes, pues si se hubiese visto la cara, casi se le salen los ojos de las cuencas.

Le pareció un Hispano-Suiza, de los años cuarenta; en un momento dio media vuelta, con intención de seguirlos. Justo cuando acababa de hacer la maniobra, vio como el coche se metía por un sendero del bosque a la izquierda, antes de cruzar el límite con Aragón. Fue despacio, más despacio que el turismo, pues este, guardaba las precauciones típicas al no conocer la zona y no querer dañar el coche.

Al entrar en el sendero, menguó la luz de forma llamativa, debido al espesor de la vegetación, la frondosidad del bosque que les inundaba; paró y apagó el motor, oyendo el otro coche que seguía por el camino de tierra; pero Antonio se conocía el monte y el bosque como la palma de su mano, y sabía perfectamente que ese sendero se estrechaba tanto que dejaba de ser útil para un vehículo de cuatro ruedas.

Fue andando, sigiloso como un zorro.

Enseguida divisó el vehículo y escuchó las voces.

Izarbe gritaba, pero no pidiendo auxilio, sino enfadada.

La vio salir del coche y entonces escuchó la conversación, o la discusión.

—He aceptado venir contigo para que no montases un numerito en la casa donde trabajo, para que no me dejases en evidencia. Pero ahora, te puedes ir por dónde has venido.

—Ni hablar. He abandonado a mi mujer por ti, a mis hijos por ti. ¡Eso era lo que querías! ¡Eso es lo que siempre me pedías! —gritó iracundo.

—¡Nunca te pedí nada de eso! ¡Nunca!

El hombre endureció el gesto, se enfadó más todavía, pues no pensaba que ella se fuera a comportar así. No creía que, una vez hecho ese sacrificio por ella, y solo por ella, iba a

reaccionar de esa manera. Si hasta no parecía la Izarbe que él conoció.

—¡Mientes! Siempre me lo pedías. Con tus gestos, con tus miradas, con tus lloriqueos.

—¡Eres un imbécil! Las únicas veces que he llorado, ha sido cuando me has pegado, cuando te has portado como un animal.

Javier cerró los puños con fuerza y los apretó contra los muslos.

—¿Pegar? ¿Pegar, dices? Por darte un sopapo de nada, un meneo para que te comportaras como una mujer decente, ¿eso es pegar? ¡Mírate, por todos los demonios! Eres tan condenadamente erótica, que levantas la libido hasta al más viejo de los hombres. Eres de ese tipo de mujer, que hay que controlar, que hay que llevar a raya para que no se comporte como una... como una... golfa —terminó, bajando la voz, arrastrando el insulto mientras la miraba sin pestañear.

—¿Te estás oyendo, Javier? ¿Te crees que con todo lo que estás diciendo me voy a ir contigo? Antes muerta y enterrada. Muerta y enterrada —repitió con ganas besándose los dedos, pulgar e índice, y haciendo ruido al hacerlo, sabiendo que lo estaba enfadando mucho más—. ¿Me oyes? Muerta y enterrada.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Eso es lo que quieres? Porque si es así, eso tendrás —replicó entre dientes—. Vengo a por todas, y si no te vienes conmigo, no serás de nadie. ¿Me oyes? De nadie.

—Eres patético. No sé qué pude ver en ti —se interrumpió y pareció pensárselo durante unos segundos, mientras observaba el gesto iracundo del hombre que un pasado muy cercano, creyó un príncipe azul, o algo parecido—. Sí, ahora lo sé. Vi un tipo creído, pagado de sí mismo, engreído, y un misógino en toda regla, pero, en esos momentos, solo vi a un pavo real. Te confundí con un pavo real con su cola abierta, pavoneándose.

Javier soltó una carcajada; una amarga carcajada.

—Esas palabras abultan más que tú. ¿Pero qué te has creído?

La chica lo miró con desprecio, de arriba abajo, con poderío, con un punto de soberbia, y en el momento que iba a emprender el camino de vuelta, él le gritó.

Desesperado.

—¡No te vayas, Izarbe! No me digas que no te acuerdas de las veces que te hice el amor, de las veces que te di placer. Sabes que eres todo para mí, que estoy dispuesto a lo que me pidas. Que no te puedo olvidar, que te llevo dentro de mí.

Ella se paró y clavó la mirada en su rostro.

—Recuerdo nuestros encuentros, y no los añoro. Nuestra relación fue tan corta, y tan extraña, que si volviera atrás y volviera a conocerte, pasaría de ti, como del viento. Eso es lo que haría.

Antes de que sus piernas se pusieran en movimiento, él la alcanzó, la agarró, la abrazó y pegó la boca a su boca.

Antonio iba a salir de su escondite, pero al ver lo que ocurrió, se quedó quieto, mirando la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Pues ella se dejó abrazar, se dejó besar, y después de unos segundos, cuando él separó su boca y la miró pensando que ya era suya de nuevo, que había conseguido lo que había ido a buscar, ella sonrió y le escupió a la cara.

—He conocido a un hombre... que no le llegas ni a la suela de los zapatos. Un hombre de los

pies a la cabeza. Un hombre, que aunque te esforzaras, aunque intentaras mejorar, no podrías hacerle sombra, no lo igualarías jamás... en la vida.

El rostro de Izarbe mostraba desprecio, pero lo que era más humillante, toda ella se mostraba tan segura de sí misma, tan segura de sus palabras, que el médico tuvo pánico, y sobre todo, rabia. Su rostro se transformó, el bochorno se apoderó de sus mejillas, intentando asimilar esas palabras, pero, sobre todo, no queriendo ver esa expresión que ella lucía en su rostro, de satisfacción por lo que decía, y de asco hacia su persona.

En cuestión de segundos, y con una rapidez suprema, levantó el brazo y le pegó un tortazo que la hizo caer.

—Te voy a matar, hija de la gran puta. Ojalá no te hubiera conocido, maldita furcia del demonio... —Iba a doblar el cuerpo para volverla a coger, y se encontró con una patada en la boca que no supo de dónde vino.

Javier espantado en el camino de tierra, con la boca y la nariz sangrando, ligeramente conmocionado por la patada, y dando gracias de que no le había dado de lleno, pues le habría roto los dientes, incluso la mandíbula, miró a ese hombre.

En un principio no lo reconoció, pues llevaba un jersey de lana, viejo, gastado, y unos pantalones de trabajo, y unas botas...

Supo que, con esas botas, si hubiese querido, si le hubiese dado con fuerza, le habría partido la mandíbula, le habría roto todos los dientes.

¿Quién era ese tipo?

¿Un guardabosque?

¿Un aldeano que estaba por los alrededores?

Javier estaba desconcertado, y sus ojos siguieron a ese hombre.

Un aldeano nunca llevaría una barba así, y esas botas...

Esas botas eran de primera.

Antonio se dirigió hasta la chica, le dio la mano para ayudarla a levantarse y le preguntó, sin dejar de observarla, con toda la atención.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—No, no es nada... estoy bien. No te preocupes —casi susurró, mientras sus miradas quedaron enganchadas durante unos segundos.

Javier, al oír la voz, en un segundo, reconoció al tipo de Zaragoza. Y sin saber el porqué, supo que ese hombre no era el tío de Izarbe. Un tío y una sobrina jamás se mirarían así.

Ese era el hombre que ella «había conocido».

Los miró detenidamente.

Y vio más de lo que hubiese querido ver.

Observando cómo el hombre le daba la mano, cómo la miraba, y sobre todo, cómo le miró ella.

Tragó saliva, se tragó su propia sangre, sintiendo que las tripas se le removían, que el corazón le sangraba.

—¿Estás con él? —casi gritó, levantándose con cierto esfuerzo, deseando no volver a caer, sin dejar de mirar a ese hombre, mientras se limpiaba la sangre de la boca y de la nariz, con la

manga de su caro traje hecho a medida en una elegante sastrería de la Plaza del Pilar, frente a la puerta alta del Templo de Zaragoza—. Estás con un tipo más viejo que yo, puta del demonio. — No es que supiera los años de Antonio, es más, podrían pasar por la misma edad, pero en sus indagaciones, averiguó dónde y para quién trabajaba, y viéndolos ahora, solo tenía que sumar dos más dos.

Fue la voz de Antonio, serena y bien modulada, la que le hizo callar.

—Le aconsejo que monte en su coche y vuelva por donde ha venido.

—¡No me digas! ¡Tú! ¡Paleto de mierda me vas a decir lo que tengo que hacer! ¡Tú, paleto de mierda que te estás follando a mi mujer!

Acercarse a él, y soltarle un puñetazo en los morros, fue visto y no visto; haciendo que el doctor acabara de nuevo en el suelo, provocando que la chica pegara un respingo y sus ojos se llenaran de miedo.

Jamás había presenciado una pelea entre hombres, ni tan siquiera entre adolescentes, a lo más que había llegado, fueron las peleas de críos en el patio de la escuela, o en la plaza del pueblo, que acababan con un coscorrón y tirón de orejas del maestro u otro adulto que anduviera cerca; o cuando jugaban recorriendo la vieja muralla, o cuando se iban al valle, o al río, y alguno de los muchachos querían sobresalir para que las niñas se fijaran en él, pero que al final, todo quedaba en una burla y poco más.

—A mí, cabrón, me puedes llamar lo que te salga de los cojones. Pero a ella, ni la nombres, ¿me oyes? Ni la nombres —arrastró las palabras, las escupió, sin dejar de mirarlo, con los puños apretados—, porque te parto la cara en mil trozos, y si no te quedas conforme... ¡te mato! ¿Me has entendido, hijo de la gran puta? ¡Te mato!

Javier sangraba a borbotones por la nariz, juntándose con la que todavía manaba de la boca, y la chica, asustada, temblando como un flan, miraba a Antonio de una forma desconocida. Una mezcla entre sorpresa y adoración, al ser defendida de esa forma tan violenta.

—Está bien... Está bien —murmuró el malherido, al tiempo que intentó levantarse.

—Sube a tu puto coche y largo de aquí, porque si no es así, vas a recibir hostias como panes —añadió Antonio, sin levantar la voz, sin dejar de mirarlo, intentando controlar la ira.

Javier se medio incorporó como pudo, y cuando iba a enderezar el cuerpo, amagó la cabaza y se lanzó contra Antonio, que a pesar de que lo vio venir, no pensó que tuviera tanta fuerza.

Ambos cayeron al suelo, mientras Izarbe se movió ligera con idea de coger un palo y darle en la cabeza, o en la espalda a Javier. Pero los hombres se movían deprisa, rodando por el suelo, moviendo los brazos para atizar al otro, y en cuestión de poco tiempo, Antonio tomó el mando, se levantó, lo agarró por las solapas de la americana, rasgándolas, mientras lo zarandeaba, mientras lo insultaba rabioso, deseando quitárselo de en medio.

Izarbe lo miró extasiada y asombrada de esa fuerza bruta, de esa virilidad primitiva, que ella no había imaginado en un hombre como él.

Antonio soltó de una a la víctima de sus puños, hastiado, sabiendo que si lo mantenía agarrado, seguiría golpeándolo y...

Lo mataría.

Y fue lo que ocurrió, aunque de una forma fortuita.

Javier al verse suelto, de golpe, por la inercia, por el peso de su cuerpo, fue trastabillando hacia atrás, y antes de que pudiera controlar el cuerpo, tropezó con una pequeña piedra del borde de camino, cayendo hacia atrás, cuan largo era. Su cabeza chocó contra un pedrusco, oyéndose un ruido seco, rotundo, fuerte, y ahí quedó inmóvil.

Izarbe se llevó una mano a la boca, ahogando el sonido que quiso salir, mientras sus ojos se clavaron en el cuerpo inerte de Rojas.

Antonio se acercó, Izarbe también.

Los dos miraron el cuerpo espatarrado y el pequeño reguero de sangre que salía de su cráneo.

—¿Está muerto? —preguntó la chica con un hilo de voz.

Los dedos de Antonio se colocaron en el cuello del que fuera amante de Izarbe.

—Sí —afirmó mientras la roca se llenaba de sangre.

—¡Ay, Dios mío! —murmuró por lo bajo—. ¿Qué... qué hacemos? —volvió a preguntar la joven, angustiada, sin creerse el giro que habían dado los acontecimientos, pero con la mirada clavada en el hombre que consideró su príncipe azul.

Antonio se incorporó y la miró fijamente.

—Tendré que dar parte a la Guardia Civil. Vete a casa. Yo me encargo.

Ella movió la cabeza con rapidez, mientras esos ojos verdes se dirigían al rostro de Antonio.

—No. No puedes hacer eso —casi susurró—. No puedes.

Antonio la observó atentamente.

—¿Y qué quieres que hagamos? No podemos dejarlo aquí. Tenemos que contar lo que ha pasado. Ha sido un accidente. No te preocupes, yo me encargo de todo. Vete a casa, y compórtate como si no pasara nada anormal. Diré que te fuiste a casa y entonces nosotros discutimos y por accidente... pasó esto.

La luz solar se iba apagando, pronto llegaría la noche.

—No. No puedes arriesgarte. Por muchas amistades que tengas. Tal vez la Guardia Civil no se lo crea, tal vez desconfíen... sin testigos que puedan dar fe de que las cosas ocurrieron como dices. No, no podemos arriesgarnos. Tenemos que deshacernos del cadáver —soltó con frialdad, sin dudar.

La mirada oscura y penetrante del hombre, no se retiró de los ojos verdes que lo miraban en todo su esplendor. Se veía en ellos el miedo, pero también decisión y una seguridad aplastante.

—Conozco a la Guardia Civil, no habrá problemas. Diremos que vino a por ti, que tu querías disuadirlo, y por suerte, yo os vi, os seguí, te mandé para casa, y que peleamos. No habrá problemas, ya lo verás.

—No, Antonio. Nos tenemos que deshacer del cuerpo. No podemos tentar a la suerte. Tu mujer muerta hace solo unas semanas, y ahora... —Miró el cadáver—, y ahora esto. Todos hablarán, murmurarán...

Antonio se pasó la mano por la barba, mirándola durante unos segundos, para deslizar los ojos hasta el muerto. Olvidándose de sus palabras, y asimilando las de ella.

—¿Estás segura?

Ella movió la cabeza con ahínco.

—Muy segura. Vamos, no perdamos tiempo.

Se pusieron manos a la obra.

Cogieron el cuerpo entre los dos y lo metieron en el maletero del coche. Antonio fue a por la furgoneta y sacó una garrafa de agua que siempre llevaba, echó tierra sobre la sangre y derramó el agua sobre la roca, para ver cómo se diluía.

—¿Te atreves a llevar la furgoneta? —le preguntó con semblante serio, pensando que tal vez se equivocaba, que los de la Guardia Civil eran amigos, que les hacía regalos, de todo tipo, que los invitaba cuando surgía la ocasión...

—Sí. La furgoneta o el coche, él me enseñó a conducir. —Antonio asimiló esa información, imaginándolos a los dos en ese coche, tal vez haciendo el amor antes o después de darle las clases, en un descampado, o en otros momentos, en un callejón, o a las afueras de la ciudad, en la parte trasera, o incluso en el asiento del conductor—. ¿A dónde hay que ir? —preguntó ansiosa.

Antonio hizo que esos pensamientos desaparecieran de su mente, al menos en ese instante.

—No muy lejos de aquí, hay otro sendero, que lleva a una mina abandonada. Se puede ir por carretera, pero es mejor que lo hagamos por ese camino. Yo iré primero, con el coche, y tú me sigues. ¿De acuerdo?

—Sí —afirmó nerviosa.

—Voy a colocar unas ramas detrás, para que se borren las huellas.

—Vale.

En cuestión de minutos, él conducía el coche de Javier, y ella iba detrás con la furgoneta, y las ramas haciendo de escobas. No hubo necesidad de salir a la carretera, pues antes de llegar a la salida, Antonio se metió por otro sendero, encendió los faros, pues ya no había luz diurna, y fue despacio durante tres o cuatro kilómetros, siempre pendiente del espejo retrovisor. Tardaron bastante, pues el camino se estrechaba por algunas zonas, era subida, y él no quería que la chica se pusiera nerviosa, se le calara la furgoneta o algo por el estilo; pero nada de eso sucedió, a pesar de las rascadas en los cambios de primera a segunda y viceversa.

Cuando llegaron al final del sendero, antes de asomar a un gran claro, cuando no había pendiente, pues no quería que ella perdiera el control de la furgoneta, él paró el coche, echó el freno de mano y lo dejó en punto muerto. Bajó y fue hacia ella.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo? —La chica afirmó en silencio y él deslizó los dedos por la suave mejilla, en una sutil caricia.

Volvió al coche, subió y aceleró hasta el claro.

Se acercó casi hasta el borde de la mina, del enorme orificio que se hundía en la tierra, que quería ser un círculo, pero no lo conseguía, y volvió a echar el freno de mano. Salió del vehículo y fue al maletero para sacar el cadáver.

Izarbe observaba con atención todo lo que Antonio hacía. Sentía el cuerpo en tensión, el estómago contraído, y la bilis en la boca, mientras sus ojos vieron cómo sacó el cadáver del maletero, lo llevó al lado izquierdo del coche, abrió la puerta del conductor, lo sentó, quitó el freno de mano, cerró la puerta, se fue hacia atrás, cerró el maletero, colocó sus manos encima y

empujó el coche, que moviéndose lentamente se fue deslizándose un par de metros, hasta caer por el precipicio dejándose oír el impacto contra el agua.

Antonio se quedó durante un largo minuto, mirando el lago artificial que se había formado con el paso del tiempo. Era una vieja mina abandonada cuarenta o cincuenta años atrás, y dando cabida a las copiosas lluvias de todos esos años. En total tenía una profundidad de unos cien metros, y de agua contenida, veinte o treinta. Tal vez, algo más.

Izarbe estaba a punto de salir de la furgoneta, cuando vio que él volvía. No se movió. Esperó.

—Baja —ordenó con suavidad, sin dejar de mirarla.

Él abrió la puerta y ella salió, pero antes de dejarla pasar, la cogió de la cintura, la apretó contra él.

—Te quiero más que a mi vida —le confesó traspasándola con su oscura mirada—. Si te hubieras ido con él, lo habría aceptado, aunque me hubiese roto el corazón en mil pedazos.

—Pero... yo no quería irme con él —susurró acariciando la mandíbula, tocando la barba.

Él besó esos dedos, y en ese gesto, Izarbe sintió la adoración que él sentía por ella.

—¿Por qué subiste a su coche? —preguntó queriendo saber.

—Se presentó. Se quedó cerca de la casa, espionando. En un principio, pensé: cómo ha entrado, cómo ha llegado hasta aquí, pero al momento, me dije: por la cancela abierta, como todo el mundo —mostró un amago de sonrisa—. Lo vi al salir a tomar el fresco. No quise que lo vieran Agustina o el guarda, o las mellizas, y fui a su encuentro. Le dije que se marchara, que no debía estar allí, que estaba en una propiedad privada. Me dijo que quería hablar conmigo, que tenía que decirme algo muy importante, que tenía que escucharlo, que se lo debía, y que luego, se iría. Me fui con él, monté en su coche, y le dije dónde ir para poder hablar, pues no quería que me viesen con él.

—¿Nadie le vio? ¿Ni las mellizas? —preguntó, sabiendo lo alcahuetas que eran, igual que la madre.

La expresión de Izarbe era una mezcla de tensión, de azoramiento y de excitación.

—No. De la casa nadie, y en la carretera solo nos cruzamos contigo. No sé quién puede haberlo visto en el trayecto hasta tu casa. No sé si habrá parado en Ansó... no lo sé. No creo que se haya atrevido a ir a mi casa.

Se hizo el silencio entre ellos, mientras el hombre la miraba fijamente, mientras ella le mantenía la mirada.

—Ha sido un accidente, Izarbe. Un accidente —dijo con voz ronca, queriendo disculparse, queriendo enmendar lo hecho, queriendo olvidar la culpa por las muertes que llevaba a su espalda.

—Lo sé... Lo sé, mi amor —susurró, acariciando la mejilla, deslizando un dedo por el borde de la barba.

—Pero lo que acabo de hacer ahora mismo... No... no lo es.

—Lo sé —volvió a repetir, sabiendo que pedía su silencio incondicional.

—Y lo que hice... lo que hice con... —Ella le puso un dedo sobre los labios, para silenciarlo, pero también para tocarlo, para acariciar esa boca.

—Calla. Hiciste lo que debías. Nada más —continuó, notando la presión de las manos masculinas sobre su cintura.

—Sabes que no. Que algo así, no... —Los dedos de Izarbe se colocaron de nuevo sobre la boca del hombre.

—Ese ataque la habría matado más tarde o más temprano.

—Pero, aun así...

Antes de que él pronunciara las palabras «la maté», ella deslizó los dedos por los labios del hombre, para acallarlo, para tocarlo, para incitarlo a que la besara.

—Te amo —susurró, provocándolo con la boca—. Quiero pasar mi vida contigo. Y estoy dispuesta a lo que sea, por estar contigo. Eso es lo único que sé.

Antonio bajó la cabeza y apresó la boca entreabierta.

Se besaron con delirio, con ansia, con fervor, comiéndose las bocas, tragándose las lenguas, lamiéndose y mordiéndose como si no hubiese un mañana. Como si fuese su último encuentro, su último beso.

Se habían deshecho de un cadáver, una muerte accidental pero que no habría sido fácil de probar, o tal vez sí, teniendo en cuenta la posición de Antonio, y estaban comiéndose a besos, excitados de una forma inusual dadas las circunstancias, o tal vez, por esas circunstancias.

Ella llevó las manos a la bragueta del hombre, enredando, manipulando los botones y los ojales, sacando el miembro erecto.

Lo tocó, lo palpó.

Lo disfrutó, oyendo los gemidos del hombre.

—Estás caliente, mi amor. Caliente como yo —susurró contra su boca, subiéndose el vestido y bajándose las bragas, quitándoselas de una pierna, para notar las manos del hombre debajo de sus glúteos y sentir la fuerza poderosa de esos brazos que la elevaron para clavarse en él.

Follaron mientras se comían las bocas, mientras escuchaban sus respiraciones alteradas, mientras las manos de él la sujetaban por las nalgas y la movía a su antojo, para entrar y salir de manera violenta. Mientras ella se agarraba a su cuello, y enlazaba con las piernas las estrechas caderas del hombre, dejando que esa boca la engullera, intentando devolver lo que recibía, sintiendo cómo sus torsos se golpeaban.

Abrazados, resollando, llegaron al mismo tiempo, para seguir besándose durante un rato, más dulcemente, saboreándose despacio, y separarse a desganas, alumbrados por la luna llena, sin notar el frío de la noche.

Un rato después, llegaban a la casa.

Agustina terminaba de preparar la cena, cuando la vio llegar.

—Estaba preocupada, Izarbe. ¿Dónde estaba?

—He salido un rato a caminar, y a la vuelta me he encontrado con don Antonio.

—No debe dejar que se haga de noche. El bosque es muy traicionero, y ya refresca.

—Tiene razón, Agustina. Las mismas palabras han salido de la boca del señor.

Agustina observó de manera disimulada a la joven mujer, mientras pensó si el señor esperaba el año para casarse con ella.

Lo mismo que se rumoreaba por las dos comarcas, por los dos valles.

Hacía cinco semanas que Antonio era viudo, y puntualmente, desde que enterraron a la esposa, ella pasaba el comienzo de las noches en la cama de él, para volver antes del amanecer al dormitorio de la planta baja.

Seguía en la casa, con la excusa de atender todo el papeleo y correspondencia de Antonio; incluso iba una vez a la semana a la oficina de la mina, para ayudar a su tío. Este, no dijo nada, no preguntó nada, pero sabía que algo había.

PRESENTE

Estamos terminando de cenar y cuando estoy recogiendo los platos para poner el postre, una tarta de queso, que a Juan le gusta muchísimo, se me ocurre soltar la bomba.

—Tengo un trabajo. En cuanto dejen moverse entre provincias, iré a Huesca una vez por semana, el resto del tiempo trabajaré desde casa.

Me mira como si le hubiese dicho que he visto a un extraterrestre, que me voy a montar en su nave y me iré a un planeta lejano; y de golpe, suelta una carcajada, como si le hubiera contado un chiste graciosísimo.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad, mi pequeña Valeria?

—No, no te estoy tomando el pelo. Voy a trabajar.

Vuelve a reír a mandíbula batiente, sin dejar de mirarme.

—¿De qué cojones vas a trabajar? Si no lo has hecho en tu puta vida. —A pesar de la risa que ha soltado, la voz no demuestra alegría de ningún tipo, y sus palabras hieren como puñales.

Le contesto sin levantar la voz, como si estuviésemos hablando de la manera más civilizada.

—Bueno, eso no es cierto, Juan. Llevo trabajando desde que me casé contigo. Sí, es verdad, que casi siempre he tenido ayuda, pero, aun así, la organización de las casas donde hemos vivido la he llevado yo, igual que el mantenimiento de tu guardarropa, la elaboración de las comidas que son de tu gusto, eso sin contar con la labor de relaciones públicas que he mantenido con tus jefes y compañeros de trabajo, y también podemos añadir a tus amigos; vistiendo como ha sido tu deseo, y llevando tus órdenes y requerimientos a buen puerto.

Me mira extasiado, como no creyendo lo que está oyendo, lo que está viendo, o tal vez, digiriendo las palabras que pronuncio.

Y aprovechando su silencio, y no queriendo dar importancia a la expresión de su rostro, al rictus de su boca, a la intensa mirada de sus ojos oscuros, continuo, sin imaginar dónde me estoy metiendo, o...

O tal vez, sí.

Pues esto ya ha empezado.

Y no voy a echar marcha atrás.

Continuo, intentando que todo me sea indiferente.

—Pero el trabajo que voy a comenzar, no tiene nada que ver con el mantenimiento de una casa, o el de ser la perfecta esposa y magnífica anfitriona. Es un trabajo de arquitecta, y no tengo problema, porque desde hace cinco años he estado estudiando, de hecho, hace poco he terminado un master en Arquitectura Sostenible, de la Universidad de Navarra, con una nota media de: 8'5. Ha sido muy interesante, y muy productivo. Es un master en diseño y gestión ambiental de los edificios. Pero no te preocupes, no he gastado tu dinero, lo he hecho con la herencia de mis padres, que sí, ya sé que era una mierda, y por eso no quisiste aceptarla para el pago de una parte de esta casa, diciéndome algo así, como: «no merece la pena, cómprate cualquier capricho». Pues ese ha sido el capricho: estudiar. Ah, y antes de eso, hice un curso para mejorar mi inglés, pues lo tenía un poco oxidado, y me vino muy bien para el master, pues pedían un nivel equivalente al B2.

Dejo de hablar y le mantengo la mirada.

Ahora es cuando debo comenzar a temblar.

Ahora es cuando todo comenzará a desmoronarse.

El paso está dado.

El comienzo del fin —el que sea—, se hace realidad cuando Juan se levanta.

La tarta de queso está en el olvido.

—No vas a trabajar. Ni desde casa, ni en Huesca, ni en ningún puto sitio —dice con calma, sin levantar la voz, pues piensa que, con su sola presencia, con su alto y fuerte cuerpo, llenando la estancia como si de un dios se tratara, es más que suficiente.

No replico.

No retiro la mirada de su rostro.

Espero las siguientes palabras.

—Vas a estar en casa, que es tu obligación, pues para eso te casaste conmigo. Lo sabías desde el principio. Si hubiera sido mi deseo... tener una mujer trabajando, ganando un dinero más o menos abundante, te lo habría dicho. Pero que yo recuerde, nunca se habló de eso; estabas muy a gusto siendo la señora de Balboa, yendo a los caros restaurantes, a los viajes y hoteles de lujo con un marido que te daba todos los caprichos, y te los sigue dando. Y en cuanto se pueda viajar, cuando yo pueda viajar, iremos a la ginecóloga para que te vea de nuevo y que diga por qué cojones no te quedas preñada. En el momento que eso ocurra, no tendrás tiempo ni ganas de pensar en sandeces. Pero, si tu capricho es estudiar —muestra una mueca que quiere pasar por sonrisa—, estudia todo lo que quieras. Ya sabes el dicho: «el saber no ocupa lugar».

Me muerdo el labio, para evitar el llanto, pues en esos momentos, sin levantar la mano, sin dejarla caer sobre mi rostro o mi cuerpo, las palabras son tan hirientes, tan despectivas, que me producen un dolor lacerante.

Juan dejó muy claro, hace mucho tiempo, que las mujeres decentes van a las ginecólogas. Que, si hay que enseñar el coño, si hay que espataarrarse para que te coloquen un espéculo en la vagina y miren el interior con un colposcopio para comprobar las paredes vaginales y el cuello uterino con meridiana claridad, esa labor debe hacerla una mujer, todo lo demás, es ganas de que te

miren los ojos de cualquier hombre, y que te toquen unas manos masculinas, con la excusa de un examen médico.

Y, como un flash, recuerdo en ese preciso momento, justo en ese instante que Juan me mira con desprecio, lo que creí el final del manuscrito escondido en el armario.

De la historia de Izarbe.

De esa historia que me dio alas para salir de mi caparazón.

Capítulo 12, último, o si quieres, llamémoslo: Epílogo... O, llámalo cómo quieras

Yo soy Izarbe.

He sido una mujer amada.

He amado con toda mi alma.

Pocas mujeres pueden decir esto.

Yo sí.

Mi esposo me amó hasta al final de sus días. Sé que más de una vez pensó si yo lo amaba igual, pero no se atrevió a preguntar. Sé que siempre tuvo el pensamiento de que alguna vez llegaría el día en que lo abandonase por otro más joven; sé que, aunque le dijera una y mil veces que era el hombre de mi vida y que jamás habría otro como él, no llegaba a creérselo.

Pero, así fue.

Es y será el hombre de mi vida.

Escribo estas páginas cuando lleva años muerto, cuando ya soy una anciana y no creo que me quede mucha vida por delante, y disfruto recordando y escribiendo sobre él.

Sí, tenemos nuestro oscuro pasado, ese que solo él y yo sabemos, y ahora tú, la persona que esté leyendo estas memorias; los hechos que cuento, las muertes acaecidas...

La de Javier fue un accidente, y deshacernos del cadáver, un delito, sin lugar a dudas; la de ella... podríamos considerarlo como un acto de buena fe —no, no valen risas, no es un eufemismo—, después de todo, le quedaba poco tiempo, podría haber durado algunos días más, tal vez semanas, cosa que dudo, pero para qué. Tenía una vida de mierda, esa era la realidad, y en esa vida de mierda arrastraba a Antonio a una vida dedicada al trabajo, y vacía en todo lo demás, pues él nunca fue un juerguista, ni un mujeriego (después de todo, los San Fermines eran y son una vez al año, y a él, solo le interesaban los toros).

Cuando entré en esa habitación, que por mucho que se limpiase, y se ventilase, siempre olía a orines y a defecaciones, cuando lo miré a él, y la miré a ella, supe que estaba muerta, antes de que cogiera el cojín que había utilizado para asfixiarla, y que le quitase la funda para que no hubiera huellas de ningún tipo; antes de ver cómo hacía eso, como sus hermosas manos palpaban la tela para ver si estaba mojada, supe que lo había hecho él, que lo hizo por mí, no por él.

Supe que ese hombre sería capaz de cualquier cosa por mí.

Murió a los ochenta y cinco años, con una mente lucida, con un cuerpo fuerte y con esa maravillosa voz. Una noche nos acostamos, y antes de dormir, acarició mi cuerpo de la forma más sensual y cautivadora, me llenó de besos, y volvió a tocarme hasta que las puntas de mis dedos acariciaron el cielo.

Al día siguiente, estaba muerto.

Un paro cardíaco.

Sin sufrir.

Sin hacerme sufrir.

Años atrás, le pedí que me consiguiera un aparato de esos para grabar voces; no tardó en traérmelo. Le pedí que me grabara lo que quisiera, versos, o la letra de una canción, lo que le diera la gana, pero que por lo menos, una cara de la cinta estuviese llena de su preciosa voz. Ante tal deseo soltó una carcajada, y esa risa fue tan voluptuosa como su propia voz.

Le dije:

—Por favor, Antonio, que haya una risa o varias, entre las palabras.

Cuando lo hizo, me la entregó. Habían pasado tres semanas.

—¿La vas a escuchar? —me preguntó.

—No —le contesté—, la escucharé cuando tú no estés conmigo. Cuando te hayas ido.

Él pareció meditar mis palabras, y añadió con una sonrisa:

—Y si por un casual, Dios no lo quiera, eres tú la que se va...

—Entonces, en ese caso, no necesitaré ninguna cinta. Te tendré todo para mí, pues seré una presencia constante en esta casa.

Tuvimos dos hijos, dos varones, Martín y Antonio. Y como no podía ser de otra forma, fue un padre maravilloso, mucho más que yo como madre.

Cuando murió, después del entierro, sola en nuestra habitación, tuve la cinta y el aparato dispuesto para escuchar, pero decidí que no era el momento, que no podría soportar oír su voz.

Lo hice seis meses después, cuando la pena seguía conmigo, pero de una forma más cariñosa, más acogedora.

Unos versos de Bécquer ocupaban el espacio, y al acabar de oír esa hermosa voz recitando los versos más bonitos del mundo, se escuchó un pequeño rumor de papeles, y Antonio Sagarra surgió de nuevo:

«Mi pequeña Izarbe, mi gran y único amor. Creo que ya sabes lo que siento por ti, creo que te lo he demostrado muchas veces, y que lo seguiré haciendo mientras tenga vida. Jamás imaginé que te meterías debajo de mi piel, que inundarías mi mente, que me harías sentir de esta forma descontrolada; yo, que soy, que siempre he sido un hombre tranquilo, que no me dejo llevar por las emociones, que intento que todo cuadre para no llevarme sorpresas. Pero contigo nada de eso funciona, pues eres el motor de mi vida, la alegría de mi vida, el sufrimiento de mi vida. Sí, para qué negarlo, por qué no decirlo... Sufro con solo pensar en perderte, sufro por si algún día dejas de quererme, sufro esperando ese momento —que llegará—, en que te des cuenta de que tienes un viejo a tu lado.

»Sufro tanto como amo.

»Si eso ocurre, si eso llegase a pasar, solo pido que la muerte llame a mi puerta, antes de que mis ojos o mis oídos lleguen a enterarse.

»Pero lo vuelvo a pensar, a meditar detenidamente, y me digo de nuevo: si eso ocurriera, déjala que vuele, déjala que viva otras experiencias...

»Déjala.

»Y si vuelve, recíbela con los brazos abiertos, vuelve a darle todo el amor que has estado guardando para ella.

»Ámala como si fuese la primera vez...

»O la última.

»Ya lo sabes, mi amor, mi dulce Izarbe, me tienes en tus manos.

»Siempre me has tenido en tus manos».

PRESENTE

Pasa el tiempo.

Estamos en septiembre y el bicho va por libre.

Al final, registraron la finca palmo a palmo, pues él no apareció, su coche no apareció, y como decía el teniente de la Guardia Civil —que, por cierto, se apellida Sagarra—, no se lo puede haber tragado la tierra.

¡Ay! Qué cerca están esas palabras.

No les puse impedimento alguno, no tenía nada que ocultar, fue lo que le dije al teniente y a otros, a través de mi mascarilla, mostrando los ojos casi curados, pero todavía coloreados por los golpes.

Levantaron la piscina, todo, lo que yo hice y más abajo.

Nada.

Registraron la casa de arriba abajo. Atando cabos de un tipo o de otro.

Al final, desistieron, o eso han querido mostrar, pero todavía no han cerrado el caso.

Estoy teletrabajando y por el momento sigo viviendo en la casa, aunque más adelante puede que la venda y me traslade a Huesca. Bueno, pensándolo mejor, no creo que la pueda vender, pues está a nombre de los dos, y él, supuestamente, anda por algún sitio. Si no aparece, cuánto tiempo dan las leyes españolas para considerarlo muerto, ¿diez años? Tengo que averiguarlo, pero no por internet.

Puedo comprar algún pisito mono, no muy grande, y pagarlo poco a poco. Daría una entrada, y luego...

Poco a poco.

Claro que, por otra parte, mientras el virus siga campando a sus anchas, estaré mejor aquí. Si nos confinan de nuevo, se tiene que hacer muy pesado estar metida todo el día en un piso, sin jardín, sin patio...

Bueno, ya veremos cómo se van dando las cosas, no es cuestión de ir adelantando, haciendo supuestos, ni cosas por el estilo.

Esta casa es especial.

Sobre todo, especial.

Ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos.

Ahora mismo, mi preocupación es el covid, y tomo todas las precauciones necesarias para no pillarlo; de hecho, no tengo vida social, ni la necesito.

Me mantengo ocupada con el trabajo de diseño de interiores, y un trabajo extra.

La parcela de al lado, que es mucho más pequeña que mi finca, la han vendido, y estoy restaurando la casa. Los compradores son una pareja mayor, casi jubilados, que han decidido dejar Zaragoza cuando llegue el momento e instalarse aquí. Son muy majos, y les gusta mucho todas las ideas que les doy. La casa, como está en buenas condiciones, solo necesita una serie de arreglitos por dentro, algo más en el revestimiento de la fachada, y lo demás es pura decoración, y en el exterior, en el jardín, les he aconsejado hacer un cenador cerrado y acristalado, con chimenea y cocina, para que puedan disfrutar de comidas y cenas durante todo el año, para que inviten a la familia y a los amigos. Esa idea les ha encantado.

El agujero para los cimientos, estaba casi hecho; relativamente cerca del seto que separa mi finca y la de ellos. Seguramente, los antiguos dueños quisieron hacer una balsa, o un pozo, y se quedaron en el comienzo. Y, por qué no aprovecharlo, le pregunté a la encantadora enfermera de una clínica privada, y a su esposo, funcionario en Tráfico. Realmente, no me ha costado trabajo convencerlos, pues desde el primer momento que les hablé de ello, y les enseñé unos bosquejos, los ojos les hicieron chiribitas, y como no tienen problemas de dinero, y yo les estoy haciendo un precio especial, tan contentos.

Llevo las dos obras en marcha —con dos albañiles del pueblo de Ansó, que son eficientes y no les molesta que una mujer les mande—, y el cenador ya tiene el tejado, el suelo echado, y el hueco de la chimenea cocina y salido de humos ya está; la chimenea cerrada con puerta de cristal, con dos fuegos abiertos y una plancha en la parte superior, ya está lista para desempaquetar; los ventanales que rodean el perímetro, llegarán pronto —esperemos que no haya otro confinamiento, porque las cosas en Aragón se están poniendo muy chungas—, y con los últimos retoques, ese matrimonio tan encantador, podrá disfrutar de este coqueto cenador.

Espero que tú también lo disfrutes, Juan; el coche está en el fondo del lago de la mina, donde está ese doctor, podría haberte dejado ahí, tirado ahí, hundido en esa enorme poza, pero...

El cenador o templete es mejor, más seco, al menos; es como un pequeño panteón, un panteón cenador rodeado de árboles centenarios, en tu honor.

Algo que solo tú y yo sabemos, señor Balboa.

Bueno, el cenador está acabado, y la pequeña y preciosa casa, también.

Han quedado muy contentos, los albañiles también, pues al final de la obra les he dado una gratificación extra, que ha provocado que me miren con otros ojos, de manera, que todos contentos.

El estudio me ha hecho un certificado para llevarlo encima por si acaso me para la Guardia Civil, pues los cerramientos perimetrales están a la orden del día. Voy una, o dos veces a Huesca,

parapetada debajo de la mascarilla negra y gafas de sol, negras también, y la verdad, es que me tratan muy bien los dos socios del estudio; de hecho, uno de ellos ya me ha tirado los tejos, y muy amablemente le he dicho que no me interesa, y que si algo así es un problema, me despido y me voy con la música a otra parte. Se ha disculpado varias veces, se ha puesto colorado y todo, y ante tanta disculpa y tanta rojez, me ha dado por reír y él también se ha reído, quedando tan amigos. Tal vez por eso, o tal vez porque me lo merezco, me ha dado un proyecto nuevo: la restauración de un pequeño hotel en el Pirineo aragonés, cerca de Jaca. Y en eso estoy ahora mismo, haciendo y deshaciendo planos en el ordenador y esbozando en papel.

Lo dejo por unos momentos. Tengo muchas ideas, pero tengo que gestionarlas en mi cabeza, y después en papel, antes de llevarlas a cabo.

También hago hueco para estudiar. Creo que para el año que viene, seré «Arquitecta», sin más. Me preparo un café, mientras oigo el sonido de la lluvia.

He añadido el pequeño porche al salón, y ahí tengo mi despacho, desde donde contemplo el pequeño estanque, y el jardín adyacente, después de todo, no necesito un huerto.

Sujetando la taza de porcelana, sintiendo el calor en mis manos, me dirijo hasta la mesa y me siento en el sillón giratorio, mientras oigo el sonido que provoca la lluvia al golpear contra la baldosa exterior, y ese otro más amortiguado, al perderse en el terreno cubierto de hierba verde.

Es una delicia.

Y con el café entre las manos, recuerdo.

Juan se puso muy violento.

Mucho.

Me golpeó en la cara, en el cuerpo.

Me rompió tres costillas, bueno, tal vez me las rompí yo misma por los esfuerzos posteriores.

No recuerdo si grité, solo recuerdo su rostro iracundo, el brazo levantado y la mano dirigiéndose a mí, unas veces abierta y otras... cerrada, formando un puño demoledor.

No intenté defenderme, pues no serviría de nada. Soy delgada, peso 55 kilos, y mido metro setenta, de hueso fino, y aunque más de una vez saco fuerza de no sé dónde, sé de sobra que no podría vencer a un hombre de la corpulencia de Juan, ni actuar contra esa violencia que genera un cuerpo de casi cien kilos, y una mente obnubilada por el alcohol y los celos, y la rabia.

No, no habría podido rivalizar con él, y probablemente habría sido peor.

Caí inconsciente al suelo, y cuando eso ocurrió, cuando me pareció que caía a cámara lenta, como si le estuviese pasando a otra persona, recuerdo que pensé que moriría, que, si ese golpe no me mataba, él me daría otro, para fulminar mi vida...

Y me acordé de otras muertes.

Muertes violentas.

Muertes leídas e imaginadas.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero al despertar, me dolía todo. Sentía la cara entumecida, la cabeza a punto de estallar, y la espalda y los costados me dolían horrores, pues creo, que cuando estaba en el suelo, me propinó alguna patada; no lo sé, son solo suposiciones.

Me levanté como pude, poniéndome a cuatro patas, aguantándome con los brazos, sintiendo la madera del suelo debajo de las rodillas, elevando primero una y luego la otra, vacilando cuando logré ponerme en pie.

Enfocando la vista, vi que el hombre con el que me había casado, el que había prometido respetarme y cuidarme, en el que había confiado, más al principio de nuestra vida en común, y menos al final, estaba espatarrado en el sofá de cuero marrón —ese que compramos en unos grandes almacenes, que costó una pasta, y que podía pasar por un Chester auténtico—, con un vaso en la mano, llevandoselo a la boca y bebiendo sorbo a sorbo. Y al oírlo hablar, o mejor dicho, farfullar, supe que estaba borracho como una cuba, y parecía que le hablaba al vacío, como si no me hubiera visto levantarme.

No me lo pensé, porque si lo hubiera hecho, seguramente no habría actuado así; me dirigí al mueble bajo donde se guardan las botellas, a su espalda, y cogí uno de los dos adornos africanos que trajimos de Tanzania, dos años atrás.

Una figura femenina, con vientre abultado, de ébano reluciente, y el otro, una figura masculina con un pene erecto. Agarré la que pesaba más, la femenina, y mientras Juan farfullaba algo así, «como que sacas lo peor de mí» o cosas por el estilo, me coloqué detrás de él, alcé los brazos con la estatua agarrada con los dos manos, y la descargué contra su cabeza.

Cada vez que lo recuerdo, pienso que no fui yo, que otra Valeria entro en mí, se apoderó de mi cuerpo, y actuó por su cuenta.

Solo hizo falta un golpe.

Pero el ruido que hizo cuando la estatua golpeó el cráneo...

Cuando la fuerza de mis brazos golpeó su cabeza...

Siento un escalofrío al recordarlo.

Sueño con ello.

Casi todas las noches.

Se fue deslizandohasta quedar recostado en el sofá, con las piernas estiradas y la cabeza ladeada. Mis ojos estaban fijos en él, mis manos sujetaban con fuerza la figura femenina, por si tenía que darle otro golpe, pero también, para que no se me cayera, pues un temblor jamás sentido, invadió mi cuerpo y en especial los brazos y las manos. No sé cuánto tiempo pasé mirando a mi marido, pero al cabo de muchos segundos o de varios minutos, cuando ese temblor fue agonizando, alejándose de mí, dejé la figura de ébano sobre el sofá, y, despacio, con miedo, coloqué el índice y el corazón sobre su cuello, debajo de la mandíbula.

No había pulso.

Repetí el movimiento unos minutos después, pues no me fiaba de mi tino, y lo mismo.

Estaba muerto.

Seguro.

Parpadeé con fuerza, notando los ojos entumecidos, sintiendo que el dolor de cabeza se hacía más potente, sacando la lengua y notando la sangre seca alrededor de la boca, haciendo memes con la musculatura facial, para discernir si tenía algo roto. No lo tuve claro. Me dirigí a la cocina, cogí un vaso y lo llené de agua. El temblor volvió a mis manos. Cerré los puños para pararlo.

Abrí un cajón y saqué un blíster de paracetamol y me tomé dos, con la mirada clavada en mi marido, por si se movía, por si me había equivocado y seguía con vida, dispuesto a levantarse y terminar el trabajo.

Deslicé los ojos, parpadeando varias veces, por ese espacio abierto que es toda la planta baja, a excepción del cuarto de baño que está al fondo, a la derecha, al pasar la cocina abierta, detrás de mí, y clavé los ojos en el equipaje que seguía ahí, en el hall. Una maleta grande, y otra pequeña para llevarla en cabina, y su bolsa de viaje.

En un momento, las tenía abiertas. Saqué el portátil de la pequeña, lo llevé al exterior, y con la misma figura de ébano, lo destruí al máximo, dejándolo ahí, tirado encima de la hierba.

Un rato más tarde, cubrí mis ropas manchadas con mi propia sangre con la camisola de felpa que siempre me pongo para hacer trabajos de albañilería, quitándome la falda para meterme dentro de unos pantalones de trabajo, mirando mis preciosos taconitos mientras me ponía unos calcetines, y calzándome las botas de trabajo. Antes de ponerme los recios guantes, me hice una cola de caballo, la enrollé en si misma, y me dispuse a arrastrar el cadáver de Juan por la hierba —creo que con todos esos movimientos que hice, más los siguientes, me fracturé las costillas, o ya las tenía tocadas, y terminé de romperlas—, llegando hasta el tejo, metiéndome detrás para tocar la valla de madera que separa la parcela de la continua. La valla siempre ha estado rota, tiempo atrás, le puse un pegamento especial para que se mantuviera en su sitio, en espera de hacer algo diferente. Me subí la camisola de felpa, para tener libertad de movimiento, y le di un puntapié a la frágil verja, despegándose con facilidad. Descansé unos segundos, mientras respiré profundamente, sintiendo dolor por todo el cuerpo.

Volví a coger fuerzas y pasé arrastrando el cuerpo, evitando las ramas del tejo que casi acarician el suelo, y atravesando el seto, que por esa zona está seco y mustio, hasta llegar unos metros hacia dentro, detrás de una arboleda: dos robles, dos encinas y un hermoso y majestuoso grupo de hayas, que por el día deslumbran con sus hojas verdes ribeteadas de amarillo, y ahora oscurecen la fosa que acogerá el cuerpo de Juan.

Hice otro descanso, mientras miraba el cuerpo de mi esposo, mientras apoyando las manos en las rodillas respiraba profusamente, mientras observaba ese cuerpo grande y pesado, al tiempo que pensaba, que lo peor, ya estaba hecho.

El pozo se encuentra ahí, rodeado por esa belleza de árboles. Lo tiré dentro, sin contemplaciones, sin dudarlo, era como si estuviese en un sueño, o una pesadilla, de la cual podría despertar en cualquier momento, y debía correr por si algo así ocurría y me estropeaba los planes. Apenas se veía, pues de noche y entre esos árboles, la luz de mi casa llegaba a duras penas.

Bien, eso no se podía quedar así; volví a mi zona de obras, y puse la hormigonera en marcha, y mientras, cogí el portátil y la estatua y los eché en la carretilla. En el silencio de la noche, se oía bastante el rugir de mi pequeña mezcladora, pero qué me importaba, si no tenía vecinos a los que despertar o incomodar, y a esas horas nadie circulaba por la carretera.

Preparé una buena carretilla, y fui generosa con la mezcla; una de cemento, cuatro de arena y una de agua, es lo habitual, le añadí dos de cemento, que mi pequeña hormigonera mezcló sin

problemas, aunque al aupar la carretilla, casi me arrepiento; saqué fuerzas de no sé dónde y la llevé hasta el agujero. Cuando la empujé para que cayera el cemento con portátil y figura africana incluida, encima del cadáver, casi tiro la carretilla y yo con ella.

Respiré hondo, hasta que se me pasó el susto, sintiendo los latidos del corazón, sintiendo la opresión en el pecho, el dolor...

Respiré despacio, con calma, pensando fríamente, sin dejarme llevar por las emociones, y me puse a coger piedras de alrededor y las dejé cerca del pozo, para volver más tarde.

Entré en la casa, y revolví en la maleta grande: su ropa, pulcramente doblada, zapatos, bolsa de aseo y en el fondo una carpeta de trabajo. Las conozco de sobra, pues cuando alguna no le interesaba, me las daba como quien da una golosina a un niño, en este caso, a su niña.

Solo por curiosidad, la abrí y miré en su interior. Una decena de folios con el sello de la empresa, pero intactos, una libreta, tamaño folio A4, y un boli corriente en medio. Debajo de la libreta, la carpeta tiene un apartado con solapa, como un gran sobre. Lo abrí y quedé estática, mirando su interior. Billetes de 200 € colocados a la perfección.

En cuestión de media hora, había sacado todo el dinero que contenía la maleta: una bolsa de plástico colocada en el fondo de la bolsa de aseo, otras bolsitas, con los billetes enrollados, todos de 200 €, metidas en los zapatos y tapadas por la bola de papel que él les ponía para que no se deformasen, otras bolsas planas, muy bien colocadas entre las camisas plegadas, como esos cartones que llevan cuando las compras, otras entre los jerséis de cuello de pico, entre las perneras de los pantalones y dentro de ellas, entre las camisetas interiores, de manga corta y cuello cerrado...

No le gusta llevar porta trajes cuando se va de viaje, y a parte del que siempre lleva puesto, llevaba... colocaba en el fondo de la maleta, una americana bien plegada, el pantalón a juego, y otros combinables con esa chaqueta.

Saqué la americana y la registré en un momento. Más billetes en los bolsillos exteriores e interiores.

Me puse nerviosa, pues de pronto recordé una conversación que mantuvo con alguien, antes de irse a Alemania.

—Tranquilo, no te preocupes. Este es un negocio seguro, una inversión a corto plazo, y muy lucrativa. Mucho. Ya me conoces, yo no pierdo el tiempo. Dentro de tres o cuatro meses, tendrás un 50% —sonaba la voz potente y alegre de Juan.

Silencio.

—Claro, por qué conformarse con el 20 o el 30, pudiendo obtener un 50.

Risas, que se convierten en una carcajada.

—Claro, hostia. ¡Vamos a por todas! Yo ya llevo 200 ganados. Y Hacienda, ¡que se joda!

Silencio de nuevo.

—Claro, cojones, 200 mil. Beneficios tío, putos beneficios. Y, óyelo bien, voy a por el medio millón.

Otro silencio, y risas de nuevo.

—Perfecto, tío. Ciento cincuenta más y te vas a forrar.

Al abrir la bolsa, me encontré con otras dos carpetas, dentro: billetes de 200. Cogí todo el dinero, y lo llevé al armario de la ropa blanca, al escondite del libro, dejando parte del dinero, bien colocado y apretadito.

De repente, me acordé de algo, y me dirigí al dormitorio sujetándome los costados con las manos y respirando profundamente. Abrí su vestidor y busqué por la parte de abajo, detrás de prendas largas de abrigo. Ahí estaban, tubos de cartón duro para guardar o enviar planos. No supe por qué me vino ese pensamiento a la cabeza, por qué asocié una cosa con otra, y cuando abrí el primero y descubrí el plano que guardaba en el interior, y me cercioré que no había nada más, abrí el resto. Cinco tubos, uno con planos de la casa, tres vacíos, y el último, lleno de rollitos de billetes, que parecían «huesitos de santo» gigantes.

Dos horas más tarde, terminé de echar la segunda carretilla de cemento y una hora después, eché todas las piedras necesarias para que no se viera ni un cuadradito de gris. Lo comprobé con la linterna, una, dos y hasta tres veces.

En la casa, miré con una lupa de gran aumento la superficie del sofá, para comprobar que no había ni una gota de sangre. Seguramente el golpe le produjo una hemorragia interna o algo por el estilo.

Cerré las maletas y la bolsa con todo el contenido perfectamente colocado, y en el mismo sitio que él las dejó. Las limpié ligeramente con un paño para que no tuvieran tantas huellas, pues, más adelante, diría que las maletas estuvieron allí desde que llegó, las sacó del coche y las dejó en el hall. En el cuarto de herramientas, me quité las ropas y las botas, las dejé colgadas de una percha, y los guantes al lado de otros pares que tengo, y que uso indistintamente. Coloqué las botas en su sitio, me embutí en la falda de tubo y me puse los zapatos con delicadas tachuelas, imitación de unos de Valentino, caros, pero mucho más baratos que los genuinos. Volví al salón y recorrí con la mirada el suelo. No vi nada delator, pero aun así, pasé la aspiradora, pues notaba los parpados hinchados y probablemente habría restos de las botas, a pesar de haber limpiado las suelas en la hierba, y después en el felpudo.

Por último, fui al cuarto de baño, ese cuarto de baño que es donde las visitas entran si lo necesitan, ese cuarto de baño que decoré de la manera más llamativa, con un papel oscuro y pequeños círculos dorados, para que los amigos o conocidos vieran que el poderío de Juan de Balboa estaba hasta en los pequeños detalles, como la decoración de un cuarto de baño.

Me asusté al ver mi rostro reflejado en el gran espejo y multiplicado en los prismas que hacen de marco, viendo muchas Valerías en colores. Los parpados ya los tenía hinchados, provocando que mis ojos casi no se pudieran abrir. Las cejas partidas y con sangre coagulada, los labios partidos, hinchados, al igual que los pómulos. Mi rostro parecía el de un boxeador. Me toqué la nariz, y sentí que estaba rota, pero el dolor de cabeza era tan intenso, que se confundía con el del rostro y me impedía discernir con lógica. Deslicé la lengua por los dientes de arriba, y noté que se movía el incisivo derecho. Respiré con dificultad, varias veces, y salí del lujoso y llamativo baño, para dirigirme al salón, coger el teléfono móvil y llamar a la Guardia Civil...

De repente, moví la cabeza, apreté los parpados aguantando el dolor, e intenté gestionar ese dolor que invadía mi rostro, mi cabeza, mi cuerpo. No podía llamar a la Guardia Civil, todavía no.

¿En qué estás pensando, Valeria?

El coche seguía ahí.

Esta vez, me tomé un ibuprofeno, y me puse manos a la obra para terminar de hacer las cosas...

«De una puta vez», como habría dicho Juan.

Al principio, se portaron muy bien conmigo; según pasó el tiempo y Juan seguía sin aparecer, el coche tampoco, y encima supieron del desfalco que había hecho en la empresa, parecieron tomarla conmigo, en especial el teniente Sagarra. Más tarde supe que era nieto de Antonio Sagarra, y di por hecho, que también de Izarbe. Él no dijo nada de la casa, de todos modos, Juan no se la compró a ningún Sagarra, pues en la escritura figura un tal Ballester.

Bueno, yo creo que en algún momento pensaron que Juan y yo estábamos compinchados en el tema del desfalco, y que dejando pasar el tiempo, todo se perdería por el camino; pero, por otra parte, la paliza que recibí no les terminaba de encajar, pues no se trataron de un par de golpes y ya está. El informe médico daba fe de todos los males que llevaba mi cuerpo, y no hubo duda alguna de que todos, y cada uno de ellos, fue obra de un hombre que me doblaba en peso y en fuerza. Pero debían de ir los tiros por ahí, pues en un interrogatorio que me hicieron en el cuartelillo de la Guardia Civil, me dijeron que no tuviera miedo, y añadieron que, si Juan me tenía doblegada o amenazada de algún modo, ellos estaban para protegerme.

Yo les repetí una y otra vez, sin salirme del guion, todo lo que había ocurrido.

Llegó, nos abrazamos, hicimos el amor, etc, etc, y cuando le dije que había aceptado un trabajo y que la mayor parte lo haría desde casa, y solo una vez a la semana, tal vez dos, iría a Huesca, se puso violento, me gritó, me levantó la mano, pero yo no di mi brazo a torcer, le contesté, le grité, y entonces, me dio la gran paliza y caí al suelo inconsciente. Cuando desperté, se había ido. Las maletas ya no estaban ahí, y el coche tampoco.

Sí.

Decidí que era mejor que las maletas desaparecieran.

—Cuánto tiempo estuvo inconsciente... ¿Lo recuerda?

—No lo sé —contesté con tono trémulo.

—¿Recuerda qué hora era cuando llamó a la Guardia Civil? —intenté fijar la mirada en el rostro del hombre, para que se recreará con las hinchazones y los diversos colores de mis ojos y mi cara. Para que no se le olvidará.

—No, no lo recuerdo —contesté.

—Estaba grogui —añadí.

—No controlaba —suspiré.

—No puedo añadir nada más —moví las manos con lentitud, con pesadez, para mostrar mi agotamiento, físico, mental.

—¿No se ha puesto en contacto con usted? —abrí los ojos al máximo, mirándolo sin pestañear, y sin titubear, le contesté.

—No, ni una llamada —repuse.

—Ni un encuentro —añadí.

—Nada de nada —terminé.

Unos días más tarde, se presentaron con una orden judicial para hacer perforaciones por la finca, y todo tomó otra dimensión.

Ya lo creo.

No me había olvidado del librito de Izarbe, de hecho, lo tengo en el fondo del tercer cajón de mi escritorio, en realidad, me gustaría tenerlo de libro de cabecera, encima de mi mesita de noche, pero creo que es mejor guardarlo en mi mesa de trabajo. Lo dejé ahí, cuando amueblé mi precioso rincón y no lo he vuelto a coger.

Dejo la taza sobre el posavasos y abro el cajón, hurgo debajo de los papeles y saco el pequeño libro de piel negra, blanda y ajada. Una sonrisa adorna mi rostro, pues creo, estoy convencida, de que gracias a la lectura de esta historia, a la personalidad de esta mujer, yo saqué fuerzas, me levanté de mis cenizas, doblegué mi debilidad y mostré de lo que he sido capaz.

No quiero decir con esto que la violencia es la solución de los problemas, tampoco digo que fuese una situación de defensa propia, pues actué a su espalda y estando borracho, pero, por otra parte, qué podía hacer: ¿doblegarme?

No.

¿Divorciarme?

A no ser que fuese él el que lo pidiese, tampoco era factible.

Homicidio con premeditación, nocturnidad y alevosía; esa frase se oye mucho en las series policiacas, en las películas... Pero solo una de ellas tiene un peso real en el ordenamiento jurídico vigente.

Alevosía: buscar de pretensión la indefensión de la víctima.

Si hay alevosía, lo que se suponía un homicidio, pasa a ser un asesinato.

No me podrían acusar de premeditación, pues no tenía pensado hacer algo así; pero sí de alevosía.

De eso sí.

Borracho, casi inconsciente, y de espaldas a mí.

Alevosía, con todo el peso de la Ley.

Hago un movimiento con las hojas del libro, mientras pierdo la mirada en la hierba mojada, mientras veo como la oscuridad se apodera de todo, impidiendo ver el plomizo cielo.

Mientras eso ocurre, recuerdo cómo me deshice del coche de Juan.

Gracias a la lectura del libro, me dio por investigar las zonas de agua que hay por los alrededores, y que no fueran ríos, ni embalses, presas o piscinas fluviales. Descubrí que hay uno,

uno solo, donde hubo una mina abierta, o similar, que cerró a finales del siglo XIX, o principios del XX, a un kilómetro escaso de la provincia de Huesca.

Fui en dos ocasiones, las dos, con la bici de montaña. Tengo buen sentido de la orientación y al dejar la carretera, cogí el sendero correcto, el derecho, pues mi trayecto era el contrario al que hicieron ellos.

No encontré el lugar donde se produjo la muerte del doctor, aunque puse interés en fijarme en las piedras de gran tamaño que bordean parte del sendero, pero después de tantos años, es fácil que se haya limpiado la zona de maleza por los incendios, además, la lluvia y demás... en fin, no quise dejar que mi imaginación divagase.

El mismo trayecto que hice con la bici, lo hice con el coche de Juan y la bicicleta en el maletero, encima de sus maletas. Me puse ropas cómodas y abrigadas, y antes de eso, me vendé desde debajo del pecho, hasta la cintura. No era la solución, pero algo amortiguaba. El casco que siempre usaba, con la luz de led para no perderme, lo puse en el asiento del copiloto.

Cuando llegué al pequeño lago, paré el coche, cogí el casco, me lo puse, pues esa noche no había luna, ni llena, ni media, y saqué la bicicleta del maletero; subí de nuevo y me acerqué lo máximo posible al borde del precipicio, teniendo en cuenta que era de noche y alumbrándome con los faros. Lo dejé en punto muerto, apagué las luces, encendí la luz del casco, me bajé, respiré despacio, una, dos, tres veces, sintiendo la adrenalina del momento, sintiendo la pesadez de mis párpados hinchados, que querían cerrar mis ojos; recordando a otro hombre que hizo lo mismo, pero con un cadáver en el interior del vehículo. Empujé, y sin apenas esfuerzo, el coche se movió, se deslizó como si hubiera una pequeña pendiente y cayó al vacío, chocando contra el agua, provocando un ruido, que a mí, me pareció atronador, que provocó que el corazón me saltase como una pelota, que me llevase la mano al pecho, para apaciguar ese tambor.

Me acerqué, despacio, escuchando en el silencio de la noche los sonidos que se elevaban desde el fondo del abismo, cómo el agua entraba en el coche, cómo se hundía. Miré hacia abajo, acercándome lo justo, para ver cómo desaparecía, cómo las aguas estancadas y oscuras como la boca de una mamba negra, lo engullían.

No esperé más. Cogí la bici, subí y pedaleé sin prisa, pero sin pausa, hasta llegar a casa. Eran las 00:40, cuando después de limpiarla, la coloqué en su soporte, al lado de la de Juan, que solo la estrenó en su día, y no volvió a tocarla.

Antes de entrar en la casa, me paseé mirando con la luz del casco, el camino por el que había arrastrado el cuerpo hasta su lugar de reposo. La hierba estaba algo aplastada, pero el agua que estaba cayendo, la volvería a dejar en su lugar, no era nada importante. Me dirigí hasta donde está el material de construcción y la hormigonera, observando, analizando y evaluando, como si fuesen los ojos de otra persona, de la Guardia Civil, o de la Policía, si llegaba a aparecer. Qué verían ellos, nada del otro mundo, material y herramientas necesarias para hacer reformas, nada más.

Volví al garaje, me quité el casco y lo guardé en su sitio, en su caja.

En el cuarto de baño de la alcoba, me quité la cazadora y la ropa deportiva, y la eché en el cesto de la ropa sucia, me quité el vendaje, y me froté con suavidad para calmar el dolor y quitar las

marquitas que me dejó en la piel. Me puse mi preciosa blusa de seda y la falda tubo manchada de sangre, y los zapatos rojos. Enrollé de nuevo la venda elástica, y la metí en el botiquín donde guardo más vendas, esparadrapo, muñequeras y rodilleras, que he usado por diversas caídas, molestias o golpes que he sufrido a lo largo de los años.

Limpié el cuarto de baño, aguantándome el dolor, enfocando la mirada una y otra vez, pues sentía los parpados gordos, abultados, queriendo cerrar mis ojos por una temporada.

Quería dormir durante días, tal vez semanas.

Con mucho esfuerzo, lo dejé como siempre.

Ya era la hora.

Estaba hecha polvo.

Al límite de mis fuerzas.

Llamé a la Guardia Civil.

No duermo bien.

Las pesadillas me abruman.

A veces, me cuesta creer que haya sido capaz de hacer todo lo que hice.

Muchas noches me despierto sobresaltada, muchas noches sueño que me caigo al vacío y el todoterreno de Juan va detrás de mí y me aplasta cuando chocó contra el agua. No es agradable, pues no es un sueño, es una pesadilla constante, pero tengo que vivir con ello.

De repente, algo me ha llamado la atención al mover las hojas del libro. La historia de Izarbe se acabó, mucho antes que el resto de hojas.

Hojas en blanco y después... la escritura sigue, la misma letra.

Y mis ojos leen las palabras escritas, y todo cambia, todo toma otra dimensión.

¿Todo fue una mentira?

Al día siguiente, se presenta la Guardia Civil.

FINALES DE NOVIEMBRE DE 2020

La orden está delante de mis ojos, agarro el papel y lo leo detenidamente.

Miro al teniente y le hablo, a través de la mascarilla, al tiempo que pienso si se parecerá a su abuelo Antonio Sagarra.

—Hagan lo que tengan que hacer. Hagan su trabajo.

El hombre me mira sin pestañear. Es alto, debe tener unos cuarenta años, tal vez alguno más, no es feo, tampoco guapo, y su voz...

Su voz es normal y corriente, con mascarilla o sin ella.

—¿Dejarán todo tal y como está? —es lo único que pregunto.

—No le voy a mentir, señora Balboa. Venimos con una excavadora, se harán catas y si nos encontramos con algo... —Hace una pausa, parece que va a continuar, pero no lo hace, deja la frase sin acabar.

—Empiecen cuando quieran. Cuanto antes lo hagan, antes terminarán.

Entro en casa, y casi le doy con la puerta en las narices. No quiero ser descortés, ni maleducada, pero ya podían dar el caso por cerrado.

Me pongo a limpiar la cocina, estoy así durante dos horas, mientras oigo el jaleo afuera, las máquinas, el ruido que hacen, las voces de los hombres, dónde hay que perforar, aquí, allá, por aquí, más allá...

Me alegro de que mis vecinos aún no se hayan instalado, lo han ido retrasando por el covid, y parece ser que la cosa va para largo.

Mejor.

Termino de sacarle brillo a la superficie de la isla, y me pregunto si van a dar con ese lugar.

Subo a mi habitación y miro a mi alrededor, para dejar la vista clavada en las puertas correderas que dan al vestidor. Hay una caja fuerte ahí, detrás las prendas de abrigo, donde estaban los tubos de los planos. Ahí metí algo del dinero —poco—, de la maleta de Juan, dinero que sabía que descubrirían, dinero que yo dije desconocer, pues ni sabía la clave de la caja, algo que les extrañó mucho.

—Pero... ¿usted sabía de esa caja? —preguntó el teniente Sagarra, en uno de los interrogatorios posteriores, de esos que te hacen una y otra vez, a ver si te pillan en un renuncio, en una contradicción.

—Por supuesto. Conozco cada rincón de mi casa.

—¿Y su marido no le tenía confianza como para darle la clave? —lo preguntó como si fuese algo extraño, especial, único. Como si todas las mujeres del mundo, tuvieran que saber todo lo relacionado con el marido.

—Nunca se la pedí, jamás se me pasó por la cabeza. Y él nunca mencionó el tema. Si él hubiera querido que yo lo supiera, me lo habría dicho.

El teniente no pestañeó, no movió un musculo, y siguió preguntando.

—¿Y qué pensaba que tenía guardado?

Alcé los hombros, como cuando un niño hace ese gesto, en lugar de contestar. Pero sí, contesté al momento.

—Dinero, tal vez. Documentos de la empresa, tal vez. Hasta en una ocasión pensé, que podía tener fotos de índole sexual.

—¿Le era infiel?

—No lo sé.

—Y, ¿por qué ese pensamiento?

—Pasábamos mucho tiempo separados. Al principio no, yo viajaba con él, pero después, Juan decidió que mejor me quedaba en casa, que el tiempo que estaba de viaje, me dejaba mucho tiempo sola, pues el trabajo era su prioridad, y la mayoría de cenas y comidas, eran de negocios. Así que...

Un grito dispersa mis recuerdos recientes. Me acerco a una de las dos ventanas que dan a la fachada de la casa, desde donde se ve la entrada, los majestuosos robles, los bancos de piedra y la sencilla pero hermosa cancela.

Un tipo con una perforadora de mano, una ahoyadora o barrena, como las que se utilizan para perforar hoyos sencillos en la tierra para poner postes, o plantar árboles de cierto tamaño, grita y señala con la mano el agujero que acaba de hacer; en unos minutos, uno de los bancos, el de la izquierda, es arrancado de su sitio por varios operarios y tirado en el suelo, patas arriba, separado de los robles, mientras el de la perforadora apaga el motor de gasolina y esa broca enorme deja de girar, y un ruido menos que soportar.

El hombre vuelve a señalar el lugar, mientras todos están a su alrededor, todos miran hacia abajo, y la pequeña máquina excavadora se dirige hasta el lugar.

Clavo los ojos en ese banco y aunque debido a la posición y a la distancia, no puedo ver con claridad, lo sé, leo el nombre que talló en la piedra.

La noche de antes, con el manuscrito en mis manos, en la amplitud de mi lecho matrimonial, fui pasando las hojas en blanco, hasta llegar a lo escrito, a lo no leído.

La misma letra, pero para mi sorpresa, incluso mi desilusión, otro contenido muy diferente, y otra perspectiva que nada tenía que ver con lo leído.

Se acabó el romanticismo.

Comienza otra historia.

Otro cuento.

«Podía haber sido una novela, ¿verdad? Quién sea que esté leyendo estas letras, hombre o mujer, ahora leerá la verdad del fin de estas vidas. No soy Izarbe, pero sí, Izarbe, mis Izarbes, existieron, las dos, la madre y la hija. Todo sucedió como lo he contado, hasta que ocurrió la tragedia de mi vida, porque yo soy Antonio Sagarra, y yo he contado la vida de Izarbe. Cuánto me hubiera gustado que me sobreviviese, cuánto me habría gustado que me diera hijos, pero no, nada de eso ocurrió.

»Cuando me crucé con el coche de Rojas, cuando vi el rostro del amor de mi vida dentro de ese vehículo, no lo dudé, y giré al momento. Pensé que se iba con él, que él había ido a buscarla y ella había decidido irse con él. Después de todo, era joven, con ganas de vivir la vida. Después de todo, yo no estaba en su cabeza como para tener la completa seguridad de lo que pensaba, de lo que sentía. Quería creer en ella, quería pensar que sus palabras eran ciertas, que nuestros encuentros sexuales fueron más que eso, pero no podía tener la certeza.

»Los seguí, y al introducirse en el bosque, al seguir el sendero, lo primero que pensé, es que iban a parar en algún momento para tener un acto íntimo, para besarse, tocarse y recordar tiempos pasados. Los imaginé juntos, pegados, ella encima de él, apretados entre el volante y el asiento, esquivando la palanca de cambios, haciéndolo...

»Mis manos apretaron con fuerza el volante, hasta que aminoré la velocidad, paré y desconecté el motor. Me pasé las manos por el rostro, froté la barba que cuidaba con sumo esmero, porque sabía que a ella le gustaba que la llevase así, recortada, dejando a la vista parte de mi rostro, no como antes de conocerla. Bajé de la pequeña camioneta que compró mi padre en Alemania, años antes de la Guerra Civil, y cerré sin hacer ruido, mientras escuchaba el sonido del motor del otro

coche. Sabía que iría despacio, sabía que no conocía el terreno, y sabía que yo les llevaba ventaja.

»Llegué al lugar donde estaban parados. Desde mi escondite, los podía ver con toda claridad. Hablaban dentro del coche, él elevó una mano y tocó el rostro de Izarbe. Ella se dejó. Él se acercó, hizo que girara la cara y bajó lentamente la cabeza, para posar su boca sobre la de ella. Se besaron, ella le devolvió el beso, yo sentí cómo se me revolvían las tripas, cómo el corazón se retorció de dolor, mientras el beso duraba una eternidad. Eso me pareció. Mientras sentía deseos de salir de mi escondite, de correr hacia el coche y sacarlos a los dos.

»Matarlos a los dos.

»Pero, de repente, se separó de él, le gritó, abrió con fuerza la puerta y salió al exterior. Mi corazón comenzó de nuevo a latir, a sentir una esperanza, volví a creer en ella.

»Y escuché su conversación, cómo ella le decía que se fuera, que no quería saber nada de él, que amaba a otro hombre, un hombre muy diferente a él, un hombre que la respetaba, la amaba y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella... y ella por él.

»Me levanté de mi escondite, y aunque la maleza me ocultó la visión, escuché sus últimas palabras:

«¡Vete con tu familia! ¡Que yo formaré la mía!».

»De manera sigilosa, me fui acercando, por si ese tipo perdía los estribos, por si se le ocurría hacerle mal, pero cuando llegué al claro, cuando los vi a los dos, todo sucedió tan rápido, que a pesar de poner mis piernas en movimiento, de correr hasta alcanzarla, no llegué a tiempo de cogerla.

»Él la agarró del brazo, la zarandeó con violencia. Ella se resistió, le gritó y le pateó, provocando que él la soltará de golpe y le diera un empujón. Izarbe cayó hacia atrás, sin control, sin esperar lo que le venía.

»Se golpeó contra una roca.

»Murió en el acto.

»Cuando llegué a su lado, él estaba agachado, cogiéndola, queriéndola abrazar, llorando, mientras la miraba con ojos de cordero. Le di un empujón, se la quité, para cogerla entre mis brazos, para hablarle, para pronunciar su nombre como nunca lo he hecho, como nunca lo he vuelto a hacer, para mirarla con ojos de loco, para no sentir su corazón, para ver el reguero de sangre que llenaba la roca y se deslizaba hasta el suelo.

»La dejé con toda la suavidad sobre la hierba, para que no se lastimase más de lo que estaba. Me levanté y miré a ese hombre, ese tipo que no se dio por vencido, y que había vuelto para desgraciarnos las vidas.

«Ha sido un accidente. Ha sido un accidente.», repitió como un mantra, sin dejar de mirarme, imaginando lo que podía pasar.

»Imagino que el primer puñetazo lo vio venir, pero no se apartó. Imagino que pensó, que todo acabaría con un par de puñetazos, o algo más. Pero, me cebé con él, lo golpeé una y otra vez, y cuando lo tuve en el suelo pidiendo clemencia, cogí una piedra y le machaqué la cabeza.

»Comenzaba a oscurecer, y me dirigí a la camioneta para coger una pala que siempre llevaba,

al igual que la escopeta. Volví al lugar, y detrás de la roca donde Izarbe murió, cavé una tumba y la coloqué ahí, con cuidado, dejando sus manos y brazos cruzados encima del pecho. Le eché bastante hojarasca encima, y después la tierra. Arreglé el terreno, para que no diera señales de haber removido la tierra, de haber cavado en ella.

»Solté el aire despacio y volví a respirar con fuerza, tragándome el dolor. Sin querer pensar en el futuro, en un futuro sin ella.

»Cargué con el cuerpo de Rojas y lo metí en el maletero de su coche. Conduje hasta la mina, y lo tiré al lago. Cuando llegué a la camioneta, la oscuridad era total. Limpié mis manos con el agua que llevaba en una garrafa, sabía que me había salpicado sangre del muerto, gotas que llenaban el jersey que llevaba puesto, pero no me importó, pues era oscuro, y además, era uno de los que me ponía para cazar.

»Sequé mis manos en el pantalón, dos sacudidas fueron bastantes, monté en la furgoneta, y me fui a casa.

»Esa noche llamé a Martín.

»—Pero, ¿dónde puede estar? —preguntó cuando llegó a la casa.

»—No lo sé, Martín.

»—No... no se habrá ido a...

»—¿A dónde?

»—No, no puede ser. Igual ha salido pasear y le ha pasado algo.

»—Mañana, en cuanto salga el sol, haremos batidas. Ahora, vamos a salir con linternas, por si está por las cercanías.

»Así lo hicimos, durante dos horas.

»Volvimos a la casa, cenamos, Martín llamó a su casa para hablar con la hermana, y diciéndole que había un problema en la mina, y que se quedaría esa noche, evitó que ella pensara otras cosas. Se acostó en la habitación que siempre ocupaba cuando se quedaba en la Casona, y yo me fui a mi dormitorio.

»Fue la peor noche de mi vida, la más dolorosa, la más triste. La noche que jamás olvidaré.

»Se hicieron batidas durante cuatro días, mañana y tarde, hasta el anochecer. No se encontró nada. Cuando alguien de Ansó dijo que habían visto un coche de fuera, con matrícula de Zaragoza, y que había pasado por Garde, Martín dijo que no era necesario buscar más.

»Tres noches más tarde, los dos, mano a mano, nos bebíamos una botella de coñac en la cocina, en la mesa donde...

»—Lo pensé al principio, muy al principio —comenzó Martín—. Pensé que podía haber vuelto con ese tipo, pero ahora, a estas alturas...

»Clavó esa mirada dura sobre mi rostro.

»—Al poco de morir la señora, le dijo a su madre que estaba enamorada de usted. Mi hermana me lo ha contado ahora, cuando ha pasado esto. Le dijo que, si es que se había vuelto loca, que primero con un casado, y después con un hombre que acaba de enviudar y que tenía edad para ser su padre.

»Yo no dije nada, solo mostré mi silencio, el gesto serio, y le di un trago a la copa.

»Martín siguió hablando.

»—Yo había visto cosas, detalles. Pero no se lo dije a mi hermana.

»—¿Qué viste, Martín?

»—Pues, que la chica estaba encaprichada de usted, pero no sé si usted lo estaba de ella.

»Solté el aire despacio, me bebí lo que quedaba de coñac, y me dispuse a contarle.

»—Martín, lo que te voy a contar... es muy duro para mí. Mucho.

»Comencé el relato, sin olvidarme de nada, sin dejar ni un resquicio a la imaginación, mientras las facciones de mi hombre de confianza, mi capataz, iban cambiando el gesto según mis palabras se hicieron más dolorosas.

»—Ahora, haremos lo que tú quieras. Si es tu deseo, llamas a la Guardia Civil y me entrego sin más historias.

»Me miró, como si hubiese perdido la cabeza.

»—¡Qué Guardia Civil, ni que hostias! ¡Yo habría hecho lo mismo que usted! Lo habría matado con mis propias manos —añadió bajando la voz, retorciendo sus grandes manos—. Maldito hijo de mala madre. Maldito hijo de la gran puta. Maldito cabrón de mierda —murmuró mirándose las manos.

»—Si hubiera llegado un poco antes, solo unos segundos... —dije casi en un murmullo, con la voz ronca de dolor, ronca por el alcohol.

»—Cómo iba a saber que eso iba a pasar, patrón. Las cosas suceden y no somos Dios para hacer o deshacer, para cambiar lo uno o lo otro. Pero, con Dios o sin Dios, me alegro... me alegro mucho de que matase a ese hijo de mala madre —añadió rechinándole los dientes, mientras volvía a llenar las copas de ese caro coñac francés que traía de La Confianza, donde le compré los dulces a mi único amor.

»—¿Se lo vas a decir a tu hermana? —Me miró como si le hubiese preguntado la formula secreta de un medicamento.

»—No. Prefiero que crea que se ha ido con ese medicucho. Tal vez, con el tiempo... Pero ya sabe usted, que uno no se puede fiar de las mujeres. Se lo cuento, y quién sabe si un día, sale loca y le da por decirlo a todo el que se le arrime. O que lo cuchichee con alguna vecina, y se entere todo el pueblo, toda la comarca... No, ni hablar. Esto es un secreto entre usted y yo. Nadie más debe saberlo. Nadie.

»Seguimos bebiendo, y pasados unos minutos, volvió a hablar.

»—Pero... —comenzó, mirándome fijamente—, no podemos dejarla allí.

»—No, por supuesto que no. Había pensado en llevarla a la casa de mi abuela. ¿Te acuerdas de ella?

»—Claro. La casa Lanau, esa que heredó de unos tíos que no tuvieron hijos. Si paso por ahí cada vez que vengo y cada vez que me voy al pueblo.

»—¿Te acuerdas de los cuatro robles que hay a la entrada?

»—Sí. Como para no verlos.

»Y así fue cómo decidimos el lugar donde mi pequeña Izarbe descansaría para siempre.

»Dejamos de beber, nos montamos en el coche de Martín y nos fuimos a por ella.

»No es fácil recordar esos momentos, pues enterrarla no me costó tanto, ya que lo que tenía en mente era que ningún animal mancillase su cuerpo, y eliminar todo rastro del antiguo amante.

»Fue de gran ayuda tener a Martín, y a pesar de la oscuridad de la noche, mientras la colocábamos encima de la manta que llevaba en el maletero, los dos pudimos ver las lágrimas del otro, los dos nos tragamos las palabras, para dejar que el silencio llenase nuestro dolor.

»Al llegar a la pequeña finca que perteneció a mi abuela materna, nos pusimos a cavar entre los dos. Traje una caja de madera que había dejado en el interior de la vieja casa. Era de las que quedaron de la Guerra Civil, de las que utilizamos para transportar armas. El día de antes, la había forrado con una tela de raso blanco que había encontrado en un baúl de la buhardilla. Era una pieza de varios metros, y ni sabía quién la compró, ni para qué se utilizó, pero haciendo memoria en los meses venideros, recordé que cuando era pequeño, mi madre puso unas cortinas de raso en su dormitorio, que luego mi primera esposa cambió por las que hay ahora. Y también recordé, que madre llevó durante algún tiempo, una larga y satinada bata blanca que se ponía cuando llegaba la noche, y se recogía en su alcoba. Seguramente era la misma tela. Y, ahora, mi adorada Izarbe, descansaría sobre ese frío y brillante lienzo. Martín quiso traer uno de los trajes ansotanos, el de fiesta, para ponérselo de mortaja, pero le dije que no, que su hermana se daría cuenta, y la sospecha entraría en su mente.

»Puse los bancos varios meses más tarde, y si estás en esa casa, si esos bancos siguen ahí, tumbate en el suelo debajo del banco izquierdo, mirando desde la casa, y verás su nombre, leerás el nombre de la única mujer que he amado: IZARBE.

»Dos años más tarde, me casé con la hermana de Martín. Era una mujer guapa, encantadora, prudente, sumisa. No fue algo premeditado, pasó sin más. A raíz de lo sucedido, muchos fines de semana me iba a Huesca, y aprovechaba para llevar a Martín y dejarlo en su casa. A la vuelta, el lunes temprano, lo recogía y nos íbamos a la mina. En una de esas ocasiones, ella se dejó ver, y por un momento, creía ver a Izarbe, pero más mayor, algo más joven que yo, y con otro color de ojos. Una mujer delgada, rubia rojiza, con alguna hebra canosa. Comencé a sentir curiosidad, comencé a sentir cierta necesidad. Cuando iba a Pamplona, o a Huesca, acudía a una casa de citas, donde podía tener un encuentro con una prostituta, o con una mujer casada que deseaba una actividad sexual que su marido no le ofrecía; o simplemente una mujer que anhelaba pequeños lujos que el salario de su marido no le podía dar, y que cuando llegara el momento, lo haría parecer como debido a sus buenas artes para economizar y aprovechar las gangas, y que el marido no se iba a molestar en descubrir, pues jamás se le pasaría por la cabeza que su mujer pudiera acudir a un lugar semejante para sacar un dinero extra.

»Pero esas visitas me dejaban vacío, no era lo que deseaba como futuro, no era lo que me gustaba.

»Comencé mandándole flores, y trayéndole dulces de Huesca, de La Confianza, y otras veces de la confitería Micheto de Zaragoza, y otras le llevaba pastillas de café con leche Andueza, de la calle San Nicolás, en Pamplona.

»Por supuesto, antes lo hablé con Martín.

»—Puede hacer lo que quiera, don Antonio. Además, siempre he dicho que mi hermana

debería haberse vuelto a casar hace mucho tiempo.

»—Entonces... no te molesta... ¿De verdad?

»—Mire, patrón, si usted fuera como ese amigo suyo, el médico Alemany, pues no me gustaría. Lo único malo que le veo...

»Martín, mirándome a los ojos, hizo una larga pausa, mientras yo le devolvía la mirada y esperé.

»—Lo malo son los toros, don Antonio. Sinceramente, creo que no debería correr esos encierros. Imagínese el problema que tendría yo, si usted se muere, o se queda medio inútil. Tendría que encargarme de todo, y la verdad, no es algo que me apetezca. De verdad se lo digo.

»Sonreí ante ese comentario, sabiendo que lo decía muy en serio, y sabiendo que yo correría los encierros mientras estuviera en forma.

»La primera vez que nos acostamos, fue unas semanas antes de la boda. En mi casa, una tarde que Agustina se había ido a la casa de una hermana y no volvería hasta el día siguiente.

»La hermana de Martín, no tenía nada que ver con la sobrina de Martín. Se parecían en el físico, pero nada más. La mujer con la que me iba a casar, era tímida, sumisa, poco habladora y muy laboriosa.

»Esa tarde, cuando le hice el amor, creía que estaba con una virgen, pues ella no había vuelto a tener relaciones desde que su marido la abandonó. Era tan estrecha, que sentí cómo la lastimé, y a pesar de ello no se quejó, pero a mí me dolió. Un rato más tarde, para enmendar lo hecho, la masturbé viendo la rojez en sus mejillas, sintiendo la vergüenza de algo que nunca le habían hecho, y que nunca se había hecho. Me quiso parar, pero no lo permití, y sin miramientos, pero sin dolor, la llevé a lo más alto, haciendo que sus mejillas enrojecieran al máximo.

»Esa tarde se quedó embarazada de nuestro primer hijo, Martín.

»Nueve meses después de tener el primero, se quedó embarazada de nuevo, y llegó Antonio. Y dos años más tarde nació una niña preciosa, rubia como el oro, y de ojos oscuros; para nuestra desgracia, murió a los dos meses.

»Nuestro matrimonio fue bueno, tranquilo, amable. Ella se adaptó a mí, igual que un guante hecho a la medida. Disfrutábamos el uno del otro, como algo natural, pues en eso, también se adaptó y disfrutó por todos los años que no lo tuvo.

»De vez en cuando, salía el tema de Izarbe. Ella me decía que su hija no podía estar viva, porque si así fuese, habría tenido noticias de ella, una carta, aunque fuera de tarde en tarde. Me pidió que investigará, que preguntará en Zaragoza, pues tenía contactos y dinero. Por supuesto le dije que sí, que no se preocupase, que haría todo lo posible por obtener información.

»—Es igual que su padre —dijo en una ocasión—. Una vividora, cabeza loca, que se deja llevar por impulsos, en lugar de pensar con lógica, con sensatez.

»A mí se me partía el alma, oyendo esas palabras.

»Se me partía el alma, recordándola.

»Se me partía el alma, al ver como la madre sentía la ausencia de una hija, escondiendo el dolor debajo de una crítica.

»Pensé muchas veces en decírselo, pero siempre desistía.

»Si lo hubiera hecho, habría tirado nuestra relación por tierra, habría desaparecido el frágil hilo que nos unía, pues en cuanto yo hubiese pronunciado el nombre de Izarbe, de mi Izarbe, ella se habría dado cuenta de mis sentimientos, de mi dolor, de mi vacío.

»En más de una ocasión me preguntó por la relación que tuve con ella. Yo siempre le decía lo mismo, que pasaba más tiempo fuera de la casa que dentro, que desde un principio la vi competente y seria, y que, siendo sobrina de Martín, di por hecho que merecía mi confianza.

»Una tarde de invierno, estando embarazada de la niña, me preguntó si en algún momento se me insinuó. Yo leía un libro, y lo dejé caer despacio para mirarla a los ojos.

»—Jamás. Tu hija siempre se comportó en esta casa. Jamás tuve una queja de ella —lo dije de tal modo, que ella se quedó en silencio mirándome durante un instante, y añadió:

»—¿Dónde estará? ¿Dónde estará mi pequeña?

»Izarbe murió de cáncer a los 62 años. Martín murió a los 83, hace poco, durmiendo plácidamente en su cama. Y yo, no creo que tarde mucho, a pesar de mi buena salud. Ahora vivo en la casa que heredó la madre de mi madre, la mina se cerró hace tiempo, la Casona está ocupada por uno de mis hijos, el mayor; Antonio el segundo, se casó con una extranjera y se fue a vivir a Estados Unidos.

»Cada mañana, cuando me levanto, lo primero que hago es mirar por la ventana y contemplar los robles que dan cobijo a mi dulce amor. Por las tardes, antes de retirarme, me siento en el banco y leo durante un rato, a veces en voz alta, otras, en silencio.

»Al final, me he visto con las ganas, con el deseo de escribir esta historia, de que alguien, en un futuro, cuando yo no esté, encuentre el manuscrito y sepa qué ocurrió. Podía habérselo contado a mis hijos, pero no me apetecía. Podía haberle dado el manuscrito a mi hijo Martín, diciéndole que lo leyese a mi muerte. Pero tampoco me apeteció. Prefiero que lo haga un extraño, o extraña, y digo esto, porque estoy convencido de que esta casa la venderán, pues son de la opinión que no es necesario tener tantos bienes, sino, disfrutar del dinero y de la buena vida que te puedas dar. Y tal vez tengan razón, pues los tiempos ya no son los de antes, nada es lo de antes.

»Nada es como antes.

»Antonio Sagarra Navarro

»4 de diciembre de 1995, Ansó».

PRESENTE

Después de leer el final de la historia, tardé mucho en dormirme, y ahora en estos momentos que contemplo toda la zapatiesta que han montado buscando el cadáver de Juan, y que se han encontrado con una caja de madera, donde transportaban armas los nacionales, una caja forrada de blanco satén, que ya ni será blanco, ni puede que haya satén, pero sí un cadáver de mujer, de hace 65 años.

¿En qué estado está un cadáver de 65 años?

Un esqueleto, seguramente; porque si se encuentran con una momia, ya sería la repera.

Abajo, están revolucionados.

El teniente ha gritado que no toquen nada, que manipulen la caja con sumo cuidado y que la dejen hasta que vengan la Científica de Huesca, y hagan lo que tengan que hacer.

Me dan ganas de salir al porche y gritarles a todos:

«Yo sé quién es, yo sé toda la historia. ¡Eh!, ¡teniente! ¿Quiere que se la cuente? O, ¿quiere leerla usted mismo?».

Me duele la cabeza.

Por fin se han ido todos, incluso la Científica. Me ha llamado la atención, que el teniente Sagarra hablaba mucho con uno de ellos, uno que tenía pinta de ser jefe, pues se ha dedicado todo el tiempo a observar, y a hacer algún comentario, mientras otros recogían muestras del terreno, y del interior de la caja, las clasificaban, y las embolsaban.

Los dos de estatura parecida, de edad similar, en algún momento, el de la Científica ha mirado hacia la casa, mientras hablaban.

Qué hablen lo que quieran, yo no tengo nada que ver con eso.

El día siguiente, lo decido.

Por la tarde me acerco al pueblo y envío por correo certificado un sobre amarillo, destinado al teniente Sagarra de la Guardia Civil.

DICIEMBRE 2020

Cuando han venido a tapar los agujeros, se han encontrado con que ya estaban cerrados. Me preguntan que por qué lo he hecho, y les he dicho que me gusta caminar por mi finca, y que no estaba dispuesta a romperme una pierna. Eso sin contar con que ya ha nevado, y ponte a buscarlos.

—Tiene usted razón, señora. Pero no hemos podido venir antes. ¿Me firma aquí, por favor?

—¿Y por qué tengo que firmar? Si no han hecho ningún trabajo.

—Solo es para dejar constancia de que hemos estado, y que usted o quién haya sido, ya han hecho el trabajo.

Firmo y cierro la puerta, mientras miro por la mirilla como se dirige a su camioneta que tiene aparcada en la entrada, sube y se larga.

Una hora más tarde, el móvil suena a su máximo volumen.

Estoy en la cocina, y miro a mi alrededor.

Lo he dejado en el mueble de las bebidas, al lado de la figura africana, la del pene gigante.

Espero que no sea Marta, para darme la murga, para seguir consolándome como si no tuviera otra cosa que hacer. El otro día le colgué, y cuando volvió a llamar le dije que tenía un problema con el teléfono. No sé si se lo creyó. Creo que todas mis amigas piensan que estoy algo desquiciada después de lo ocurrido, y que no es para menos.

Yo dejo que piensen lo que quieran.

Pero que me dejen tranquila.

Es un número desconocido.

No importa, lo cojo, aunque sea de la prensa.

—¿Sí?

—¿Valeria Castro?

Tardo unos segundos en contestar, pues...

—Sí, la misma. ¿Con quién hablo?

—Soy Antonio Sagarra. —Oigo ese nombre, y casi me quedo en estado de shock. Escucho esa voz y casi...—. Inspector jefe de la Policía Científica de Huesca.

Trago saliva.

—¿Y?

Siempre he pensado que esa conjunción, en interrogante, tan simple, tan escueta, utilizada así, es una chulería. Además, ya estoy harta de todo esto, ya estoy cansada de que me traten, primero como a una víctima, y luego como sospechosa.

¡Cerrar el caso, por Dios!

—¿Podemos vernos? ¿Me puedo acercar hasta su casa?

—¿Y se puede saber para qué? —Mi voz suena melodiosa, casi tímida.

—Es extra oficial. Me gustaría hablar con usted, sobre lo que le mandó al teniente Sagarra.

Vaya, vaya.

—¿Son familia?

Él tarda unos segundos en contestar.

—Sí. Primos hermanos. Antonio Sagarra era nuestro abuelo.

—Vaya, el mundo es un pañuelo —casi lo susurro.

—No tanto, Valeria. Ellos no se movieron mucho.

—Ya, y ustedes tampoco.

Oigo como carraspea.

Creo que me he excedido.

—¿Podemos vernos?

—Aquí estoy. No pienso moverme en todo el día.

—Dentro de una hora estoy ahí.

Voy a decirle que muy bien, pero ha colgado sin más.

Qué es esto, qué está pasando, y sobre todo, qué consecuencias me puede traer todo esto.

No lo puedo evitar. Estoy nerviosa. Ese tipo es policía, por mucho que sea nieto de Antonio Sagarra es ante todo policía.

Bueno, Valeria, tranquila.

No te pongas nerviosa y no te dejes impresionar por un hombre que tiene una voz tan hermosa, como la tuvo su abuelo.

Justo una hora más tarde, mirando desde el ventanal del salón, veo como un todoterreno nuevito, estaciona enfrente de la verja.

Baja un hombre, el mismo que estuvo el día que sacaron la caja, el mismo que habló más de una vez con el teniente.

He dejado la cancela abierta, de manera que veo como se acerca hasta la casa, como va dejando sus huellas sobre la nieve, como se mueve con elegancia y cierta parsimonia, mientras mira a su

alrededor.

Justo cuando sube los escalones que dan acceso al porche, abro la puerta.

Llevo unos vaqueros pitillo, y una camisola a cuadros, el cabello recogido en un moño, y ocultando parte de mi rostro con la mascarilla.

Sé que tengo unos ojos bonitos, grandes, y de un verde luminoso, y me los he maquillado con fuerza, para que llamen más la atención.

Ambos nos miramos, ambos miramos nuestros ojos verdes, pero los de él, son más grisáceos.

—Señora Balboa —pronuncia a modo de saludo, haciendo una inclinación de cabeza.

—Pase, por favor. Y con Valeria es más que suficiente. Mi nombre es Valeria Castro Simón.

—Lo sé.

Entra y cierro la puerta.

Desde el hall, mira la estancia, y yo, hago lo mismo.

No me paro muchas veces a hacerlo, bueno, hace tiempo que no lo hago, y tengo que reconocer, que es una magnífica visión ver toda la planta como si fuese un loft.

El inspector se gira, me mira y dice:

—Tiene una casa muy bonita, muy acogedora. Nosotros, los nietos, veníamos de vez en cuando, pero era otra decoración, más antigua, más austera... Más... cerrada —termina, mientras vuelve a deslizar los ojos por el entorno.

—Siéntase como en su casa, inspector Sagarra.

Me adelanto, y me dirijo hasta el sillón, y señalo el sofá.

—Por favor, tome asiento. ¿Quiere un café? ¿Té? ¿Algo más fuerte?

—No, gracias. —Clava sus ojos sobre mi rostro, mirándome fijamente.

Me muevo, y hago que rompa el contacto visual. Se dirige al sofá, se quita la parka, la deja a un lado y se sienta, mientras yo hago lo propio en el sillón, que prudencialmente tienen una separación de metro y medio.

Me mira sin pestañear, más que mirar, es observar.

—¿Le importa si nos quitamos las mascarillas?

—No, en absoluto. La verdad, es que es un engorro. Y supongo, que ustedes, estarán constantemente haciéndose controles.

—Así es.

Nos la quitamos al mismo tiempo, y los dos, nos analizamos detenidamente.

Se la guarda en el bolsillo de la americana, y se le abre ligeramente, dejando ver la cartuchera que lleva debajo de la axila izquierda.

—Tiene que ser un poco raro estar en la casa que fue de su abuelo, ¿verdad?

—La verdad, nunca pensé que volvería a estar aquí.

—Ya.

—¿Dónde encontró... el manuscrito?

Va directo al grano.

—Escondido en el armario empotrado del pasillo que lleva a las habitaciones.

Eleva una de sus cejas.

—¿No me diga? En ese armario nos escondíamos más de una vez, mis primos y yo. Entre las escopetas del abuelo.

Pongo cara de sorpresa.

—Estaban en sus fundas, y descargadas. La munición la guardaba en otro lugar.

Muevo ligeramente la cabeza.

—Pues, ahí estaba. En un hueco hecho en la base.

—No recuerdo que el informe del registro de la casa mencionara un escondite en ese armario.

Me encojo de hombros.

—No se darían cuenta.

Me observa con atención.

—¿Puedo ver el original?

No pierdo el tiempo, pues he dado por supuesto que sería así.

Me levanto, voy a la librería que circunda las puertas francesas que dan a mi despacho, y al jardín, y cojo el librito.

Siento su mirada fija, mirada analítica, curiosa, y un tanto intrigante.

Se lo doy.

Me siento de nuevo, y no digo nada, solo observo cómo mira el libro, cómo lo abre, cómo sus ojos se deslizan por la caligrafía de su abuelo, aunque en unos momentos quiera hacerse pasar por un narrador desconocido o por Izarbe. Mueve las hojas, llega a las páginas en blanco y busca las siguientes.

—¿Le importa que me lo lleve?

No contesto. Me levanto de nuevo, y voy a mi mesa, abro un cajón y cojo las hojas fotocopias y encuadernadas.

Se lo doy, pero él no lo coge.

Me mira, me sonrío, y al enseñar los dientes, recuerdo otra boca imaginada.

—No pensaba que me iba a encontrar con esto. Se ha tomado la molestia de imprimir y encuadernar.

—No ha sido ninguna molestia. Y no le voy a dar el original —le digo con mucha amabilidad, pero sin muestra de sonrisa.

—¿Y si lo exijo como prueba? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Hágalo por los conductos adecuados —contesto sin inmutarme.

Permanecemos unos instantes en silencio, sin dejar de mirarnos.

—Ya sabemos de quién es el esqueleto.

Afirmo en silencio desde mi asiento.

—Y con esto, ya saben quién lo puso ahí y quién la mató de manera accidental.

—¿Y quién dice que fue un accidente?

Esa pregunta me desconcierta.

Claro que fue un accidente.

Por supuesto, que fue un accidente.

—Su abuelo.

Eleva las cejas, sin retirar la mirada, evaluándome sin parar.

Lo sé, a mí no me engañas.

Sospecháis de mí, pero al mismo tiempo me veis como una víctima.

Pensáis que he podido matar a mi marido, pero al tiempo, también pensáis que Juan Balboa se ha marchado a algún país exótico, con el dinero que desfalcó de la empresa, más el que les sacó a otros, y que estos otros, la mayoría, al ser dinero negro, no lo han denunciado. Eso sin contar con que en la cuenta principal apenas quedan mil euros, pues al tiempo que transfería lo de todos los meses a la cuenta común, iba sacando dinero. Ni yo misma sé qué tramaba, qué estaba haciendo, y si se creía tan listo como para pensar que no lo iban a descubrir. O que lo descubrirían a los muchos años, como pasó con Bernard Madoff.

Tal vez, si no hubiera ocurrido lo que pasó esa noche, si él estuviese vivo, me habría contado algo, me habría puesto al corriente, me habría contado que tenía una o varias cuentas en Panamá; o tal vez no.

—¿Su palabra es ley? —Me llega la voz de ese hombre, le sostengo la mirada, me quedo callada, mientras no dejamos de observarnos—. Tal vez escribió todo esto, para entretenerse, para limpiar su conciencia. Quién puede decir, hoy en día, que eso sucedió así. Tal vez la mató él, en lugar del médico, los mató a los dos. Tal vez los siguió, y una vez en el bosque los encontró haciendo el amor, o en el preámbulo amoroso, tal vez se volvió loco y decidió acabar con sus vidas.

He sentido un no sé qué, cuando esa voz ha dicho: haciendo el amor.

—Y, entonces, ¿por qué no los tiró a los dos al lago de la mina?

No contesta al momento, sus ojos se desplazan por mis ojos, por mi boca, y ahí se paran durante unos segundos, para elevarlos de nuevo.

—¿Conoce usted ese lago?

Contesto al momento.

—No.

—Lleva poco tiempo por estos contornos.

Muevo ligeramente la cabeza, y siento cómo se balancean los aretes en mis orejas.

—Da lo mismo. No tengo sentido de la orientación, y no me muevo por lo que no conozco. Y menos, por el bosque, me da mucho respeto... y, un poco de miedo también.

Si él supiera.

—Vive prácticamente en el bosque —lo dice de una forma...

Me encojo de hombros, y aleteo mis pestañas.

—Sí. Pero vivo en mi bosque. Lo que no conozco, lo observo con cautela, y si es posible, lo evito.

—¿Tan miedosa es?

Me cruzo de brazos, y hago un amago de sonrisa.

—Pues... para ciertas cosas sí.

Nos inunda el silencio, mientras nuestras miradas se calibran.

—¿Con su marido tampoco fue de excursión? Vi que tienen bicicletas en el garaje.

—Mi marido, en el tiempo que estuvo aquí, nunca fuimos a recorrer el bosque. Fuimos a esquiar al valle de Linza... esquiar sí le gusta. Mucho. Lo ha hecho desde pequeño, en Sallent, en Jaca, Panticosa... Pero la bicicleta... Estrenó la bici para ir al pueblo, y no la volvió a tocar. A él le gusta más el gimnasio, las máquinas y todo eso, pero tampoco es muy constante.

Ni se me ocurre hablar de él en pasado.

Igual sospechan que estamos dejando pasar el tiempo, para luego, en un futuro irnos lejos, muy lejos.

—¿Y usted? —Parece que tiene mucha curiosidad por mis costumbres.

—Alguna vez voy al pueblo con ella, pero el coche es más cómodo, sobre todo para ir a comprar. Pero sí me gusta, es un buen ejercicio... y como la carretera no tiene mucho tráfico...

—Por el bosque hay senderos, algunos son cómodos para el ciclismo. —Y vuelta a insistir.

—Tal vez en un futuro me aprenda alguno. Esos que el sendero nunca desaparece, si no es así, tendré que pedir auxilio —matizo al tiempo que muestro una pequeña sonrisa, para que él mire mis dientes.

—Es arquitecta, ¿no?

—¿Me está interrogando, inspector Sagarra?

Ese hombre muestra una media sonrisa, una sonrisa ladeada.

—No, en absoluto. Simplemente estamos conversando. Pero si le molesta, si se siente ofendida...

—No, no me molesta. Pero volvamos a su abuelo. ¿Considera que podría haber hecho eso?

—¿Tanto le interesa?

Suelto un suspiro, sin quitar la mirada de ese hombre.

—Sí, la verdad es que sí. Encontré el libro cuando comenzó el confinamiento, y en la soledad, en la incertidumbre de todo lo que estaba pasando, esa historia, la historia de Izarbe, me atrapó.

—¿Lo ve?

—¿Qué tengo que ver?

—Que, desde el primer momento, Antonio Sagarra Navarro está engañando a la persona que lee esa historia. Desde el primer momento, primero está narrada en tercera persona, para ir atrayendo poco a poco, contando la vida de unas gentes, gente que vivieron por los alrededores, después, le hace creer que es Izarbe, y usted, atrapada en ese cuento, no se le ocurre mirar más adelante, ni tan siquiera el final de la historia... aunque fuera solo por curiosidad. ¿O sí?

—Cierto. No se me ocurrió. Me atrapó desde las primeras palabras. Fue algo mágico.

Se hace otra vez el silencio, y en segundos, surge su voz.

Esa voz.

—Cualquier persona es capaz de matar, si se da la ocasión propicia.

Niego antes de contestar.

—No estoy de acuerdo.

—¿No?

—No. Hay personas que se ven envueltas en lo más atroz, y no son capaces de hacer mal.

—Como usted —dice con voz neutra.

—Mi marido jamás me dio una paliza, hasta la noche que desapareció. Y si hubiese seguido, creo que me habría matado.

No tengo por qué contarle ciertos episodios que solo él y yo vivimos.

No deja de mirarme, y...

Vuelve a surgir su voz.

—¿Y si usted hubiese tenido un arma?

—¿Una pistola? Como la que lleva usted.

—Por ejemplo.

—No sé... —Hago una pausa larga, y respiro profundamente—. Creo que no habría tenido el valor. Tal vez, a un desconocido sí. Pero al hombre que es tu... —me quedo en silencio, y como por arte de magia se me escapa una lagrimita por el ojo derecho, que limpio al momento.

Él deja pasar unos segundos, sin hablar, solo mirándome.

—Perdone —me disculpo, limpiándome delicadamente—. Todo lo pasado me tiene los nervios a flor de piel.

—Es comprensible. Es usted delgada, delicada, da sensación de fragilidad, cualquier hombre de una complexión normal, haría con usted lo que se le antojara.

Parpadeo un par de veces, y clavo la mirada en sus ojos.

—¿Como Izarbe? —pregunto, bajando la voz, y desviando la conversación hacia el pasado.

—Sí, como ella.

Me recompongo, estiro la espalda y me paso las manos por las mejillas, con suavidad. No llevo maquillaje en el rostro, solo mis ojos están maquillados de ahumado, pero deslizo las yemas de los dedos por los pómulos dando pequeños y sutiles toquitos.

Y continuo, mientras él espera.

Mientras él me contempla.

—Me da pena, ¿sabe? Si realmente las cosas sucedieron como escribió su abuelo, fue una lástima que no pudieran ser felices. Y que ella no pudiera llegar a anciana.

Él se encoge de hombros.

—El mal de muchos. Así es la vida —añade fríamente.

Elevo una de mis manos, con la palma hacia arriba, para ver como esos ojos verdosos la miran, para llamar su atención ante lo que acaba de decir.

—Se nota que es policía, está acostumbrado a la muerte, a todo lo que conlleva antes y después.

—Eso dice mi ex esposa, que soy frío como un tempano, y arisco como una piedra de moler.

Ex esposa, repite mi mente.

—¿Y es así?

—No soy un oso de peluche, pero tampoco hay que dramatizar.

Sonríó ante esa contestación, y él clava su mirada en mi boca.

—¿Va a presentar el libro como prueba? —pregunto curiosa.

—¿Cómo prueba de qué?

—De la muerte de Izarbe.

—Esto, lo único que prueba es que Antonio Sagarra se entretuvo escribiendo una historia, que contó cómo quiso, y que él, solamente él, sabía la verdad.

Sé que me arriesgo con lo que voy a decir, pero... por qué no.

—Pero, ¿no van a mirar en ese lago artificial? ¿A ver si está el coche de ese médico?

—Ese lago... no existía en 1956.

Me quedo mirándolo fijamente, sin palabras que emitir.

Muevo la cabeza de manera rápida.

—¿Ahora sí? —Intento mantener la calma, pues todo está resultando una farsa, un engaño.

—Sí.

—Puede ampliar la información, por favor. —Sé que soy muy femenina, muy delicada, y sé, que eso gusta a los hombres, incluidos los policías.

—En aquella época, ese lugar estaba abandonado. Fue un polvorín subterráneo en la Guerra Civil, y años después, el techo se hundió y poco a poco se fue llenando con las lluvias. Cuando Antonio conoce a Izarbe, ese pozo tendría dos o tres metros de agua, tal vez cuatro, imposible sumergir un automóvil y que nadie lo descubriera.

—¿Todo es mentira? ¿Todo?

Parezco decepcionada, lo sé, pero no me importa que ese hombre lo vea, pues lo estoy. He leído una sarta de mentiras, me he creído una historia, que está llena de embustes; unas patrañas que me dieron alas para hacer lo que hice.

—Parece la obra de una imaginación desbordada, o de una mente en declive, o simplemente, algo con lo que se entretuvo.

—¿Su abuelo tenía alguna enfermedad senil?

—No, que yo sepa.

—Pero... Izarbe, su abuela...

—Mi abuela se llamaba Ainara. No se casó con la hermana de Martín.

Él me mira fijamente, sin despegarse de mis ojos, de mi rostro, de la expresión que surge en mis facciones. Desliza la mirada hasta mis labios, que quieren formular la siguiente pregunta.

—Entonces... ¿Martín tampoco existió?

—Sí. Martín trabajó muchos años con mi abuelo; hasta que la mina cerró y se jubiló. Izarbe, su hermana siguió siendo viuda y acabó su vida en un centro de mayores.

Pestañeo una, dos, tres veces.

—¿Y el médico? ¿El amante? —pregunto con un hilo de voz.

—Javier Rojas murió a los 75 años en Zaragoza, rodeado de su esposa y de sus cuatro hijos.

Muevo la cabeza lentamente, sin dejar de mirar el atractivo rostro de ese hombre.

—Pero... entonces... todo fue una mentira. —La voz me sale... ahogada. Él entrecierra los ojos, pero no los retira de mi cara.

—Se ha metido dentro de esa historia hasta el fondo, Valeria.

Muevo la cabeza a derecha e izquierda, e intento controlar mi enfado, mi desilusión.

—Sí. He creído cada palabra. He sentido cada sentimiento, cada duda, cada dolor... Lo he sentido todo. Me sumergí en la vida de Antonio y de Izarbe, de tal manera, que los sentía a mi

lado, los sentía en esta casa, a los dos... acompañándome.

Hablo con sentimiento, con cierto dolor, y también enfado.

—Ya veo, ya.

Esa mirada verde grisácea no pestañea, no deja de observarme.

Pasan unos segundos, en los que no hablamos, solo nos miramos.

—¿Qué cree que pasó? —pregunto con un hilo de voz, haciéndome más delicada, más débil, mostrando un dolor escondido por unas personas que no conocí.

Él se pasa una mano por la mandíbula cuadrada, por un rostro afeitado.

—Pienso, que no quiere decir que crea, que Antonio Sagarra mató a su primera esposa, y que la joven Izarbe lo vio, o lo supo. Creo que hubo una relación tormentosa entre ellos, y creo, que cuando la preciosa y caliente Izarbe se cansó, quiso abandonarlo. Él la mató y la enterró entre los robles. Más tarde comenzó una relación con la hermana pequeña de su difunta esposa y se casó con ella.

Me mira, como yo misma lo haría si me estuviese viendo en un espejo.

—¿Su abuela era la hermana pequeña de...?

—Sí.

Suelto un suspiro, que más parece un resoplido, y que seguramente no ha sido muy femenino.

—Voy a coger una botella de agua —digo al tiempo que me levanto—. ¿Quiere usted otra?

—No, gracias.

Me dirijo a la cocina, colocándome enfrente del frigorífico americano, abro una de las puertas y saco una botella de agua pequeña. Cierro, y mirando el acero inoxidable anti huellas, contemplando mi reflejo, abro la botella y le doy un buen trago. Sé que se ha vuelto en el asiento, que me está observando. Me da igual.

Dejo la botella encima de la isla, y me dirijo a mi asiento.

—Perdone, pero me ha dejado sin palabras.

—¿Tan importante es para usted?

—¿Y para usted no lo es? Era su abuelo, y su abuela, la hermana de la primera esposa que él asesinó.

—Todos están muertos.

Lo miro detenidamente, sin pestañear.

—¿Su primo y usted, no quieren que esto salga a la luz?

—¿Usted sí?

—A mí me da igual —contesto con desdén.

—Entonces, ¿por qué le mandó esa copia?

—No lo sé, exactamente. Creo que, al saber el parentesco, me sentí en la obligación de que lo supieran. De que supieran que esas memorias se escondieron aquí. No sé... me parecía egoísta guardármelo para mí.

—Hay cosas que es mejor no saber. ¿No le parece?

Me encojo de hombros, pues no sé por dónde van los tiros.

—¿Quiere saber dónde está su marido? —No me sobresalto al oír esa pregunta, no se me

ocurre soltar un suspiro ahogado y llevarme la mano al pecho.

—Sí, me gustaría saberlo. Me gustaría que estuviera en la cárcel, y no solo por lo que me hizo, sino por lo que hizo en su empresa y a las personas que engañó. De esa manera, no tendría el temor de que aparezca en cualquier momento.

—¿Y por qué sigue aquí?

—Porque me gusta estar aquí, y esta casa es tan mía como suya.

—¿Le gusta la soledad?

—Sí.

—He leído por algún lado, que trabaja en Huesca, que va una vez por semana... cuando la situación lo permite.

—Sí. Tal vez más adelante, compre un apartamento allí.

—Avíseme cuando eso ocurra —dice levantándose y sacando una tarjeta de algún bolsillo interno—. Si le parece, si le apetece, podré invitarla a comer, o a cenar. Lo que prefiera.

Miro su tarjeta, sencilla, simple, sin mencionar el cargo que ocupa, solo el nombre, teléfono y en una esquina, el escudo, distintivo o emblema de la Policía Nacional. Me fijo en el escudo, donde se distingue perfectamente los cuarteles: en el de abajo a la izquierda se representa el Reino de Aragón, en el de la derecha, el Reino de Navarra, y arriba, el Reino de Castilla a la izquierda, y el Reino de León a la derecha.

Dejo de mirar, no reparo en el emblema de armas de la Casa Borbón-Anjou, ni en el escudo de armas del Reino de Granada

—Será un placer —añado con la tarjeta bien sujeta, y veo como se fija en mis manos de largos y delgados dedos, con una manicura francesa impecable, sin anillos, sin alianza de casada.

Pensaré que esas manos, mis manos, no parecen las más indicadas para cargarse a un hombre de casi cien kilos; o tal vez piense, que las mujeres, algunas, pueden ser capaces de cualquier cosa, independientemente de su complexión, carácter o naturaleza.

Es policía, tiene que haber visto muchas cosas.

Se pone la parka, sin dejar de mirarme, y cuando se dirige al hall, le digo:

—Se deja el libro.

Me observa fijamente.

—No lo necesito. ¿Y usted?

No contesto.

Miro como sube los peldaños que dan al hall, como abre la puerta, como vuelve a mirarme, y se despide.

—Hasta pronto, Valeria.

—Adiós, inspector Sagarra —añado cuando la puerta se cierra.

FIN

Nota de autora

Soy aragonesa de nacimiento, de ascendencia gallega. Mis primeros diez años los pasé en los hermosos Pirineos, disfrutando de la montaña, de la nieve, deseando que terminara la escuela para correr como una pequeña salvaje por mi paraíso particular.

En invierno, gozando de la nieve, no importaba los centímetros que tuviera, no importaba el frío, no importaba que no hubiera prendas térmicas.

En primavera y verano, llenándome los ojos de todas esas flores que parecían salir por encanto, llenando los campos, y dejándome caer por las laderas como si fuera un rulo para allanar el terreno.

¡Ay!, esas moras negras, gordas, que me esperaban en las zarzas, y que mientras metía una en la vieja lechera que me daba mi madre, tres iban a mi boca, sin (querer) recordar que había que lavarlas antes de comerlas, orden de mamá.

Y qué decir, cuando salías del pueblo dirección Huesca, y alguna vez, Zaragoza, para visitar... qué importaba la visita, si solamente los badenes propios de la carretera, que parecían grandes toboganes, eran una gozada, y si antes de dejar la ciudad visitábamos una pastelería... eso, eso era el sumun de los placeres.

Aragón forma parte de mí.

Índice

[Prólogo 7](#)

[Donde todo comienza 15](#)

[Capítulo 1 37](#)

[Capítulo 2 53](#)

[Capítulo 3 83](#)

[Capítulo 4 109](#)

[Capítulo 5 129](#)

[Capítulo 6 145](#)

[Capítulo 7 173](#)

[Capítulo 8 193](#)

[Capítulo 9 205](#)

[Capítulo 10 225](#)

[Capítulo 11 245](#)

[Capítulo 12, último, o si quieres, llamémoslo: Epílogo... O, llámalo cómo quieras 263](#)

[Nota de autora 315](#)